



Arqueología de la **Biblia**

James K. Hoffmeier





A Alfred J. Hoerth,
maestro, colega y amigo



Arqueología de la Biblia

James K. Hoffmeier



SAN PABLO

© SAN PABLO 2008 (Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)
Tel. 917 425 113 - Fax 917 425 723
E-mail: secretaria.edit@sanpablo.es

Copyright © 2008 James K. Hoffmeier
Copyright de esta edición © 2008 Lion Hudson

Título original: *The Archaeology of the Bible*
Traducido por Carolina A. Aznar, Doctora en Lenguas y Civilizaciones
del Próximo Oriente Antiguo por la Universidad de Harvard.
Revisado por Pedro I. Fraile Yécora, Doctor en Teología Bíblica
y Director del Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón.

Distribución: SAN PABLO. División Comercial
Resina, 1. 28021 Madrid
Tel. 917 987 375 - Fax 915 052 050
E-mail: ventas@sanpablo.es
ISBN: 978-84-285-3392-8
Impreso y encuadernado en Singapur

El autor reclama el derecho moral a ser identificado como el autor de este trabajo.

Agradecimientos

Las citas bíblicas están tomadas de la Santa Biblia de San Pablo.

Nota del editor: Esta obra no es una edición crítica. La Dra. Aznar, especialista en las disciplinas arqueológica y bíblica, se ha limitado a traducir el original.

Índice

Prefacio 7

Cuadro cronológico 8



PARTE 1

Introducción a la arqueología y a su aplicación al Antiguo Testamento

Capítulo 1 Nacimiento de la arqueología 11

Capítulo 2 La Biblia, la arqueología y la interpretación 22

Capítulo 3 El Génesis: los orígenes del mundo y de Israel 33

Capítulo 4 Israel dentro y fuera de Egipto 49



PARTE 2

La tierra y los reyes de Israel

Capítulo 5 La conquista de la Tierra Prometida 65

Capítulo 6 Jueces, profetas y reyes 77

Capítulo 7 Llega el Reino 87

Capítulo 8 La historia de dos reinos: Israel y Judá 99

Capítulo 9 De Babilonia a Jerusalén 115



PARTE 3

La época del Nuevo Testamento

Capítulo 10 El mundo grecorromano del Nuevo Testamento 125

Capítulo 11 Vida y ministerio de Jesús de Nazaret 137

Capítulo 12 Muerte y enterramiento de Jesús 152

Capítulo 13 Nacimiento y expansión del Cristianismo 166

Epílogo El viaje acaba de empezar 184

Bibliografía 186

Índice de nombres 188

Agradecimientos por las ilustraciones 192

Prefacio

Nací en Egipto, cerca del famoso Museo de El Cairo y a menos de 10 km de las Pirámides de Giza, una de las Siete Maravillas del Mundo Antiguo. Mi padre era un apasionado de la historia y la arqueología y por eso, siendo muy niño, recorrí con mis padres Egipto de una punta a otra, conociendo lugares maravillosos. Cuando tenía diez años viajamos al Líbano, Siria y Jordania y exploramos Qumrán –donde se hallaron los manuscritos del mar Muerto–, Jerusalén, Jericó y otros lugares. A muy temprana edad, sin duda debido al amor de mi padre por la Biblia, discutía con él sobre la medida en la que ciertos lugares y objetos se ajustan a la historia bíblica. Todas estas experiencias me llevaron a estudiar Arqueología bíblica en la universidad. Gran parte de lo que sé se lo debo al profesor Alfred Hoerth, de la facultad de Wheaton (Illinois), a quien he dedicado este libro. Con él aprendí que la arqueología sirve no tanto para «probar» la Biblia, como a menudo se piensa (aunque es verdad que en algunos casos puede confirmar la historicidad de acontecimientos o personajes históricos), como para «mejorarla». Lo que el profesor Hoerth quería decir con «mejorar» es que la arqueología puede aportar información valiosa que puede servir para profundizar en nuestro conocimiento de la Biblia, renovándolo. En este libro pretendo explorar el Antiguo y el Nuevo Testamento para introducir al lector en algunos de los descubrimientos más antiguos y más recientes que sirven para iluminar nuestro conocimiento de la Biblia.

Agradezco a los editores de Lion haber hecho posible este libro y al Dr. Tité Tienou, decano de la Universidad Trinity Evangelical Divinity, así como a la administración de la universidad, el haberme permitido tomarme un semestre sabático para realizar mis investigaciones y poder escribir este libro. Espero que los datos en él ofrecidos sirvan para profundizar en una lectura renovada de la Biblia y para confirmar que nuestra historia está enraizada en el espacio y el tiempo.

Cuadro cronológico con fechas aproximadas

Períodos de tiempo mesopotámicos

Período Dinástico Antiguo 2700-2400 a.C.

Dinastía Ur I 2650-2500 a.C.

Dinastía Ur III 2112-2006 a.C.

Período Babilónico Antiguo 2020-1595 a.C.

Períodos de tiempo siro-palestinos

Bronce Medio I 2200-1800 a.C.

Bronce Medio II 1800-1650 a.C.

Bronce Medio IIC o III 1650-1550 a.C.

Bronce Final I 1550-1400 a.C.

Bronce Final IIA 1400-1300 a.C.

Períodos de tiempo egipcios

Reino Antiguo (Dinastías III-VI) 2700-2190 a.C.

Primer Período Intermedio (Dinastías VII-XI) 2190-2106 a.C.

Reino Medio (Dinastías XI-XII) 2106-1786 a.C.

Segundo Período Intermedio (Dinastías XIII-XVII) 1786-1550 o 1539 a.C.

Período de los Hicsos (Dinastías XV-XVI) 1648-1550 o 1540 a.C.

Reino Nuevo (Dinastías XVIII-XX) 1550 o 1539-1069 a.C.

Dinastía XVIII 1550 o 1539-1295 a.C.

Dinastía XX 1186-1069 a.C.

Períodos de tiempo bíblicos

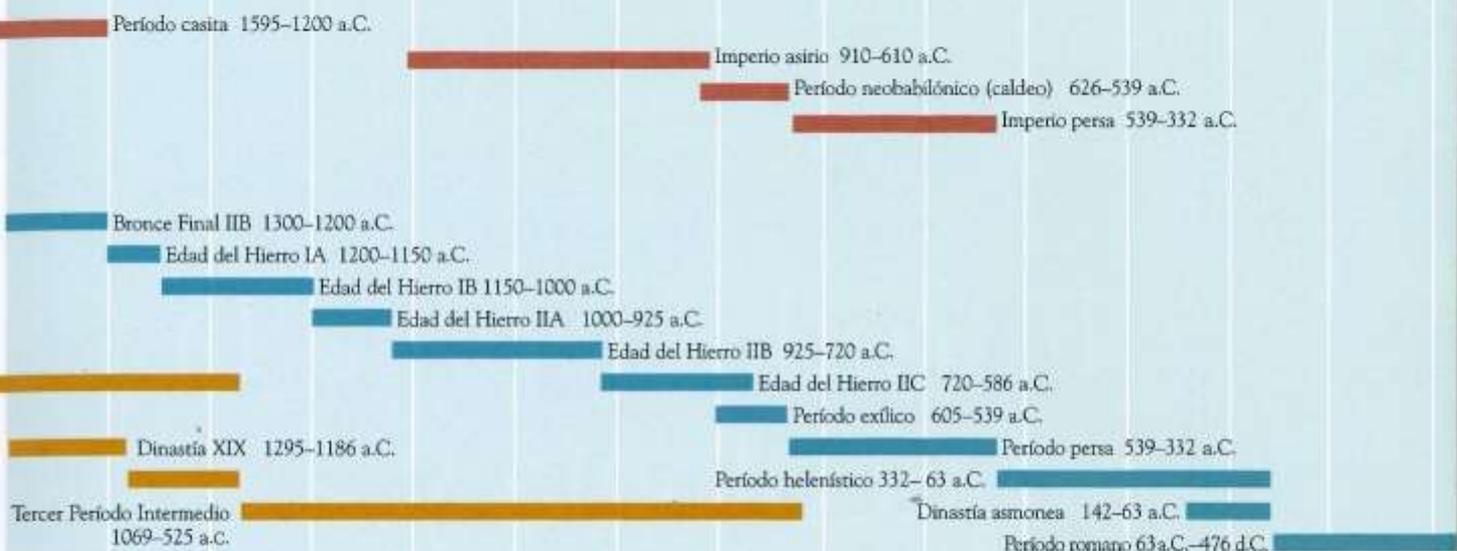
● 2000-1700 a.C. Período de los Patriarcas (Abrahán, Isaac y Jacob)

1527-1407 a.C. Moisés (basado en Éxodo en 1447) [ca. 1350-ca. 1230 a.C. - basado en Éxodo en ca. 1270] ●

1447/6 a.C. Éxodo - fecha temprana [ca. 1250-1270 a.C. - fecha tardía] ●

1407-1400 a.C. Conquista de Canaán - fecha temprana [1230-1223 a.C. - fecha tardía] ●

c. 1380-1050 a.C. Período de los Jueces (basado en conquista en 1407) [ca. 1200-1050 a.C. - basado en conquista en ca. 1230] ●



- c. 1050–930 a.C. Monarquía israelita unida
- c. 1050–1010 a.C. Saúl
- 1010–970 a.C. David
 - 970–930 a.C. Salomón
 - 967–960 a.C. Salomón construye el Templo del Señor en Jerusalén
 - 930 a.C. División del reino en Israel (en el norte) y Judá (en el sur)
 - 722 a.C. Israel se exilia a Asiria
 - 701 a.C. Senaquerib invade Judá
 - 605 a.C. Deportación de Daniel y sus amigos
 - 586 a.C. Nabucodonosor exilia Judá a Babilonia - Jerusalén y el Templo destruidos
 - 538 a.C. Ciro autoriza a los judíos a regresar a Jerusalén
 - 516 a.C. Zorobabel termina la reconstrucción del Templo
 - 444 a.C. Nehemías reconstruye las murallas de Jerusalén
- 168 a.C. Antíoco IV profana el Templo de Jerusalén ●
- 63 a.C. El general romano Pompeyo captura Jerusalén y entra en el sancta sanctorum del Templo ●
- 19 a.C. Herodes el grande comienza la restauración del Templo ●
- 5 a.C. Nace Jesús ●
- 30–33 d.C. Ministerio público de Jesús ●
- 33 d.C. Jesús muere y resucita, día de Pentecostés - principio de la Iglesia ●
- 47 d.C. El apóstol Pablo comienza su primer viaje ●
- 49 d.C. Concilio de Jerusalén ●
- 60–62 d.C. Arresto domiciliario de Pablo en Roma ●
- 63–65 d.C. Último viaje de Pablo ●
- 66–67 d.C. Prisión final y ejecución de Pablo bajo el emperador Nerón ●
- 81–96 d.C. Persecución de la Iglesia bajo el emperador Domiciano; el apóstol Juan ve la Revelación en la isla de Patmos ●



Introducción a la arqueología y a su aplicación al Antiguo Testamento

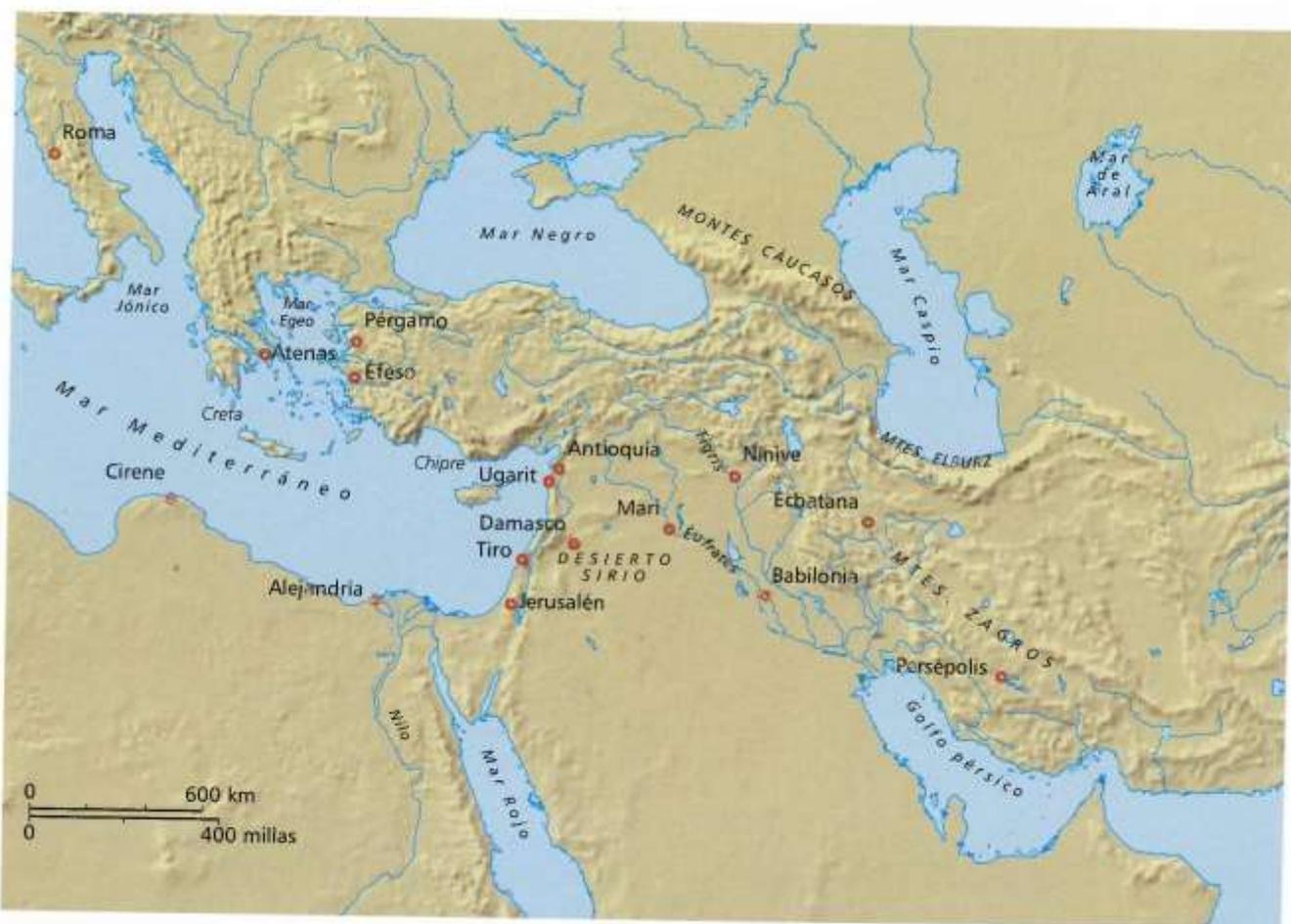
Nacimiento de la arqueología

Viajando en el tiempo

El conocimiento del pasado (la historia) es la clave para comprender el presente y las fuerzas que continúan dando forma a culturas, lenguajes, fronteras nacionales y asociaciones políticas. En la exitosa película *Regreso al futuro*, el excéntrico científico Emmett Brown construía un coche-máquina del tiempo que era capaz de retroceder al pasado o de adelantarse hacia el futuro. Dado que las máquinas del tiempo no son viables, ¿cómo abrir la puerta del pasado y descubrir la historia, las aventuras y los misterios que se mueven furtivamente en los tiempos antiguos?

Existe un vehículo que puede hacernos retroceder en el tiempo. Durante los últimos 200 años, el trabajo arqueológico ha proporcionado una valiosa información que ha permitido a las personas del siglo XXI echar un vistazo al pasado y hojear capítulos de la historia humana que durante siglos, e incluso milenios en algunos casos, han permanecido inaccesibles. Un lugar donde la arqueología ha conseguido hacer revivir el pasado es el Oriente Próximo, Medio o Antiguo. Los escritores clásicos griegos, de Homero a Heródoto, escribieron sobre las naciones del Mediterráneo oriental. Estos escritos despertaron en los occidentales un gran interés por las pirámides y los templos de Egipto –sus momias y papiros– y por los monumentos y tablillas de Babilonia. En Tierra Santa, muchas iglesias y mezquitas antiguas están construidas sobre lugares donde debieron de tener lugar importantes acontecimientos de la historia bíblica, y pueden verse antiguas ruinas a lo largo de toda la región. Los restos arqueológicos de Oriente Próximo plantean las siguientes preguntas: ¿Tienen estos restos algo que ver con la Biblia, el libro que más profundamente ha influido en la cultura occidental? ¿Existen pruebas arqueológicas que se relacionen con la Biblia? ¿Ciertas partes de la Biblia, especialmente las escritas hace 3.000 años o más, son mito o historia? ¿Es compatible una disciplina científica como la arqueología con un libro obviamente religioso como la Biblia? Se trata de preguntas clave, y este libro intentará responderlas.

Una lectura no erudita de la Biblia revela que el escenario de los acontecimientos y las gentes del Antiguo y del Nuevo Testamento es Oriente Medio. Dicho escenario incluiría en el Antiguo Testamento, de este a oeste, las actuales Irán, Irak, Turquía oriental, Siria, el Líbano, Israel, Palestina, Jordania, Egipto y Sudán septentrional. Estas tierras también se conocen como el «Creciente fértil», lugar de nacimiento de la civilización. En la era cristia-



Algunas de las principales ciudades en tiempos bíblicos.

na, el escenario de la Biblia se trasladó hacia el oeste para incluir Turquía occidental, Grecia, Italia y algunas islas mediterráneas. Por tanto, cualquiera que estudie la historia, lengua, literatura, arquitectura, arte y geografía de estas regiones, encontrará numerosas relaciones con la Biblia. Esto es así porque los acontecimientos de la Biblia tienen lugar en estas regiones, y en ellos se cita a gobernantes como Sesac, Tarjaca, Teglát-Falasar y Sargón, Ciro y Darío, César Augusto y Herodes, que son asimismo personajes históricos. La arqueología, por tanto, puede servir de máquina del tiempo para los lectores de la Biblia, permitiéndoles navegar por el pasado.

Los orígenes de la arqueología del mundo bíblico

La arqueología consiste en el estudio de las cosas antiguas, especialmente culturas y sociedades. Teniendo en cuenta que el mundo académico europeo siempre estuvo interesado en la historia, las lenguas (griego y latín), la literatura y el arte clásicos, no es de extrañar que las primeras excavaciones arqueológicas empezaran en Italia hace más de 250 años, en los yacimientos de Herculano (1738) y Pompeya (1748). Este temprano desarrollo pudo haber beneficiado el estudio del Nuevo Testamento, pero no fue este el motivo de estas primeras exca-

vaciones. Heinrich Schliemann (1822-90), hijo de un ministro alemán, mostró desde muy joven un gran interés por la *Iliada* y la *Odisea* de Homero. Esta pasión, junto con su deseo de verificar la historicidad de las obras de Homero, le llevó hacia finales de la década de 1860 a Grecia, donde realizó excavaciones en varios lugares. Con el tiempo descubrió el emplazamiento de lo que muchos creen que fue Troya, en Turquía occidental. Se considera a Schliemann una figura relevante en el desarrollo de métodos de excavación más científicos.

Gracias a Schliemann, muchos biblistas¹ pensaron que la arqueología también podía servir para estudiar la Biblia y su mundo. De hecho, fue el interés por la Biblia y su historia lo que motivó a muchos de los primeros exploradores y arqueólogos a viajar a Oriente Medio para investigar y excavar yacimientos antiguos.

La arqueología en Mesopotamia

Hace casi 400 años, Pietro Della Valle (1586-1652), poeta, soldado y viajero italiano, visitó los montículos o *tells* (como se llaman en árabe) que constituían la antigua Babilonia. Allí descubrió adobes con una curiosa escritura en forma de cuña incisa en el barro. Fueron los primeros ejemplos de los que los estudiosos llamarían la escritura «cuneiforme» (en forma de cuña) que llegaron a Europa. Pero nadie podía leerlos. Durante los siguientes 250 años, numerosos estudiosos intrépidos, diplomáticos y clérigos viajaron a Oriente Medio para explorar los lugares bíblicos. En el siglo XVII, y hasta principios del siglo XX, viajar de Europa a Oriente Medio y por el interior de estas tierras era un desafío, debido a las enfermedades y a la hostilidad de los nativos.

Los británicos y los franceses jugaron un importante papel en las primeras excavaciones que se realizaron en Irak. Sir Henry Rawlinson fue nombrado cónsul en Bagdad en 1843, lo que le permitió dedicarse a organizar excavaciones en la zona. Otros arqueólogos pioneros en Irak fueron Paul-Emile Botta (1802-70) y Austin Henry Layard (1817-94). El primero fue cónsul francés en Mosul, al norte de Irak, desde 1842, y realizó excavaciones en las antiguas capitales asirias de Nínive y Khorsabad, donde descubrió el palacio del rey Sargón II, mencionado en Isaías 20,1. Muchas de las refinadas esculturas que descubrió se trasladaron al Museo del Louvre, en París. Layard, anticuario británico, también trabajó en Nimrud y Khorsabad durante la década de 1840. Sus más importantes descubrimientos fueron trasladados al Museo Británico, en Londres. Hacia la segunda mitad del siglo XIX, la disciplina de la asiriología avanzó gracias al desciframiento de la escritura cuneiforme y el descubrimiento de capitales antiguas como Nínive y Babilonia, conocidas por las páginas de la Biblia. Otra renombrada ciudad bíblica de Mesopotamia, Ur de los caldeos, el hogar de Abrahán (Gén 11,28.31), fue excavada por Sir Leonard Woolley (1880-1960) entre 1922 y 1934. Woolley descubrió las tumbas reales de la Primera Dinastía de Ur (ca. 2650-2500 a.C.), que albergaban exquisitas piezas de orfebrería, objetos de oro y diversos utensilios. Estos tesoros se encuentran en el Museo Británico, mientras que parte de las joyas y el cuerpo de Pu-Abi, reina o sacerdotisa de Ur durante la Primera Dinastía, se exhiben en el Museo de la Universidad de Pennsylvania. Inspirada por el descubrimiento de las tumbas reales en Ur, Agatha Christie escribió su famosa novela policíaca *Asesinato en Mesopotamia*,

¹ N. de la T.: En el sustantivo plural en inglés no se distingue el género masculino del femenino, por lo que todos los plurales que se refieren a biblistas, arqueólogos, especialistas, expertos, investigadores y estudiosos se han traducido al castellano como masculinos. Téngase en cuenta, no obstante, que aunque en el siglo XIX y principios del XX estas personas eran principalmente hombres, hoy hay numerosas mujeres en todas estas facetas.

y se casó además con Max Mallowan, ayudante de Woolley. Posteriormente, Max y la propia Agatha realizarían excavaciones en Nimrud, en el norte de Irak.

La arqueología en Egipto

La egiptología tiene sus raíces en el coleccionismo de antigüedades del valle del Nilo que surgió en el siglo XVI. Egipto se conocía a través de la literatura clásica y los viajes de Heródoto en el siglo V a.C. La mística de Egipto llevó a muchos europeos a pensar que el contacto con objetos egipcios podía proporcionar conocimientos esotéricos, y que las misteriosas escrituras egipcias contenían poderes mágicos. Estas ideas fantasiosas dieron lugar a investigaciones más científicas en el siglo XIX. Giovanni Belzoni (1778-1823), que había sido gigante de circo e ingeniero hidráulico, viajó a Egipto en 1816 con la esperanza de ven-

El desciframiento de la escritura cuneiforme

Si observamos superficialmente un texto cuneiforme, los trazos pueden parecernos completamente ininteligibles. Hoy, sin embargo, existen numerosos expertos formados en la interpretación de esta curiosa escritura. Fueron necesarias innumerables horas de estudio para lograr descifrar la escritura cuneiforme, pero el esfuerzo valió la pena, ya que su interpretación permitió a su vez comprender las antiguas lenguas de Mesopotamia, lo que ha proporcionado valiosa información contextual sobre numerosos textos de la Biblia.

Carsten Niebuhr (1733-1815) es el estudioso al que suele atribuirse el inicio de las más importantes investigaciones científicas en Oriente. Nacido en Alemania, Niebuhr era un matemático que realizó asimismo estudios de agrimensura, lo que le permitió unirse a un equipo de estudiosos escandinavos y alemanes que fueron enviados a explorar Oriente Medio bajo los auspicios del monarca danés Federico V. El equipo incluía un lingüista, un botánico, un zólogo y un artista. Niebuhr viajó por

Egipto, el Sinaí, Irak, Siria y Persia (ahora Irán) entre 1761 y 1767, copiando relieves e inscripciones cuneiformes en Persépolis (una de las capitales del Imperio persa), y realizando dibujos en Nínive y mapas de varios yacimientos. Durante la expedición fueron muriendo todos los miembros del equipo, pero Niebuhr continuó trabajando, allanando el camino que otros siguieron. En Persépolis estudió los enigmáticos textos cuneiformes, concluyendo, de forma acertada, que mezclaban tres sistemas diferentes de escritura. Este hallazgo supuso un importante desarrollo, pero el avance más significativo ocurrió en 1802, cuando George Grotefend identificó correctamente los nombres de tres reyes persas en las tablillas, lo que permitió la identificación de trece signos del persa antiguo.

La clave que sirvió para descifrar todos los signos de la escritura cuneiforme consistió en descubrir que una inscripción de Behistun o Bisitun, en Irán occidental, contenía un texto trilingüe. La inscripción narraba los primeros años del rey Darío



Texto cuneiforme de *Enuma Elish*, una historia de creación babilónica.

der sus técnicas de irrigación a Muhammad Ali, el gobernante de Egipto. Allí conoció al cónsul británico Henry Salt, que era un coleccionista de antigüedades. Belzoni colaboró durante muchos años en las excavaciones de Salt, abriendo tumbas en el Valle de los Reyes y explorando las pirámides de Giza. Tomó como un desafío personal el trasladar sus mayores hallazgos a Inglaterra. Pese a su reputación de utilizar métodos poco rigurosos, también realizó cuidadosos dibujos de los templos y estatuas que no pudo trasladar, demostrando así que reconocía el valor intrínseco de los monumentos.

Una etapa fundamental en el colonialismo francés en el Mediterráneo fue la campaña de Napoleón en Egipto. Se cuenta que, de pie frente a las grandes pirámides de Giza, Napoleón anunció a sus tropas que 5.000 años de historia los contemplaban. Desde 1798, su ejército de estudiosos se esparció por todo Egipto para registrar información sobre los

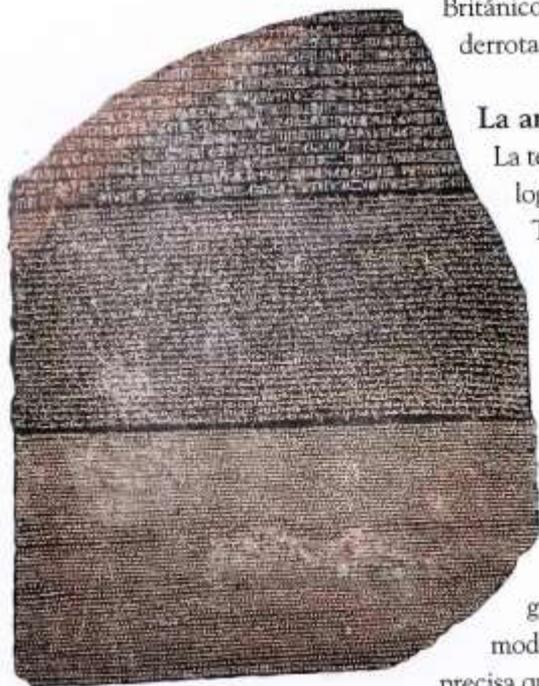
como gobernante y se escribió con trazos cuneiformes en elamita, babilónico y persa antiguo. Henry Creswicke Rawlinson (1810-95), oficial británico, aprovechó su estancia en Persia en 1833 para dedicarse al estudio del monumento de Behistun. Basándose en las aportaciones de Niebuhr y Grotenfend, Rawlinson consiguió descifrar las tres lenguas tras años de trabajo minucioso. Este logro fue muy importante para el estudio de muchas lenguas del antiguo Oriente Próximo, pues muchas naciones utilizaron esta escritura. Aunque fueron los sumerios los que desarrollaron la escritura cuneiforme en el sur de Mesopotamia en el IV milenio a.C., esta fue adoptada a su vez por los babilonios, los asirios, los hititas y los persas. Durante el II milenio a.C., los escribas de Ugarit, en la actual Siria, convirtieron la escritura cuneiforme en un sistema alfabético.

La tumba de Darío I
y su inscripción
trilingüe en
Behistun,
oeste de Irán.



monumentos. Gracias a este esfuerzo francés se encontró en 1799 la Piedra Rosetta, un descubrimiento que permitió que el filólogo Jean François Champollion descifrara los jeroglíficos egipcios.

La Piedra Rosetta contenía un edicto de Ptolomeo V (196 a.C.), inscrito tanto en jeroglíficos como en demótico, la avanzadísima escritura simplificada utilizada en el Egipto grecorromano. Fue, no obstante, la presencia del tercer texto, la traducción griega de la parte egipcia, lo que proporcionó la clave para descubrir el significado de los misteriosos signos. Este avance posibilitó la lectura y comprensión de las inscripciones jeroglíficas de tumbas, templos, estelas y papiros. La Piedra Rosetta se encuentra actualmente en el Museo Británico, después de haber sido entregada por Napoleón a los ingleses tras su derrota en Waterloo.



La Piedra Rosetta, con inscripciones en tres lenguas, permitió interpretar los jeroglíficos.

La arqueología en Palestina e Israel

La tercera área más importante de Oriente Próximo –el corazón de la arqueología bíblica– comprende Palestina e Israel, a menudo conocida como Tierra Santa. Edward Robinson (1794-1863), biblista y profesor de un seminario americano, es una figura significativa en los orígenes de la arqueología bíblica, una disciplina que sólo floreció completamente en el siglo XX. Desde 1837, Robinson viajó por Egipto, el Sinaí y Palestina, acompañado desde Beirut por Eli Smith, un misionero americano que dominaba el árabe. El monumental trabajo en tres volúmenes de Robinson, *Biblical Researches in Palestine*, fue publicado en 1841. El principal objetivo de su exploración era identificar lugares hasta entonces conocidos únicamente por el Antiguo y el Nuevo Testamento. En muchos casos logró correlacionar nombres hebreos y griegos citados en la Biblia con topónimos (nombres de lugares) del árabe moderno. La creencia de Robinson de que la Biblia contenía información precisa que podía relacionarse con las ruinas y lugares de Palestina se convirtió en una de las características distintivas de la arqueología bíblica durante más de una década.

El *Palestine Exploration Fund* (PEF) se fundó en Inglaterra en 1865 para investigar la historia natural, la arqueología y la geografía de Palestina. Las primeras expediciones bajo el PEF (ahora conocido como la *Palestine Exploration Society*) se dedicaron a realizar prospecciones y levantar mapas de lugares clave, como el mapa de Jerusalén realizado por el capitán Charles Warren. Bajo la autoridad del Imperio otomano en Palestina trabajaba Charles Clermont-Ganneau, que ayudó a rescatar la famosa estela de Mesa o Moabita que había sido descubierta en Dhiban (la Dibán bíblica) en Transjordania en 1868. Clermont-Ganneau también se dedicó al estudio de inscripciones en hebreo antiguo, como la inscripción del túnel de Siloé, descubierta en 1880. Pero es a Sir William Matthew Flinders Petrie (1853-1942) a quien normalmente se le atribuye el mérito de haber orientado las excavaciones arqueológicas en una dirección más científica. Formado como topógrafo e ingeniero, el joven Petrie había estudiado y medido monumentos en Inglaterra (en 1880 publicó un libro sobre

Stonehenge). Cuando fue a Egipto, Petrie utilizó técnicas de ingeniería y prospección para medir las grandes pirámides de Giza en Egipto.

En 1890, y recién salido de casi una década de excavaciones en Egipto, Petrie trabajó brevemente en Tell el-Hesi, en el sur de Judá, bajo los auspicios del PEF. Allí buscaba aplicar el método estratigráfico (estudio de la disposición de los estratos) que Schliemann había utilizado en Grecia y Troya, lo que supuso un verdadero avance en la arqueología de Palestina, pese a la brevedad de su estancia en Tell el-Hesi. La geología ya había determinado que los niveles de la tierra, o estratos, eran depositados por las fuerzas de la naturaleza en una secuencia cronológica, en la que los estratos más recientes cubrían los depósitos más antiguos. Conocido como «ley de la superposición», este principio fue aplicado a la disciplina de la arqueología, lo que resultó ser de gran ayuda para datar los niveles de restos humanos en los montículos del Oriente Próximo. En este caso, fueron los contenidos dentro de los niveles los que permitieron a los arqueólogos establecer fechas precisas para las distintas civilizaciones. Aunque no existiera certeza absoluta sobre la fecha de un nivel, el excavador podía deducir la cronología relativa: los estratos más bajos serían los más antiguos y los de más arriba los más recientes.

Otros arqueólogos siguieron a Petrie en sus excavaciones de lugares bíblicos en la región, como R. A. S. Macalister (1870-1950), que colaboró en las excavaciones de Tell es-Safi (probablemente la Gat filisteá) y Guézer entre 1902 y 1908. Otros lugares bíblicos, como Tanac, Jericó y Meguido, fueron excavados por arqueólogos alemanes a principios del siglo XX.

Poco después de los primeros arqueólogos europeos vinieron los estudiosos americanos, debido al nacimiento de las *American Schools of Oriental Research* en 1900. George Reisner, de la Universidad de Harvard, que había trabajado previamente en Egipto y Sudán, dirigió las excavaciones en Samaría desde 1909. Este trabajo y otros proyectos en la región se vieron truncados por la I Guerra mundial, pero la caída del Imperio otomano y el subsiguiente Mandato británico en Palestina dieron origen a una nueva etapa en la exploración arqueológica de Palestina. El importante arqueólogo bíblico G. Ernest Wright lo llamó «una época dorada». El estudioso más renombrado de esta etapa fue William Foxwell Albright (1891-1971), de la Universidad Johns Hopkins. Albright realizó prospecciones en Tell Beit Mirsim y poco después llevó a cabo cuatro campañas de excavaciones entre 1926 y 1932. La importancia del trabajo de Albright se basa en la atención que otorgó a la cerámica y en haber establecido una secuencia tipológica con propósitos de datación. Petrie ya había utilizado los principios básicos de la cronología cerámica, consistentes en datar los restos cerámicos basándose en su forma y decoración, pero fue Albright el que refinó este análisis al datar cuidadosamente formas y tipos de cerámica específicos comparándolos con los de otros lugares, y permitiendo así a otros estudiosos datar los niveles de otros lugares en el sur de Palestina.

G. Ernest Wright (1909-74), uno de los alumnos más distinguidos de Albright, fue bien conocido por sus investigaciones en teología y arqueología bíblica. De Albright aprendió la importancia del análisis cerámico. Con su maestro tomó asimismo contacto con los métodos



Uso de un magnetómetro en una prospección en Tell el-Borg, Sinaí. Este instrumento permite a los arqueólogos ver estructuras bajo la superficie del suelo.

de campo en 1934 en Beitín, considerada la Betel del Antiguo Testamento. Wright se adelantó al posterior enfoque multidisciplinar a la arqueología, debido a su asociación con el antropólogo Robert Braidwood, de la Universidad de Chicago. Aunque Wright esperaba ver los frutos de su nueva visión multidisciplinar en las excavaciones que dirigió en Siquén, sus elevadas aspiraciones sólo se cumplirían posteriormente en el trabajo de sus alumnos: William Dever, Joseph Seger y John Holladay. Todos ellos trabajaron en Guézer entre 1960 y 1970, promoviendo enfoques más científicos y multidisciplinarios en las excavaciones con el fin de proporcionar una panorámica más completa de la vida en las antiguas Canaán e Israel.

La creación del Estado de Israel en 1948 supuso el inicio de las excavaciones de israelíes en su tierra ancestral, aunque algunos ya habían trabajado en décadas anteriores junto a arqueólogos occidentales. Benjamin Mazar (1905-95), un joven estudioso que ya había trabajado en Tell Beit Mirsim con Albright en la década de 1930, es considerado por muchos el padre de la arqueología israelí. De 1936 hasta el fin de la década de 1970, Mazar realizó excavaciones en varios yacimientos, incluido el Monte del Templo en Jerusalén. Uno de los estudiantes de doctorado de Albright en la Universidad Johns Hopkins fue Abrahán Biran, que dirigió las excavaciones en Tell Dan durante décadas, y que ha seguido trabajando hasta bien entrados los noventa. Otros arqueólogos pioneros en Israel fueron Yohanan Aharoni (1919-76), un estudiante de Mazar que trabajó en excavaciones en Arad, Ramat Rachel y Berseba, y Yigael Yadin (1917-84), general, político y académico, que realizó excavaciones en Jasor, Meguido y Masadá. Los alumnos de estos primeros arqueólogos israelíes trabajan actualmente en las excavaciones de los *tells* de las antiguas Israel y Canaán.

En el segundo tercio del siglo XX también hubo arqueólogos británicos que trabajaron en Israel y Jordania. La arqueóloga inglesa Kathleen Kenyon (1906-78) introdujo los métodos más rigurosos desarrollados en la arqueología británica en sus excavaciones de Jericó y Jerusalén. También adaptó las técnicas de campo de Sir Mortimer Wheeler. Tal vez su mayor contribución a la arqueología bíblica o de Siria-Palestina fue la introducción de lo que se conoce como método «Wheeler-Kenyon» en Oriente Próximo. En este método se estudian con minuciosidad los niveles de ocupación y los muros testigos, es decir, los muros que se van creando en los laterales de las cuadrículas o áreas al excavarlas. Las cuadrículas o rectángulos excavados se sitúan en un sistema de cuadrícula establecido mediante un instrumento de medición. Kenyon tuvo además especial cuidado en aislar la cerámica y el resto de objetos encontrados en cada estrato. Gracias al registro de todos los hallazgos y a los detallados dibujos de los muros testigo, se podía conocer siempre el contexto de un objeto.

Los métodos arqueológicos modernos

Desde la década de 1960 en adelante, el trabajo arqueológico en todo Oriente Medio se ha ido haciendo cada vez más multidisciplinar. Tradicionalmente, en Oriente Próximo los arqueólogos enfatizaban la importancia del examen de las antiguas fuentes escritas, escritura, artefactos y objetos de arte de diversos tamaños como base para la reconstrucción del pasado. A pesar de que este enfoque, basado en las humanidades, permanece como espina

dorsal de la arqueología, los arqueólogos han ido ampliando sus intereses, planteándose nuevas preguntas y empleando nuevos métodos de investigación.

La mayoría de las excavaciones tienen como objetivo el estudio paleo-medioambiental de la región en la que se ubica el yacimiento. Los arqueólogos cuentan ahora con un instrumento de medición láser o «teodolito» para realizar prospecciones en los yacimientos, que permite registrar datos en ordenadores y elaborar mapas extremadamente rigurosos. Gracias a instrumentos como el magnetómetro y el radar de penetración en el suelo (*Ground Penetrating Radar*, GPR) se pueden ver las estructuras debajo de la superficie, lo que guía al arqueólogo a la hora de excavar estructuras de particular interés. Los programas de ordenador como los Sistemas de Información Geográficos (SIG) permiten superponer imágenes de satélite, mapas regionales y mapas de yacimientos arqueológicos, y así se obtienen datos para estudiar un yacimiento arqueológico y su relación con otras estructuras y yacimientos. También se utiliza a menudo el carbono 14 para datar restos de flora o de fauna.

La cerámica ya no se estudia únicamente con fines de datación, sino también para determinar los tipos de arcilla y greda utilizados, que pueden localizarse en diferentes puntos de origen. Por ejemplo, en un yacimiento que excavé con mi equipo en el norte del Sinaí, encontramos un gran vaso que se utilizaba para transportar productos, y que procedía en realidad de la región del oasis Dakhla en el desierto libio de Egipto, mientras que otro se había fabricado en Ugarit, en la costa mediterránea en la actual Siria. Los arqueólogos están especialmente interesados en determinar la función de los vasos: su utilidad, qué contuvieron o transportaron y qué pueden decirnos sobre la economía de un yacimiento o región. Es difícil que recipientes de este tipo aparezcan con sus contenidos intactos, pero la presencia de residuos ofrece una pista importante de lo que pudieron contener.

Los arqueólogos modernos se muestran cada vez más dispuestos a realizar estudios antropológicos paralelos. Dichos estudios incluyen la osteología (el estudio de restos humanos) y la paleozoología, que determina los tipos de animales en un yacimiento a partir de los huesos encontrados. A partir de un cuidadoso estudio de restos humanos, el arqueólogo puede establecer hipótesis sobre las personas que vivieron en un yacimiento (su identidad étnica, su estado de salud y las enfermedades que pudieron sufrir). Los huesos de animales aportan información sobre la dieta de los residentes, así como sobre el medio ambiente de la zona. Por ejemplo, en nuestro trabajo en Tell el-Borg, en el Sinaí, hemos descubierto restos de vacas, ovejas, cabras, cerdos y peces. Estos restos indican que los antiguos habitantes del yacimiento seguían una dieta nutritiva y variada.

La etnoarqueología, una rama de la antropología, estudia la información cultural o social de un lugar o una región cercana a otro yacimiento para establecer hipótesis sobre prácticas antiguas. En Tell el-Borg descubrimos antiguas chozas de caña que se habían quemado hasta el suelo hace miles de años, y aun así pudimos averiguar cómo se construyeron esas cabañas y sus patrones de asentamiento gracias al estudio de las cabañas de los beduinos de las cercanías. Existen bases de datos para registrar y organizar objetos y otros hallazgos y para facilitar el acceso a la información y fomentar el estudio y las publicaciones sobre arqueología.

La arqueología en Oriente Próximo, por tanto, está dejando de ser una empresa de caza



Resultados de una prospección con magnetómetro en Tell el-Daba, Egipto, que muestran las estructuras del palacio de los hititas.

de tesoros por anticuarios, para convertirse en un trabajo riguroso guiado por enfoques científicos e interdisciplinarios serios que proporcionan una panorámica más completa de las sociedades antiguas. La ventaja para la arqueología bíblica es que ahora conocemos con mayor seguridad la manera en que se recuperaron, dataron e interpretaron los materiales arqueológicos.

La arqueología bíblica en crisis

Después de décadas de relación amistosa entre la escritura y la pala, los últimos treinta años han presenciado un espectacular cambio de enfoque, de uno generalmente positivo a uno más negativo y escéptico. William G. Dever, profesor de la Universidad de Arizona, conocido por implantar métodos científicos e interdisciplinarios en sus excavaciones en Guézer, comenzó a cuestionar a finales de la década de 1970 la propiedad del término «arqueología bíblica». Dever objetaba, con razón, que muchos «arqueólogos bíblicos» eran en realidad teólogos y biblistas que carecían de la formación necesaria en el trabajo de campo. Añadía que el trabajo de dichos «arqueólogos bíblicos» estaba tan comprometido con una lectura literal de la Biblia, que ni siquiera se atrevían a interpretar los datos arqueológicos de forma objetiva, además de que las prioridades de la historia bíblica eran ya de por sí demasiado limitadas. Por ejemplo, Abrahán probablemente llegó a Canaán en algún momento de la Edad del Bronce Medio (ca. 2000-1800 a.C.). Un arqueólogo bíblico podría tender a ignorar o descartar los materiales arqueológicos de la Edad del Bronce Antiguo o el Período calcolítico (2300-1300 a.C.), sencillamente porque no sirven de apoyo a la Biblia. Muchos estuvieron de acuerdo con Dever, y cada vez más arqueólogos que trabajan en las regiones de Tierra Santa se refieren a su disciplina como arqueología «siro-palestina» para demostrar que los objetivos de su investigación no están limitados por las restricciones de la Biblia.

Está claro que Dever ha ganado un importante debate sobre metodología. Los arqueólogos, independientemente de sus opiniones teológicas, están ahora de acuerdo en que el trabajo arqueológico objetivo es de capital importancia, y en que el uso de técnicas de excavación cuidadosamente controladas y multidisciplinarias es esencial. Lo que Dever, un positivista histórico (es decir, un estudioso que sólo acepta las afirmaciones de un texto antiguo si pueden corroborarse mediante pruebas externas), no había previsto con sus críticas era el creciente escepticismo hacia la Biblia y el minimalismo histórico que se extendería entre influyentes biblistas a partir de la década de 1980.

La Biblia y la historia: debates actuales

El minimalismo histórico suele abordar con suspicacia la información contenida en la Biblia, considerándola manipulada ideológica y teológicamente, de forma que, para este movimiento, dicha información contiene escaso o nulo valor histórico. En cierto modo, este escepticismo representa un retorno a la crítica literaria de la Biblia instigada por biblistas europeos en el siglo XIX. En este enfoque no se considera que el autor del Pentateuco (los cinco primeros libros del Antiguo Testamento) fuera Moisés, como mantiene la tradición. Estos libros

se ven más bien como una compilación a partir de distintas fuentes escritas que datarían de siglos después de los acontecimientos mencionados. Estas fuentes, a su vez, habrían sido recogidas y unificadas en algún momento del siglo V a.C. Los historiadores bíblicos dejaron de confiar en la historicidad de los relatos recogidos en todos los libros que van desde el Génesis hasta el libro de Josué, porque existía una separación temporal demasiado grande entre los acontecimientos y el momento en que estos se recogieron. Se argumenta además que los compiladores posteriores cambiaron los relatos para adecuarlos a sus intereses teológicos particulares. Estas teorías dominaron el mundo académico de los siglos XIX y XX, y siguen siendo ampliamente aceptadas. El trabajo arqueológico de Albright y sus estudiantes entre 1930 y 1970 es una respuesta arqueológica a los enfoques literarios más subjetivos de los estudios bíblicos europeos.

En las décadas de 1980 y 1990, los enfoques literarios posmodernos comenzaron a influir en los estudios bíblicos. La teoría posmoderna considera que la Biblia pertenece a la ficción literaria, y por tanto minimiza e incluso desecha los hallazgos de la arqueología bíblica, al considerarlos irrelevantes. En su radicalidad, este enfoque llega a descartar la mayor parte de la historia del Antiguo Testamento: no existieron los patriarcas del Génesis, ni Moisés, no se produjo un Éxodo, ni una alianza en el monte Sinaí; no existió Josué ni se conquistó la Tierra Prometida, y figuras hasta entonces consideradas históricas, como David y Salomón, pasaron a reinterpretarse como figuras idealizadas más que como auténticos reyes de Israel.

En respuesta a estas teorías, Dever escribió una atrevida crítica, *What Did the Biblical Writers Know and When Did They Know It* (Eerdmans 2001). En este libro, Dever rechaza la tendencia revisionista de los historiadores posmodernos, acusándolos de utilizar los materiales arqueológicos de forma selectiva e ingenua. Argumenta que la Biblia debería considerarse como una ayuda esencial en el diálogo con los datos arqueológicos, y muestra además que, en muchos casos, al contrario de lo que los minimalistas afirman, la Biblia contiene rigurosa información histórica, social y cultural, especialmente sobre la Edad del Hierro (ca. 1200-586 a.C.).

En la misma época, mientras la hermenéutica posmoderna culminaba su efecto devastador en el campo de los estudios del Antiguo Testamento, el *Jesus Seminar* llegaba a la misma conclusión, argumentando que, por razones literarias y teológicas, la información contenida en los Evangelios sobre la vida de Jesús tampoco poseía valor histórico. Su enfoque, de carácter especulativo y arbitrario, ignora y trivializa materiales arqueológicos que apoyan la credibilidad de los Evangelios. Mi punto de vista es justo el contrario: después de más de treinta años estudiando el Antiguo y el Nuevo Testamento y haciendo un uso juicioso de las fuentes arqueológicas, veo más resultados positivos.

La Biblia, la arqueología y la interpretación

¿Qué es la Biblia?

La Biblia es una recopilación de textos judíos y cristianos escritos en hebreo, arameo y griego, y compuesta de dos partes distintas pero relacionadas, que los cristianos llaman Antiguo Testamento y Nuevo Testamento. El Antiguo Testamento, también conocido como Biblia hebrea, fue y continúa siendo el principal texto religioso de la fe judía. En la tradición judía, estos escritos doctrinales se organizan en tres partes que contienen libros o rollos separados, conocidos con el nombre de TANAK, TNK, que es un acrónimo de las tres secciones: Torá (Ley), Nebiim (Profetas) y Ketubim (Escritos).

Esta parte del canon, o escritos doctrinales, también forma parte de la tradición cristiana y es aceptada por las Iglesias católica romana, ortodoxa y protestante, aunque el orden de los libros es diferente en las traducciones al inglés¹. La diferencia en la secuencia responde al intento de organizar los libros por categorías literarias.

Los acontecimientos más modernos desde el punto de vista cronológico que se narran en el Antiguo Testamento aparecen al final del libro de Nehemías, y datan aproximadamente del 430 a.C.; el profeta Malaquías podría haber predicado en esta misma época, o una década o dos antes o después. Así, el canon del Antiguo Testamento parece finalizar alrededor del 400 a.C. El Nuevo Testamento comienza su historia cuatro siglos después, con los nacimientos de Juan el Bautista y Jesús de Nazaret.

El Nuevo Testamento, como la TANAK, está compuesto de libros escritos por diferentes autores, principalmente los discípulos o apóstoles de Jesucristo –de los que el apóstol Pablo fue el más prolífico–, además de los parientes de Jesús (Santiago y Judas). El orden de los libros que componen el Nuevo Testamento también se basa en categorías literarias.

Junto con la TANAK, estos libros constituyen la Biblia cristiana. En el decimonoveno concilio ecuménico de la Iglesia católica romana celebrado en Trento, Italia, el 8 de abril de 1546, se aceptaron oficialmente como parte del canon doce libros adicionales del período intertestamental. Estos libros, a veces llamados libros apócrifos, nunca fueron aceptados por el judaísmo, ni por las comunidades ortodoxa y protestante.

LA BIBLIA DETRÁS DE LA BIBLIA

El Antiguo Testamento contiene un total de treinta y nueve libros, mientras que el Nuevo Testamento contiene veintisiete, lo que suma un total de sesenta y seis libros. El conjunto

¹ N. de la T.: El orden también varía en las traducciones al castellano.

de la Biblia ha sido traducido a más de 400 lenguas y dialectos. El Nuevo Testamento está disponible en más de 1.000.

Dado que cientos de años, si no miles, separan las traducciones modernas de los escritos originales en hebreo o griego, cabría preguntarse cómo se realizaron estas traducciones y si el contenido de la Biblia se ha preservado fielmente tras siglos de copias de los manuscritos.

Los israelitas de la Biblia eran un pueblo relativamente pequeño entre las poderosas naciones del antiguo Oriente Próximo, y adoptaron muchas de las prácticas culturales y sociales de sus vecinos. Los grupos de escribas fueron especialmente sensibles a estas

El canon hebreo

Torá o Ley

Génesis, Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio

Nebiim o Profetas

Josué, Jueces, 1 y 2 Samuel, 1 y 2 Reyes, Isaías, Jeremías, Ezequiel, los Doce (los profetas menores: Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahúm, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías, Malaquías)

Ketubim o Escritos

Salmos, Proverbios, Job, El Cantar de los Cantares, Rut, Lamentaciones, Eclesiastés, Ester, Daniel, Esdras, Nehemías, 1 y 2 Crónicas

El canon del Antiguo Testamento

La Ley

Génesis, Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio

Libros históricos

Josué, Jueces, 1 y 2 Samuel, 1 y 2 Reyes, 1 y 2 Crónicas, Esdras, Nehemías, Ester

Libros poéticos

Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés, El Cantar de los Cantares, Lamentaciones

Profetas

Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel, Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahúm, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías, Malaquías

Nota del editor: La Iglesia católica distingue en el Antiguo Testamento entre "libros históricos" (que incluye el Pentateuco), "Libros Proféticos" y "Libros Sapienciales o Didácticos". La principal diferencia con las Iglesias protestantes son los "Libros Deuterocanónicos", que ellos consideran "Apócrifos". Para la Iglesia católica son "Deuterocanónicos" los libros de Tobías, Judit, 1 y 2 Macabeos, Baruc, Eclesiástico o "Ben Sirá", Sabiduría y algunas partes de Ester y Daniel (Dan 13; 14). Se llaman "Deuterocanónicos" porque o bien no estuvieron siempre en el canon o bien algunas de sus partes no formaron parte de él. Para la Iglesia católica, los "Deuterocanónicos" están inspirados y forman parte de la Sagrada Escritura.

El canon del Nuevo Testamento

Evangelios

Mateo, Marcos, Lucas, Juan

Historia de la Iglesia

Hechos

Cartas de Pablo

Romanos, 1 y 2 Corintios, Gálatas, Efesios, Filipenses, Colosenses, 1 y 2 Timoteo, Tito, Filemón

Cartas o Epístolas generales

Hebreos, Santiago, 1 y 2 Pedro, 1, 2 y 3 Juan, Judas

Apocalipsis

Apocalipsis

Los manuscritos del mar Muerto

A finales del año 1946 o principios de 1947, un pastor árabe que buscaba a una de sus ovejas, según cuenta la historia, entró en una cueva situada en la margen occidental del mar Muerto, y allí encontró una colección de vasos de cerámica, algunos de los cuales contenían antiguos manuscritos hebreos en forma de rollos. Uno de los rollos medía 7,34 metros de largo. En los años siguientes, los arqueólogos inspeccionaron esta y otras cuevas de las costas occidentales del mar Muerto. En total, once de las cuevas inspeccionadas albergaban rollos y fragmentos de prácticamente la totalidad de los libros del Antiguo Testamento. Únicamente faltaban rollos que contuvieran el libro de Ester. Además de comentarios sobre varios libros bíblicos, también se encontraron algunos textos sectarios. El nombre del lugar en que se encontraron las cuevas, Qumrán, se ha convertido actualmente en un sinónimo de los manuscritos del mar Muerto.

Esta gran colección de manuscritos del Antiguo Testamento constituye uno de los grandes descubrimientos arqueológicos del siglo XX. Su importancia radica en el hecho de que estos textos son el

testimonio más antiguo de los escritos hebreos que se conocen (siglo II a.C.). Por lo tanto, el texto del Antiguo Testamento puede remontarse a 1.000 años antes de los documentos masoréticos, hasta entonces los más antiguos. En un principio, los expertos creyeron que los nuevos hallazgos provocarían cambios y correcciones radicales de la tradición masorética, pero no ha sido así. Un conjunto de traducciones inglesas recientes, como la revisión de la Tanak de la *Jewish Publication Society* de 1999, la Nueva Versión Internacional y la Nueva Versión Estándar Revisada, pudieron basarse para algunos pasajes en el nuevo material de Qumrán. Rara vez, no obstante, encuentra uno una nota a pie de página indicando una nueva lectura del texto que esté basada en un Rollo del mar Muerto.

Los rollos de Qumrán del Antiguo Testamento se consideran actualmente una versión antigua que puede haber influido en la tradición de los escribas que posteriormente elaboraron el texto masorético.



Uno de los vasos de arcilla en los que se escondieron algunos de los rollos.

Los manuscritos del mar Muerto se encontraron escondidos en estas cuevas, cerca de los restos del monasterio en Qumrán.



influencias. Los escribas en el antiguo Oriente Próximo tenían gran respeto por la palabra escrita y trataron de preservar fielmente los textos de sus antepasados. Tras décadas de estudiar textos antiguos, W. F. Albright llegó a esta misma conclusión: «El estudio profundo y prolongado de muchos fragmentos de miles de documentos de Oriente Próximo antiguo prueba que tanto los documentos sagrados como los profanos los copiaron con mucho más cuidado los antiguos escribas israelitas que el que pusieron los posteriores copistas de la época grecorromana. La predisposición de los antiguos escribas a transmitir fielmente un texto se refleja en ocasiones en el colofón, una nota de conclusión del escriba. Por ejemplo, el *Libro de los muertos* egipcio de Yuya (ca. 1400 a.C.) contiene un perspicaz comentario final del copista, en el que alega que el texto «está completo de principio a fin tal como fue escrito, habiéndose copiado, revisado, comparado y verificado signo por signo». Es muy posible que los antiguos escribas israelitas, que creían estar transmitiendo la palabra de Dios, copiaran documentos anteriores a ellos con el mismo cuidado y pulcritud que sus homólogos egipcios.

El Antiguo Testamento se conserva en más de media docena de tradiciones de manuscritos, que actualmente utilizan los biblistas modernos para reconstruir el texto completo de los documentos originales. El texto del Antiguo Testamento que suele considerarse más fiable es la versión masorética. Esta «tradicón» (que es lo que significa la palabra *massorah*) del manuscrito hebreo fue transmitida por escribas judíos en Europa entre el 500 y el 1000 d.C., mientras que otros sabios conservaron la TANAK en Egipto. Las escrituras masoréticas mejor conservadas datan de los siglos X y XI, y sirvieron de base para la famosa traducción al inglés del siglo XVII conocida como la Biblia del rey Jaime.

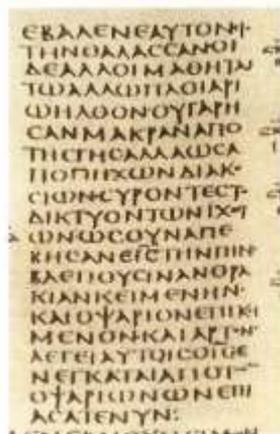
Debido al carácter tardío de los manuscritos que contienen la versión masorética en relación con el período de autoría de los mismos, que debe situarse unos 1.000 o 1.500 años antes, sería necesario conocer textos en hebreo anteriores para comprobar el grado de fidelidad con que se han conservado las escrituras. Por esta razón, el descubrimiento de los manuscritos del mar Muerto a finales de la década de 1940 supuso un gran hallazgo. Este corpus de textos incluía manuscritos bíblicos muy antiguos, del siglo II a.C.

Versiones y manuscritos del Antiguo Testamento

Durante el Período persa (539-332 a.C.), el arameo, otra lengua semítica similar al hebreo, se convirtió en la lengua común de Oriente Próximo. Con el tiempo, también la comunidad judía adoptó el arameo como lengua común, mientras que el hebreo permaneció como lengua de los eruditos religiosos. La pérdida del hebreo como lengua oficial y la adopción del arameo dieron lugar a paráfrasis de las escrituras llamadas *targums* o traducciones. Al principio estas traducciones eran de carácter oral, como atestigua el episodio de la lectura y traducción de la Torá por parte de Esdras a mediados del siglo V a.C. en Jerusalén (Neh 8,3-8). En tiempos de Cristo, la práctica común en las sinagogas consistía en leer la escritura hebrea y recitar después el *targum*. Durante los primeros siglos de la era cristiana, los *targums* pasaron a ser escritos y se unificaron en el Targum, otra tradición manuscrita que ayuda a comprender las antiguas escrituras hebreas.



ARRIBA: Texto hebreo. El manuscrito de Isaías de Qumrán. ABAJO: Texto griego. El *Codex Sinaiticus*, descubierto en el Monasterio de Santa Catalina del monte Sinaí.



En el Nuevo Testamento encontramos episodios en los que aparecen los difamados samaritanos (p. ej., Jn 4). Se cree que los samaritanos eran extranjeros que fueron obligados a asentarse en Samaría tras la caída del reino septentrional de Israel en el 721 a.C. En el segundo libro de los Reyes (17,24-28) se informa de que los reyes asirios establecieron a los prisioneros de guerra de Babilonia y Siria en Samaría. Un sacerdote de Betel se encargó de introducirlos en la religión de Israel y la Ley (2Re 17,28). Sin embargo, los samaritanos siguieron manteniendo sus propias tradiciones, entre ellas la creencia de que era el monte Garizín, y no Jerusalén, el principal lugar de oración, porque se remontaba a los días de Jacob. Para los judíos postexílicos en Judea, los samaritanos representaban una forma ilegítima de judaísmo, puesto que abrazaban la Torá pero rechazaban el resto del canon judío. Una pequeña comunidad de samaritanos continúa hasta el día de hoy en el territorio palestino cerca de la ciudad de Nablús. Su Torá es significativa para nuestra discusión. Está claramente basada en una tradición antigua. La escritura, por ejemplo, está más cerca de la utilizada en el siglo IV a.C., que es más antigua que la escritura cuadrada utilizada en los manuscritos hebreos. En sus manuscritos se utilizan divisores de palabra (concretamente un punto). Este mismo sistema de separación de palabras aparece en inscripciones de piedra antiguas, pero no en los manuscritos hebreos que sobrevivieron. El texto samaritano tiene muchas variaciones significativas respecto al texto masorético, pero a veces coincide con las versiones griegas. Todos estos hechos confirman que el Pentateuco samaritano es una valiosa versión para el estudio de la Torá.

En el siglo IV a.C., el mundo mediterráneo cayó bajo el control de Alejandro Magno y sus sucesores, y pronto se vio enormemente influenciado por la lengua y cultura griegas. Este cambio cultural tuvo un especial impacto en la gran comunidad judía de Egipto. Los sacerdotes y escribas judíos se dispusieron enseguida a traducir las escrituras hebreas al griego. Según cuenta una tradición, fueron setenta y dos los ancianos que trabajaron en Alejandría, cada uno de forma independiente, en la traducción de las escrituras durante el reinado de Ptolomeo II (285-247 a.C.). El resultado de dicho esfuerzo, que se prolongó setenta y dos días, fueron setenta y dos traducciones de la Torá, de ahí que esta traducción se conozca como Septuaginta, o «Biblia de los Setenta». La tradición sobre su origen suele considerarse poco verosímil. No obstante, se cree que alrededor del 250 a.C., la Torá fue traducida al griego, probablemente en Alejandría, y en el siglo siguiente se tradujo el resto de la TANAK.

La Biblia de los Setenta constituye un valioso recurso para la comparación con el texto hebreo. En algunos casos, donde un texto o una palabra hebreos resultan oscuros, el texto griego puede clarificar su significado. En otros casos, los traductores de la Biblia de los Setenta ofrecieron soluciones creativas que no eran traducciones literales del hebreo.

En Génesis 6,4, por ejemplo, los descendientes de la unión entre los hijos de Dios y las hijas de los hombres son identificados como *nephilim* en hebreo. A causa de la incertidumbre respecto al significado de la palabra *nephilim*, las traducciones inglesas modernas suelen dejar la palabra tal cual, *nephilim*. La Biblia de los Setenta, por su parte, traduce esta palabra como «gigantes». Está claro que la palabra hebrea *nephilim* no significa gigantes. La traducción griega utilizó esta palabra basándose en una afirmación en Números 13,33, donde se describe a los *nephilim* de la tierra de Canaán como gigantes al estilo de los *nephilim* de la

antigüedad. La Biblia de los Setenta es por tanto una herramienta fundamental para la comprensión del texto hebreo, y fue la versión de las Escrituras abrazada por la comunidad cristiana durante los primeros dos siglos de la era cristiana.

Con la expansión del Imperio romano durante el siglo I a.C. y el siglo I d.C., el latín cobró un papel más relevante. En algún momento del siglo II d.C. se tradujo al latín la Biblia de los Setenta para servir a la comunidad cristiana del norte de África. Esta traducción, de corta vida, fue superada en el año 383 d.C., cuando el papa Dámaso I encargó a san Jerónimo una nueva traducción. El trabajo de san Jerónimo consistía en una traducción fiel de las versiones hebreas, para lo que hubo de comparar el texto hebreo con la Biblia de los Setenta y con la versión latina antigua. La versión de san Jerónimo fue utilizada por la Iglesia católica romana durante muchos siglos, y se conoce como la Vulgata. El valor de la Vulgata para los estudios textuales es limitado, pero puede ser útil para estudiar la Biblia de los Setenta.

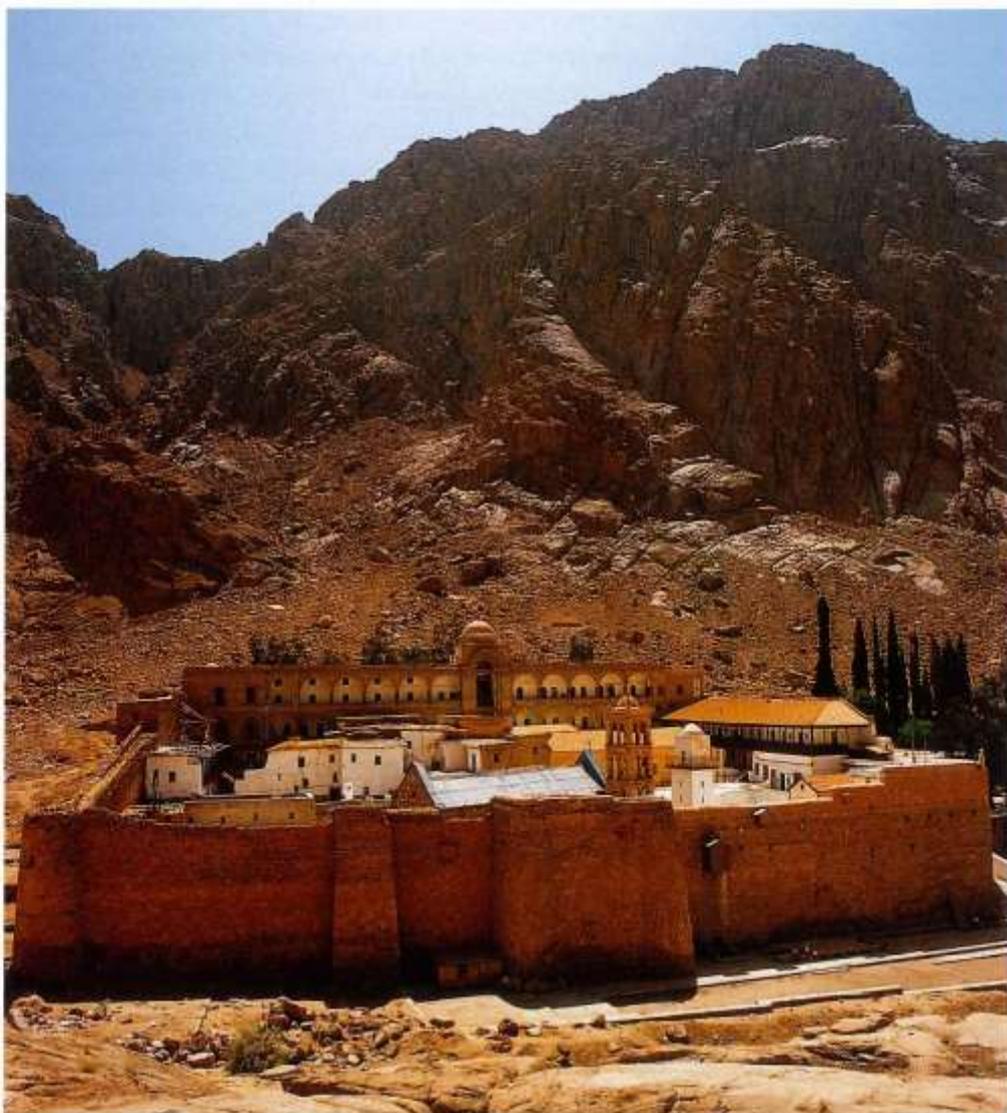
Aun cuando se podrían añadir otros importantes manuscritos y versiones, las versiones que hemos mencionado son las que los biblistas consultan más a menudo en su trabajo de reconstrucción de una versión hebrea fiel y fiable. Estas versiones y traducciones aparecen recogidas en miles de manuscritos y fragmentos que han sobrevivido y pueden examinarse. Con la invención de la imprenta, fue posible editar Biblias en serie, sin las variaciones del copista propias de los manuscritos.

Versiones y manuscritos del Nuevo Testamento

El Nuevo Testamento se recogió en griego a lo largo de un período de unos cincuenta o sesenta años en el siglo I d.C. Han sobrevivido unos 5.000 manuscritos y fragmentos para reconstruir los evangelios y las epístolas originales. El grupo de manuscritos más antiguo del Nuevo Testamento lo constituye un conjunto de papiros encontrados en Egipto. El fragmento más antiguo (llamado P52) data del 130 d.C. aproximadamente y contiene el capítulo 18 del evangelio de Juan; el resto de los libros del Nuevo Testamento están recogidos en los papiros de los siglos II y III de Egipto. Estos tempranos fragmentos del Nuevo Testamento demuestran lo rápidamente que circularon las escrituras cristianas, ya que se copiaron en una fecha antigua. Además, la antigüedad de los primeros manuscritos del Nuevo Testamento muestra que el tiempo transcurrido entre los acontecimientos que se describen y su redacción fue relativamente corto.

La Biblia más antigua conocida, que contiene tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, se conoce como *Codex Sinaiticus*. Un *códex* o *códice* es propiamente más un libro que un rollo. Fue descubierto en 1844 por el cazador de manuscritos Constantine Tischendorf en la biblioteca del Monasterio de Santa Catalina en el Sinaí. Para la parte del Antiguo Testamento, el *Codex Sinaiticus* se basa en la Biblia de los Setenta. La mayor parte de las páginas del *Sinaiticus* (en concreto 347 hojas) se exhiben en la British Library de Londres, mientras que el resto de fragmentos están repartidos en diferentes colecciones y bibliotecas europeas. En 1975, con motivo de unas obras realizadas en el Monasterio de Santa Catalina que obligaban a derribar un muro se descubrieron nuevas cajas de antiguos manuscritos, entre ellos doce hojas más del *Codex Sinaiticus*. En conjunto, en el escondite

Monasterio de Santa Catalina en el Sinaí. Aquí se descubrió en 1844 la primera versión que se conoce de la Biblia completa, con el Antiguo y el Nuevo Testamento.



había alrededor de 4.000 manuscritos, la mayoría de los cuales no eran bíblicos. Este descubrimiento sirve para recordarnos que todavía hoy pueden existir otros textos bíblicos antiguos esperando ser descubiertos.

El Nuevo Testamento griego antiguo fue traducido al latín, al copto (egipcio) y posteriormente a otras lenguas. La Vulgata de san Jerónimo y el Nuevo Testamento latino se unificaron más tarde para crear una Biblia latina. Estas versiones griegas y latinas sirvieron de base para las traducciones inglesas² posteriores y modernas.

Gracias a la abundancia y riqueza de la antigua tradición de manuscritos que yace tras el texto del Antiguo y el Nuevo Testamento, y del meticuloso trabajo de los expertos textuales, el lector actual de la Biblia puede confiar plenamente en la fidelidad del texto recibido de la Biblia.

² N. de la T. Y de las castellanas.

LEER LA BIBLIA DE FORMA RESPONSABLE

Se entiende la Biblia como la palabra de Dios en lenguaje humano. El desafío consiste en entender lo que los escritos hebreo o griego querían decir realmente en sus contextos originales. El período de tiempo que abarca el Antiguo Testamento comprende desde la creación hasta el gobierno de Nehemías, después del exilio judío alrededor del 430 a.C. El Nuevo Testamento, por su parte, está escrito en griego en su totalidad y narra acontecimientos que abarcan menos de un siglo, desde el nacimiento de Jesús de Nazaret hasta la expansión de la Iglesia cristiana. Debido a estas circunstancias, la interpretación de la Biblia implica un dominio de sus lenguas de escritura, así como el conocimiento de la historia de naciones que se extienden de Italia a Irán, y de Turquía a Sudán. También es imprescindible comprender su carácter literario y los matices de la lengua, así como el contexto social y cultural en que se escribió el texto.

Mientras que los biblistas y algunos religiosos estudian las lenguas de la Biblia para profundizar en su significado, una persona laica que se acerque a la Biblia normalmente no conoce el hebreo y el griego. Sin embargo, esto no significa que un lector no erudito no pueda leer la Biblia de forma rigurosa. El fin de este libro no es ofrecer un método sistemático para comprender profundamente la Biblia, sino intentar explicar en qué medida puede ayudarnos la arqueología para este mismo objetivo. No obstante, recomiendo el libro de Douglas Stuart y Gordon Fee, *How to Read the Bible for All Its Worth* (Zondervan 1993), para quien quiera profundizar en la lectura de la Biblia.

La cuestión que nos plantea la lectura de la Biblia es la siguiente: ¿puede un lector moderno entender la intención del autor de un texto que narra una historia de tres mil años de antigüedad, escrito en hebreo, o de un evangelio escrito en griego de dos mil años de antigüedad? El pensamiento posmoderno sostiene que es imposible captar el contexto y el significado original de un texto, y que ni siquiera es deseable. Según esta teoría, todas las posibles interpretaciones son igualmente válidas. El resultado de dicha teoría es que el texto pierde su fiabilidad, por lo que el lector puede imponer él mismo el sentido. Este tipo de hermenéutica que centra la atención en la interpretación del lector socava el sentido de los textos y trivializa cualquier interpretación aceptada históricamente.

Bajo mi punto de vista, en la interpretación de la Biblia hay que asumir que el escritor bíblico antiguo estaba comunicando un mensaje específico a una audiencia particular y que, en mayor o menor grado, ese mensaje fue comprendido por esa audiencia. Por lo tanto, un pasaje de la Biblia debería ser comprensible para el lector moderno, siempre y cuando trate de entender ese pasaje en su contexto antiguo. Por otro lado, aunque un lector moderno nunca puede estar absolutamente seguro de comprender la intención del autor de un texto bíblico, el enfoque contextual puede ayudar al lector a intuir el sentido original de la escritura. En ese sentido, los materiales arqueológicos sirven para establecer hipótesis sobre el antiguo contexto, y de ese modo arrojan luz para la comprensión del texto bíblico.

El papel de la arqueología en el estudio de la Biblia

Ha sido una tendencia común entre muchos cristianos el utilizar la arqueología principalmente como herramienta apologética, para «probar la Biblia», es decir, para demostrar la historicidad de los acontecimientos bíblicos. Antes de iniciar mis estudios en la universidad, yo mismo pensaba que ese debía ser el objetivo de la arqueología bíblica. Este enfoque apologético puede ser hasta cierto punto comprensible, dada la abierta hostilidad de muchos críticos hacia la Biblia en los últimos 200 años. Disciplinas científicas como la biología y la geología, por ejemplo, han planteado serios desafíos a la interpretación tradicional del Génesis. De ahí que muchos creyentes, tanto judíos como cristianos, vieran en la arqueología una disciplina científica que podía utilizarse para sustentar el valor de su fe. No obstante, demostrar que un acontecimiento recogido en la Biblia es histórico no prueba que la Biblia fuera revelada por Dios, ni debe ser el objetivo de la arqueología probar lo milagroso. Por ejemplo, se puede intentar averiguar dónde localiza el libro del Éxodo el mar de Cañas o mar Rojo, pero es imposible saber si las aguas de ese mar realmente se abrieron para dejar paso a los israelitas. De igual forma, un arqueólogo puede descubrir la tumba de Lázaro en Betania (de hecho, durante más de 1.500 años se pensó que una tumba de la zona era realmente la tumba de Lázaro), pero eso no demostraría que Jesús lo resucitara, como se proclama en Juan 11. Esos aspectos corresponden a la fe.

Estas consideraciones implican que deben albergarse expectativas realistas en torno a lo que la arqueología puede y no puede hacer. Es más, el arqueólogo debe interpretar los materiales arqueológicos de forma cuidadosa y crítica, del mismo modo que debe leerse la Biblia de forma responsable. Siempre existe el peligro de que, debido al deseo de relacionar un descubrimiento arqueológico con la Biblia, el estudioso saque conclusiones precipitadas y poco fiables. Por ejemplo, cuando Eduard Naville trabajaba en Tell el-Maskhuta, Egipto, a finales del siglo XIX, estaba buscando la ciudad-almacén de Pitón mencionada en Éxodo 1,11. Cuando descubrió una estructura hecha de adobes sin paja, pensó que había descubierto edificios construidos por los hebreos esclavizados, que también hacían los adobes de esa manera. Un examen posterior del edificio y de los objetos encontrados en el yacimiento demostró que la estructura databa de época romana, unos 1.200 o 1.400 años más tarde que los tiempos del éxodo! Este incidente sirve para ilustrar la necesidad de una extrema precaución a la hora de interpretar los hallazgos arqueológicos desde la perspectiva de la Biblia.

Cuando se estudian los materiales arqueológicos en relación con la Biblia, debe tenerse en cuenta que los datos arqueológicos no se conservan con la misma integridad en todos los períodos. En primer lugar, los niveles más antiguos de un yacimiento tienen mayor probabilidad de haber sido alterados por las actividades de períodos posteriores, de forma que las construcciones más antiguas pueden haber sido desmanteladas y sus bloques de piedra reutilizados en construcciones posteriores. En segundo lugar, es poco probable que los objetos más perecederos (hechos de madera, cuero o papiro) de los tiempos antiguos se hayan conservado en el mismo estado que los objetos hechos con los mismos materiales de tiempos más recientes. Por último, las condiciones medioambientales también influyen en la conservación de los objetos. Esta es la razón, por ejemplo, por la que los rollos del mar Muerto se con-

servaron en el árido desierto de Judea, mientras que en las excavaciones realizadas en la húmeda Jerusalén no se han encontrado manuscritos. Consecuentemente, deben tenerse expectativas realistas sobre lo que los arqueólogos pueden recuperar, y darse cuenta de que cuanto más atrás nos remontemos en el tiempo, menos información arqueológica encontraremos para comparar. Por tanto, es lógico que exista más información sobre el siglo I d.C. (el período del Nuevo Testamento) que sobre el principio o la mitad del segundo milenio a.C., es decir, los tiempos de Abrahán, Isaac, Jacob, José y Moisés.

Por estas razones, no tiene sentido intentar demostrar la autenticidad de los acontecimientos bíblicos exclusivamente mediante los materiales arqueológicos, pues la arqueología prácticamente no tendría nada que decir con respecto a los períodos más antiguos de la historia bíblica. Por el contrario, para integrar la arqueología con el estudio de la Biblia, es deseable un enfoque más equilibrado y amplio. En el presente libro se intentarán aplicar los datos arqueológicos, cuando sea pertinente, a cuatro áreas:

1. Contexto: la tarea más importante que lleva a cabo la arqueología bíblica consiste en estudiar restos culturales que son contemporáneos a los acontecimientos descritos en la Biblia. Los textos antiguos especialmente, y ciertos objetos pueden servir de «máquina del tiempo» para llevarnos a los tiempos de la Biblia, y por lo tanto juegan un papel fundamental en la interpretación del texto.

2. Complementos: los escritores del Antiguo y el Nuevo Testamento eran selectivos a la hora de escoger los acontecimientos que iban a contar, puesto que buscaban presentar los datos desde una perspectiva que les conviniera por distintos motivos. Como consecuencia, muchos acontecimientos fueron desechados. En el futuro puede descubrirse más información histórica sobre un determinado episodio o personaje de la Biblia, para aclarar aquellos datos que la Escritura omite.

3. Desafíos: a lo largo de los siglos, muchos estudiosos de la Biblia han interpretado erróneamente ciertos pasajes bíblicos. La arqueología puede ofrecer información que sirva para aclarar de forma rigurosa problemas interpretativos de este tipo.

4. Confirmaciones: hay ejemplos de datos arqueológicos que confirman la historicidad de acontecimientos descritos en la Biblia.

EL ENFOQUE CONTEXTUAL EN LA INTERPRETACIÓN DE LOS TEXTOS

Los datos arqueológicos proporcionan la base para un enfoque contextual que sirve para comprender los textos antiguos, independientemente de la lengua o la cultura en que fueron concebidos. Ofrecen asimismo información para que el intérprete de la Biblia pueda superar la enorme brecha espacio-temporal que le separa del escritor antiguo. Los textos, las representaciones artísticas, los objetos y la arquitectura de la antigüedad nos permiten asomarnos al mundo de Moisés y David, Jesús y Pablo, y comprender el contexto que dio forma al texto bíblico.

Para estudiar la Biblia de forma comparativa o contextual con otra literatura, existen una serie de reglas. La primera es que la literatura que se va a comparar sea del mismo género: por ejemplo, los textos legales deben compararse con textos legales, los salmos con los salmos, las epístolas con las epístolas, etc. Algunos textos legales antiguos, no obstante, pueden utilizarse para aclarar las cuestiones legales de algunos episodios bíblicos. La segunda consideración es que debe existir alguna relación regional o espacial entre los textos. Esta última exige algún tipo de proximidad temporal entre los textos comparados. En otras palabras, no tiene sentido comparar un texto legal de tiempos romanos con una ley mencionada en el libro del Éxodo, del mismo modo que no serviría de nada intentar reconstruir las casas judías del Israel del siglo VIII estudiando las casas del siglo XVII de la América colonial. Sin embargo, puede resultar útil comparar la ley babilónica del segundo milenio con las leyes del Pentateuco. Del mismo modo, se comprenden mejor las epístolas del Nuevo Testamento cuando se comparan con las cartas de la era romana. Antes de la aparición de la arqueología, los artistas occidentales representaban las historias y los personajes bíblicos en los cuadros inspirándose en el vestido, el peinado, el paisaje y la arquitectura propios de su propia época, mientras que otros estudiosos se servían de sus conocimientos en la cultura griega y romana para reconstruir las vidas de los personajes bíblicos. Después de un siglo y medio de excavaciones y exploraciones arqueológicas, se han recopilado gran cantidad de fuentes de información para ayudar a interpretar las historias bíblicas, ya sea en el arte o en la lectura individual de la Biblia.

Los siguientes capítulos ofrecen una visión general de la Biblia organizada de forma cronológica, del Génesis al Apocalipsis, con la esperanza de que el lector logre apreciar las ventajas de estudiar las Escrituras contextualmente con la ayuda de material arqueológico. El objetivo de este libro es ayudar a comprender la Biblia, su historia, su geografía, su entorno social y su mensaje.

El Génesis: los orígenes del mundo y de Israel

La creación en la Biblia y en el antiguo Oriente Próximo

«Al principio Dios creó el cielo y la tierra». Estas palabras resonaron en el mundo entero cuando el comandante del Apollo 8 las leyó mientras su nave espacial giraba alrededor de la luna en la Nochebuena de 1968. También son las palabras que dan comienzo a la Biblia. Hasta que no se lograron descifrar las escrituras cuneiformes y jeroglíficas en el siglo XIX, se pensaba que la Biblia contenía la historia de la creación más antigua. Según las tradiciones judía, cristiana y musulmana, Moisés escribió los primeros cinco libros del Antiguo Testamento, comúnmente llamados «la Ley» o Pentateuco. Generalmente se cree que Moisés vivió en algún momento entre los siglos XV a XIII a.C.

La historia de la creación del Génesis es ciertamente una historia antigua. No obstante, gracias al nacimiento de la asiriología, se encontraron historias de la creación aún más antiguas en las arenas de Mesopotamia, así como textos de piedra y papiro egipcios con cosmologías que datan del tercer milenio a.C. La más célebre de las historias mesopotámicas sobre la creación se llama *Enuma Elish*, y fue descubierta a mediados del siglo XIX en la biblioteca del rey Asurbanipal en Nínive. Este poema épico babilónico probablemente se remonta a principios del segundo milenio a.C., aunque la copia de Nínive data del siglo VII a.C. El *Enuma Elish* está recogido en siete tablillas de arcilla y narra la lucha titánica entre el dios Marduk y Kingu, consorte de la diosa del mar prístino Tiamat. Marduk triunfa sobre la diosa del mar y separa las aguas celestiales de las terrestres. Con el orden establecido, se forman los otros dioses y fuerzas de la naturaleza. En la tablilla sexta se crean los seres humanos, a los que se concibe como sirvientes de los dioses. En virtud de estos logros, Marduk es exaltado a la cabeza del panteón babilónico, una posición que mantendría durante más de un milenio.

En Egipto, la *Teología menfita* podría haberse compuesto alrededor del 2400 a.C., aunque el bloque en el que se ha conservado data de finales del siglo VIII a.C. En ella, el dios creador Ptah piensa con su mente y habla con su lengua. Sus palabras y pensamientos dan lugar a la creación de los demás dioses, las plantas, los animales y los seres humanos. Al final de su tarea, se dice que Ptah ha quedado satisfecho con sus logros. Se han descubierto textos

cosmológicos todavía más antiguos escritos en las paredes de las pirámides. En la tradición textual de las pirámides, los seres humanos fueron formados a partir de las lágrimas del dios del sol, Ra, que lloraba de soledad. Así, en Egipto coexistían varios dioses creadores diferentes que utilizaban distintos métodos para dar forma a la vida.

Las similitudes entre Génesis 1 y 2 y otras cosmologías de Oriente Próximo han suscitado una considerable polémica durante el último siglo y medio. Para algunos, estos paralelismos se deben a que los escritores bíblicos tomaron elementos prestados de otras cosmologías y los insertaron en la tradición hebrea. Otros consideran que las similitudes son tan banales que no prueban nada. Un tercer grupo sostiene que los escritores bíblicos conocían los mitos de creación de sus vecinos y pretendían rechazarlos. Así, cuando en Génesis 1,2 se dice que «las tinieblas cubrían el abismo (*tehom*); y el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas», se está buscando negar a la diosa babilónica del mar primitivo, Tiamat. El Génesis carece del elemento caótico y del sentido de lucha entre Marduk y el mar. Es más, desafía la visión egipcia de que Ptah creara mediante la palabra, afirmando en su lugar que el Dios de Israel dio órdenes y a continuación siguió la creación. En Génesis 1,20-21 se menciona la creación de los peces del mar, junto con «los grandes monstruos marinos», llamados *tanninim* en hebreo. Este monstruo también se menciona en la mitología cananea de textos encontrados en Ugarit, en la costa de Siria. El uso de este término en el Génesis indica que la cosmología hebrea está rechazando la versión cananea de la creación, según la cual ese monstruo marino eludía el control de El, el dios creador.



Texto de la Pirámide de Unas, ca. 2350 a.C.

EL JARDÍN DE EDÉN

En Génesis 2 se describe un jardín parecido a un paraíso, en el que Adán y Eva vivían y trabajaban. El episodio del Edén suele considerarse una leyenda o un mito, es decir, no se percibe como un lugar real, histórico, sino como un elemento simbólico. La arqueología no puede resolver esta cuestión, aunque en Génesis 2,10-14 sí se ofrece una localización específica para el jardín al mencionar los ríos Tigris y Éufrates. El nombre castellano «Tigris» es, de hecho, la vocalización griega del antiguo nombre sumerio *id-dikaltu*, que significa río Dikaltu. Los hebreos conservaron el nombre sumerio transformado en *Hiddekel*. Éufrates es una versión del nombre acadio del río, *purattu*. Se trata de ríos reales, cuyos nombres ya aparecían en antiguos textos cuneiformes y han sobrevivido hasta hoy. Se sabe poco de los otros dos ríos mencionados, el Pisón y el Guijón (Gén 2,10-13). Se cree que el primero atravesaba la tierra de Javilá, término hebreo para referirse al norte de Arabia. La idea de que un río atravesara los desiertos de Arabia y se encontrara en algún momento con el río Tigris o Éufrates resultaba difícil de creer. Sin embargo, estas dudas se disiparon en 1994, cuando se advirtieron los restos de un río de estas características en las imágenes de radar tomadas por satélite durante la misión de la nave espacial Endeavour. Farouk el-Baz, el geólogo de la Universidad de Boston que estudió las imágenes, advirtió, gracias a la extraordinaria capacidad de penetración en el suelo de las tecnologías de radar, que bajo las arenas se adivinaban restos de un río extinguido que cruzaba el norte de Arabia de oeste a este. Lo llamó el «río Kuwait», porque allí es donde al parecer se unía con el Éufrates o desembocaba en el

Golfo pérsico. Para algunos estudiosos, se trata del río Pisón mencionado en Génesis 2. Los estudios medioambientales realizados en la región sugieren que este río probablemente se secó en algún momento entre el 3500 y el 2000 a.C., tras un período árido. Esta nueva prueba sugiere que la Biblia conserva datos históricos anteriores a la época de Moisés, ya que a mediados del segundo milenio a.C., este río llevaba siendo un desierto más de 1000 años.

La palabra «Edén», por otro lado, es sumeria y significa «llanura»; posiblemente está relacionada con otra raíz que significa «tierra de felicidad» o «tierra feliz». Según la Biblia, en este jardín sedujo la serpiente a Eva y Adán, llevándolos a violar la orden de Dios de no comer de la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal. Como consecuencia, fueron expulsados del Edén y se les negó el acceso al árbol de la vida, la fuente de la vida eterna. A partir de entonces debían enfrentarse a una muerte segura. La *Epopéya de Gilgamesh* narra un episodio parecido: Gilgamesh descubre el secreto de la vida eterna de Utnapishtim, el Noé de la épica sumeria. Gilgamesh se entera de que «hay una planta que [parece] un *lycium*, pincha como un escaramujo, y [pinchará al que la arranque]. Pero si posees esta planta, [serás de nuevo como eras en tu juventud]». Gilgamesh consigue obtener una ramita de esta planta de un lugar bajo el agua y se encamina de vuelta a su hogar, Uruk (Erec en Gén 10,10), en el sur de Mesopotamia. En el camino, mientras está descansando, llega una serpiente y le arrebató la planta, privando así a Gilgamesh del «árbol de la vida». Gilgamesh llora entonces por la pérdida de la vida eterna y la perspectiva de la muerte. En este episodio percibimos varias similitudes llamativas con el relato del Génesis: el árbol de la vida era al principio accesible a los humanos, una serpiente fue la culpable de la pérdida de la vida eterna, y como resultado los humanos perdieron definitivamente el acceso a la planta.

Otro mito mesopotámico narra la llegada de la muerte a la humanidad. La *Historia de Adapa* cuenta las desventuras de Adapa, que en la tradición posterior se presenta como un consejero del antiguo gobernador Alulim. Adapa hizo enfadar a los dioses por maldecir al viento y romper sus alas. Adapa maldice al viento por haber volcado su bote cuando estaba pescando para hacer ofrendas para el templo de la diosa Ea. A pesar de la inocencia de su crimen, Adapa debe comparecer ante Anu, el dios del cielo. Anu le ofrece el «alimento de la vida» y las «aguas de la vida». Adapa declina la oferta, porque Ea le había advertido de que si lo comía moriría. Pero se trataba de un engaño de Ea, pues Anu le estaba ofreciendo verdaderamente la vida eterna. Por tanto, la vida eterna se perdió debido a un engaño.

Los detalles recogidos en las diferentes cosmologías son lo suficientemente distintos como para descartar la teoría de que los escritores bíblicos los tomaron prestados de las tradiciones mesopotámicas. No obstante, podemos inclinarnos a pensar que los paralelismos entre las tradiciones literarias mesopotámica y hebrea apuntan a memorias comunes.

Las tradiciones sobre el diluvio en el antiguo Oriente Próximo

Existen claros paralelismos entre las tradiciones mesopotámicas sobre el diluvio y la historia de Noé recogida en Génesis 6-9. De hecho, hay dos historias sumerias sobre el diluvio aparentemente idénticas a la narración recogida en el Génesis, el *Mito de Ziusudra* y otra incluida en la *Epopéya de Gilgamesh*. La segunda incluye el episodio del diluvio dentro de una narra-

ción más amplia sobre las hazañas de Gilgamesh, el legendario rey de Uruk cuya historicidad se ha confirmado gracias a textos posteriores. También existe una versión semítica, la *Epopéya de Atrahasis*. Todos estos relatos cuentan el episodio de un diluvio originado por orden divina, que tenía como objetivo destruir a todos los seres humanos debido a que su ruido interfería en el sueño de los dioses. Sin embargo, el héroe de la inundación es advertido por un dios, que le enseña a construir un bote que repela el agua untándolo con betún. La *Epopéya de Gilgamesh* narra: «Hice que toda mi familia y parientes subieran a bordo del barco. Hice que las bestias del campo, las criaturas salvajes del campo, todos los artesanos subieran». El

Ur de los caldeos

Ur era una de las ciudades-estado más importantes de la antigua Sumer. En la década de 1850 se localizó la antigua Ur en una ciudad al sur de Irak, Tell el-Muqayyar, que sería excavada a lo largo del siguiente siglo y medio, aunque de forma limitada. Las excavaciones de Ur más famosas fueron las que llevó a cabo sir Leonard Woolley. Estas excavaciones mostraron que la historia de la ciudad puede remontarse al quinto milenio a.C. Woolley descubrió unas tumbas reales de la Primera Dinastía de Ur (completas, con joyería, utensilios de oro e instrumentos musicales), que dan testimonio de la sofisticada cultura sumeria, que floreció alrededor del 2600 a.C. Entre los objetos encontrados, destaca el llamado Estandarte de Ur, decorado con conchas amarillentas sobre un fondo de lapislázuli azul. La pieza, que aparece decorada por las dos caras, muestra en una de ellas una escena cotidiana del rey y su corte. En el reverso se muestra una escena de guerra, que atestigua el uso de carros tirados por asnos. De hecho, se encontraron restos de bueyes y un carro en la tumba de Meskalam-dug, un rey antiguo.

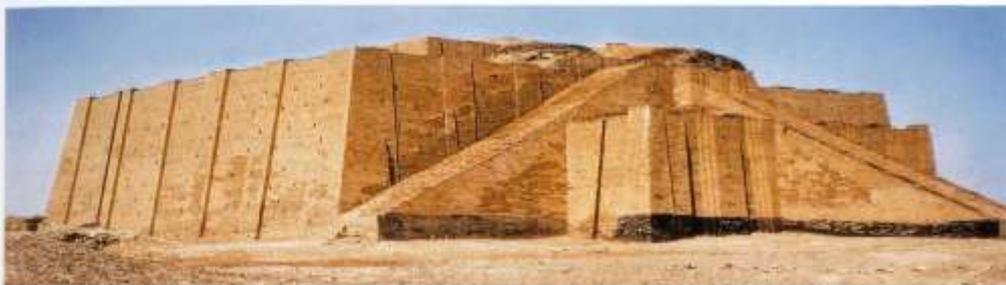
El complejo del Templo de Ur incluía un zigurat, templo escalonado similar a

una pirámide, hecho de adobe. Entre el 2100 y el 2000 a.C., Ur gozó de su mayor período de influencia en Sumer. Bajo el reinado de Ur-Nammu, la ciudad se extendió de forma considerable, unas 50 ha (124 acres). En este período se ampliaron y retocaron los templos erigidos en honor a la deidad patrona, Nanna, el dios de la luna. Ur-Nammu ordenó una gran compilación y creación



Joyas enterradas con la reina de Ur (ca. 2600 a.C.).





Zigurat de Ur, construido en honor al dios sumerio de la luna, Nanna.

de leyes, que constituyen su mayor legado.

Hacia 2000 a.C., miles de emigrantes amorreos (pueblo de habla semítica del norte de Siria) se establecieron en Mesopotamia central y meridional. Poco a poco fueron alcanzando posiciones de poder y se hicieron con el control de muchas de las ciudades sumerias. Ur también fue ocupada por los amorreos.

A pesar de que el centro político se trasladó a dos ciudades vecinas, Isín y Larsa, Ur siguió manteniendo su importancia religiosa y económica durante más de un milenio. En el 400 a.C. aproximadamente, la ciudad fue abandonada. Si realmente Ur fue la ciudad que vio nacer a Abrahán, entonces el patriarca procedía de un gran centro cultural, con una larga y gloriosa historia.



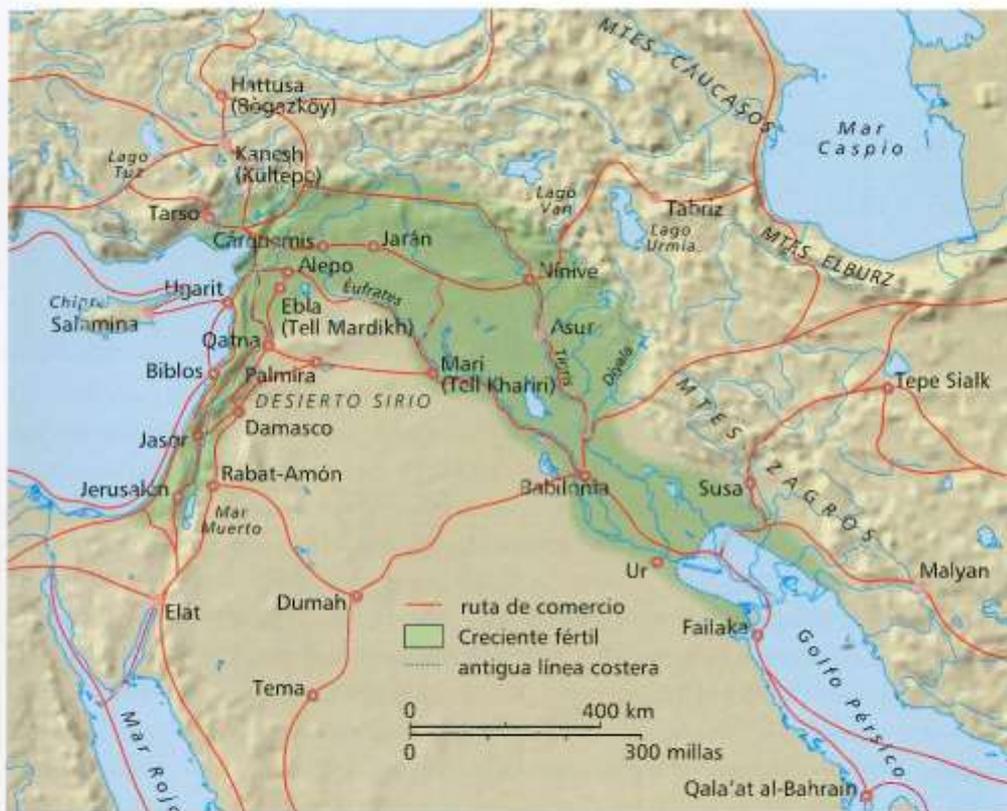
Estandarte de Ur. El «lado de la paz» muestra a músicos tocando (hilera superior), una entrega de ganado y pesca (hilera media), y una ofrenda de regalos y tributos (hilera inferior).

diluvio cubrió la tierra, destruyendo a la humanidad («toda la humanidad había vuelto a la arcilla»). El bote encalló en una montaña, y tras una espera de siete días, el Noé mesopotámico soltó a una paloma para averiguar si las aguas habían bajado. Pero la paloma regresó. Más tarde soltó a una golondrina, con los mismos resultados. Finalmente liberó a una tercera ave, también una golondrina, pero esta no regresó, lo que señalaba que la tierra ya se había secado. En agradecimiento, Atrahasis hizo una ofrenda a los dioses, los cuales «olieron la fragancia, la dulce fragancia. Los dioses se amontonaron como moscas alrededor del sacrificio».

Algunos estudiosos creen que el autor hebreo se habría apropiado de la antigua épica sumeria o babilónica, ya que los acontecimientos narrados reflejan muy de cerca la historia de Noé. Aunque pudo existir un préstamo literario, es curioso advertir la gran cantidad de diferencias entre todos estos relatos. Algunas diferencias son pequeñas, pero otras resultan bastante significativas, sobre todo la visión politeísta del mundo frente a la perspectiva hebrea, fuertemente monoteísta. Asumiendo el hecho de que existen varias tradiciones diferentes sobre el diluvio en Mesopotamia, y que todas ellas tienen muchos puntos en común con la historia bíblica, es lógico pensar que todas estas historias recuerdan un acontecimiento común, que fue narrado de forma distinta para reflejar diferentes contextos sociales, culturales y teológicos. En las tradiciones bíblica y mesopotámica, los acontecimientos de la tradición del diluvio y el arca se sitúan en el valle del Tigris-Éufrates. Este dato puede explicar el hecho de que esta historia esté ausente en la literatura egipcia. Egipto cuenta con una tradición literaria en la que los humanos se rebelan contra el dios del sol, Ra. Conocida como la «Destrucción de la humanidad», esta historia cuenta que el dios Ra, ofendido, liberó a la diosa-león, Sejmet, para destruir a la humanidad. Pero Ra enseguida cambió de parecer y rechazó el genocidio. A través de engaños hace beber cerveza roja a la sanguinaria diosa Sejmet, que se emborracha y se duerme. Cuando se despierta de su sopor, su ira ha sido mitigada, y el mundo se ha salvado. En este caso también existe un juicio divino sobre los hombres, pero no hay inundación, ni arca, ni figuras heroicas como Noé o Atrahasis.

¿Qué edad tenían?

En los primeros capítulos del Génesis, los descendientes de Adán que vivieron antes del diluvio eran extraordinariamente longevos. El propio Adán murió con 930 años (Gén 5,5), Yéred, con 962 (Gén 5,20), aunque es a Matusalén a quien se le atribuye la vida más larga, 969 años (Gén 5,27). Tras el diluvio disminuye de forma drástica la esperanza de vida, que seguirá disminuyendo a lo largo de la historia bíblica: Téráj vivió hasta los 205 años (Gén 11,32), Sara hasta los 127 (Gén 23,1), Abrahán hasta los 175 (Gén 25,7), Isaac hasta los 180 (Gén 35,28), Jacob hasta los 147 (Gén 47,28), José hasta los 110 (Gén 50,26), y Moisés hasta los 120 (Dt 34,7). Es interesante observar el mismo patrón en la Lista de los reyes sumerios que se encontró en una tablilla de arcilla. A los primeros reyes de Eridú se les atribuyen reinados de 28.800 y 36.000 años respectivamente, aunque el reinado más largo fue el de Enmenluanna, que duró 43.200 años. Después de haber repasado la duración de ocho reinados, en la Lista se recoge lo siguiente: «La Inundación entonces barrió [la tierra]. Después de que la Inundación hubiera barrido [la tierra] y la realeza hubiera descendido del



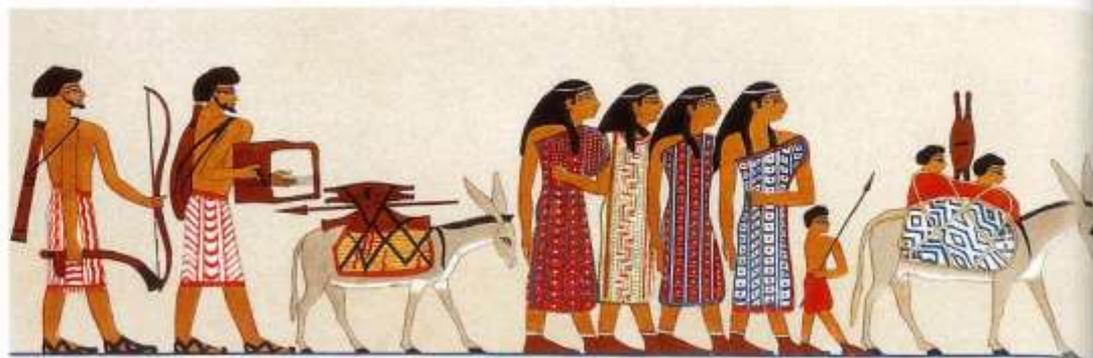
El antiguo Oriente Próximo en tiempos de Abrahán.

cielo, Kish se convirtió en [la sede] de la realeza». A partir de este pasaje, la duración de los reinados siguientes comienza a disminuir: Guar, 1.200 años, Buanum, 840, Enmebarggesi, 900; para terminar registrando reinados de sólo un dígito o dos de duración. Hace unos cincuenta años se descubrió un texto sobre el rey Enmebarggesi, que atestiguaba que, a pesar del reinado de 900 años que se le atribuye, se trata realmente de una figura histórica.

Egipto cuenta con una tradición similar sobre los reyes de Egipto, que se conserva en el llamado *Canon real de Turín*, un papiro que recibe su nombre del lugar donde se custodia, el Museo de Turín. El *Canon* recoge una lista de los nombres de los reyes egipcios que comienza en el siglo XIII a.C. y se remonta hasta los primeros dirigentes egipcios, registrando asimismo la duración de sus reinados. A pesar de que no se menciona un diluvio, se recoge un grupo de dirigentes divinos que precedieron a los primeros dirigentes humanos, y cuyos reinados fueron extremadamente largos. A dos de estos reyes divinos se les asignan reinados de 7.726 y 7.718 años. Se trata de un patrón similar al que hemos analizado en el caso de los reyes sumerios y en el de los antepasados de los patriarcas hebreos.

El análisis de las fuentes mesopotámicas demuestra que existió un patrón literario común que comparte los siguientes elementos: creación, alienación, largas vidas, inundación, esperanzas de vida más cortas. Esta estructura también se encuentra en la Biblia, y ambas tradiciones, la mesopotámica y la hebrea, comparten el mismo escenario: el lado oriental del Creciente Fértil.

Visitantes semitas en Egipto representados en la tumba de Khnumhotep II en Beni Hasan.



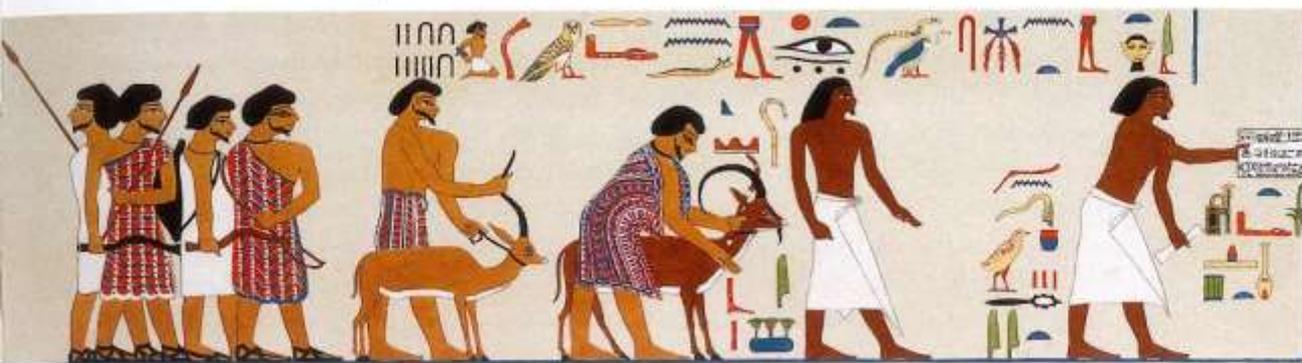
Los orígenes de Israel

En el Génesis se narran las historias de los patriarcas y fundadores de Israel: Abrahán y Sara; Isaac y Rebeca; Jacob, Raquel y Lía, y sus doce hijos, que dieron nombre a las doce tribus que más tarde constituirían la nación de Israel. En Génesis 11,31 se explica que Térj, el padre de Abrahán, se dirigió, junto con su numerosa familia, desde Ur de los caldeos hasta Canaán, pero se detuvo en Jarán, en el norte de Mesopotamia, donde se asentó.

Dado que los nombres de Térj y sus hijos, Abrahán, Najor y Jarán, no son sumerios sino semitas, puede que esta familia formara parte de los emigrantes amorreos. Tal vez el regreso a Jarán satisficiera hasta cierto punto los deseos de este pueblo de regresar a su hogar ancestral, y esta puede ser la razón por la que sólo Abrahán se decidiera a continuar el viaje a Canaán, y sólo después de una sugerencia divina (Gén 12,1-3).

La Biblia retrata a Abrahán, Isaac y Jacob como pastores nómadas, que se trasladaban con sus rebaños por un área que comprendía el norte de Canaán (la zona de Siquén) y el Negueb (Berseba), y que pernoctaban en tiendas. Sus movimientos reflejan las migraciones estacionales de pastores nómadas como los beduinos, que generalmente se trasladan a la zona montañosa central más fresca en los secos meses de verano y al sur durante los meses de invierno. Es improbable que pueblos con este estilo de vida, que vivieron hace unos 3.500 o 4.000 años, hayan dejado alguna prueba arqueológica de su existencia. Tampoco parece lógico que los textos antiguos de los centros urbanos documenten su presencia de forma específica.

Sin embargo, en el último siglo se han descubierto miles de documentos en las antiguas Sumer y Acad que datan de la primera mitad del segundo milenio a.C. También se ha hallado una rica combinación de textos y dibujos de este período en Egipto. Probablemente fue durante el período comprendido entre el 2000 y el 1500 a.C. cuando ocurrieron los acontecimientos registrados en Génesis 12-50. No podemos esperar encontrar pruebas en estos documentos que se refieran específicamente a los personajes y acontecimientos de la Biblia, pero estos hallazgos ciertamente ofrecen una interesante información sobre las costumbres sociales y las prácticas legales recogidas en el Génesis. Es más, aunque estos documentos no sirvan para probar la historicidad de los acontecimientos bíblicos ni para datarlos con seguridad, los datos en ellos recogidos sí permiten situar las historias bíblicas en su correspondiente contexto social y legal, y con ello clarificar y enriquecer su comprensión. Los restos arqueológicos han ayudado a clarificar los relatos sobre los patriarcas recogidos en la Biblia,



y con ello han dotado de autenticidad a dichos relatos, permitiendo descartar en gran medida la hipótesis sobre su carácter meramente literario y no histórico.

Las fuentes egipcias

Las fuentes arqueológicas permiten ilustrar algunos aspectos sobre el estilo de vida de los personajes descritos en el Génesis y reconstruir el contexto social y legal para ayudar a clarificar muchos relatos bíblicos. Un relato egipcio, que se sitúa en las primeras décadas del segundo milenio a.C., habla de un oficial de la corte llamado Sinuhé, que huyó de Egipto a Canaán tras el asesinato del faraón Amenemhet I por miedo a verse implicado. Sinuhé se ve favorecido por un jefe local llamado Ammu-nenshi, quien «me puso a la cabeza de sus hijos. Me casó con su hija mayor» y le regaló tierra de su propiedad. La tierra era fértil y Sinuhé gozó de higos, uvas, vino, miel, aceite (probablemente de oliva), diversidad de frutas, cebada, trigo y ganado que le proporcionaba leche y carne, así como de caza del desierto y aves. Vivía en un campamento de tiendas, y en una ocasión se ve obligado a defenderse de otro hombre que le desafía a un duelo. Sinuhé deberá aclarar a su suegro que dicho duelo era real, y que el desafiador no era un aliado suyo. Este retrato de semitas moradores de tiendas, generalmente despreciado por los egipcios, resulta entusiasta y positivo en lo que se refiere a la vida de este pueblo, puesto que su dieta era extraordinariamente rica y variada. También muestra que las diversas tribus solían establecer alianzas, aunque algunas estaban enfrentadas entre sí, lo que daba lugar a frecuentes peleas.

Otra fuente egipcia procede de una pintura del interior de la tumba del gobernador egipcio Khnumhotep II de Beni Hasan. En dicha pintura se muestra a un grupo de comerciantes o artesanos semitas occidentales, probablemente cananeos o amorreos, que llegan al Egipto medio, acontecimiento que puede datarse con precisión en el año 1862 a.C., el sexto año del faraón Senusert II. La escena es sumamente ilustrativa, puesto que muestra el vestido, el peinado y los medios de transporte que solía utilizar el pueblo al que pertenecen los patriarcas bíblicos del Génesis. Los burros aparecen cargados con diversos enseres y con los niños más pequeños, mientras que los adultos y los niños más mayores van a pie. Se retrata a los hombres con sandalias, mientras que las mujeres calzan zapatos similares a los mocasines, hechos de cuero hasta el talón. El texto que acompaña a la pintura menciona que el grupo se componía de treinta y siete individuos, pero en la escena sólo aparecen ocho hom-

bres, cuatro mujeres y tres niños. Tanto los hombres como las mujeres visten coloridos atuendos. Los hombres lucen barbas sin bigote y un peinado en forma de seta. El pelo de las mujeres cae sobre los hombros, y adornan sus frentes con bandas blancas. Algunos hombres están armados con arcos, lanzas, hachas y proyectiles; uno de ellos toca la lira a medida que camina, y carga con un odre de agua a la espalda. El hombre que se sitúa a la cabeza del grupo es identificado en el texto egipcio como el «jefe extranjero, Abi-shai/r».

Teniendo en cuenta que el origen geográfico de la tribu retratada en la pintura egipcia debió de ser el mismo que el de los patriarcas de Israel, no parece descabellado pensar que la apariencia de los antepasados de Israel en el Génesis durante sus viajes hacia Canaán o Egipto debió de ser muy similar a la de los personajes de esta pintura.

Fuentes mesopotámicas

Debido a los orígenes mesopotámicos de Abrahán y Sara, es lógico encontrar prácticas sociales, costumbres y otros elementos del valle del Tigris y el Éufrates en los relatos del Génesis. Estas coincidencias se muestran en varios aspectos:

NOMBRES PERSONALES

Los nombres de origen amorreo que comienzan con J o I son muy comunes en los archivos de principios del segundo milenio a.C., como los encontrados en la antigua ciudad de Mari en el alto Éufrates. Nombres como Jacob, Isaac, Ismael y José son los ejemplos de este tipo de nombres que aparecen en el Génesis. Un extenso estudio realizado a partir de más de 6.000 nombres semíticos occidentales registrados ha concluido que este tipo de nombres fue más frecuente durante la primera mitad del segundo milenio a.C., y que su uso disminuyó significativamente en la segunda mitad. También se han encontrado nombres con la misma raíz que «Abrahán», y un ejemplo de ellos es el anteriormente mencionado Abi-shai/r. El nombre de Benjamín aparece en los archivos de Mari, caracterizado como un nombre tribal. Así que, a pesar de que ningún texto antiguo además de la Biblia mencione a los patriarcas del Génesis, sus nombres sí que aparecen atestiguados, y encajan en la primera mitad del segundo milenio a.C.

ALIANZAS Y TRATADOS

Ya mencionamos al comentar el relato de Sinuhé que mientras este personaje vivió como un pastor nómada, mantuvo relación con otras tribus y estableció alianzas con algunas de ellas. Los textos del archivo de Mari (ca. 1750 a.C.) proporcionan también información sobre la vida tribal y sobre las interacciones entre centros urbanos como Mari y los clanes de moradores de tiendas de la región circundante. Gracias a estos documentos sabemos que los tratados o pactos se establecían entre las tribus, y en ocasiones también entre los grupos tribales y los habitantes de las ciudades.

Dicha información también podemos obtenerla a partir de los relatos bíblicos. En ellos se cuenta que tanto Abrahán como Isaac y Jacob establecen pactos (*berith* en hebreo), que a veces se traducen como «alianza». La palabra *berith* no se utiliza sólo en la Biblia, sino que

también aparece en numerosos documentos encontrados en todo Oriente Próximo. En la diplomacia antigua esta era la palabra habitual para referirse a un tratado.

En Génesis 21,25 se describe en qué consistía un tratado de este tipo mediante el ejemplo del pacto establecido entre Abrahán y Abimelec, rey de Guerar. Lo que buscaban los hebreos con este pacto era obtener derechos sobre el agua del territorio de Guerar. Abrahán propone lo siguiente a su aliado: «Tú aceptarás estas siete corderas de mi mano para que sean un testimonio de que yo he cavado este pozo» (Gén 21,30). Entonces Abrahán y Abimelec hacen un juramento, que culmina en la plantación de un árbol (Gén 21,33). En esta narración destacan cuatro elementos: el testimonio (las corderas), un juramento, estipulaciones (condiciones) y una ceremonia (la plantación del árbol). Estos mismos elementos aparecen en otros relatos sobre tratados recogidos en el Génesis: entre Isaac y Abimelec (Gén 26,26-33) y entre Jacob y Labán (Gén 31,43-54). Tras la muerte de Abrahán, los hombres de Abimelec cegaron los pozos que Abrahán había excavado después de haber establecido el pacto con Abimelec (Gén 26,18). Este dato demuestra que un tratado sólo era válido mientras vivieran ambas partes. La muerte marca el final de los acuerdos previos. Esta misma práctica fue de uso común entre los faraones de largo reinado, como Amenhotep III, que reinó durante treinta y ocho años, y Ramsés II, que reinó durante sesenta y seis años, porque vivieron más años que sus homólogos en Anatolia y Babilonia.

En Génesis 14,13, se menciona que Abrahán se había aliado con tres jefes amorreos de Hebrón: Aner, Escol y Mambré. Se trata de un ejemplo de alianza entre jefes tribales. El tratado obligaba a estos hombres y sus tropas a unirse a Abrahán en una expedición militar para rescatar a Lot, el sobrino de Abrahán, que había sido hecho prisionero por un ejército invasor de Mesopotamia (Gén 14).

En los archivos de Mari se descubrieron textos sobre tratados anteriores a 1750 a.C. Estos tratados, y otros de Tell Leilan en el noreste de Siria, presentan características similares a las de los tratados recogidos en el Génesis. Este hecho revela que los tratados que se mencionan en la Biblia muestran relaciones políticas reales de la primera mitad del segundo milenio a.C.

MATRIMONIO E HIJOS

En Génesis 12-50 se presta mucha atención a los matrimonios y al nacimiento de los hijos de los protagonistas. A pesar de que estos detalles se incluyen con el objetivo de mostrar que la promesa de posteridad de Dios a Abrahán se estaba cumpliendo, gracias a ellos podemos conocer los hábitos sociales y las costumbres legales de la época. Abrahán y Sara, que no tenían hijos (como otras parejas en el mundo bíblico), adoptaron como heredero a Eliezer de Damasco (Gén 15,2), ya que en aquella época era muy importante contar con un heredero legal. En Egipto también está documentada la costumbre de la adopción, según la cual el adoptado debía llevar a cabo las obligaciones mortuorias que normalmente eran responsabilidad del hijo biológico.

También nos han llegado contratos de adopción de Mesopotamia. Uno de ellos fue descubierto en el yacimiento de Nuzi, al noreste de Mesopotamia, y data del siglo XV a.C. El contrato comienza nombrando a las partes: «la tablilla de adopción de Nashwi hijo de



El Código de Hammurabi, inscrito en esta estela, permite profundizar en las leyes y costumbres mesopotámicas.

Arsheni, él adoptó a Wullu...». Continúa explicando que Nashwi dio su hija en matrimonio a Wullu, el hijo adoptado. El famoso Código de Hammurabi contiene leyes que protegían los derechos de los niños adoptados. Así, no se podía desheredar completamente a un hijo adoptado aunque inmediatamente después de la adopción el padre tenga un hijo con la primera mujer. Para este caso, la ley 191 establecía lo siguiente: «pero después, si [el padre] tiene hijos [propios] y entonces decide desheredar al adoptado, ese joven no se irá con las manos vacías; el padre que le educó le dará un tercio de su propiedad en herencia...».

En Génesis 16, Sara ofrece a su sirvienta Agar como segunda mujer para Abrahán. Raquel, la esposa estéril de Jacob, ofrece a su sirvienta Bihlá a Jacob para que tenga un hijo con ella (Gén 30,3-12). A pesar de que esta práctica puede resultarnos extraña, se trataba de una costumbre común, que además estaba autorizada legalmente. De hecho se han encontrado antiguos contratos de matrimonio mesopotámicos que incluyen un acuerdo prenupcial parecido, según el cual si una mujer no tenía hijos, debía proporcionar una sustituta a su marido. Un contrato de este tipo hallado en Nuzi especifica que si la novia, llamada Gilmininu, no tiene hijos, proporcionará una mujer a su marido, Shennima. Por tanto, la forma de actuar de Sara probablemente refleja esta práctica. Un contrato de matrimonio de la antigua Alalakh estipula que si tras siete años de matrimonio, la mujer no da a luz a un heredero, el marido será libre de tomar otra esposa. Estos textos muestran que la mujer podía ser obligada por contrato a dar a su marido una sustituta con la que tener un hijo, y que podía estipularse un período de tiempo dentro del cual la mujer debía dar a luz al heredero, transcurrido el cual el marido tenía derecho a tomar otra esposa.

A Ismael, el hijo de Agar, le correspondía por tanto ser el heredero de Abrahán. Cuando a continuación Sara dio a luz a Isaac, solicitó a Abrahán: «echa a esa esclava y a su hijo, pues el hijo de esa esclava no va a heredar con mi hijo Isaac» (Gén 21,10). Esta actitud de Sara, aparentemente tan dura, muestra que, aunque a Ismael le correspondía ser el heredero, Sara quería librarse de la madre y el niño para garantizar toda la herencia para su hijo. La demanda de Sara puede parecernos el desvarío egoísta de una madre posesiva; no obstante, la antigua ley mesopotámica trata este mismo problema, es decir, cómo debía repartirse la herencia cuando nacía un niño de la primera esposa después de que la madre sustituta ya había concebido a un heredero. Existen regulaciones sobre este tema en las leyes del rey amorreo Lipit-Istar de Isín (1934-1924 a.C.) que más tarde se actualizaron en el Código de Hammurabi, que data de casi un siglo y medio más tarde. La ley 170 del Código de Hammurabi estipula que cuando un hombre tiene niños tanto de su primera esposa como de una sustituta, los niños «dividirán la propiedad de la hacienda paterna de forma igualitaria». El hijo de la primera, no obstante, toma la primera parte. Esta ley permite conocer lo que les correspondía legalmente a Isaac y a Ismael. No obstante, la insistencia de Sara parece reflejar la ley 171, que proporciona una cláusula evasoria en caso de que los padres quisieran excluir al hijo de la madre sustituta: «Se asegurará la liberación de la mujer esclava y su hijo». Así, al liberar a la segunda madre y su hijo, se excluía a la esclava de cualquier obligación para con la familia, y de esa forma la pareja podía asegurar la herencia para su hijo biológico.



El general Horemheb es recompensado con cadenas de oro.

Estos ejemplos muestran que los documentos legales mesopotámicos ayudan a clarificar el sentido de los actos de Abrahán y Sara y reflejan las estructuras legales y sociales que los amparaban.

José en Egipto

Una de las historias más memorables de la Biblia es la de José, el hijo mayor de Jacob y de Raquel, su esposa favorita. Esta historia se hizo mundialmente famosa gracias a la composición musical de Andrew Lloyd-Webber *José y su maravillosa túnica multicolor*. En un ataque de celos, los hermanos de José lo venden a un grupo de mercaderes que lo lleva a Egipto. Allí, un oficial egipcio llamado Putifar lo compra. Tras un período de servicio leal, José es falsamente acusado por la mujer de Putifar de intento de violación, por lo que José es encarcelado. En la cárcel se descubre su capacidad para interpretar los sueños tras ayudar a dos oficiales a comprender el significado de los suyos. Poco después José es liberado de prisión para presentarse ante el faraón e interpretar sus sueños. José interpreta los sueños del faraón como siete años de prosperidad para el país, seguidos de siete años de bajadas del río Nilo, y por lo tanto de hambrunas. José pasa a ocupar un oficio de alto rango en Egipto, y de esa forma se encarga de tomar medidas para que el país esté preparado para los siete años de carestía. Durante este período, gracias al liderazgo y a la previsión de José, Egipto prospera. Mientras en Canaán, Jacob y su familia se enteran de la buena situación de Egipto durante la sequía, y se desplazan hasta allí en busca de comida. Cuando llegan a Egipto se postran ante José para que les venda grano. José reconoce a sus hermanos, pero ellos no le reconocen a él.

Es imposible establecer la fecha en la que se produjo el mandato de José en Egipto y la llegada de los israelitas al país si nos basamos únicamente en la información proporcionada por el Génesis. El rey egipcio es meramente identificado como «faraón», un término egipcio genérico para rey. Los historiadores bíblicos tienden a situar los acontecimientos de la historia de José entre el 1800 y el 1600 a.C., período de la historia egipcia que se conoce como el final del Reino Medio y el Segundo Período Intermedio.

Esta era no está bien documentada en la historia egipcia. De hecho, algunos reyes de este período ni siquiera se conocen por fuentes contemporáneas, sino por textos mucho más tardíos, como el Canon real de Turín del siglo XIII a.C.

A pesar de las lagunas que existen para conocer este período, los materiales arqueológicos egipcios aportan una valiosa información para comprender el contexto de la historia de José.

LA ESCLAVITUD EN EGIPTO

El papiro de Brooklyn 35.1446 contiene una lista de sirvientes domésticos que trabajaron en la hacienda de algunos aristócratas egipcios alrededor del 1800 y el 1750 a.C. Aparecen docenas de nombres registrados en hierático, una escritura jeroglífica simplificada que solía utilizarse para escribir en los papiros: más de cuarenta son nombres semíticos. También se informa sobre el tipo de trabajo que hacían. Varios aparecen como *hry-pr*, literalmente «a cargo de la casa». Cuando José entra al servicio de Putifar, se dice que está a cargo «de su casa» (Gén 39,4), es decir, que es un sirviente doméstico.

Cuando sus hermanos venden a José a los mercaderes, se especifica que lo hacen por veinte shekels¹ de plata (Gén 37,28). En el segundo milenio a.C. el shekel era un peso, no una moneda. Veinte shekels equivalían aproximadamente a 260 g (9 onzas). Este era efectivamente el precio medio de un esclavo durante la primera mitad del segundo milenio a.C. En la segunda mitad de ese milenio, el coste ascendió a treinta shekels, y al principio del primer milenio se disparó a cincuenta shekels. Así, el precio de venta de José era un precio común en aquella época, y el papiro de Brooklyn muestra que la actividad descrita en Génesis 39 se corresponde con las prácticas de principios del segundo milenio a.C. en Egipto.

LOS NOMBRES PROPIOS EGIPCIOS

En la historia de José aparecen muchos nombres propios egipcios. El amo de José y su suegro comparten el mismo nombre, Putifar² (Gén 41,45), que en egipcio significa «el regalado por Ra (el dios del sol)». Este nombre es particularmente adecuado para el suegro de José, puesto que es sacerdote de On, el centro de culto egipcio dedicado al dios del sol. On es el nombre egipcio de la ciudad-templo que la Biblia de los Setenta llama Heliópolis, que quiere decir «la ciudad del sol» en griego. Lógicamente, la esposa de José, Asenat, también es egipcia (Gén 41,45), aunque la etimología exacta de su nombre no está clara. Algunos piensan que «Asenat» está relacionado con la diosa Neith, por tanto el nombre significaría «la que pertenece a Neith», o «ella te pertenece». También el Faraón da a José un nombre egipcio. El papiro de Brooklyn revela que a muchos esclavos extranjeros se les ponían nombres egipcios, que aparecen junto con sus nombres propios semíticos. Un ejemplo es «el asiático

¹ N. de la T.: Esta es la palabra que aparece en el texto en hebreo del Antiguo Testamento. En la Biblia de San Pablo la palabra se tradujo como "monedas".

² N. de la T.: El suegro se llama Putifera en el texto en hebreo.



El Papiro Chester Beatty I, un manual de interpretación de sueños conservado en el Museo Británico.

Dodi-Huatú, llamado Ankhuemhes». Encontramos el mismo patrón en Génesis 41,45, donde leemos que el faraón «dio a José el nombre Zafnat-Panéaj». A pesar de que no hay dudas sobre el origen egipcio de este nombre, los egiptólogos llevan mucho tiempo discutiendo sobre su significado exacto. Una hipótesis es «el dios ha dicho: él vivirá». Otra alternativa consiste en interpretar el nombre siguiendo el patrón del papiro de Brooklyn: «[José], quien es llamado el que espera vida». Los estudiosos que han intentado descifrar este nombre señalan que *anéaj*, el elemento final del nombre, es la versión hebrea de la palabra egipcia *Ankh*, que significa «vida». Esta palabra aparece escrita con la clave egipcia del signo de la vida. Es curioso que, efectivamente, y coincidiendo con la interpretación del nombre egipcio, el don de José de interpretar los sueños proporcionó una larga vida tanto al pueblo de Egipto como a su propia familia.

LA INTERPRETACIÓN DE LOS SUEÑOS

A partir de Génesis 37, los sueños juegan un papel importante en el relato bíblico. Se mencionan e interpretan los sueños de José, de los dos oficiales del faraón en prisión y del propio faraón. En la Biblia, Dios utiliza los sueños para comunicarse con los seres humanos, por lo que los personajes de la Biblia se toman los sueños muy en serio. El carácter premonitorio de los sueños era una creencia común en todo el antiguo Oriente Próximo. La interpretación de los sueños, por tanto, era muy importante. En Egipto se ha encontrado un manual de interpretación de sueños real, que ahora puede contemplarse en el Museo Británico. En él los sueños aparecen divididos en dos categorías: los que pronostican hechos positivos y los que auguran desgracias. He aquí un ejemplo de cada:

«Si un hombre se ve a sí mismo en un sueño por la noche amarrando a otra persona para hacerle daño, bueno. Significa que va a destruir el poder de habla de su enemigo y a conquistarlo».

«Si un hombre se ve a sí mismo en un sueño volviendo el rostro hacia el suelo, malo. Es una señal de que puede reclamársele algo por muerte».

Las personas que habían tenido un sueño solían consultar a los sacerdotes para que estos lo interpretaran. Los sacerdotes consultaban entonces el manual de sueños para encontrar un sueño similar al que se consultaba y así poder interpretarlo. En Génesis 40, dos oficiales del faraón estaban enfadados porque «hemos tenido un sueño y no hay quien nos lo interprete» (Gén 40,8). Obviamente, en prisión no tenían acceso a los sacerdotes ni a los manuales de interpretación de sueños, pero se daban cuenta de que sus sueños poseían sentidos potencialmente significativos. En el caso de estos oficiales, una interpretación fue positiva (el copero sería restituido en su cargo) y la otra negativa (el panadero sería ejecutado).

En Génesis 41, el faraón sueña con siete vacas gordas que suben por el Nilo, seguidas de siete vacas escuálidas que acaban devorando a las primeras. Por la mañana, el faraón manda llamar a todos los «adivinos y los sabios de Egipto» para que interpreten el sueño. Conviene señalar que la palabra hebrea para «adivinos» es *hartummim*, que deriva de una fusión de la expresión egipcia *hry-tp h ry- hb*, que quiere decir «sacerdote lector principal». Un sacerdote con este título solía ser un experto en la interpretación de los textos litúrgicos y mágicos.

En Egipto se ha encontrado una inscripción del Período Helenístico que recuerda un período de siete años de hambre que tuvo lugar en los días del faraón Djoser (ca. 2700 a.C.), que ordenó la construcción de la primera pirámide escalonada. Por otro lado, este acontecimiento, que habría ocurrido casi mil años antes del período de José, ilustra el carácter impredecible del Nilo, el sustento vital de Egipto.

LA EDAD DE JOSÉ A SU MUERTE

En la historia de José, se menciona al final que José muere a la edad de 110 años (Gén 50,26). Se han identificado más de treinta referencias en textos egipcios en las que se menciona una duración de vida de 110 años. Se trataba de una cifra simbólica para un hombre distinguido por su sabiduría. Existen numerosos ejemplos de personajes egipcios a los que se les atribuye una vida de 110 años. Uno de ellos es Ptahhotep, que dejó para la posteridad un texto de sabiduría (ca. 2320 a.C). Otro es Amenhotep, hijo de Hapu, que sirvió al faraón Amenhotep III (1390-1352 a.C). A menudo aparecen referencias a 110 años en oraciones o deseos, como «Que llegue a los 110 años sobre la tierra, como todo hombre recto», y «Que él [el dios Amón] me dé los 110 años, como a todo hombre recto viviente». ¿Refleja la edad de José a su muerte el uso de este número honorífico egipcio, que representaba la duración ideal de la vida?

La historia de José no es sólo una narración de hechos maravillosos, sino que cumple una función importante en el conjunto de la narrativa bíblica, puesto que explica las razones por las que los hebreos se trasladaron a vivir a Egipto. En un principio, los israelitas fueron bien recibidos por el faraón, que estaba agradecido a José por haber librado a Egipto de las consecuencias de una larga hambruna. El estatus favorable del pueblo de Israel cambiaría durante la época siguiente.

Israel dentro y fuera de Egipto

Los hebreos se multiplican

En los años comprendidos entre la muerte de José y el final del Génesis y el principio del Éxodo, los hebreos se multiplicaron hasta tal punto que el nuevo faraón, que pertenecía probablemente a una nueva dinastía o era, temió que los numerosos israelitas se unieran a sus enemigos en caso de guerra y así lograran huir de Egipto (Éx 1,8-9). Para evitarlo, ordenó emplear a los hebreos en trabajos forzados, con el objetivo de reprimir así el crecimiento de la población. Su estrategia, no obstante, fracasó. El faraón ordenó entonces ejecutar a los bebés varones israelitas (Éx 1,15-16). Encomendó lo siguiente a las comadronas: «Cuando asistáis en un parto a las hebreas, mirad las dos piedras!; si es niño, matadlo...». «Mirad las dos piedras» hace referencia a una práctica egipcia que consistía en que la mujer se sentaba en cuclillas sobre un par de adobes mientras daba a luz. Un relieve tallado del Museo del Cairo muestra a una mujer egipcia dando a luz en esta postura sobre un par de adobes, junto a dos diosas que actúan como parteras. Recientemente se descubrió un verdadero adobe utilizado en los partos con una escena pintada que representa a una mujer dando a luz. Como vemos, la arqueología permite clarificar detalles de las historias bíblicas.

La opresión de los israelitas

¿Quién era este faraón que pensaba que los hebreos podían ser una amenaza para Egipto? ¿Qué llevó a los israelitas a dejar de ser huéspedes en Egipto para pasar a ser un pueblo oprimido y esclavizado unas generaciones más tarde? No existen pruebas arqueológicas que nos permitan responder a estas preguntas. No obstante, las fuentes egipcias confirman que los acontecimientos descritos en el libro del Éxodo son históricamente plausibles.

Probablemente, la historia de José se sitúa en el Período de los Hicsos (ca. 1650-1525 a.C). Los hicsos eran dirigentes extranjeros de estirpe semítica que llegaron a Egipto tras la caída del Reino Medio. Ante la ausencia de un gobierno centralizado fuerte, estos dirigentes extranjeros, ya sea por medios militares o por medios pacíficos, asumieron el control del norte de Egipto. Durante esta época, una familia gobernante distinta gobernó el sur de

[†] N. de la T.: La expresión hebrea literal es "mirad las dos piedras". Como hace años era una expresión un tanto oscura al castellano, la Biblia de San Pablo la tradujo libremente como "mirad el sexo".

Datación del Éxodo

La fecha del Éxodo ha centrado el interés académico desde los principios de la Arqueología bíblica. Si se conociera el nombre de alguno de los faraones involucrados en este episodio bíblico, podrían datarse con cierta seguridad el principio y el final del viaje de los israelitas, puesto que la cronología del Reino Nuevo es bastante fiable. El único nombre de faraón que se recoge en el libro del Éxodo aparece en relación con la ciudad-almacén que los hebreos ayudaron a construir: Rameses. Se considera que este nombre hebreo corresponde al antiguo nombre real egipcio Ramesses. Sólo el faraón Ramsés II (1279-1213 a.C.) construyó una ciudad en el delta noreste a la que llamó con su nombre. Pi-Ramesses significa «casa o dominio de Ramsés». Para algunos, la referencia a esta ciudad en Éxodo 1,11 confirma que el período del Éxodo y la estancia de cuarenta años en el Sinaí se sitúan en el reinado de Ramsés. La estela de Merneptah, hijo y sucesor de Ramsés II, registra la única mención a Israel conocida en el antiguo Egipto. Esta referencia sugiere que hacia 1208 a.C.,

cuando se grabó esta inscripción, los israelitas ya estaban en la tierra de Canaán. Si nos remontamos hacia atrás a partir de esta fecha, el Éxodo habría tenido lugar entre el 1250 o el 1270 a.C., dos décadas que se sitúan en el reinado de Ramsés II.

Una segunda teoría de datación está basada en la afirmación que se recoge en el primer Libro de los Reyes (6,1), según la cual el Éxodo tuvo lugar 480 años antes de que comenzara la construcción del Templo en el cuarto año del reinado de Salomón. Se ha podido establecer, gracias a los sincronismos entre gobernantes egipcios, asirios y judíos posteriores, que el cuarto año del reinado de Salomón se produjo aproximadamente en el 967/6 a.C. Asumiendo que el número 480 es literal y no simbólico, si lo sumamos a la fecha establecida para el comienzo del reinado de Salomón, entonces el Éxodo tuvo lugar hacia el 1447/6 a.C. En esta fecha era faraón Tutmosis III (1479-25 a.C.). La mayoría de los biblistas y arqueólogos aceptan una de estas dos fechas, aunque algunos optan por una fecha anterior, alrededor del 1525 a.C. Esta última hipótesis se basa en los escritos de Josefo, historiador judío del siglo I d.C., que relaciona la expulsión de los hicsos de Egipto con el Éxodo israelita. Hasta que no se encuentre alguna prueba arqueológica o textual firme para apoyar alguna de estas teorías, o una teoría alternativa, no se logrará llegar a un acuerdo sobre la datación. No obstante, una datación bastante aceptada para el Éxodo es entre el 1250 y el 1447 a.C., es decir, en algún momento del Reino Nuevo.

Estela de Merneptah, que describe la destrucción de «Israel» por fuerzas egipcias.



Egipto desde Tebas. Alrededor del 1550 a.C., una serie de faraones tebanos comenzaron a atacar el norte, lo que culminó con las hazañas militares de Ahmosis, que consiguió expulsar a los dirigentes hicsos, y seguramente también a su elite y a su clase militar. Hacia 1525 a.C., Egipto fue reunificado. A mediados de la década de 1990, en unas excavaciones en Tell el-Daba, al noreste del delta, se descubrió un complejo con un gran palacio y una ciudadela construido por Ahmosis que seguía el antiguo sistema de defensa hicsos de Avaris, su antigua capital. Desde esta época hasta alrededor del 1425 a.C., esta ciudadela sirvió como base militar para los reyes de la Dinastía XVIII. La recuperación del control egipcio sobre el norte, en particular el noreste del delta, situaría el centro de poder en la región que la Biblia llama la tierra de Gosen. ¿Es el Ahmosis mencionado, o uno de sus sucesores inmediatos, el que inició la opresión de los hebreos? Hasta cierto punto es comprensible su temor a que los hebreos se multiplicaran, se aliaran con sus enemigos y de esa forma escaparan de la región. La nueva dinastía no iba a tolerar una nueva amenaza extranjera a su reciente control sobre Egipto, después de haber logrado unificarlo de nuevo.

La solución del faraón del relato bíblico para evitar esta creciente amenaza consistió en emplear a los hebreos en trabajos forzados, concretamente en la fabricación de adobes para proyectos de construcción y en el trabajo agrícola (Éx 1,13-14). Se han encontrado restos del período del Reino Nuevo que prueban que los egipcios utilizaron prisioneros de guerra del Levante, en el norte, y de Nubia, en el sur. En la tumba de Rekhmire, primer ministro del faraón Tutmosis III (1479-1425 a.C.), en Tebas occidental, se halló una escena pintada que muestra a grupos de extranjeros fabricando adobes. En ella se empleó sumo cuidado en marcar las diferencias entre los semitas asiáticos occidentales, los nubios africanos y los capataces egipcios. Dos de estos últimos aparecen representados con palos con los que hostigaban a los trabajadores. En una inscripción que aparece junto a la escena se indica que los trabajadores habían sido hechos prisioneros en las campañas militares del rey. En un texto que data del siglo XIII a.C., se menciona el hecho de que un grupo de extranjeros llamados Habiru (palabra que deriva de la misma raíz que la palabra «hebreo» y que se aplica a un pueblo sin tierra y desarraigado) estaban acarreamo bloques para proyectos de construcción en la ciudad de Pi-Rameses, en el delta. En las pinturas halladas en las tumbas se representan escenas agrícolas, en las que podemos observar a grupos de extranjeros trabajando en el campo e incluso participando en la vendimia y pisando las uvas. Las fuentes pictóricas y textuales demuestran por tanto que los egipcios realmente trataron a los extranjeros tal y como se describe en el libro del Éxodo. Sin embargo, sigue sin quedar claro el número de faraones, cuánto duró el período de opresión, ni la fecha exacta en que se produjo el éxodo de Egipto, descritos en Éxodo 1-14.

Localización de las ciudades del Éxodo

En Éxodo 1,11 se nombran dos ciudades-almacén, Rameses y Pitón. Descubrir estas ciudades fue uno de los principales objetivos de los primeros egiptólogos desde finales del siglo XIX. Flinders Petrie creía que Rameses podía situarse en la ciudad de Tell el-Retabeh, debido a los restos de Ramsés II (1279-1213 a.C.) allí encontrados. Por su parte, Eduard Naville



Prisioneros extranjeros haciendo adobes en una escena de la tumba de Rekhmire.

creyó haber descubierto Pitón en la cercana Tell el-Maskhuta, basándose en una estela hallada en esta ciudad que mencionaba a Pitón. El término hebreo Pitón deriva del término egipcio *pr-itm*, que significa «casa de (el dios) Atum», por lo que este término puede referirse tanto a un templo como a una ciudad.

Ambos lugares se ubican en la estrecha franja de tierra hoy conocida como Wadi Tumilat. «Tumilat» conserva el nombre de Atum. Este *wadi* o valle se extiende desde la mitad del delta oriental hacia el este y termina en el lago Timsah. Tanto Petrie como Naville pensaron que el Wadi Tumilat era la tierra de Gosen mencionada en la Biblia en la que vivieron los israelitas.

La identificación de estas ciudades se complicó cuando Pierre Montet (1885-1966) comenzó a excavar el yacimiento de San el-Hagar en el delta noreste en 1928. Allí encontró cientos de bloques, estelas, estatuas y obeliscos inscritos de Ramsés II. Este hallazgo hizo cambiar de opinión a los expertos, que identificaron el yacimiento de Montet como la bíblica Rameses. El nombre árabe del yacimiento, San, tiene una clara relación con el nombre egipcio, Djan, y con el hebreo, Zoán, este último mencionado en relación con el episodio del Éxodo en el salmo 78,12-43². Este salmo de Asaf, que data de siglos después del Éxodo (posiblemente del siglo X a.C.), identifica los campos de Zoán como el lugar donde Dios desató las plagas contra Egipto. Algunas traducciones prefieren el nombre griego Tanis en lugar de la palabra Zoán³. Durante décadas se aceptó que San el-Hagar era la ciudad-almacén que se construyó bajo el mandato de Ramsés II empleando a esclavos israelitas. Esta ciudad también se identifica con Zoán/Tanis. Yo mismo visité la antigua Tanis a mediados de la década de 1960, cuando era un adolescente, y en aquella época, todos los expertos pensaban que allí se había situado la bíblica Rameses.

No obstante, hay dos hechos que cuestionan esta conclusión. Primero, el trabajo continuado en San el-Hagar debería haber identificado cerámica del Reino Nuevo que se corresponda con el período de los restos arquitectónicos ramésidas. Segundo, en un yacimiento a 20 km de San el-Hagar llamado Qantir, el egiptólogo egipcio Labib Habachi realizó algunas excavaciones en la década de 1950. Allí encontró vestigios de una gran ciudad ramésida. Al principio, sólo unos pocos egiptólogos aceptaron su propuesta, pero en las décadas siguientes, y gracias a nuevas excavaciones, se pensó que los restos ramésidas encontrados en Tanis probablemente fueron trasladados desde Qantir cuando la ciudad de Rameses fue abandonada y se estableció la nueva capital en Tanis, alrededor del 1070 a.C. Las excavaciones realizadas en Qantir por arqueólogos alemanes han revelado los restos de un gran establo en el que podían repostar hasta 500 caballos.

Así que, aunque por fin se ha conseguido localizar la ciudad de Rameses, todavía no se han encontrado restos que prueben que hubiera hebreos en esta región. Otras excavaciones realizadas en Tell el-Maskhuta, en el Wadi Tumilat, han demostrado que esta región no fue ocupada durante el Reino Nuevo, cuando se produjo la opresión y el éxodo de los israelitas. Tell el-Maskhuta, como indica su nombre, conserva la antigua palabra «Sucot», que se menciona en el itinerario del Éxodo como la primera parada del pueblo hebreo tras abandonar Rameses (Éx 12,37). Textos egipcios del Reino Nuevo indican que el nombre Tjeku

² N. de la T.: Cf la nota siguiente.

³ N. de la T.: Este es el caso en la traducción de la Biblia de San Pablo.

(«Sucot» en hebreo) era el término utilizado para referirse a la región de Wadi Tumilat. Un papiro del Período Ramésida sitúa un lugar llamado Per-Atum (casa del dios Atum) o Pitón en la región de Tjeku (Sucot). El único yacimiento importante del Reino Nuevo encontrado en Wadi Tumilat es Tell el-Retabeh. Petrie se equivocaba al pensar que allí se había situado la ciudad de Rameses, pero, como sugieren excavaciones más recientes, sí que es posible que en esa zona se levantara la antigua Pitón.

En Éxodo 1,11 se menciona que tanto Rameses como Pitón eran «ciudades almacenes». En estas ciudades-almacenes, unas enormes instalaciones de almacenaje hechas de adobe solían rodear los recintos de los templos y los palacios. El templo funerario de Ramsés II en Tebas occidental (Luxor) ofrece un buen ejemplo de estos complejos de almacenaje. Las habitaciones son alargadas y estrechas y tienen los techos abovedados. En mi opinión, es muy posible que los israelitas trabajaran en la fabricación de adobes para estructuras muy parecidas a las del tiempo de Luxor.

Moisés, las plagas y el Éxodo

En un intento de acabar con la población israelita, el faraón ordenó asesinar a sus bebés varones. Una madre levita dio a luz a un niño y, en vez de arrojarlo a las aguas del río, según ordenaba el edicto de faraón, puso al bebé en una cesta y la echó al río. La hija del faraón, que había bajado a bañarse al río, encontró al niño entre los juncos, lo adoptó y le puso por nombre Moisés.

Muchos han visto un paralelismo literario entre la historia de Moisés y la de Sargón de Acad (2334-2279 a.C). La leyenda de Sargón narra la historia de un bebé, Sargón, hijo de una sacerdotisa y de padre desconocido. Es posible que se tratara de una sacerdotisa-entu, que tenía la obligación de mantenerse casta, de ahí que el personaje intentara deshacerse del niño. La sacerdotisa tomó una cesta y, tras calafatearla con betún, colocó al bebé en ella y la dejó flotando en el río Éufrates. Akki, un jardinero de la diosa Istar, recuperó la cesta flotante. Sargón fue criado por la diosa, y más tarde se convirtió en rey.

Ciertamente hay similitudes entre la historia de Moisés y la de Sargón, pero también diferencias, por lo que es difícil saber si el autor hebreo se inspiró o no en la leyenda mesopotámica. La historia del nacimiento de Moisés se sitúa claramente en Egipto, y seis de los términos clave utilizados en Éxodo 2,3 son de origen egipcio, no babilónico. Las palabras cesta, papiro, brea, junco, río y orillas (de río), evocan todas ellas el mundo egipcio. Este hecho confirma con seguridad el escenario egipcio de la historia bíblica.

Según el Nuevo Testamento (He 7,22) y los escritos de Flavio Josefo, el niño Moisés fue instruido en los saberes egipcios. Según las fuentes escritas de las que disponemos, durante el Reino Nuevo existía en Egipto una institución educativa asociada a los palacios llamada *kap* o crianza real. También se han encontrado inscripciones en las tumbas de varios príncipes extranjeros en las que se enorgullecen de haber sido «niño del *kap*». Es muy probable que el propio Moisés fuera educado en el *kap*, donde habría aprendido a leer y escribir.

En la década de 1980 se descubrió la tumba de un oficial llamado Aper-el en Saqqara, justo al sur del Cairo. Entre los numerosos títulos escritos en las paredes de su tumba desta-



Instalaciones de adobe utilizadas como almacén en tiempos de Ramsés II.

can el de visir y «niño del *kap*». El nombre de este personaje indica que pertenecía a la etnia semita; seguramente fue alumno del prestigioso *kap* y, en su edad adulta, fue elevado al cargo civil de mayor rango en Egipto, como José.

Según Éxodo 7-12, Dios castigó a Egipto con diez plagas que hicieron que finalmente el obstinado faraón permitiera a los israelitas abandonar Egipto. Las plagas bíblicas no están documentadas en los textos egipcios. Esto no es nada extraño, pues generalmente las inscripciones reales nunca registraban desastres ni hechos negativos para Egipto o su realeza. No obstante, varias de las plagas resultan verosímiles dentro del escenario egipcio. Según algunos estudiosos, la primera plaga (en la que el Nilo se vuelve rojo sangre) pudo deberse a la presencia en el agua de unos microorganismos flagelados, que dieron lugar a dicho color. Este fenómeno está asociado a la inundación anual del Nilo, que comienza en agosto, llega a su máxima crecida en septiembre, y termina en octubre. Estos microorganismos consumen grandes cantidades de oxígeno del agua, lo que provoca la muerte por asfixia de los peces, dando lugar a un desagradable olor y a una contaminación que hacen el agua imbebible, tal y como se describe en la Biblia (Éx 7,21). Si fue una inundación anual contaminada la que provocó la primera plaga, que habría empezado en el período de agosto a octubre, y dado que la Pascua se celebraba en el período comprendido de marzo a abril (es decir, siete o nueve meses más tarde), la novena plaga (tres días de oscuridad) pudo haber tenido lugar en los meses de marzo o abril. En esta época son frecuentes en Egipto las tormentas de arena o *khamisin*. Estas tormentas pueden llegar incluso a oscurecer el sol, y una fina capa de polvo lo cubre todo. Este fenómeno se ajusta a la descripción de la novena plaga en la Biblia: «una oscuridad que se sentía» (Éx 10,21). Sirviéndose de las fuerzas de la naturaleza contra Egipto, el Dios de Israel demostraba su superioridad sobre los dioses de Egipto y sobre el faraón, que supuestamente era el responsable de mantener el orden cósmico en la tierra. En los últimos años, algunos estudiosos han barajado la posibilidad de que fue la explosión de la isla volcánica de Santorini (al norte de Creta) la que causó la novena plaga. Sin embargo, los geólogos datan este acontecimiento hacia el 1600 a.C., mucho antes de la fecha en la que se sitúa el Éxodo (1447 o 1270 a.C.).

Imagen satélite de Egipto. Sobre ella se han trazado posibles localizaciones del monte Sinaí y de la ruta del Éxodo.

LOCALIZACIÓN DEL MAR ROJO O MAR DE LOS JUNCOS

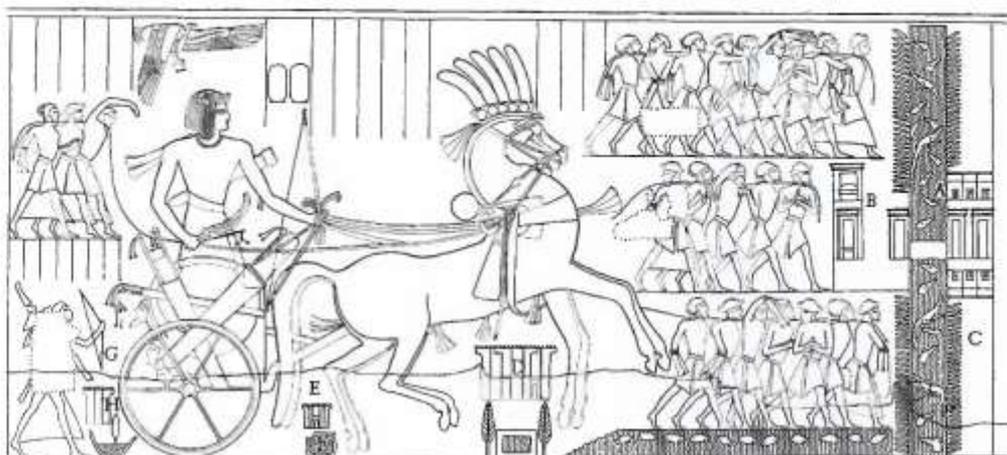
Las plagas dieron finalmente lugar a la liberación de los hebreos, pero antes de que pudieran abandonar Egipto y entrar en la península del Sinaí, el faraón cambió de parecer y envió soldados en carros para perseguirlos. La identificación del mar que cruzaron los israelitas resulta problemática. Algunos pasajes se refieren a este mar como *yam suf* (Éx 13,18; 15,4.22), mientras que otros simplemente lo llaman «el mar» (Éx 14,2.16.21.23.26.27). La mayoría de las traducciones inglesas, desde la *Biblia del rey Jaime*, lo han llamado mar Rojo⁴. Esta traducción se debe a que la Biblia de los Setenta tradujo el término hebreo *yam suf* al griego como mar Rojo. La traducción griega no refleja fielmente el sentido del término hebreo y ha sido engañosa. Por eso, durante muchos años se creyó que el mar que atravesaron los israelitas en su huida era el lado norte del mar Rojo, el golfo de Suez.

El término hebreo *yam suf* significa en realidad «mar de juncos». La madre de Moisés,

⁴ N. de la T.: Muchas Biblias en castellano, como la propia Biblia de San Pablo.



Relieve que representa a Seti I librando una batalla, del Templo de Karnak, Luxor.



por ejemplo; colocó a Moisés en una cesta entre los juncos o *suf* (Éx 2,3). De hecho, la palabra *suf* se conoce en egipcio como *tjuf*, que significa «juncos» o «cañas». Existen además textos egipcios que nombran un área al este del delta llamada *pa-tjufy*, que significa «lagos pantanosos» o «de juncos». A pesar de que esta región al este del delta está hoy prácticamente desierta, imágenes de satélite han revelado los contornos de dos antiguos lagos. El lago del sur, o lago Ballah, siguió teniendo agua hasta el siglo XIX, cuando la construcción del Canal de Suez drenó sus aguas. Las dimensiones de este antiguo lago eran de aproximadamente 20 km de largo y 15 km de ancho en su máxima extensión. Yo mismo he participado recientemente en una investigación sobre estos antiguos lagos con un equipo de geólogos. El estudio realizado en el lado norte del lago Ballah mostró que dicho lago pudo haber alcanzado una profundidad de 5 a 6 m. El segundo lago está situado al noreste del primer lago y se alimentaba de unos canales del Nilo recientemente descubiertos. Este lago desembocaba en el Mediterráneo, cuya costa estaba mucho más al sur en la antigüedad de lo que está hoy.

El *yam suf* que se menciona en la Biblia pudo haber sido alguno de estos lagos. En Éxodo 10,19 se explica que un fuerte viento sopló la plaga de langostas desde el oeste hacia el *yam suf*. El lago Ballah está situado a 34 km al este de la antigua ciudad de Rameses.

Entre los miles de relieves tallados en el Templo de Karnak están los de Seti I (1295-1279 a.C.), que representan sus campañas militares en el antiguo Canaán. Un grupo muestra al rey peleando en una batalla contra los problemáticos beduinos en el norte del Sinaí y sur de Canaán. La escena muestra una serie de doce fortalezas en la carretera militar que atravesaba el norte del Sinaí. Muchos de los nombres de las fortalezas están registrados. La primera ciudad y fortaleza marcaba la frontera de Egipto y el principal punto de entrada por el norte, y se llamaba Tjaru o Sile. Excavaciones llevadas a cabo en Tell Hebua (al este de la ciudad de Qantara y del Canal de Suez) desde mediados de la década de 1980, han confirmado la existencia de un enorme complejo militar. Durante el reinado de Seti I, la muralla de adobe circundante medía 800 x 400 m. En 1999 y en 2005, unos excavadores egipcios encontraron dos estatuas que incluían el nombre del yacimiento, Tjaru. Dichas estatuas confirman que efectivamente ese lugar era una fortaleza y una ciudad fronteriza de Egipto en el este,

que servía de punto de partida a una serie de fortalezas que recorrían el Sinaí, según se muestra en el relieve de Karnak.

El estudio geológico de la región ha revelado que esta fortaleza se construyó en una antigua isla barrera, con el Mediterráneo al norte y un antiguo brazo del Nilo y tierras pantanosas al sur. Esta fortaleza no sólo guardaba la entrada a Egipto, sino que además estaba en la carretera que venía de la ciudad de Pi-Rameses en el delta, y por tanto servía además de barrera para cualquiera que quisiera abandonar Egipto. Otros descubrimientos geológicos y arqueológicos realizados en esta área estratégica han ayudado a clarificar la siguiente información incluida en Éxodo 13,17: «Cuando el faraón dejó marchar al pueblo, Dios no los llevó por el camino de la región de los filisteos, aunque era más corto, pues se dijo: "No sea que se arrepienta al verse atacado y vuelva a Egipto"». Teniendo en cuenta las circunstancias geográficas y militares de la principal ruta de salida de Egipto desde el delta, los israelitas que huían podrían haberse encontrado con un estrecho puente de tierra de no más de 2 km de ancho, con agua a cada lado, una enorme fortaleza delante, y carros que los perseguían detrás: una trampa mortal segura. La Biblia cuenta que, por esa razón, los israelitas fueron desde Rameses hacia Sucot, al sureste (Éx 12,37).

Se han encontrado documentos militares del siglo XIII a.C. inscritos en papiros que indican que la región del Wadi Tumilat también estaba bien fortificada. Petrie encontró restos de una gran fortaleza en Tell el-Retabeh. Así que esta ruta de salida era igualmente precaria. Desde un punto llamado Etán al borde del desierto (Éx 13,20), en o cerca del margen del Wadi Tumilat, los israelitas cambiaron de rumbo y se encaminaron hacia una dirección aparentemente al norte, hacia la misma área que al principio habían evitado. Este movimiento hacia el norte los llevaría hacia el área del lago Ballah. Allí acamparon junto al mar, a través del cual iban a cruzar en frente de Pi Hahiroth, entre Migdal y frente a Baal Sefón (Éx 14,2).

No se ha identificado ninguno de estos nombres, por lo que es difícil establecer con seguridad la ubicación del mar. No obstante, en la escena de Seti I que muestra la serie de fortalezas a través del Sinaí, se nombra la tercera fortaleza de la secuencia, el Migdal de Seti I. La palabra «Migdal» es de origen semítico, y significa «fortaleza» o «torre» en hebreo. Su aparición en el relieve de Seti I resulta chocante, pues la palabra no aparece frecuentemente en textos egipcios. No obstante, es probable que la Migdal de la secuencia de fortalezas de Seti I sea la misma que la Migdal citada en Éxodo 14,2. El reciente descubrimiento de la ciudad fronteriza de Tjaru en Tell Hebua en el noroeste del Sinaí nos ofrece por tanto muchas pistas acerca de la ubicación de Migdal y el mar de Juncos. Además, se ha descubierto la fortaleza que posiblemente estuviera situada entre Tjaru y Migdal. Desde 1999 he dirigido las excavaciones en Tell el-Borg, a unos 5 km al sureste de Hebua. Allí hemos descubierto los restos de dos fortalezas, pobremente conservadas pero datables. De la primera fortaleza sólo ha sobrevivido el foso, y data del período ca. 1450-1320 a.C. La segunda reemplazó a la primera sin que aparentemente haya ningún hiato de ocupación, y se alzó de ca. 1320 a 1175 a.C. No se ha descubierto ningún texto que permita conocer el nombre de la fortaleza, pero su proximidad a Tjaru hace improbable que sea la tercera fortaleza (Migdal), puesto que entre Hebua y Borg no se han encontrado restos de la segunda fortaleza. Así que Migdal



Muros de una fortaleza del siglo XIII a.C. en Tell el-Borg.

debió de estar localizada hacia el este, más lejos, aunque no se sabe exactamente cuánto más. Es posible que futuras excavaciones en la región permitan conocer el paradero de Migdal, y de esta forma se podría establecer con seguridad la localización del esquivo mar de Juncos.

Hacia el monte Sinaí

En su estancia en el monte Sinaí antes del Éxodo, Dios le dijo a Moisés que trajera a los israelitas de vuelta al «monte de Dios» (Éx 3,1-12), para que el pueblo pudiera adorar a Dios. Como se muestra en Éxodo 19-24, Dios pretendía establecer una alianza o tratado con Israel. Antes de tratar esta cuestión, detengámonos en la localización del «monte de Dios», mejor conocido como monte Sinaí u Horeb.

La península del Sinaí se divide en tres zonas geológicas: norte, central y sur. En cada una de estas zonas, así como en el norte de Arabia, se localizan varias montañas que a lo largo de los últimos 200 años se han identificado como el posible monte Sinaí de la Biblia. Dichas montañas son:

1. Gebel Helal y Har Karkom (norte del Sinaí o sur de Israel).
2. Gebel Sin Bishr (Sinaí central).
3. Gebel Musa/Safsafah, Gebel Serbal, Gebel Katferina (sur del Sinaí).
4. Gebel Biggir, Gebel el-Lawz, Hallat el Badr (norte de Arabia).

A pesar de que la Biblia ofrece pistas para situar la región en la que se encontraba el monte Sinaí, no proporciona suficientes datos geográficos específicos para conocer con precisión de qué montaña se trata. No obstante, los itinerarios complementarios del viaje ofrecidos en los libros de Éxodo (15-19) y Números (33) permiten eliminar varios de los candidatos aquí apuntados. Tras cruzar el mar y entrar en la península del Sinaí, los israelitas viajaron tres días por el desierto, y fueron acampando en al menos siete lugares antes de alcanzar el monte Sinaí. Se calcula que este itinerario representa al menos diez días de viaje. Un segundo dato extremadamente valioso se encuentra en Deuteronomio 1,2, donde se afirma que eran necesarios once días de camino para recorrer desde el monte Sinaí (u Horeb) hasta Cades-Barne por el camino del monte Seír (o Edón). Al no tener esta cifra, once, ningún valor simbólico en hebreo, la mayoría de los historiadores y geógrafos la consideran un dato fiable. Cades-Barne se ha identificado con Ain Qudeirat, que se sitúa justo en la frontera de Egipto con Israel. Este manantial (Ain) sigue siendo una fuente perenne de agua, y los restos arqueológicos encontrados en esta área muestran que el yacimiento fue ocupado de forma regular desde una fecha tan antigua como hace 60.000 o 40.000 años. Aunque Cades-Barne no sea la actual Ain Qudeirat, sí debió de situarse como mucho a 10 km al sur, en Ain Qadis. Cualquiera que sea el sitio correcto, ambos están lo suficientemente cerca el uno del otro como para que la referencia de Deuteronomio 1,2 se considere pertinente en la determinación de la distancia al monte Sinaí.

La segunda pregunta es: ¿a qué equivale un «día de camino»? En el antiguo Oriente Próximo, el viaje no se medía en kilómetros, sino por la distancia recorrida cada día. Se ha



Ain Qudeirat, lugar donde se ha localizado la bíblica Cades-Barne.

intentado determinar la distancia que esto representa. Los viajeros del siglo XIX que viajaban a pie por los desiertos del Sinaí caminaban generalmente unas diez o doce horas al día a una media de 3,2 km por hora. De esta forma, recorrían unos 32 a 38 km al día, dependiendo del terreno. Algunos creen que es más realista establecer una distancia de 24 a 29 km al día. Antiguos textos encontrados en Mari mencionan unas caravanas que viajaban entre ciudades, y que recorrían una distancia de 35 km al día. Si calculamos la media de esta variación de distancias, obtenemos 32 km al día, lo que puede servir como cifra aproximada. Por tanto, los diez días que se establecen en la Biblia para recorrer desde el mar hasta el monte Sinaí equivaldrían aproximadamente a 320 km, mientras que la distancia desde el monte Sinaí hasta Cades-Barne sería de unos 350 km. Estas distancias permiten establecer las siguientes hipótesis acerca de las montañas propuestas.

Una distancia de 350 km desde Cades-Barne hasta el monte Sinaí implica que las montañas situadas en el norte y en el centro del Sinaí están a una distancia demasiado corta (Gebel Helal está a tan sólo 63 km y Har Karkom a tan sólo 55 km de Ain Qudeirat). También es demasiado corta la distancia a Gebel Sin Bishr (de 112 a 128 km). A pesar de que Gebel Biggir se sitúa en la zona donde supuestamente puede localizarse el monte Sinaí de la Biblia, está a tan sólo unos 150 km de Cades-Barne. Gebel el-Lawz y Hallat el Badr, por el contrario, están demasiado lejos del *yam suf*; el último está concretamente a 560 km de Ain Qudeirat. Para justificar sus hipótesis, los defensores de estas localizaciones argumentan que *yam suf* se refiere en realidad al golfo de Aqaba. Pero esta zona no se corresponde con los datos bíblicos de los que disponemos. El campamento en Migdal, situado en el cruce del mar, era la tercera parada tras dejar Rameses, así que no puede situarse a más de 96 km de distancia. El golfo de Aqaba está a más de 320 km del punto de partida, distancia que difícilmente podría recorrerse en tres días.

La única región que se corresponde con los datos sobre la distancia de los que disponemos y con la referencia de Cades-Barne es el sur del Sinaí. Ya en la tradición cristiana antigua se asociaba esta zona con lugares santos relacionados con Moisés. Ya en el 360 d.C., un monje sirio, Julianus Sabus, y algunos de sus discípulos construyeron una capilla en la cima



Parte de la cresta de Gebel Musa (monte Sinaí).

de Gebel Musa, que significa monte de Moisés, creyendo que era este el lugar donde Dios reveló la Ley a Moisés. En el valle que se extendía al pie de esta montaña se construyó una capilla alrededor del 330 d.C. para conmemorar el lugar donde Dios habló a Moisés desde la zarza ardiente. A lo largo de los siglos siguientes, esta capilla fue visitada por cientos de peregrinos. Hacia el siglo VI, con el apoyo del emperador Justiniano, se construyeron los muros que todavía hoy se yerguen, como los de una fortaleza, alrededor del monasterio, monasterio al que puso nombre una mártir de Alejandría, santa Catalina.

En Gebel Musa se estableció una comunidad monástica, y otras cuatro en una región próxima. Una de ellas se sitúa en Gebel Serbal, otra posible localización para el monte Sinaí. La presencia de tantos monasterios e iglesias en el sur del Sinaí se debe a que los primeros cristianos creían que los israelitas acamparon en esta región. Aunque no se ha encontrado ningún rastro arqueológico que confirme la presencia de los israelitas en estos lugares concretos, la localización que mejor se corresponde con las distancias calculadas desde la salida de Egipto y el viaje a Cades-Barne es la del sur del Sinaí. Esta hipótesis no prueba la tradición cristiana antigua, pero ciertamente la apoya.

La Legislación del Sinaí

En décadas recientes ha sido posible comprender la Ley de Moisés en su contexto gracias al descubrimiento de antiguos textos de tratados y códigos de leyes. En el Antiguo Testamento y el Pentateuco siempre se utiliza la palabra «alianza» para describir lo que ocurrió en el monte Sinaí. Esta palabra es una traducción del término hebreo *berith*. En la Biblia, el tér-

Estructura de los tratados del antiguo Oriente Próximo

Preámbulo/Título	Prólogo histórico	Condiciones	Deposición del texto	Lectura pública	Testigos convocados	Bendiciones y maldiciones	
Aquí se incluyen los nombres de las partes involucradas en el tratado.	Se revisan las relaciones previas entre las partes y se recuerda la razón o razones por las que el súbdito está en deuda con el rey hitita (p. ej., porque el rey lo rescató después de haber sido hecho prisionero por un enemigo).	Se enumeran el tributo, las condiciones y las leyes a las que el súbdito deberá atenerse.	El texto del tratado se copiaba y se colocaba en los templos de ambas partes.	El texto debía leerse públicamente en fechas designadas.	Al tratarse de documentos legales, en los tratados eran necesarios una serie de testigos que dieran fe. Bastaba una lista de los dioses de las partes; también podían servir como testigos elementos de la naturaleza.	Al final del tratado se enumeraba una lista de bendiciones y maldiciones que acaecerían en función del cumplimiento o la violación de las condiciones. Los dioses testigos eran los	encargados de que esas bendiciones o maldiciones se cumplieran.

Estructura de los tratados bíblicos

Preámbulo/Título	Prólogo histórico	Condiciones	Deposición del texto	Lectura pública	Testigos convocados	Bendiciones	Maldiciones
Éxodo 20,1-2a «Dios pronunció todas estas palabras: "Yo soy el Señor, tu Dios..."».	Éxodo 20,2b «...el que te sacó de Egipto, de la casa de la esclavitud».	Éxodo 20,3-17,22-26; 21,1-23; 25,3; Levítico 1-25 «No tendrás otro Dios fuera de mí»; y las leyes que siguen.	Éxodo 25,16 «Dentro del arca pondrás el testimonio que yo te daré».	Éxodo 24,7 «Tomó luego el libro de la alianza y lo leyó en presencia del pueblo, el cual dijo: "Cumpliremos todo lo que ha dicho el Señor y obedeceremos"».	Éxodo 24,4 «Moisés escribió todas las palabras del Señor, se levantó de madrugada y edificó un altar al pie de la montaña y doce estelas por las doce tribus de Israel».	Levítico 26,3-13 «Si seguís mis leyes y guardáis mis mandamientos poniéndolos en práctica, os daré a su debido tiempo la lluvia necesaria, la tierra producirá sus frutos, los árboles de los campos darán los suyos; la trilla se prolongará hasta la vendimia y la vendimia hasta la siembra; comeréis vuestro pan a saciedad y viviréis seguros en vuestra tierra. Habrá paz en el país...».	Levítico 26,14-33 «Pero si no me obedecéis y no ponéis en práctica todos mis mandamientos; si despreciáis mis leyes, desdenáis mis prescripciones, no ponéis por obra mis mandatos y rompéis mi alianza, yo me portaré con vosotros de la misma manera; haré venir sobre vosotros el espanto, epidemia y fiebre, enfermedades de los ojos y agotamiento de la vida. Sembraréis en vano, pues los enemigos comerán el fruto de vuestras semillas. Me volveré contra vosotros, y seréis vencidos por vuestros enemigos; estos os dominarán y huiréis aunque nadie os persiga...».

mino *berith* siempre se utiliza para referirse a un tratado (Gén 21,25-34; 26,26-33; 31,46-50). La misma palabra se encuentra en textos encontrados en la antigua Mesopotamia y Egipto que datan del segundo milenio a.C., por lo que se trata de un término utilizado en la diplomacia internacional de aquella época.

Se han descubierto y traducido casi un centenar de tratados y códigos de leyes. Entre los tratados, se distinguen dos tipos: los tratados entre reyes de igual condición (tratado de paridad), y los tratados entre gobernantes y súbditos (tratado de vasallaje o de soberanía). En el primer tipo, las dos partes negocian los términos del acuerdo, mientras que, en el segundo, el súbdito debe aceptar las condiciones que se le imponen. El amo es el que establece los términos del acuerdo, y el súbdito se limita a responder con palabras de sumisión, como aquellas que pronunciaron los israelitas en el monte Sinaí: «Nosotros cumpliremos todo cuanto ha dicho el Señor» (Éx 24,3).

El estudio literario de estos tratados revela una estructura que se siguió conscientemente tanto en el libro del Éxodo como en el Deuteronomio. Dicha estructura estuvo sujeta a variaciones a lo largo de los siglos en el antiguo Oriente Próximo. La estructura habitual de los tratados a lo largo del tercer milenio es diferente a la del segundo y el primer milenio. Es interesante observar que la estructura de los tratados de la segunda mitad del segundo milenio a.C. es la que más se acerca a la estructura de la alianza recogida en Éxodo 20-24 y en el Deuteronomio. En la página 61 se ofrece un ejemplo de las partes de la estructura de un tratado de la época. La tabla de color sepia analiza ese mismo patrón en Éxodo 20-25 y Levítico 26.

Los datos analizados demuestran que el escritor bíblico, Moisés según la tradición, estaba familiarizado con este patrón legal de finales del segundo milenio a.C., y que, al escucharlo, el pueblo habría entendido la naturaleza solemne y legal de la alianza establecida entre Dios e Israel.

El Tabernáculo: el santuario de Israel en el desierto

Casi todos los pueblos antiguos contaban con santuarios o templos para el culto de sus deidades. Israel había establecido una relación de alianza con Dios, pero carecía de un santuario para dar cobijo a su Dios y poder adorarlo. Los israelitas construyeron un santuario que se adaptara al desierto y al viaje previsto, una tienda-santuario. En Éxodo 25-34 se ofrece información detallada sobre los diversos materiales que se utilizaron para construir esta tienda del encuentro o Tabernáculo. Se trataba de una estructura enmarcada en madera de acacia, que es uno de los pocos árboles autóctonos del Sinaí. Los postes de madera estaban recubiertos de oro. Sobre la estructura se colocaban capas de diversos materiales, entre ellos lino y pieles de animales. La tienda misma era relativamente pequeña, unos 10 por 30 cúbitos (5,25 x 15,75 m o 17 x 51 pies), y estaba rodeada por una serie de postes de madera que sostenían un cortinaje exterior⁵. En el interior de la tienda-santuario estaba el arca de la Alianza con unos querubines alados protectores. El arca consistía en una pequeña caja portable de madera de acacia recubierta de oro, y medía 2,5 por 1,5 por 1,5 cúbitos (112 x 67 x 67 cm o 3 pies 9 pulgadas x 2 pies 3 pulgadas x 2 pies 3 pulgadas)⁶.

⁵ N. de la T.: Hoffmeier ha traducido la medida hebrea 'amma como "cúbitos". En castellano algunos estudiosos traducen 'amma como "codos". Distintos autores calculan la equivalencia de esta medida al sistema métrico de diversas formas. Las incluidas en el texto son las equivalencias de Hoffmeier, basadas en menciones indirectas de las medidas de las cortinas y los tabloncillos del Tabernáculo en Éxodo 26 y las proporciones del posterior Templo de Salomón.

⁶ N. de la T.: Ver arriba. Las medidas dadas en la Biblia de San Pablo son 125 cm x 75 cm x 75 cm (Éxodo 25,10).

Teniendo en cuenta que los israelitas habían vivido en Egipto durante varios siglos, es lógico que construyeran el primer santuario de Israel siguiendo los patrones del arte egipcio. Entre los santuarios funerarios de la tumba de Tutankamón se encontró una estructura de madera cubierta por un paño mortuorio de lino, y que formaba así un pequeño tabernáculo. La configuración rectangular del Tabernáculo bíblico, con una valla alrededor, es muy similar al diseño del campamento militar que mandaba levantar Ramsés II cuando se embarcaba en campañas extranjeras. Se puede contemplar este campamento en el pilón exterior del Templo de Luxor y dentro del espléndido Templo de Abu Simbel en Nubia. En este último, la tienda del faraón contiene un cartucho con su nombre rodeado por un par de halcones alados que lo protegen. Las alas de los querubines servían para proteger la gloria de Dios, que residía en el santo de los santos, sobre el arca.

Los egipcios eran maestros en la técnica de recubrir la madera con oro, como puede observarse en multitud de objetos de la tumba de Tutankamón. En esta tumba había un santuario recubierto de oro en forma de caja con el dios Anubis, el chacal, reclinándose sobre ella. Este santuario se transportaba en las procesiones religiosas sobre andas de madera.

El arca de Israel fue objeto de culto desde la época de Moisés hasta la época de Salomón. Este último ordenó que se colocara dentro del *sancta sanctorum* del templo que mandó construir. En el primer Libro de los Reyes (8,3) se menciona el traslado del arca al templo junto con la antigua tienda de la reunión.



Santuario portable custodiado por una figura del dios Anubis, de la tumba de Tutankamón.



La Tierra y los Reyes de Israel

La conquista de la Tierra Prometida

Conquista y asentamiento

Muchos lectores del libro de Josué pueden inclinarse a pensar que las tribus de Israel irrumpieron en Canaán, y que, como una fuerza devastadora, arrollaron toda la región, destruyendo ciudades y pueblos y arrasando santuarios paganos en una guerra santa. Finalmente, tras despojar a la población de su propia tierra, se asentaron en ella. Los arqueólogos de principios del siglo XX, que asumían la historicidad de estos hechos, creyeron que este sendero de destrucción sería fácil de descubrir y datar. Por esta razón, la conquista israelita de Canaán fue durante mucho tiempo su principal argumento para probar la viabilidad de la Arqueología bíblica como disciplina y la fiabilidad de las afirmaciones históricas de la Biblia.

La Biblia divide la conquista en tres fases geográficas e históricas. En primer lugar se narran las batallas en Transjordania después de que los israelitas abandonaran el Sinaí (Núm 20-22); luego, tras cruzar el río Jordán, se asaltan zonas del sur de Canaán (Jos 6-10), y finalmente la conquista se desplaza hacia el norte de Canaán (Jos 11).

¿SE CONQUISTÓ EL SUR DE CANAÁN?

Según la Biblia, el primer lugar que atacó Israel es Jericó, situado justo al norte del mar Muerto, y a menos de 8 km al oeste del río Jordán. La detallada descripción de la derrota de esta ciudad y del derribo de sus murallas que se recoge en el Libro de Josué despertó un temprano interés en la excavación de este yacimiento. De hecho, ya en 1868 el capitán Charles Warren identificó la ciudad de Jericó en Tell es-Sultan y comenzó allí las primeras excavaciones. Muchos otros arqueólogos realizaron excavaciones en este yacimiento a lo largo de los años siguientes, como muestran las numerosas cicatrices en su superficie. Las excavaciones que llevó a cabo John Garstang (1876-1956), profesor de la Universidad de Liverpool, entre 1930 y 1936 hicieron albergar muchas esperanzas respecto a la historicidad de la conquista, puesto que Garstang descubrió una ciudad salvajemente destruida y quemada, y restos de una muralla de adobe que parecía haber sido derribada. Garstang, quien no era un biblista conservador, mantuvo que el nivel destruido, conocido como Ciudad IV, fue demolido y quemado alrededor del 1400 a.C. por Josué y los israelitas. Su datación se ajustaba a la datación del Éxodo de 1447 a.C., seguida por los cuarenta años en el desierto. La hipóte-

sis de Garstang fue ampliamente aceptada durante los siguientes veinte años, hasta que Kathleen Kenyon regresó a Tell es-Sultan para llevar a cabo más excavaciones. Entre 1952 y 1958, Kenyon excavó el yacimiento siguiendo métodos más fiables. Sus conclusiones sitúan la destrucción de la Ciudad IV alrededor del 1550 a.C., es decir, al final de la Edad del Bronce Medio. Kenyon atribuyó la destrucción a las fuerzas egipcias, y la puso en relación con la expulsión de los hicsos y con el comienzo de la hegemonía de Egipto en la región. Después de haber sido destruida, la ciudad estuvo siglos abandonada, y fue brevemente reocupada al final de la Edad del Bronce (en el siglo XIII a.C). Finalmente, la ciudad se reconstruyó a comienzos del siglo IX a.C. Las conclusiones de Kenyon, sin embargo, no se ajustaban con la datación de la conquista en el 1400 a.C. que se había establecido en relación con el Éxodo.



Trincheras de las excavaciones de Kathleen Kenyon en Jericó.

En la década de 1960 se realizaron excavaciones en el cercano yacimiento de Et-Tell. Se creía que este yacimiento era el bíblico Ay, conquistado por las fuerzas de Josué tras Jericó (Jos 7). Las excavaciones mostraban que este yacimiento no había sido ocupado desde el 2100 a.C. hasta alrededor del 1100 a.C. Esta conclusión también planteaba problemas con respecto a la fecha de conquista esperada (1400 a.C). Además, no existía ninguna prueba de destrucción que pudiera atribuirse a los israelitas.

En las mismas fechas, W. F. Albright dirigía unas excavaciones en Tell Beit Mirsim, donde creía que estaban los restos de la antigua Debir, mencionada en Josué 10. Más tarde trabajó en Beitin, donde pensaba que encontraría los restos de Betel, citada en Josué 7 y 8. En ambos yacimientos se encontraron restos de ciudades destruidas a finales del siglo XIII a.C. Esta fecha no casaba con la datación del Éxodo, por lo que Albright propuso una fecha más temprana. A lo largo de 1900 y 1970 se excavaron otros yacimientos, entre ellos Guézer, Laquis y Jazor, que también presentaban signos de haber sido destruidos a finales del siglo XIII. En consecuencia, Albright, apoyado por G. E. Wright y otros, comenzó a defender una nueva datación para los hechos bíblicos, concretamente 1270 a.C para el Éxodo y 1230 a.C. para la conquista. Las hipótesis de Albright dominarían los estudios bíblicos en EE.UU. durante los siguientes treinta-cuarenta años.

Sin embargo, estas teorías comenzaron a caer en descrédito a principios de la década de 1980, y no porque se encontraran nuevas pruebas de la conquista israelita, sino por otras razones:

1. No existían pruebas que permitieran atribuir con seguridad la destrucción de estas ciudades a los israelitas.
2. Una lectura más escéptica de la Biblia cuestionó la capacidad militar de un pueblo como el antiguo Israel para tomar las ciudades-estado de Canaán y derrotarlas tan fácil y rápidamente.
3. Teniendo en cuenta que Egipto controlaba Canaán al final de la Edad del Bronce (1550-1200) y mantenía allí sus guarniciones, resultaba extraño que en los textos egipcios no se realizara ninguna mención a las incursiones israelitas, y que tampoco el libro de Josué citara la presencia de las fuerzas egipcias en estas ciudades.

4. Cuando un pueblo conquista una región, diezmando a la población y destruyendo su infraestructura, esto se debe notar en una cultura material diferente, y no era este el caso.
5. Algunos estudiosos comenzaron a cuestionar la «teoría de la conquista», argumentando que el asentamiento de los israelitas fue un modelo de migración pacífica y que este pueblo era en realidad una facción indígena dentro de la cultura cananea. Otros estudiosos optaron por un modelo híbrido que aceptaba ciertos elementos de cada teoría.

Por todas estas razones, en las últimas dos décadas muchos expertos han desechado la teoría de la «conquista» para explicar la llegada de los israelitas a Canaán y, como se mencionaba en el punto 5, han surgido teorías alternativas que no se corresponden con los hechos narrados en la Biblia, y que tampoco han sido probadas por los restos arqueológicos. En este caso, ciertamente, resulta difícil salvar el aparente contraste entre los hechos mencionados en la Biblia y las conclusiones arqueológicas.

El problema es que Albright, como muchos expertos y como muchas personas que interpretan literalmente los hechos del Libro de Josué, leía la Biblia de forma demasiado selectiva o creía leer en ella cosas que esta no dice, y de esta forma creaba falsas expectativas que más tarde los restos arqueológicos no podían confirmar. Así que debemos preguntarnos: ¿debemos interpretar a partir de los hechos narrados en el Libro de Josué que efectivamente el pueblo israelita arrasó más de veinte ciudades y aniquiló a su población? ¿Es cierto que los hebreos reconstruyeron más tarde esas ciudades?

Una lectura descuidada de Libro de Josué, especialmente del capítulo 10, puede llevarnos a esa conclusión. Sin embargo, si leemos de forma analítica, nos daremos cuenta de que el texto menciona, más bien, que las ciudades fueron «asediadas», «atacadas» y «tomadas» (Jos 10,28-39), y que la población fue duramente golpeada. Pero en ningún caso se menciona que las ciudades del sur de Canaán fueran demolidas o quemadas. Los restos arqueológicos siempre revelan las demoliciones y los incendios provocados por un ejército enemigo. Cuando realmente ocurrió una destrucción de este tipo, se suelen encontrar piedras o adobes quemados y fragmentados y la arena o tierra queda oscurecida por la ceniza. Después de años realizando excavaciones, sé que no puede existir confusión a la hora de interpretar los restos de una destrucción.

¿UNA CONQUISTA A PEQUEÑA ESCALA?

Frente a la hipótesis de un ataque devastador de Canaán, el Libro de Josué sugiere sin embargo que sólo se conquistaron áreas estratégicas en esta zona, lo que permitió a los israelitas asentarse en la tierra que tanto les había sido prometida. Una lectura cuidadosa del Libro de Josué nos permite concluir que sólo se demolieron y quemaron tres ciudades: Jericó (Jos 6,24) y Ay (Jos 8,19-21), en el sur de Canaán, y Jator, en el norte (Jos 11,11). Respecto a la zona norte, el texto es concluyente: «Sin embargo, Israel no quemó ninguna de las ciudades en ruinas edificadas sobre las colinas, a excepción de Jator, que fue incendiada por Josué» (Jos 11,13). La Biblia también menciona que hubo regiones que no fueron conquistadas, en concreto el territorio más tarde tomado por los filisteos a lo largo de la costa meridional de Canaán, el norte hacia Fenicia

La ciudad alta de Jazor, capturada y quemada por el ejército de Josué.



y la región del monte Hermón (Jos 13,1). Otros emplazamientos en el norte y centro de Canaán que tampoco fueron conquistados fueron las ciudades-estado de Jerusalén (Jos 15,63), Guézer (Jos 16,10), Dor, Meguido, Tánac, Betsán y el fértil valle de Yezrael (Jos 17,11.16).

Otros pasajes del texto de Josué indican que la conquista no consistió en un golpe militar que se culminó en semanas o meses. En Josué 13,1 se sugiere más bien lo contrario: «Josué ya era viejo, entrado en años, y el Señor le dijo, “Tú eres viejo, de edad avanzada, y la tierra que queda por conquistar es mucha”». El general de Israel ya es demasiado viejo para continuar con sus campañas militares, lo que indica que había pasado un tiempo considerable desde que el pueblo cruzó el río Jordán. En Josué 14,7-10 se menciona que transcurrieron por lo menos cinco años desde que se produjo la conquista de los territorios y su reparto entre las diversas tribus, hasta que Caleb (que había sido enviado junto a Josué a explorar la tierra de Canaán) reclamara su herencia. Después de que se repartieran los territorios, Josué reúne a las tribus en Siquén para renovar la Alianza según se indicaba en su cláusula de renovación (Jos 24). Deuteronomio 31,10-11 especifica que la Alianza debía renovarse cada siete años. Por lo tanto, se puede deducir que habían transcurrido al menos siete años desde que Josué y los israelitas llegaron a Canaán. Además, Dios ya había anunciado a los israelitas cómo pensaba actuar respecto a sus futuros enemigos en Canaán: «No los echaré de tu presencia en un solo año, para que no se quede la tierra desierta y se multipliquen contra ti las fieras salvajes, sino que los iré echando poco a poco de tu presencia a medida que vayas creciendo y vayas poseyendo la tierra» (Éx 23,29-30).

La Biblia no narra la conquista y demolición de Canaán tal y como Albright y otros creyeron, sino que sólo Jericó, Ay y Jazor fueron destruidos por el fuego.

Por tanto, no podemos esperar que la arqueología proporcione pruebas de acontecimien-

tos que no ocurrieron. Examinemos a continuación las tres ciudades que, según el Libro de Josué, fueron realmente arrasadas:

JERICÓ, AY Y JASOR

Ya se han mencionado los problemas que plantearon los yacimientos de Jericó y Ay. Hoy, nadie duda de que Tell es-Sultan es la Jericó de los tiempos del Antiguo Testamento. Las excavaciones de Garstang revelaron una ciudad quemada (Ciudad IV), destrucción que él situó en el 1400 a.C. y atribuyó a los ejércitos israelitas. Más tarde Kenyon propuso una nueva fecha para la datación de esta ciudad, ca. 1550 a.C. Recientemente, Bryant Wood propuso retomar a la fecha de 1400 a.C. de Garstang argumentando que Kenyon había datado equivocadamente la destrucción de la Ciudad IV al confundir tipos de cerámica distintos. El debate académico sobre este tema sin duda continuará. Por desgracia, las últimas excavaciones llevadas a cabo por arqueólogos italianos en 1997-98 (cuarenta años después del trabajo de Kenyon) no han proporcionado nuevos datos que permitan resolver la disputa.

Aunque se han encontrado restos de una ocupación de la ciudad de Jericó que se han datado a finales de la Edad del Bronce, estos son muy escasos. Muchos estudiosos explican esta falta de datos por el largo abandono de esta ciudad. La exposición a los elementos (lluvia y viento) causa una considerable erosión. Por lo tanto, nos faltan datos para establecer conclusiones sobre el asentamiento que tuvo lugar a finales de la Edad del Bronce; no obstante, Kenyon pensaba que como la ciudad había sido destruida, el acontecimiento de una destrucción podía recordarse en la tradición bíblica. Las excavaciones muestran que Jericó fue reconstruida siglos más tarde, en el siglo IX. Debe recordarse que después de que Jericó fuera destruida, Josué «pronunció este juramento: "Maldito el hombre que venga a edificar esta ciudad"» (Jos 6,26). La maldición se especifica en los siguientes términos: «Pondrá los cimientos sobre su primogénito, y sobre su hijo menor levantará las puertas». Esta maldición puede explicar el largo abandono de esta ciudad, hasta que fue reconstruida durante el reinado del rey Ajab (874-852 a.C). El primer Libro de los Reyes (16,34) confirma que la maldición de Josué se cumplió en los dos hijos de Jiel de Betel, que murieron después de que su padre mandara reconstruir Jericó «como había dicho el Señor por medio de Josué». Por tanto, a pesar de que continúan los problemas para hacer coincidir los datos bíblicos y los arqueológicos, ambas fuentes concluyen que Jericó fue destruida por el fuego, brevemente habitada por moabitas (Jue 3,13-14) y abandonada luego durante siglos, hasta que fue reconstruida de nuevo en el siglo IX a.C.

Se cree que los restos encontrados en el yacimiento de Et-Tell pertenecen a la antigua ciudad de Ay. Las excavaciones demostraron que el yacimiento estuvo abandonado entre el 2400 y el 1220 a.C. En él se encontraron unas casas de piedra pertenecientes a un pueblo de principios de la Edad del Hierro que se relacionaron con la presencia de los antiguos israelitas; sin embargo, no quedan restos que demuestren que este asentamiento se viera precedido por una destrucción. Para algunos estudiosos, la falta de restos culturales de finales de la Edad del Bronce indica que el yacimiento de Et-Tell no es la bíblica Ay. La identificación de los yacimientos resulta una de las tareas más difíciles para los arqueólogos. Los topónimos

antiguos no suelen sobrevivir en tiempos modernos, aunque algunos sí se han mantenido (p. ej., Jerusalén, Belén, Hebrón, Ammán, Damasco). Aún es más difícil que en los *tells* se encuentren textos antiguos que indiquen el nombre del yacimiento (algunos ejemplos son Guézer y Dan). Para Ay se han propuesto otros yacimientos, así que tendremos que esperar a las conclusiones que nos proporcionen futuras excavaciones.

El tercer yacimiento es Jazor, que, según la Biblia, era la «capital» de todos los reinos del norte de Canaán (Jos 11,10). Todos los estudiosos coinciden en que el yacimiento de Tell el-Kedakh es la Jazor de la Biblia, puesto que en este yacimiento se encontró el nombre de Jazor grabado en una tablilla cuneiforme del Período Babilónico Antiguo. El yacimiento ocupa alrededor de 90 ha, lo que lo convierte en el mayor *tell* de Canaán; estas dimensiones se corresponden con la descripción recogida en el Libro de Josué respecto a su prominencia. Entre 1955 y 1958, y de nuevo en 1968, Yigael Yadin realizó excavaciones en Jazor. El trabajo se reinició en 1990 y continúa hasta el día de hoy bajo la dirección de Amnon Ben-Tor, que había trabajado como estudiante con Yadin en Jazor. En el yacimiento se han descubierto signos de una enorme destrucción. La transición entre la Edad del Bronce Medio y el Bronce Final I está marcada por un espeso nivel de ceniza, pero Ben-Tor asegura que no hay pruebas de un cambio significativo en la población y su cultura.

Alrededor del 1300 a.C. tuvo lugar otra destrucción de esta ciudad, que se ha atribuido



Bloques de basalto agrietados por el calor del palacio de la Edad del Bronce Final de Jazor.

hasta ahora al faraón Seti I (1295-1279 a.C.). La Jazor de finales de la Edad del Bronce tuvo un final violento en algún momento antes del 1200 a.C. El palacio muestra signos de un gran incendio, tanto que los muros de adobe se volvieron naranjas a causa del calor y las paredes recubiertas de ortostatos (bloques de basalto colocados en la parte inferior del alzado) se agrietaron. Lo que hace esta destrucción diferente de las anteriores es que el yacimiento no fue reconstruido como ciudad importante durante más de 200 años y que las áreas sagradas y los objetos de culto encontrados en el yacimiento, así como los asociados con el palacio, fueron deliberadamente desacralizados. Se descubrieron

dos estatuas que habían sido decapitadas deliberadamente, una de ellas con las manos cortadas. Esta práctica no se ha atestiguado en ningún otro yacimiento arqueológico. Cuando los invasores saqueaban una ciudad, normalmente evitaban dañar templos y santuarios, porque temían la represalia de las divinidades locales. Después de su destrucción, la ciudad estuvo abandonada durante más de 200 años. Los restos arqueológicos encontrados en Jazor nos hacen plantearnos la siguiente pregunta: ¿Por qué se atacaron deliberadamente los santos lugares de Jazor y se profanaron sus imágenes religiosas? La explicación se encuentra en la orden que Dios dio a los israelitas antes de cruzar el río Jordán: «los entregarás al exterminio... derribaréis sus altares, romperéis sus estelas, abatiréis sus cipos y quemaréis sus ídolos» (Dt 7,2.5).

Sólo existe una fuente antigua que aluda a la práctica de desmembrar estatuas religiosas, y se encuentra en la Biblia. En el primer Libro de Samuel (5,4) se describe lo que ocurrió con la estatua del dios filisteo Dagón cuando se colocó junto a ella el arca de la Alianza: «Cuando se levantaron a la mañana siguiente, Dagón estaba caído en tierra boca abajo ante el arca del

Señor, y la cabeza de Dagón y sus dos manos cortadas estaban sobre el umbral; sólo quedaba de Dagón el tronco». Esta descripción, que recuerda a las estatuas decapitadas encontradas en Jasar, se corresponde con el *herem* (tácticas de aniquilación total) descrito en Deuteronomio 7 y Josué 11, y llevó a Ben-Tor a atribuir la profanación de Jasar a las fuerzas de Josué.

Cuando se analizan los restos arqueológicos de las ciudades que, según la Biblia, fueron destruidas y quemadas por los israelitas, los resultados son desiguales. Jericó continúa siendo un problema sin resolver, y puede que Ay todavía no haya sido correctamente identificada. La destrucción de Jasar de finales del siglo XIII y las profanaciones de sus santuarios y objetos sagrados se corresponden con la datación tardía del Éxodo y de la conquista de Canaán. No obstante, y como ya hemos analizado, el Libro de Josué no insiste en la conquista militar y la devastación de toda la tierra, puesto que Josué recuerda a su pueblo que Dios les dio «una tierra que vosotros no habéis cultivado, unas ciudades que no habéis edificado y en las que vivís; coméis los frutos de las viñas y de los olivos que no habéis plantado» (Jos 24,13). Después de haber conquistado puntos claves de la tierra de Canaán, las tribus israelitas posiblemente ocuparon una buena parte de la «Tierra Prometida» y sólo en la época de David (ca. 1000 a.C.) conquistaron toda la tierra para Israel.

El asentamiento en la Tierra

La última parte del Libro de Josué cuenta la división de la tierra entre las doce tribus, y ofrece descripciones muy específicas de ciudades, ríos, valles y manantiales. Estos datos han permitido a los geógrafos establecer un mapa fiel de estos territorios. Después de repartir las tierras, Josué reunió a su pueblo para renovar la Alianza en Siquén antes de su muerte. En la ceremonia, Josué levantó una gran piedra para que sirviera como testigo de la renovación de la Alianza (Jos 24,27). Hoy sabemos con bastante seguridad que los restos de Siquén se encuentran en el yacimiento de Tell Balata. En este yacimiento se ha encontrado una gran piedra que se levanta en la zona del templo. La piedra tiene una altura de 1,60 m, una anchura de 1,60 m, y un espesor de 45 cm, aunque está rota; es posible que originalmente sobrepasara los 3 m de altura. Frente al templo, cerca de donde se halló la piedra, el arqueólogo alemán Ernst Sellin, que desenterró el santuario en 1926, descubrió un quicio de piedra con una ranura, cuyas dimensiones indican que se trata de la base sobre la que se colocaba la primera piedra encontrada. Se cree que la piedra o estela podría haber tenido una inscripción grabada sobre una superficie de cal que hace tiempo se descascarillara y erosionara. A la entrada del templo se descubrieron restos de dos pequeñas piedras erguidas que posiblemente flanquearan la piedra más grande.

Debemos recordar que Moisés había ordenado a los que iban a cruzar Canaán con Josué: «levantarás grandes piedras, las revocarás de cal y escribirás en ellas todas las palabras de esta Ley cuando hayas cruzado para entrar en la tierra que el Señor, tu Dios, te da (...) levantaréis estas piedras sobre el monte Ebal, como os lo mando hoy, y las revocaréis con cal. Alzarás allí al Señor, tu Dios, un altar de piedras» (Dt 27,2-5). Escribir inscripciones en piedra enclada era una técnica conocida en Egipto, pero poco habitual en Canaán o Mesopotamia.

Durante el período de los Jueces, se menciona el santuario de Siquén en relación con el

Una tierra que mana leche y miel

Desde la cima del monte Nebo, Moisés pudo contemplar Canaán, situada al norte del mar Muerto y del valle del Jordán, la tierra que Dios había prometido a Abrahán y a sus descendientes después de 400 años de servidumbre en una tierra extranjera (Gén 15,13-16). Los antiguos cristianos construyeron varias iglesias en el monte Nebo y sus alrededores, donde creían que había estado Moisés. En una reciente visita que realicé a esta zona, mientras contemplaba el mar Muerto y el valle del Jordán, estuve reflexionando acerca de los importantes acontecimientos de los que había sido testigo esta pequeña franja de tierra, acontecimientos que han sido cruciales para la historia mundial. En esta zona se siguen disputando controversias políticas sobre el lugar donde se deberían dibujar las fronteras, un tema verdaderamente serio. ¿Qué hace de esta tierra un lugar tan fascinante?

En realidad se trata de un territorio pequeño (la distancia entre Dan en el norte y Berseba en el sur, ciudades que marcaban las fronteras del Israel del Antiguo Testamento, sólo es 256 km, y aun así, es una tierra extremadamente diversa desde el punto de vista geográfico. Está plagada de colinas, valles, manantiales y desiertos que jugaron un papel importante en los acontecimientos narrados en la Biblia. Intentar comprender este medio ambiente puede ayudar al lector a comprender más profundamente la Escritura. Tomemos como ejemplo el monte de los Olivos en Jerusalén. El rey David se vio obligado a huir de Jerusalén durante la rebelión de su hijo Absalón (2Sam 15). En su huida, se subió a la cima del monte de los Olivos y desde allí se encaminó al este, hacia Transjordania (2Sam 15,30). En este recorrido, David tuvo que descender desde la Ciudad de David hasta el valle del Cedrón, y después subir más de 200 m para llegar a la cima del monte de los Olivos. Según el evangelio, Jesús realizó este mismo ascenso en dirección opuesta el Domingo de Ramos. Si tenemos la oportunidad de observar la topografía de Jerusalén, podremos visualizar de forma más realista los movimientos de ambos personajes bíblicos. Esta era la

tierra que Dios prometió a Abrahán, la que manaba leche y miel, y que los israelitas conquistarían y colonizarían bajo el liderazgo de Josué.

Los tres rasgos geográficos más característicos que determinan la geografía y el medio ambiente de la tierra de Canaán son el mar Mediterráneo al oeste, el monte Hermón al norte, y el valle del Rift (o Jordán), en el que fluye el río Jordán, que separa Canaán de Transjordania. Aunque los israelitas no fueron grandes marinos, el mar les permitía establecer relaciones comerciales con el mundo mediterráneo oriental. También eran muy importantes para Israel las tormentas y lluvias que traía el Mediterráneo. Sin agua, Canaán, y más tarde Israel, no podrían haber albergado a una población numerosa.

El gran valle del Rift africano, originado por una gran actividad sísmica cataclísmica, se extiende en la actualidad hacia el sur, desde el valle de la Beka en el Líbano, y a través de Canaán, formando las cuencas de lo que conocemos como mar de Galilea (Kinneret del Antiguo Testamento) y el mar Muerto. El Rift también formó el golfo de Áqaba y continúa por el mar Rojo hacia el sur, África. El punto más bajo del valle del Rift se encuentra en el mar Muerto, a casi 400 m bajo el nivel del mar. Yendo hacia el este desde el valle del Jordán, la altura asciende bruscamente, en lo que la Biblia llama la «región montañosa». Esta sierra central empieza en el sur, en el Negueb, continúa hacia el norte en los antiguos territorios tribales de Judá, Benjamín, Efraín, Manasés, Isacar y Neftalí, y termina en la sierra del Líbano. Ciudades bien conocidas, como Hebrón, Jerusalén, Betel, Silo y Siquén, se sitúan a lo largo de esta sierra. Algunas de las historias más importantes de la Biblia ocurren en esta zona. En Judá, el punto más alto alcanza los 1.000 m, mientras que Jerusalén está situado en montañas a 800 m sobre el nivel del mar. En el extremo norte de esta sierra se alza el majestuoso monte Hermón, en el Líbano, que alcanza 2.840 m de altitud. La nieve cubre la sierra del Líbano durante los meses de invierno; esta nieve derretida es de hecho la fuente de agua del río Jordán y

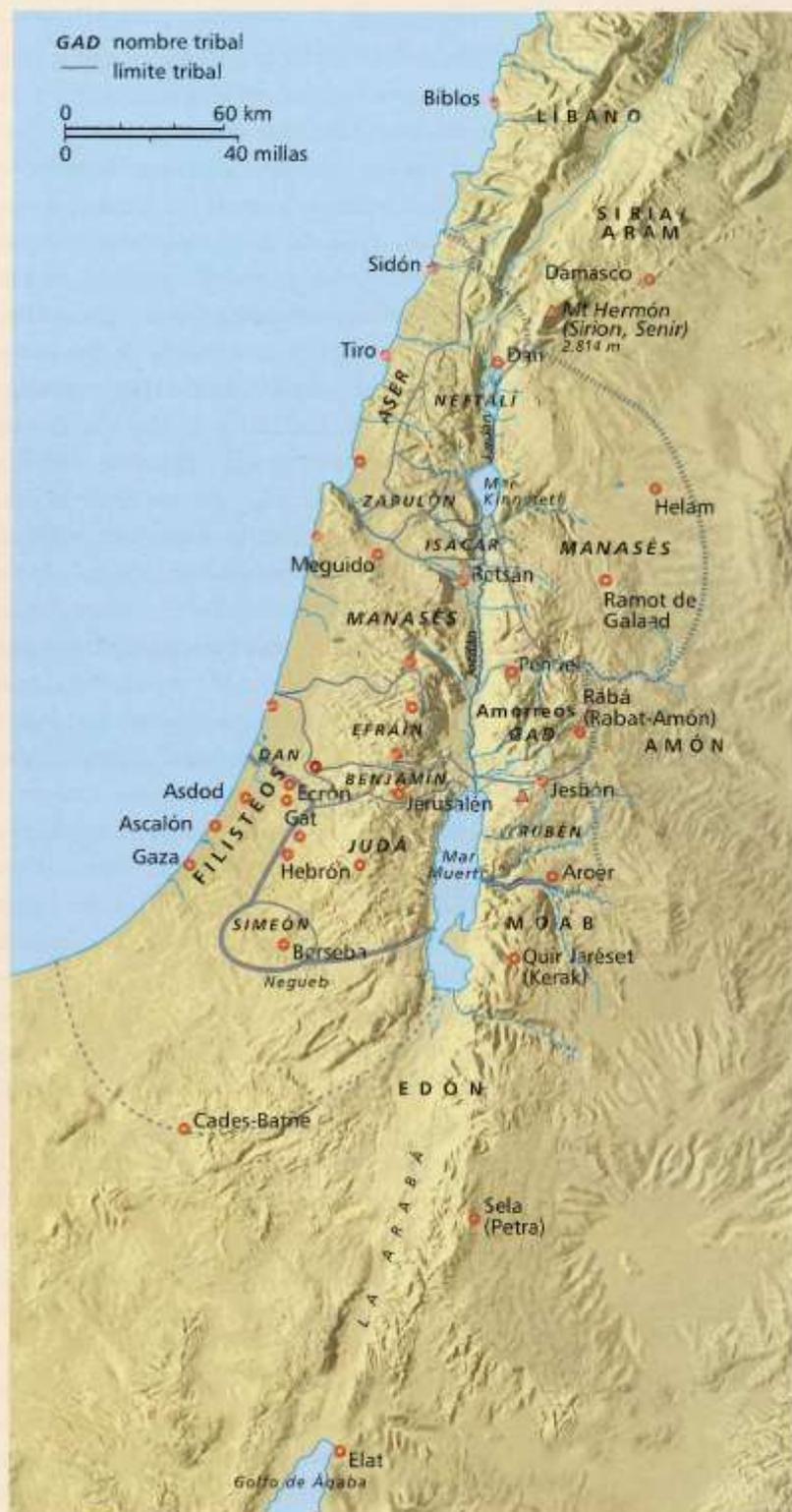
de la mayoría de los manantiales de la tierra de Israel.

Al oeste de la región montañosa de Judá, la tierra descende a lo que el Antiguo Testamento llama la «Sefela».

Estas tierras bajas destacan por sus valles (Ayyalon, Soreq y Ha-Ela) y viñedos, y se alzan a 200 m sobre el nivel del mar; en esta zona se encuentran ciudades importantes, como Laquis, Guézer y Libná. Al sur está el Negueb, área de transición entre la región montañosa meridional y el desierto del Sinaí. Berseba, el centro más importante de esta región, fue hogar de Abraham, Isaac y Jacob en diversos momentos de sus vidas, especialmente durante la temporada lluviosa, cuando podían proveer a sus rebaños de agua.

La última región es la llanura costera, que cuenta con estratégicos puertos marítimos, a pesar de que la mayor parte de la costa la ocupan dunas de arena; a tan sólo unos kilómetros, el interior de la tierra es adecuado para el cultivo de granos, olivos y viñedos. Después del 1200 a.C., los filisteos ocuparon la región costera meridional y establecieron importantes asentamientos: Gaza, Ascalón, Asdod, Ecrón y Gat. Al norte del área filistea hay una zona de costa que en ciertos momentos estuvo bajo el control de Israel, y que incluía las ciudades de Jope (Jafa), Dor y Aco. Más al norte están las importantes ciudades portuarias fenicias de Tiro y Sidón. Finalmente, por la llanura costera corría la ruta que conectaba Egipto con importantes centros comerciales del norte.

La tierra de Israel dividida en doce territorios tribales



corto mandato de Abimelec, hijo del juez Gedeón, y se le llama Templo de El-Berit o Baal-Berit, o del Dios (Señor) de la Alianza (Jue 9,4,46; Jos 24,27). El templo se describe como una torre o fortaleza (*migdol*) con un pilar o estela (*massebah*)¹; también se habla de una encina asociada al santuario.

Ya hemos mencionado el templo que se descubrió en Siquén, que custodiaba una estela en el patio delantero exterior. Seguramente se trata del templo mencionado en Jueces 9. Los cimientos de piedra de esta estructura permiten establecer las medidas de la construcción. Los muros tenían un grosor de 5,2 m, una anchura de 22 m, y podían haber sostenido una estructura con una altura de 4 a 5 pisos. Teniendo en cuenta las enormes dimensiones del edificio, los arqueólogos consideran que se trataba de un templo-fortaleza, lo que se ajusta perfectamente a la descripción bíblica de un *migdol*.

Entre 1956 y 1973, G. E. Wright realizó nuevas excavaciones en Siquén. Sus investigaciones se centraron en el recinto del templo, en el que advirtió dos fases de construcción: una en 1650-1550 a.C. y otra en 1550-1450 a.C. La datación de Wright descartaba la posibilidad de que el templo se hubiera construido durante los acontecimientos narrados en Jueces 9. Las recientes investigaciones de Lawrence E. Stager, de la Universidad de Harvard, han cuestionado la datación de Wright. Stager argumenta que la segunda fase del templo, aunque utilizó la misma planta, era más pequeña que la anterior, y se mantuvo hasta el 1100 a.C., cuando fue destruida tras el incidente de Abimelec (Jue 9,44-45). Stager «tiene seguridad» de que esa estructura era el Templo bíblico de El-Berit.

Ignoramos si la piedra levantada por Josué en Siquén es la *massebah* mencionada en Jueces 9,6 («la encina de la estela que está en Siquén»). Hay referencias bíblicas a un santuario en Siquén que son incluso anteriores a los tiempos de Josué. Así, en Génesis 12,6 se menciona que Abrahán fue «hasta el lugar de Siquén, hasta la encina de Moré», y allí construyó un altar en honor al Dios que le habló. También fue en Siquén donde supuestamente Jacob estableció un tratado con los hijos de Jamor, al que se alude en Jueces 9,28 (Gén 34). Por lo tanto existía una larga tradición que asociaba Siquén con las alianzas y las prácticas sagradas.

Siquén se encuentra en un valle entre el monte Ebal y el monte Garizín. El episodio en el que Moisés ordena a los israelitas encalar piedras y escribir en ellas la Ley de Dios (Dt 27,2-4) debió de ocurrir en el monte Ebal. El Pentateuco samaritano ubica este episodio en el monte Garizín, y en épocas posteriores los samaritanos erigieron un templo allí. Este santo lugar se menciona en el episodio entre Jesús y la mujer samaritana, en el que esta última asegura que esta montaña, y no Jerusalén, era el lugar correcto para orar (Jn 4,20). El arqueólogo israelí Adam Zertal descubrió un yacimiento en el monte Ebal del siglo XII a.C. en el que creyó identificar un santuario con un altar que podía tratarse del mencionado en Josué 8,32. Sin embargo, otros estudiosos han cuestionado esta identificación.

A unos 15 km al norte del monte Ebal se descubrió un pequeño toro de bronce en un yacimiento. Las excavaciones que siguieron revelaron otro santuario en la región montañosa, en el área controlada por Israel. Este toro, que probablemente representa al dios cananeo El, se corresponde con la descripción de la tendencia al sincretismo religioso del antiguo Israel (mezcla de prácticas y creencias israelitas y cananeas): Jue 2,11; 3,1-7; 4,1.

¹ N. de la T.: El término utilizado por este libro en el original en inglés (*standing stone pillars*) se traducía literalmente al castellano como «pilares de piedra en vertical», pero la palabra de la Biblia a la que el término se refiere en hebreo (*masseboth*) se suele traducir al castellano como «estela», por lo que así la traducimos aquí. El término se refiere a piedras colocadas en vertical.

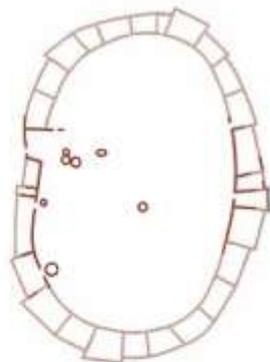
¿ASENTAMIENTOS ISRAELITAS TEMPRANOS?

Es posible que los antiguos lugares sagrados de Siquén, del monte Ebal y del santuario del toro fueran los centros de oración de los primeros israelitas, pero, ¿dónde vivían estos? Tras la muerte de Josué, el Libro de los Jueces muestra a Israel sin un líder nacional como Josué o Moisés. Las tribus se asentaron entonces en sus territorios, aunque algunas tuvieron que luchar para reclamar zonas todavía bajo control cananeo. No todas estas luchas supusieron una victoria para el pueblo de Israel. Judá, por ejemplo, consiguió tomar Jerusalén (Jue 1,8), ciudad relativamente insignificante en la frontera entre Judá y Benjamín, pero fue incapaz de mantener su control sobre ella, pues más tarde se menciona que Benjamín intentó conquistarla, y también falló. En consecuencia, los jebuseos, que controlaban Jerusalén, coexistieron con los israelitas «hasta el día de hoy», según Jueces 1,21. Hasta después de que David se convirtiera en rey de Israel (ca. 1010 a.C.), Israel no conquistó esta ciudad, que se convertiría en su capital (2Sam 5,6-10). Por lo tanto, los acontecimientos narrados en el Libro de los Jueces son anteriores a la monarquía.

La coexistencia entre los israelitas recién llegados y los cananeos y amorreos se describe en otros fragmentos de Jueces 1. Por ejemplo, se menciona que Manasés no expulsó a los ocupantes de las ciudades de Betsán, Tanac, Dor, Yibleán y Meguido (Jue 1,27), ni los efraimitas a los cananeos de Guézer (Jue 1,29); los amorreos se resistieron a los danitas, y finalmente estos últimos se reasentaron en el área más al norte de Canaán (Jue 1,34-35; 18,1-31).

Teniendo en cuenta que los primeros israelitas no ocuparon demasiadas ciudades importantes después de la época de Josué, y que no destruyeron las que ocuparon, podemos entender la ausencia de restos que revelen la incursión en Canaán de un pueblo culturalmente distinguible que arrasara la región. No obstante, prospecciones arqueológicas recientes en el área montañosa central y en Transjordania sí parecen confirmar el asentamiento de los israelitas. Estudios demográficos revelan que durante el Bronce Final en Canaán (1540-1200 a.C.), la población de la región estaba en declive. Sin embargo, a finales del siglo XIII y principios del siglo XII, aparecieron asentamientos más pequeños basados en la agricultura. De hecho, las prospecciones realizadas en las décadas de 1970 y 1980 en Israel y Jordania sólo identificaron 88 yacimientos del Bronce Final, mientras que el número de yacimientos pertenecientes al período del Hierro I (1200-1000) asciende a 678. La Edad del Hierro I se sitúa durante el período de los Jueces, lo que nos permite datar el principio de la monarquía de Israel a finales del siglo XI a.C. El 93% de los yacimientos del Hierro I son nuevos yacimientos, es decir, no se han encontrado asentamientos más antiguos debajo de ellos, y son en su mayor parte pequeñas aldeas sin amurallar. Algunos de estos asentamientos se disponen en círculo. Para Israel Finkelstein, que excavó algunos de ellos, este patrón se inspira en la disposición de los campamentos de tiendas de los pueblos nómadas. Finkelstein conjeturó que el pueblo que levantó estas construcciones con esta disposición posiblemente venía de regiones desérticas.

Las casas encontradas en las aldeas del Hierro I, a veces llamadas «casas de pilares», tienen cuatro habitaciones. Muchos estudiosos consideran que esta era la estructura característica de «la casa israelita». Se han encontrado ejemplos de casas con esta misma estructura por



Plano de la aldea del Hierro I de Izbet Sartah.



Casa de cuatro habitaciones de la Edad del Hierro de Berseba.

todo Israel y en algunos lugares fuera de Israel, y al parecer este tipo de estructura se mantuvo al menos seis siglos. No parece posible que estas casas se construyeran después del exilio, en el Período Persa, puesto que a partir de esta época se introdujeron patrones diferentes para las plantas de las casas. Se cree que las casas de cuatro habitaciones consistían en edificios de dos pisos: el inferior se utilizaba para cocinar alimentos, almacenar cereales y aceite, y como establo para los animales, mientras que en el segundo piso se comía y dormía. En los yacimientos donde se hallaron estas comunidades también aparecieron otros objetos, entre ellos la llamada «jarra con borde de collar». Los restos de huesos de ovejas y cabras confirman las prácticas pastoriles de los residentes. No se encontraron huesos de cerdo, y tampoco en otros yacimientos cercanos. Sin embargo, estos sí son abundantes en yacimientos situados al oeste, que después del 1150 a.C. fueron ocupados por filisteos. La ausencia de huesos de cerdo en estos lugares seguramente se debe a la prohibición israelita del consumo de cerdo (Lev 11,7; Dt 14,8). Existe un creciente consenso entre los arqueólogos sobre el hecho de que estas aldeas de la Edad del Hierro prueban la presencia de los primeros israelitas en Canaán. Si esto es así, fue en estas pequeñas aldeas y en las ciudades cercanas a ellas donde los jueces de Israel guiaron a las tribus hasta la llegada de la monarquía, a finales del siglo XI a.C.

Jueces, profetas y reyes

Antes de los reyes de Israel

Tras la muerte de los primeros líderes de Israel, Moisés y Josué, el pueblo ya no tenía la unidad política que había disfrutado al principio. Para mantener el control, surgieron jueces que tomaron decisiones durante períodos de crisis (p. ej., en el caso de una invasión militar de uno de los vecinos de Israel). Una lectura atenta de los acontecimientos narrados en el Libro de los Jueces permite concluir que estos líderes poseían una influencia sólo regional, y que los acontecimientos se organizan en ciclos, que se dividen en varias fases. El primer ciclo se inicia con el primer juez, Otniel, el hermano más joven de Caleb. Israel violó las condiciones de la Alianza, es decir, empieza a adorar a otros dioses (Jue 3,7). Para castigar la desobediencia del pueblo, Dios envía una fuerza invasora a Israel (Jue 3,9-10). Tras un período de opresión, el pueblo clama a Dios pidiendo ayuda; finalmente, en respuesta, Dios manda a un líder salvador y pone su espíritu en él (Jue 3,9-10). El juez lidera a los ejércitos de las tribus para enfrentarse al enemigo. Tras la victoria, se narra la quinta fase, un período de paz, en el que el líder pasa el resto de su vida actuando como juez. El período de paz acaba con un pecado nacional, y así comienza de nuevo el ciclo.

La religión de los cananeos

El primero de los Diez Mandamientos declara: «No tendrás otro Dios fuera de mí», y continúa: «No te harás escultura ni imagen alguna de lo que hay arriba en el cielo, o aquí abajo en la tierra o en el agua bajo tierra» (Éx 20,3-4). A los israelitas no sólo se les prohibía adorar a otros dioses y hacer imágenes para la veneración, sino que también se les instaba a destruir los dioses de los demás pueblos: «derribaréis sus altares, romperéis sus estelas [*masséboth*], abatiréis sus cijos¹ y quemaréis sus ídolos» (Dt 7,5). Los objetos mencionados en la cita anterior eran los elementos de culto de la religión cananea, de los que se han encontrado abundantes restos arqueológicos a lo largo de los años. Esto nos permite comprender las prácticas religiosas de los vecinos de Israel y la medida en que estas prácticas influyeron sobre Israel.

LOS ALTARES

En la religión cananea, el altar servía para hacer ofrendas a la divinidad. Esta práctica también era común en la antigua religión israelita. En el centro del recinto sagrado de Meguido

¹ N. de la T.: El término utilizado por este libro en el original en inglés (*Asherah poles*) se traducía literalmente al castellano como "poste de Aserá", pero la palabra de la Biblia a la que el término se refiere en hebreo (*Asherah/oth*) se suele traducir al castellano como "cipo", por lo que así la traducimos aquí. Como se explica a continuación, el término parece referirse a postes o árboles de madera dedicados a Aserá.

se encontró un gran altar circular de 8 m de diámetro y 1 m de alto, con siete escalones para acceder a la parte superior. La mayoría de los altares descubiertos en el antiguo Canaán son cuadrados, y en ocasiones presentan esquinas curvadas hacia arriba (lo que la Biblia llama cuernos) (Éx 27,2; 1Re 1,50-51).



Altar con cuernos de Berseba.

Los cuernos suelen utilizarse en la iconografía de Oriente Próximo y en la Biblia para simbolizar el poder divino. Los dioses de Egipto y Mesopotamia se representan a menudo con cuernos sobre la cabeza, en forma de corona. No obstante, se ignora si este simbolismo se utilizaba también en los altares.

Los altares de incienso presentaban el mismo diseño, aunque eran mucho más pequeños (Éx 30,1-3). Un templo de los siglos IX a VIII a.C. que se encontró en Arad, lugar controlado por Judá, tiene un altar de piedras talladas de una forma bastante rudimentaria, cuyos orígenes se remontan al siglo XII a.C. (el período de los jueces). El templo, sin embargo, no tenía altares con cuernos. Se elevaba a 1,5 m del suelo, y medía 2,40 m de largo y 2,20 m de ancho.

En la cercana Berseba se descubrieron los bloques de un altar con cuernos dentro de los muros de un almacén (ver c. 7). Los bloques de este altar, bien labrados, probablemente se utilizaron posteriormente en la construcción de un santuario israelita ilícito, durante las reformas religiosas del rey Ezequías (715-686 a.C.). Ezequías se propuso eliminar todos los demás centros de oración de la tierra (2Re 18,1-4) y centralizar el culto en Jerusalén, como se ordenaba en el Deuteronomio (Dt 16,2.16). No obstante, el uso de bloques labrados violaba las normas de la Torá, que especifica: «si me levantas altar de piedra, no sea con piedras labradas, porque al trabajarlas con tus herramientas las habrás profanado» (Éx 20,25).

LAS PIEDRAS SAGRADAS (MASSEBOTH EN HEBREO)

Estas piedras, o estelas, se han encontrado en numerosos yacimientos de Israel. En un santuario de la Edad del Bronce hallado en Jasar se encontraron más de treinta *masseboth* de diversos tamaños, la mayoría con una altura que no llegaba a 1 m. La mayoría de las estelas no están decoradas, aunque algunas presentan incisiones en forma de manos extendidas, estrellas y crecientes de luna. Todavía no está clara la función de estas estelas. A menudo aparecen en parejas, una más grande que la otra. Tal vez representen una pareja de divinidades, un dios y una diosa. Los *masseboth* también se utilizaban para honrar a personas fallecidas. A pesar de que estos objetos de culto estaban prohibidos, a menudo se encuentran en asentamientos israelitas. En el *sancta sanctorum* del santuario encontrado en Arad se yerguen dos *masseboth*, y frente a ellos se disponen dos altares de incienso.



Sancta sanctorum del santuario de Arad. En el primer plano se muestran altares de incienso. Al fondo se levantan dos estelas o *masseboth*.

LOS CIPOS

Asherah era la consorte del dios El, el principal dios del panteón cananeo. Se cree que durante el período de apostasía de Israel, esta diosa era también la consorte del Dios de Israel, y podría tratarse de la diosa cuyo culto es denunciado por el profeta Jeremías (Jer 7,18; 44,17-19). Las ofrendas que se realizaban a esta diosa, mencionadas en el texto bíblico, podían



Estelas (*masseboth*) y estatuas de piedra de Jasor.

incluir cipos de ceremonia o árboles que más tarde fueron talados y quemados por reformadores. Una caseta de culto del siglo X que se encontró en Tanac, un yacimiento al norte de Israel, presenta unas formas de arcilla modeladas; se cree que una de ellas representa un cipo. En el Libro de los Jueces se cuenta que el juez Gedeón destruyó el altar que su padre había levantado para adorar a Baal, dios cananeo de la tormenta y la fertilidad, y cortó «el cipo que está a su lado» (Jue 6,25-26). Gedeón obedecía las órdenes del Señor, que se le había aparecido en un sueño para indicarle que debía destruir toda la parafernalia pagana de su familia. Una vez destruido el altar de Baal, Gedeón construyó uno nuevo, y se sirvió de la madera del cipo del antiguo altar para ofrecer un holocausto a Dios.

Estos tres elementos de la religión cananea, que han aparecido en diversos santuarios al aire libre sobre la cima de colinas, se impusieron en las prácticas religiosas del Israel antiguo, como puede observarse en el caso de la familia de Gedeón. La fertilidad era uno de los aspectos centrales de la religión cananea. El dios Baal se asociaba con la lluvia y, por lo tanto, también con la prosperidad agrícola. En el primer Libro de los Reyes se cuenta la competición entre Baal y Yahvé sobre el monte Carmelo, que sirvió para resolver la cuestión de quién era la divinidad responsable de traer la lluvia (1Re 18,20-39).

EL SACRIFICIO DE NIÑOS

La Ley del Antiguo Testamento prohibía tajantemente el sacrificio de niños (Lev 18,21; 20,1-15). En Egipto, donde vivieron durante mucho tiempo los israelitas, no se practicaban los sacrificios humanos, pero sí se realizaban en ocasiones en Canaán y Fenicia, e Israel también se vio influido por esta costumbre. El juez Jefte, por ejemplo, prometió que si Dios le hacía ganar una batalla, ofrecería en holocausto al primero que saliera de la puerta de su casa para recibirlo cuando regresara de la batalla. Trágicamente, resultó ser su hija (Jue 11,31-40). En el segundo Libro de los Reyes se cuenta que Mesa, rey de Moab, sacrificó a su hijo primogénito sobre la muralla de su ciudad cuando creía que los ejércitos israelitas iban a

derrotarlo (2Re 3,26-27). A finales del siglo XIII a.C., los egipcios dejaron ilustraciones de esta práctica de Canaán en los muros de algunos templos. En el siglo VII, el profeta Jeremías desacreditó la práctica del sacrificio de niños en el Tofet de Jerusalén (Jer 7,31; 19,6). Las excavaciones realizadas en la Cartago fenicia, en el norte de África, han revelado un cementerio de enterramientos infantiles que contenía miles de restos de huesos carbonizados colocados en urnas funerarias. Junto a ellos se encontraron textos con la palabra *tophet*. Esta palabra significa «lugar de quemar» y se refería al lugar donde los cananeos, fenicios e israelitas sacrificaban a los niños.

Conocimiento de la escritura

Según la Biblia, Moisés sabía leer y escribir, y fue él quien recogió las leyes de Dios y el relato del viaje de Israel a través del desierto (Éx 17,14; 34,27-28; Núm 33,2). Sin embargo, muchos estudiosos han cuestionado este dato. En la mayor parte del antiguo Oriente Próximo, la escritura era un conocimiento restringido a una élite, generalmente a los escribas, los sacerdotes y la realeza. No obstante, recientemente se han descubierto restos arqueológicos que sugieren que el alfabetismo podía haber estado más extendido de lo que normalmente se cree. En la década de 1970 se descubrió un gran fragmento de cerámica en Izbet Sartah, a unos 3 km al este de Tell Aphek, que pertenecía a una antigua comunidad agrícola israelita. En la superficie del fragmento se habían grabado unas antiguas letras cananeas. El texto parece tratarse del trabajo de un estudiante que estaba aprendiendo el alfabeto, puesto que presenta errores muy básicos. El tipo de escritura y el contexto arqueológico permitieron datar este fragmento u *ostrakon* alrededor del 1200 a.C. Aunque Izbet Sartah era una pequeña aldea agrícola de los primeros años de Israel en la tierra, había en ella algún profesor que enseñaba a leer y a escribir a sus alumnos, según muestra este fragmento encontrado.

En 2005, el arqueólogo estadounidense Ron Tappy descubrió otro texto de abecedario (una secuencia alfabética) en Tell Zayit, en la Sefela cerca de Laquis. El texto aparecía escrito sobre una piedra que estaba colocada en un muro. Esta disposición indica que se pretendía que el alfabeto resultara visible. El texto apareció en un edificio del siglo X a.C. Para Tappy, este hallazgo sugiere que durante el período de Salomón debió de existir una clase profesional de escribas sustentados por un gobierno centralizado en Jerusalén.

El descubrimiento de estos abecedarios muestra que la escritura y la lectura estaban más extendidas en el antiguo Israel de lo que en un principio puede pensarse. Varios salmos de la Biblia (p. ej., 9-10, 25, 34, 119), así como cuatro de los cinco capítulos del Libro de las Lamentaciones, son acrósticos alfabéticos, es decir, cada verso comienza con la siguiente letra del alfabeto. El conocimiento del alfabeto podría haber facilitado el uso litúrgico de los salmos en la oración del templo. Por lo tanto, aunque la mayoría de las personas no sabían leer o escribir, es posible que sí conocieran el alfabeto.

¿Quiénes eran los filisteos?

A lo largo del período de tiempo que abarcan los acontecimientos narrados en el Libro de



Relieve de Medinet Habu que ilustra una batalla naval entre Ramsés III y los pueblos del mar. Un barco egipcio ataca una nave filisteas con una proa en forma de pico de pato. Los filisteos llevan su distintivo tocado de plumas.

los Jueces (ca. 1220-1050 a.C.), Israel fue atacada por varios enemigos de Mesopotamia, Moab, Jasar, el norte de Arabia y, sobre todo, Filisteas. No sólo fueron los filisteos una amenaza durante los días del juez Sansón (Jue 13-16), sino también durante el período de Samuel (1Sam 1-6). Es posible que la amenaza militar de los filisteos empujara a Israel hacia la monarquía.

En Números 13 se cuenta que cuando Moisés envió a los doce espías a Cades-Barne para explorar la tierra y así preparar la invasión (alrededor del 1230 a.C.), estos encontraron varios grupos étnicos en la zona, entre ellos amorreos y cananeos. En este episodio no se menciona a los filisteos, y tampoco en el recuento de la composición de la tierra que hace Moisés en Deuteronomio 1,8. Es más, allí se informa de que eran los cananeos los que habitaban junto a la costa del mar. Esta omisión se debe a una razón muy simple: los filisteos aún no habían ocupado la región costera meridional de Canaán.

En el Templo funerario de Ramsés III (1184-1153 a.C.) hay unos relieves que muestran una batalla entre Egipto y un grupo de pueblos que intentaban tomar el país por mar y tierra, y que Egipto finalmente rechazó. La escena de la batalla naval se muestra con minucioso detalle, y en ella podemos contemplar a los barcos enemigos y los guerreros, que se presentan con diversos tipos de cascos y con armas diferentes a las utilizadas por los defensores egipcios. El texto que acompaña a la ilustración informa de que los invasores buscaban principalmente comida, lo que sugiere que sus tierras natales estaban asediadas por la hambruna. En este grupo de pueblos se nombran cinco grupos étnicos diferentes, entre ellos la tribu de Pelest. Esta palabra dio origen al nombre del pueblo que la Biblia llama filisteos. Los relieves del Templo de Ramsés III contienen la referencia más antigua conocida a este grupo étnico. Los combatientes filisteos destacan entre los invasores por sus singulares cascos. Al parecer estos Pueblos del Mar, una vez derrotados, regresaron a la tierra de Canaán, donde

se asentaron. También es posible que llegaran a un acuerdo con Ramsés III para ocupar el área costera meridional de Canaán.

Se cree que antes de su llegada a las fronteras de Egipto, estos Pueblos del Mar habían atacado la capital hitita de Hattusas en la zona norte-centro de Turquía, acontecimiento que marcó el fin del Imperio hitita. Los invasores continuaron hacia abajo por la costa levantina, destruyendo otras ciudades a lo largo del camino, entre ellas la ciudad-estado de Ugarit, en Siria. El análisis de los nombres tribales y la cultura material de estos Pueblos del Mar ha revelado que tuvieron su origen en el área de Grecia, las islas del Egeo, Creta y Turquía occidental. Los restos culturales de los primeros filisteos hallados en el sur de Canaán, especialmente su cerámica, presentan muchas afinidades con las cerámicas micénicas de Grecia de los siglos XII y XIII a.C.

En el libro del profeta Amós, Dios pregunta: «¿No saqué a Israel de Egipto, a los filisteos de Creta y a los sirios de Quir?» (Am 9,7). También el libro de Jeremías se refiere a los filisteos como los «restos de la isla de Caftor» (Jer 47,4). La palabra «Caftor» puede tratarse del antiguo nombre de la isla de Creta. En los textos acadios, el término para referirse a la antigua Creta es «Kaptara», mientras que en el Egipto del siglo XV a.C., a los portadores de tributos de Creta se los llamaba Keftiu. Está claro que los filisteos eran un pueblo no semítico que vino desde el mundo egeo, posiblemente de Creta. Del término filisteo deriva la palabra «Palestina», que antes de 1948 incluía a los actuales Israel, Franja de Gaza y Cisjordania (anteriormente parte de Jordania). El término «palestino» designa hoy a los habitantes árabes que residen en esta región.

Las ciudades filisteas

Los filisteos ocuparon el área del sur de Canaán, zona que actualmente se conoce como la Franja de Gaza. La Biblia los sitúa en cinco ciudades principales: Gaza, Ascalón, Asdod, Ecrón y Gat (Jos 13,2-3). Se han realizado excavaciones en todas estas ciudades, y se ha podido averiguar que todas ellas habían sido ocupadas por cananeos, y después tomadas por los invasores egeos. Hace poco concluyó en Ascalón la tarea de un equipo de arqueólogos de la Universidad de Harvard dirigido por Lawrence E. Stager, después de casi veinte años de excavaciones. En 1996 se identificó en el yacimiento de Tel Mique la antigua Ecrón, gracias a una inscripción de un templo donde aparecía el nombre de la antigua ciudad. Las excavaciones, dirigidas por el estadounidense Seymour Gitin y la israelí Trude Dothan, revelaron que la ciudad cananea, de menor tamaño, fue destruida por los filisteos, y más tarde reconstruida, hasta alcanzar una extensión de 20 ha. En el yacimiento de Tell-es-Safi, donde se cree que pudo situarse Gat, continúan las excavaciones. En todos estos yacimientos se han encontrado restos del paso de los filisteos, que se produjo poco después del 1200 a.C. En Ascalón y Ecrón, por ejemplo, se han descubierto restos de hogares de grandes dimensiones de forma circular. Se trata del mismo tipo de hogares que pueden contemplarse en los grandes templos o palacios de Micenas y Pilos en el sur de Grecia, que datan de los siglos XIV a XIII a.C. Aunque se desconoce la función exacta de estos hogares, su ubicación en edificios grandes hace pensar que jugaron un papel significativo. Por otro lado, el hecho de

haber encontrado este tipo de hogares en los asentamientos filisteos del sur de Canaán apunta al origen geográfico de este pueblo.

La contribución más importante de los filisteos al antiguo Israel fue la introducción del hierro en la fabricación de armas y herramientas, lo que explica la gran cantidad de utensilios y herramientas de hierro descubiertos en los asentamientos de Canaán a partir de su llegada. El uso del hierro en la región se extendió a partir del 1200 a.C. Este dato ha permitido a los arqueólogos establecer fechas aproximadas para el principio de la Edad del Hierro: el Hierro I (1200-1000 a.C.) y el Hierro II (1000-586 a.C.). El uso de armas de hierro situó a los filisteos en una clara ventaja militar con respecto a sus vecinos israelitas, que luchaban con armas de bronce. Durante el reinado de Saúl, la Biblia informa de que «en todo el territorio de Israel no había ni un herrero, porque los filisteos se habían dicho: "¡Que los hebreos no puedan fabricarse espadas ni lanzas!"... Por eso cuando llegó el día del combate ninguno de los que seguían a Saúl y Jonatán tenía espada o lanza. Sólo la tenían ellos dos» (1Sam 13,19-20.22).

De juez a rey

Las últimas décadas del período de los Jueces están marcadas por el liderazgo de un líder de transición, Samuel. Al igual que Moisés, Samuel servía de intérprete entre Dios y su pueblo. Dios le transmitió quiénes debían ser los dos primeros reyes de Israel y Samuel fue el encargado de ungirlos al oficio real (1Sam 10,1; 16,1.13). Además de profeta, Samuel era juez y sacerdote, pero no un líder militar. Sin embargo, las tribus de Israel demandaban un rey «como tienen todas las naciones» (1Sam 8,4-5), puesto que se veían continuamente atacadas por los filisteos y los amonitas en Transjordania (1Sam 12,12). Samuel designó al rey a suertes, escogiendo entre las diferentes tribus de Israel. Esta ceremonia tuvo lugar en Mispá, en el territorio de Benjamín (1Sam 10,17). Se cree que el Mispá bíblico está en el yacimiento de Tell en-Nasbeh, que fue excavado en las décadas de 1920 y 1930. Las excavaciones sacaron a la luz restos de los períodos del Hierro I y Hierro II, entre ellos un sistema defensivo de piedra con una gran puerta dividida en dos partes y casas de cuatro habitaciones.

Samuel finalmente escogió a Saúl, de la tribu de Benjamín (1Sam 10,20-24), que fue el primer rey que gobernó sobre las doce tribus de Israel. Con Saúl se inicia el período que se conoce como «la monarquía unida», que abarca hasta el reinado de Salomón (ca. 1030-970 a.C.). Saúl estableció la primera capital política de Israel en su ciudad natal, Guibeá, cuyos restos identificó Edward Robinson en el yacimiento de Tell el-Fúl a principios de 1840. El yacimiento se sitúa sobre una colina, a tan sólo 5 km al norte del monte de los Olivos. De hecho, el término hebreo «Guibeá» que dio nombre a esta ciudad significa «colina». En 1868 y en 1874 se realizaron algunas excavaciones en esta zona, aunque, en realidad, todo lo que conocemos sobre esta antigua ciudad se debe al trabajo de Albright (1922-23 y 1933), y a las excavaciones que llevó a cabo Paul Lapp en 1964. Curiosamente, el trabajo de Lapp tuvo su origen en el deseo del rey Hussein de Jordania de construir un palacio en ese mismo lugar. Al desencadenarse la guerra entre Israel y Jordania en 1967, se detuvieron las excavaciones en la zona.

El trabajo de Lapp reveló que el yacimiento estuvo ocupado entre ca. 1200 a.C. y 1150 a.C., pero se abandonó durante varias décadas antes de su reocupación, alrededor del 1025 a.C. Este abandono se asocia a las luchas entre las tribus que tuvieron lugar en Guibeá, episodio narrado en Jueces 20. Alrededor del 1025 a.C., fecha que se ajusta bien al período del reinado de Saúl (1040-1010 a.C.), se construyó una pequeña estructura fortificada. La fortaleza de piedra era rectangular, posiblemente con torres cuadradas en cada esquina.

El rey Saúl tuvo que lidiar primero con la amenaza amonita sobre las tribus transjordanas en Yabés-Galaad (1Sam 11) y más tarde con la amenaza filisteo. Finalmente fue asesinado por los filisteos en el monte Gelboé, al norte de Israel (1Sam 28-31). Como acto final de humillación, los filisteos expusieron su cuerpo sobre la muralla de la cercana ciudad de

David y Goliat

Según cuenta la Biblia, David se convirtió en un héroe después de derrotar al gigante filisteo Goliat. No obstante, esta fantástica historia de un niño pastor que se convirtió en guerrero y luego en rey ha hecho dudar a muchos historiadores bíblicos. La idea de un jovencito que consigue vencer con una honda a un experimentado guerrero con armadura y armas de bronce puede resultar poco verosímil, pero no tanto si analizamos su contexto histórico. Podemos encontrar un episodio parecido en la historia egipcia de Sinuhé, que a principios del segundo milenio a.C. fue desafiado a un duelo por un guerrero de otra tribu. El desafiador arrojó jabalinas a Sinuhé, pero estas cayeron cerca sin herirlo. Sinuhé consigue derribarlo lanzándole una flecha al cuello, para finalmente rematarlo con un hacha. El episodio de la Biblia se desarrolla de forma parecida: David golpea a Goliat con una piedra de su honda y finalmente decapita al gigante con su espada. Para algunos estudiosos, ambos relatos presentan influencias de tradiciones egeas o anatólicas (de Asia Menor o Turquía moderna). En la historia de la Guerra de

Troya, situada en Anatolia occidental, Paris mata a Aquiles. Recientemente se ha descubierto un texto hitita de Anatolia central que contiene una historia parecida a la de David y Goliat. Por tanto, la tradición del duelo entre los guerreros tenía un precedente muy anterior al tiempo de David.

Es fácil pensar que David se encontraba en clara inferioridad de condiciones con respecto al gigante filisteo, pero no es así. Al rehusar la armadura, David estaba optando por la movilidad por encima de la protección (1Sam 17,38-40); por otro lado, el arma que escogió, la honda, no era sólo un juguete para niños, sino un arma verdaderamente letal. De hecho, en unas pinturas de principios del segundo milenio a.C. halladas en una tumba de Beni Hasan, Egipto, se muestra una batalla con grupos de honderos y arqueros. En los relieves de Laquis de Nínive, que ahora pueden contemplarse en el Museo Británico, se representa a los honderos asirios lanzando piedras contra los defensores judíos de Laquis, episodio ocurrido en el 701 a.C. Estas escenas

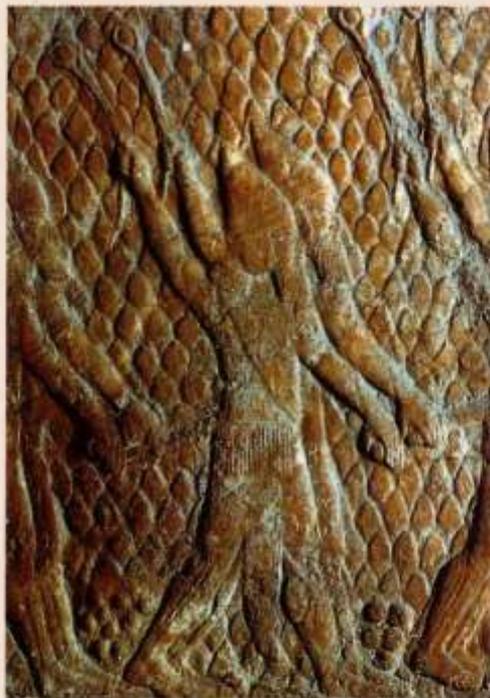
Betsán. Este tipo de agravio a los líderes derrotados aparece documentado siglos más tarde en textos asirios. El rey asirio Asaradón, por ejemplo, mandó atar el cuerpo de Uabu, un rebelde árabe, a la puerta de Nínive. Su sucesor, Asurbanipal, exhibió la cabeza del rey Teumman de Elam dentro de la puerta de la ciudad de Nínive. El objetivo de estas prácticas era humillar al líder enemigo e intimidar a los rebeldes.

El ascenso de un rey guerrero

Cuando Saúl no obedeció las directrices divinas comunicadas por el profeta Samuel (1Sam 15), el anciano profeta cortó relaciones con el rey. Se buscó, en consecuencia, un nuevo rey. Samuel fue a la casa de Jesé en Belén y allí ungió a uno de sus hijos, David, para que fuera

demuestran que la honda era un arma común en los combates, junto al arco y la flecha. Las piedras que se utilizaban para cargar la honda podían ser de diferentes tamaños, desde el tamaño de una pelota de golf hasta el de una pelota de tenis (5-8 cm de diámetro). Un hondero experto podía lanzar la piedra a 160-240 km/h. David escogió su piedra en un torrente, aunque normalmente las piedras destinadas a la honda solían tallarse para darles una forma redondeada. La honda se hacía con fibra tejida, por lo que se trataba de un arma barata pero efectiva. La ventaja de David sobre Goliat se basaba en su movilidad y en el alcance de su honda. El filisteo intentó atraer a David más cerca (1Sam 17,44-48), pero el futuro rey guardó la distancia, lo que le permitió sacar la honda y la piedra de su zurrón.

Goliat era de Gat, una de las cinco ciudades filisteas. En unas excavaciones realizadas recientemente en Tell es-Safi apareció parte de un cuenco de arcilla con lo que se cree puede ser el nombre Goliat grabado en el interior. El cuenco es del ca. 950 a.C., aproximadamente



Honderos asirios asaltando Laquis en el 701 a.C.

setenta años después del acontecimiento descrito en el Libro de Samuel. Este descubrimiento prueba que el nombre de Goliat, de origen no semítico, era común en el territorio filisteo.

el futuro rey de Israel. En el momento en que fue ungido, David era un adolescente (1Sam 16,1-13), y hasta que cumplió treinta años David no subió al trono (2Sam 5,4). No obstante, en los últimos años del turbulento reinado de Saúl, David, hijo de un propietario de tierras y pastor, comenzó a destacar como héroe militar. Fue adoptado por Saúl como escudero, y calmaba al rey tocando la cítara cuando a este le asaltaba «el espíritu maligno» (1Sam 16,21-23).

Como músico, el nombre de David se asocia a más de setenta canciones incluidas en el Libro de los Salmos. Se desconoce si David compuso realmente estas canciones, aunque parece seguro que era músico, como sugiere la tradición posterior. El profeta del siglo VIII Amós habla de personas que componían canciones emulando a David (Am 6,5). En 1965 un grupo de arqueólogos egipcios que trabajaban en Gaza descubrieron una sinagoga judía del siglo VI con un mosaico en el suelo que mostraba una figura coronada tocando una lira. En el mosaico aparece el nombre de David escrito en hebreo, lo que no deja lugar a dudas respecto a la identidad del músico. Se han encontrado liras en las tumbas reales de Ur que datan de ca. 2650 a.C. No se trata sólo de instrumentos, sino de verdaderas obras de arte, puesto que están cubiertas de oro y lapislázuli, una piedra semipreciosa. Un panel de marfil decorativo encontrado en Meguido de ca. 1200 a.C. muestra a un rey sentado sobre su trono. Ante él aparece una mujer (posiblemente la reina), y junto a ellos un músico que toca una lira. Esta escena muestra que la realeza del antiguo Oriente Próximo contaba con músicos cortesanos para que los deleitaran con sus canciones, tal y como hizo David con el rey Saúl durante algún tiempo.



Mosaico del Rey David de la sinagoga de Gaza.

Llega el Reino

La dinastía de David

En los últimos años se ha llegado a cuestionar la existencia tanto de David como de Salomón, puesto que nunca se han encontrado sus nombres en inscripciones del siglo X. Muchos estudiosos consideran que unos reyes tan poderosos debieron dejar algún rastro en los textos de Egipto, Asiria o Siria. Esta ausencia de restos arqueológicos llevó a muchos historiadores minimalistas a sostener que David y Salomón, en el caso de que hubieran existido, eran simplemente jefes pastores de las montañas de Judá, y sus hazañas no fueron más que invenciones de tiempos posteriores.

Estas teorías minimalistas se empezaron a cuestionar en 1993, año en el que se descubrió en Dan, la ciudad más al norte de Israel, el fragmento de una estela rota escrita en arameo. Semanas antes de este hallazgo, yo mismo estuve caminando por el lugar donde se encontró la pieza, totalmente inconsciente de la importante inscripción que escondían las piedras de la plaza. El fragmento pudo completarse un año más tarde con una pieza más pequeña que se encontró en la misma zona. La estela completa contiene una descripción de una batalla ocurrida aproximadamente en el 841 a.C. entre Israel y Judá y el rey Jazael de Damasco, que seguramente es el responsable del texto. La estela servía para conmemorar la victoria de ese rey sobre el Israel del norte, y posiblemente fue rota cuando el rey del norte consiguió su independencia de Damasco unos años más tarde. Jazael afirma: «[vencí a Jo]rán rey de Israel y venc[í a Ocoz]ías hijo de [—] derrib[é] la casa de David». La identificación de los nombres de estos dos reyes parece bastante segura, puesto que reinaron simultáneamente, el primero del 852 al 841 a.C., y el segundo menos de un año en el 841 a.C. Ambos fueron asesinados por el general usurpador, Jehú, que se convirtió en rey de Israel (2Re 9,14-28).

En 1994 se identificó otra referencia a David en una inscripción antigua. Aunque se descubrió en 1868, no se advirtió hasta hace poco una posible referencia a David en la famosa Estela de Mesa (ver c. 8). En ella se cuenta que entre el 850 y el 840 a.C., el rey Mesa de Moab atacó la ciudad de Atarot, que había sido construida por un rey israelita en el territorio ocupado por la tribu de Gad en Transjordania. En el botín de la victoria se encontraban «los vasos de YHWH», primera referencia clara al Dios de Israel en las fuentes antiguas. Al final de la estela se menciona que una de sus ciudades había sido anteriormente ocupada por «la Casa [de D]avid». André Lemaire, un distinguido especialista francés en la lengua

hebrea, volvió a examinar el texto de la estela y lo comparó con un calco en papel maché que se hizo en el siglo XIX, antes de que el texto fuera fragmentado. Lemaire confirmó que la estela, al igual que la inscripción de Tel Dan, mencionaba tanto al rey de Israel como a la Casa de David (Judá). Para el estudioso francés, la yuxtaposición de los nombres de estos dos reinos en los fragmentos de Tel Dan permitía identificar esos mismos nombres en la fragmentada Estela de Mesa.

Estas referencias a «la Casa de David» en las estelas enemigas revelan que el nombre de David se seguía utilizando un siglo después de la muerte de Salomón como nombre dinástico para el reino de Judá. Si David sólo hubiera sido un cacique sin importancia, los monarcas posteriores no habrían mencionado su nombre de una manera tan honorífica.

Para comprender cómo pudo Israel convertirse en un poderoso reino bajo David y Salomón, tal como la Biblia nos muestra, conviene analizar la realidad política de las naciones vecinas en el siglo X a.C. Egipto, el anteriormente poderoso vecino de Israel en el sur, sufría graves desórdenes políticos en la época. El poder en Egipto se repartía entre dos familias gobernantes, una en Tanis, en el norte, y otra en Tebas, en el sur. Esta situación impidió a Egipto intervenir en Israel durante más de un siglo. Los pueblos de la costa habían destruido el gran Imperio hitita en Anatolia alrededor del 1200 a.C., antes de continuar hacia Egipto. El Imperio hitita se dividió en pequeños reinos neohititas en Anatolia y Siria. En Mesopotamia, los asirios todavía no eran lo suficientemente fuertes como para intervenir en el Levante. En otras palabras, al final del siglo XI a.C. y durante la mayor parte del siglo X a.C., período del reino de David y Salomón, no existía un poder significativo en la región que pudiera impedir que Israel construyera un pequeño imperio. Esto les permitió dominar el territorio que se extendía desde el sur del Levante hasta el río Éufrates durante varias décadas. Después de la muerte de Salomón en el 931 a.C., los problemas políticos internos de Israel dividieron el reino en dos estados guerreros.

DAVID CONSTRUYE SU REINO

Después de la muerte de Saúl y del príncipe heredero Jonatán en una batalla contra los filisteos (1Sam 31,2-6), David no es aclamado rey de forma inmediata. Un hijo de Saúl, Isbaal, se mantuvo en el poder durante varios años gracias al apoyo de Abner, un general de Saúl. David empezó reinando desde Hebrón, en el centro de Judá, con el apoyo de su propia tribu. Pero después se desencadenó una guerra civil entre los leales a Saúl y los seguidores de David, guerra que duró al menos dos años (2Sam 2,8-10; 3,1.6). Tras un período de dura contienda, David venció y consiguió ser aceptado por las tribus del norte (2Sam 5,1-3).

Después de haber conseguido unir a las tribus, David quiso establecer una capital que fuera aceptada por todas ellas. Demostrando gran perspicacia política, decidió echar a los jebuseos de Jerusalén. Según Jueces 1, tanto Benjamín como Judá habían intentado conquistar Jerusalén, pero ninguno pudo retenerla. Jerusalén suponía un lugar neutral situado en la



Gran fragmento de la inscripción de Tel Dan, que menciona la «Casa de David».

frontera entre las dos tribus que habían librado una amarga guerra civil. Al trasladar allí el arca de la Alianza, David convirtió a Jerusalén no sólo en la capital política del reino unificado, sino también en la capital religiosa. Más tarde, Salomón mandó construir en Jerusalén su famoso Templo.

Excavaciones en la Ciudad de David

Desde hace más de 150 años, Jerusalén ha atraído como un imán a los arqueólogos. Las primeras excavaciones en Jerusalén se realizaron en la empinada ladera oriental del monte llamado «Ofel». Estas primeras excavaciones se remontan a 1860, pero hasta un siglo más tarde no se llevaron a cabo proyectos verdaderamente «científicos». A principios de la década de 1920, R. A. S. Macalister descubrió una estructura de escalones de piedra en la ladera de la colina. Atribuyó su construcción a los jebuseos, que ocuparon Jerusalén hasta la conquista de David, alrededor del 1000 a.C. Kathleen Kenyon investigó las laderas orientales de Jerusalén entre 1961 y 1968. Allí descubrió un capitel protojónico de piedra (de aproximadamente 1,80 m de longitud), un rasgo arquitectónico asociado a estructuras reales y largos muros de cásmata (técnica de construcción en la que muros paralelos están conectados por muros perpendiculares) que dató en el período de Salomón.

El arqueólogo israelí Yigal Shiloh (1937-87) realizó excavaciones en la Ciudad de David entre 1978 y 1985. Desenterró la base de la estructura escalonada, lo que le permitió descubrir que esta había sido construida sobre ruinas de ca. 1300-1200 a.C., por lo que esa estructura debió de construirse algo después de esa fecha. Al desenterrar la estructura, pudo advertir que la construcción medía alrededor de 37 m de alto. El trabajo de Shiloh se vio interrumpido por su muerte prematura. La estudiosa Jane Cahill se encargó de continuar las investigaciones en esta zona. Tras analizar la cerámica que se encontró asociada con la estructura aterrazada, la investigadora propuso que la estructura pudo construirse aproximadamente en los siglos XII u XI a.C.

A partir del descubrimiento de la estructura escalonada de piedra podemos extraer dos conclusiones. La primera, que esta estructura posiblemente sirvió de base para un gran edificio de la ciudad, que puede datar de finales de la Edad del Bronce o principios de la Edad del Hierro (1300-1050 a.C.). Este edificio pudo ser una ciudadela, un palacio o un templo que se alzaba en la cima de la colina. La segunda, que el edificio que sostenía esta estructura debió de formar parte de una impresionante estructura defensiva, que puede ayudarnos a explicar la burla de los jebuseos a David: «No entrarás aquí; los ciegos y los cojos te rechazarán» (2Sam 5,6). La robustez de esta estructura defensiva explica por qué se sentían tan seguros los jebuseos dentro de su capital.

Recientemente se han descubierto nuevos restos en Jerusalén que pueden permitirnos pro-

Capitel protojónico de una estructura real en Jerusalén.



fundizar en el conocimiento de la Jerusalén de David. A principios de 2005, la arqueóloga israelí Eilat Mazar descubrió el complejo de un gran edificio de piedra sobre la cima del Ofel que parece estar relacionado con la estructura escalonada de piedra. La cerámica que se encontró junto al complejo data del siglo X a.C. En 2Sam 5,9 se nos informa de que David «se estableció en la fortaleza y la llamó "Ciudad de David". Y reconstruyó la ciudad todo alrededor desde el terraplén»¹. Esto sugiere que David ocupó un palacio fortificado ya existente y que lo retocó y lo amplió, especialmente en la zona «del terraplén». El término hebreo para este tipo de estructura es *milló*, que significa «rellenado». Se cree que el *milló* puede ser la estructura escalonada que sirvió de base para sostener la fortaleza predavídica de Sión situada sobre la cima de la colina descubierta por Mazar. Mazar propone que el *milló* fue construido para sostener el edificio de piedra recientemente descubierto. No obstante, también es posible que la estructura escalonada de piedra anterior se hubiera reutilizado para sostener otro edificio.

Según la Biblia, Salomón mandó construir un nuevo palacio más grande que tardó trece

¹ N. de la T.: Como se explica después, la expresión en hebreo es, literalmente, "desde el milló". Hoffmeier la traduce como "desde las terrazas de apoyo", lo que da fuerza a su argumento.

Jerusalén

El nombre Jerusalén está atestiguado ya en el siglo XIX a.C. en los llamados «textos de execración» de Egipto. Estos textos están escritos en cuencos y figurillas que se rompían ceremonialmente para debilitar o destruir mágicamente a los enemigos del faraón. La aparición del nombre «Jerusalén» en estos objetos indica que a principios del segundo milenio a.C. Jerusalén ya era conocida en la corte real egipcia. Entre las famosas Cartas de Amarna –correspondencia diplomática entre varios reyes de Canaán, Siria y Mesopotamia con los faraones Amenhotep III y Akenatón (ca. 1390-1336 a.C.)– se incluyen seis tablillas de Abdu-Heba, rey de Jerusalén. Estas cartas demuestran que Jerusalén era una ciudad lo suficientemente importante como para tener un rey y un escriba conocedor de la escritura cuneiforme acadia (lenguaje de la diplomacia internacional de la época), y para ser un vasallo leal de Egipto.

Esta prueba escrita es muy importante, puesto que las excavaciones realizadas a lo

largo del último siglo y medio en Jerusalén sólo han revelado unos pocos restos de la ciudad pertenecientes al Bronce Final, época que coincide con el reinado de personajes como Abdu-Heba. No obstante, también se han encontrado materiales anteriores, de la Edad del Bronce Medio; entre ellos las recientemente descubiertas murallas y torres que defendían una piscina de agua que se llenaba con las aguas frescas de los manantiales del Guijón, la principal fuente de agua de la ciudad. Es probable que este ingenioso sistema de agua, construido con enormes piedras, todavía se utilizara en las Edades del Bronce Final y del Hierro.

La investigación arqueológica en Jerusalén plantea muchos desafíos, porque en muchos lugares la ciudad moderna se levanta sobre la ciudad antigua. Además, Jerusalén ha sido destruida y reconstruida muchas veces: fue demolida y quemada por los babilonios en el 586 a.C., y más tarde a manos de los romanos en el año 70 d.C. En ambas ocasiones se destruyó el

años en completar (1Re 7,1-6). Este palacio probablemente se construyó en la misma zona donde David mandó construir el suyo. Durante el siglo X a.C., se construyeron algunas casas de piedra en la parte más baja de la estructura escalonada de piedra, lo que indica que esta estructura es anterior a la construcción de las casas. Un fragmento cerámico encontrado en una de las habitaciones tenía grabada la palabra «Ahiel», posiblemente el nombre del propietario.

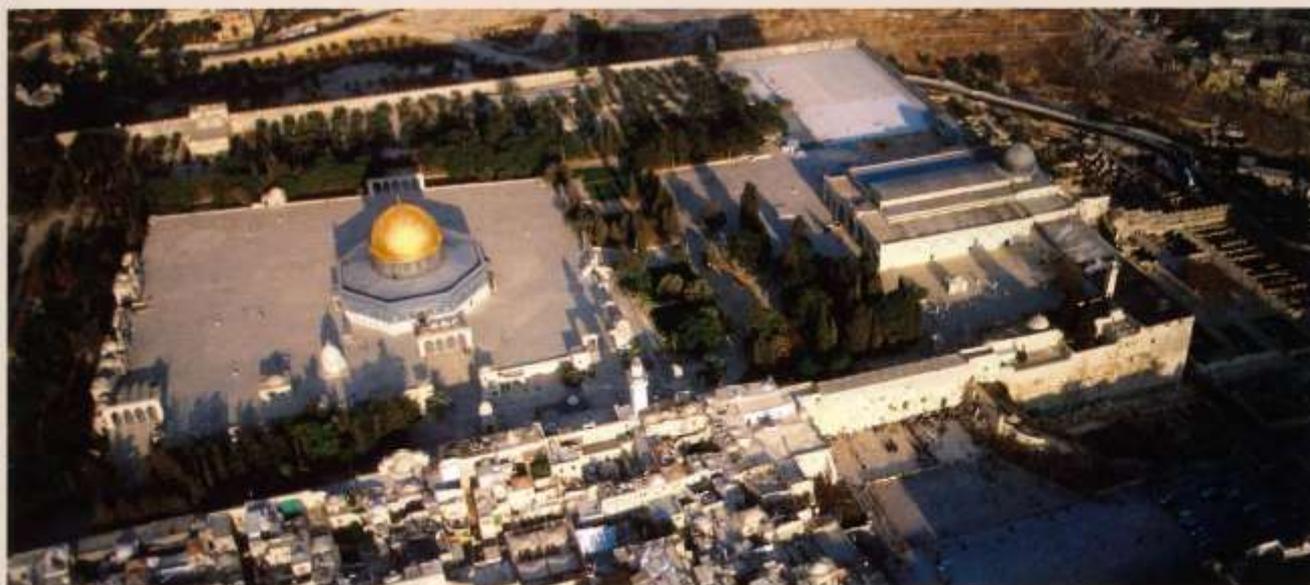
El Imperio de David

La Biblia retrata a David como un rey guerrero que, tras consolidar su reino, luchó contra los filisteos, pueblo que llevaba más de un siglo asediando a Israel. David consiguió hacerlos retroceder hasta sus cinco ciudades originales y convertirlos en estados vasallos (2Sam 5,17-25). Los filisteos no volvieron a suponer una amenaza militar para Israel. Las campañas militares de David lo llevaron hasta Transjordania, donde sometió a Moab (2Sam 8,1-2) y Edón

Templo. La ciudad fue reconstruida durante el período bizantino, la conquista árabe-islámica y las Cruzadas, así como con los esfuerzos de construcción y expansión modernos. Estas circunstancias plantean un desafío a los arqueólogos que intentan desenterrar restos arquitectónicos del Antiguo Testamento y de la Jerusalén preisraelita.

La Jerusalén del período del Antiguo Testamento ocupaba el monte en forma de lengua a 740 metros sobre el nivel del mar que se extiende al sur del área del monte del Templo, y que se llama Ofel o «Ciudad de David».

Vista aérea del monte del Templo, con el Domo de la Roca a la izquierda y la mezquita de Al Aksa a la derecha.



(2Sam 8,13-14). El territorio de Edón ocupaba la tierra que se extendía al sur del mar Muerto, hasta el golfo de Aqaba. El control de esta zona permitió al reino de Israel tener acceso al puerto de Elat (también llamado Asiongaber), punto estratégico desde el punto de vista económico, puesto que comunicaba con la red comercial del mar Rojo. Se han realizado nuevas excavaciones en el sur de Jordania (en la antigua Edón) que han mostrado que, en la época de David, en Elat se había desarrollado una floreciente industria de minería y fundición de cobre. En Khirbet en-Nahas se han hallado los restos de un fuerte que defendía los intereses económicos de Edón. Estos dos factores económicos, el comercio y el cobre, explican que David decidiera conquistar esta región y colocar allí guarniciones para mantener su control (2Sam 8,14).

² N. de la T.: 1 Reyes 5,10-11 en la Biblia de San Pablo (por diferencias de orden entre los textos griego y hebreo).



Las fronteras de Israel y Judá durante los reinados de David y Salomón. Su influencia se extendió mucho más allá de las fronteras de su propio reino.

Las campañas militares de David también se desarrollaron en el norte, en Siria, donde conquistó los pequeños reinos arameos de Damasco y Sobá (2Sam 8,3-8). Hizo al reino de Jamat su vasallo, y extendió su control hasta el río Éufrates. En Fenicia, parte del actual Líbano, estableció una importante alianza con Jirán, rey de Tiro, la principal ciudad de esa región. La Biblia es clara respecto a la naturaleza estratégica de esta relación: Tiro envió madera de cedros y cipreses de las montañas del Líbano junto con carpinteros para ayudar a Salomón en sus proyectos de construcción. Israel carecía de árboles de los que pudiera extraerse madera para la construcción. A cambio, Israel, rico desde el punto de vista agrícola, proporcionó trigo y aceite de oliva a los fenicios (1Re 5,11). Dos milenios antes del reinado de David y Salomón, los egipcios también llevaron por mar madera desde el Líbano para construir vigas para tejados, ataúdes, botes y muebles. Alrededor del 1290 a.C., el faraón Seti I envió a sus emisarios al Líbano para que trajeran maderas a Egipto. Un relieve del Templo de Karnak muestra a los siro-cananeos cortando árboles para los egipcios.

El reino de Salomón

Las conquistas y los esfuerzos diplomáticos de David permitieron establecer un reino estable y económicamente viable. Como consecuencia, el reino de Salomón se caracterizó como un período de paz, prosperidad y estabilidad. Aseguró la continuidad del reino mediante la construcción de una red defensiva y acordando matrimonios diplomáticos con las naciones que lo rodeaban (1Re 3,1; 11,1-3). Su matrimonio con la hija de un faraón indica la debilidad política de Egipto durante el siglo X a.C. Es probable que el suegro egipcio de Salomón fuera Siamún, rey de la Dinastía XXI, que reinó desde Tanis/Zoán entre el 979 y el 960 a.C., período que se solapa con el reinado de Salomón (971-931 a.C.). En el primer Libro de los Reyes (9,16) se nos informa de que un faraón capturó la ciudad de Guézer, anteriormente bajo control filisteo, y la presentó como dote o regalo para el matrimonio de su hija, que se casó con Salomón. Un fragmento de una

La sabiduría de Salomón

El Libro de Proverbios comienza con las palabras: «Proverbios de Salomón, hijo de David, rey de Israel». Su reputación como sabio se pontifica en el primer Libro de los Reyes (4,29-30)², donde se declara que su sabiduría sobrepasó la de los sabios del este y la de «todos los sabios egipcios». El Libro de Proverbios no es una colección de los dichos y aforismos del rey (aunque muchos aparecen en sus páginas), sino una compilación de varios tipos de literatura sapiencial que incluye las palabras de otros sabios. En Proverbios 22,17 se invita al oyente: «Inclina tu oído y escucha mis palabras», mientras que en Proverbios 24,23 se informa de que «también estas son palabras de los sabios». El capítulo 30 recoge las instrucciones de Agur de Masá, y el capítulo 31, las enseñanzas de la madre del rey Lemuel de Masá. Posiblemente Salomón incluyó en su colección los dichos de otros hombres y mujeres instruidos cuyos puntos de vista estaban de acuerdo con la visión israelita del mundo.

El antiguo Oriente Próximo ostenta una larga historia de literatura didáctica. En Mesopotamia, los sumerios y los babilonios registraron sus proverbios y tratados sapienciales; también se han conservado los proverbios hititas. Todos ellos incluyen teodiceas parecidas a la del Libro de Job, que lidia con los problemas del mal y el sufrimiento humano. Pero es la tradición sapiencial egipcia la que muestra mayores similitudes con la sabiduría israelita, por lo que puede haber sido su principal influencia. Esta influencia se debe a la proximidad entre Israel y Egipto y a los estrechos lazos que existieron entre ambas naciones durante el reinado de Salomón (recordemos que Salomón se casó con una princesa egipcia [1Re 3,1]). Así, el clima político de la época probablemente diera a Salomón acceso a la literatura sapiencial egipcia; esta posibilidad parece quedar reflejada en la afirmación de que su sabiduría sobrepasaba la de «todos los sabios egipcios».

En Egipto, la literatura sapiencial se inicia en el tercer milenio a.C. Un papiro del siglo XIII atribuye a Imhotep, el legendario arquitecto de la primera pirámide alrededor del 2700 a.C., la escritura de un libro sapiencial.

Desafortunadamente, no han quedado restos de tal libro. Sí se han descubierto fragmentos de papiro que recogen la Sabiduría de Ptahhotep, compuesta en el siglo XXIV a.C. Esta obra siguió copiándose y estudiándose durante siglos después de la época del autor. El libro hebreo de los Proverbios se presenta como una instrucción de padre a hijo. Este tipo de enseñanzas de rey a príncipe también se encuentran en la Sabiduría egipcia de Amenemhet y la Sabiduría de Merikare. Esta última es presentada por un padre, el rey Meryibre Khety, a su hijo, y data aproximadamente del 2200 a.C. Del siglo XIII a.C. en adelante se han hallado varios textos sapienciales de instruidos escribas de la corte real. Destacan los escritos de Any y Amenemopet. Any, al igual que en Proverbios 20,1, advierte contra el beber en exceso: «No te complazcas en beber cerveza, no sea que digas cosas malas y no sepas lo que estás diciendo». Amenemopet declara que «mejor es el pan con un corazón alegre que la riqueza con enfado». Del mismo modo, Proverbios 15,17 recoge lo siguiente: «Más vale una ración de verduras con amor que buey cebado con odio». Tanto los proverbios hebreos como los egipcios expresan preocupación por el pobre y el vulnerable en la sociedad: «No muevas los linderos en los bordes de los campos... o pases los límites de los bordes de una viuda» (Amenemopet); «No cambies los linderos antiguos y no entres en el campo de los huérfanos» (Prov 23,10).

Como hemos visto, existen claras similitudes en la forma literaria e imagería entre la sabiduría sapiencial bíblica y la de Oriente Próximo, especialmente la egipcia. Es posible que Salomón se apropiara de parte de la sabiduría egipcia. No obstante, existe una diferencia fundamental entre la sabiduría hebrea y la egipcia. En el pensamiento egipcio, la sabiduría se entronca en el concepto religioso de Maat, el orden y justicia cósmicos, mientras que en Israel el origen de la sabiduría es la relación reverencial con Dios. Así, la introducción a los proverbios de Salomón reza: «El temor del Señor es el principio de la sabiduría» (Prov 1,7). Este mismo principio filosófico se repite en el Libro de Job: «Temer al Señor es la sabiduría» (Job 28,28).

escena de triunfo real encontrada en Tanis muestra a Siamún golpeando a un enemigo que sostiene en su mano un hacha de doble filo. Este tipo de arma no está atestiguado entre los cananeos o israelitas. Sí que aparece sin embargo en el mundo egeo, así que es posible que el enemigo derrotado represente a un filisteo. Si la interpretación de esta escena es correcta, esto permite identificar al faraón suegro de Salomón, cuyo nombre no se menciona en el Libro de los Reyes.

SALOMÓN EL CONSTRUCTOR

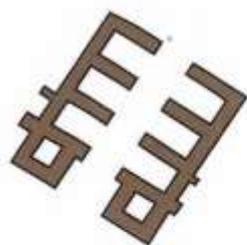
La Biblia presenta a Salomón como un gran constructor. Para defender el reino conquistado por David, Salomón mandó construir varias fortalezas. Además de en Jerusalén, también mandó construir sistemas defensivos en Jazor, Meguido y Guézer (1Re 9,15). En las excavaciones realizadas en estos yacimientos se ha descubierto un sistema de puertas de seis cámaras, que se han datado en el siglo X a.C. También se ha hallado un sistema de puertas parecido en Tel 'Ira, cerca de Berseba, que data del siglo X a.C. Algunos estudiosos creen que estas puertas se construyeron después, en el siglo IX a.C. Las puertas encontradas en Guézer y Meguido presentan signos de destrucción que, a partir de su estratigrafía, se han asociado a la campaña del faraón Sesac en el 925 a.C. (1Re 14,25). Es posible que estas puertas estén asociadas a las construcciones ordenadas por Salomón entre el 970 y el 950 a.C.

Dado que se han encontrado puertas con el mismo diseño y del mismo período en general tanto en el norte como en el sur, parece probable que un gobierno central fuera responsable de la uniformidad en el uso de la misma planta y en el uso de murallas de casamata. Esto no fue posible hasta la llegada de David y Salomón.

En el primer Libro de los Reyes (9,19) leemos que Salomón mandó construir ciudades-almacén y fortificar centros para sus caballos y carros. En Guézer, Meguido y Jazor se han descubierto edificios tripartitos alargados de forma rectangular. Tienen una nave central con pilares que sostenían el tejado y una nave alargada paralela a ambos lados. Entre algunos de los pilares hay comederos de piedra, y las esquinas de algunos de los pilares aparecen perforadas. Seguramente estas perforaciones servían para atar a los animales. Estos edificios suelen localizarse cerca de la puerta de la ciudad, la misma localización que presentaban en Berseba a finales del siglo VIII. En Meguido, un grupo de estos edificios se encuentra justo al lado de la puerta, mientras que otro complejo está situado en el lado norte u opuesto de la puerta.

Los arqueólogos continúan estudiando la función de estos edificios. Muchos creyeron que se trataba de establos, pero en la actualidad se piensa que se trata más bien de almacenes. Los comederos y las perforaciones para atar indicarían que los animales de carga llevaban hasta allí las mercancías para que fueran almacenadas.

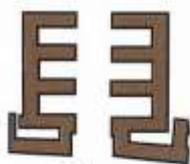
También ha sido muy debatida la datación de estos edificios. Al principio se creyó que eran del siglo X a.C., y se asociaron con el reinado de Salomón. Más tarde se siguió estudiando el material de los edificios y la estratigrafía, especialmente en las estructuras de Meguido, y se atribuyeron al reinado de Ajab (874-852 a.C). Mientras estudiaba los pla-



Jazor



Meguido



Guézer

Plantas de las puertas del Hierro II o «salomónicas» de similar diseño en tres de las ciudades cuyas defensas fueron reforzadas durante el reinado de Salomón.



Pilares de piedra que formaban parte de los almacenes o establos encontrados en Jazor.

nos arquitectónicos de los almacenes de Meguido, Graham Davies, de la Universidad de Cambridge, advirtió restos de estructuras casi idénticas en los suelos de estos edificios. Estos muros, contruidos antes y con una orientación ligeramente diferente, están bajo el suelo de las cámaras del siglo IX, y probablemente sean los almacenes o establos contruidos por Salomón.

El primer templo

Aunque David deseaba construir un templo dedicado a Yavé, el Dios de Israel, fue su hijo el que hizo cumplir ese sueño. David ya había establecido la ubicación del Templo. Se trataba de las yermas alturas montañosas al norte de la Jerusalén de David, en una tierra que previamente había servido como era para el grano (2Sam 24,18-25). En ese lugar fue donde David vio al ángel exterminador, que Dios había enviado para acabar con Jerusalén. Finalmente, Dios se compadeció de David y mandó al ángel retirarse. En respuesta, David construyó un altar y más tarde se construyó el Templo en ese mismo lugar.

El Templo fue el mayor logro de Salomón. Hicieron falta siete años para terminarlo (1Re 6,38). La construcción era de piedra, recubierta con paneles de cedro y decorada con oro con la ayuda de artesanos fenicios (1Re 6,20-22). A pesar de su elegancia, la planta del templo seguía un modelo arquitectónico bastante simple y su tamaño era modesto. Medía 27 metros de largo, 9 metros de ancho y 13,5 metros de alto³. La planta se inspira en la del arcaico Tabernáculo de la época de Moisés en el desierto.

Las descripciones del Templo recogidas en el primer Libro de los Reyes (6-7) y en el segundo Libro de las crónicas (3-4) permiten crear maquetas del edificio, aunque hay distintas opiniones sobre partes de su estructura. Salomón empleó en su construcción a artesanos fenicios (1Re 7,13-14), y sin duda estos utilizaron técnicas de construcción y elementos artísticos que les eran familiares. En consecuencia, estudiar otros templos levantinos del mismo período que el de Salomón puede ayudarnos a hacernos una idea sobre algunos aspectos del diseño del templo que no quedan claros en las descripciones de la Biblia. Por ejemplo, se creía que las dos columnas de bronce a la entrada del templo, que tenían una altura de 8 m⁴, eran exentas. Sin embargo, los paralelos arquitectónicos de la cercana Siria sugieren que las columnas de entrada sostenían el tejado del pórtico.

El Templo de Tayinat, aunque se construyó dos siglos después que el edificio de Salomón, resulta sumamente instructivo, puesto que su planta tripartita es muy similar a la del Templo de Jerusalén: un pórtico sobre columnas o porche a la entrada, la sala principal o lugar santo, y el santuario interior o *sancta sanctorum*. Este templo estaba situado detrás de un complejo palacial. El Templo de Salomón estaba situado inmediatamente al norte del palacio.

En Ain Dara, Siria, se excavó en la década de 1980 un templo con impresionantes paralelismos arquitectónicos con el Templo de Salomón. Tuvo una larga historia: se han advertido dos fases de construcción, que datan del 1300-900 a.C. y del 900 al 740 a.C. respectivamente. Este santuario de piedra está bien conservado y tiene una planta tripartita similar a la del Templo de Salomón. En él las dos columnas de la entrada, al igual que las del

³ N. de la T.: Ver arriba. Las medidas dadas en la Biblia de San Pablo son 30 m de largo, 10 m de ancho y 15 m de alto.

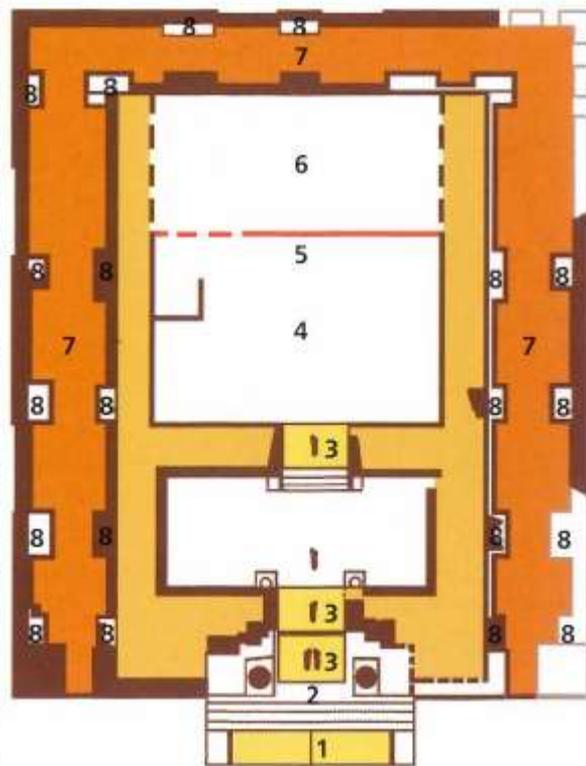
⁴ N. de la T.: Ver arriba. La medida dada en la Biblia de San Pablo es 9 m.

Templo de Tayinat, sostenían el tejado del pórtico. Los bloques de basalto tallados incluían leones y querubines, así como esfinges aladas. Las figuras aladas jugaban un papel protector, como en la Biblia. En el Templo de Salomón, dos querubines vigilaban el arca de la Alianza, símbolo sagrado de la presencia de Dios. Estos querubines se tallaron en madera de olivo local y después se recubrieron con una lámina de oro (1Re 6,23.28), mientras que los querubines del arca misma eran de oro macizo (Éx 24,18-21). Los egipcios dominaban la técnica de recubrir las estatuas y los muebles de madera con láminas de oro mucho antes del siglo X a.C., como demuestran los bellos objetos de la tumba de Tutankamón, de finales del siglo XIV a.C. Teniendo en cuenta las relaciones entre Fenicia y Egipto en los siglos anteriores a la época de Salomón, es probable que los fenicios hubieran aprendido esta técnica de los artesanos egipcios. De hecho, se cree que los paneles de marfil tallado que se encontraron en Meguido, Samaría e incluso en Nimrud en Asiria son de artesanía fenicia, aunque el trabajo artístico muestra una clara influencia egipcia. Entre estos marfiles se incluyen esfinges aladas o querubines, y son obvios los motivos artísticos tradicionales egipcios, como la doble corona.

El arca de la Alianza del Templo de Salomón era la misma que había estado en el Tabernáculo en los días de Moisés (ver c. 4). David la trasladó a Jerusalén (2Sam 6,1-17), donde se guardó en otra tienda hasta que se completó el Templo. El grabado de un marfil de Meguido muestra a un rey sentado sobre un trono con una esfinge alada en el costado, al igual que en el relieve del sarcófago del rey Jirán (Ajrán) de Tiro. El trono dorado de Tutankamón presenta una variación de este mismo motivo. En la cara frontal del asiento hay una cabeza de león a cada lado, mientras que los brazos del trono aparecen cubiertos por cobras aladas. Teniendo en cuenta la relación entre las alas protectoras y el trono real, común en la iconografía del Oriente Próximo, parece bastante posible que el diseño del arca de la Alianza buscara simbolizar el trono del Dios invisible de Israel, que se sienta sobre los querubines alados (Sal 80,2).

En el Templo de Ain Dara se encontraron restos de cámaras que se disponían en torno a los lados y la parte trasera del santuario. El espesor de los muros de piedra hace pensar que originalmente se incluyó un segundo (y posiblemente un tercer) piso. Estas cámaras auxiliares no tienen modelos similares en los restos arqueológicos de Oriente Próximo. Sin embargo, son similares a las cámaras laterales y posteriores del Templo de Salomón (1Re 6,5-6). Antes de descubrir estas cámaras en el Templo de Ain Dara, los estudiosos estaban desconcertados por la descripción de los tres pisos de cámaras que rodeaban el Templo de Salomón, totalmente inéditas en el antiguo Oriente Próximo.

El Templo de Salomón sirvió como santuario nacional hasta que el general babilónico Nebuzardán lo mandó quemar en el 586 a.C. (2Re 25,8-9). El Templo quedó tan destrui-



Plano del templo de la Edad del Hierro en Ain Dara, que presenta un diseño tripartito similar al del Templo de Salomón:

- Un pórtico con columnas en la entrada (1, 2, 3)
- La sala principal o lugar santo (4, 5)
- La habitación del trono o *sancta sanctorum* (6)
- En ambos lados del edificio hay pasillos con columnas labradas (7,8)

do por el incendio que no queda nada de él. Tras el exilio, bajo el liderazgo del gobernador Zorobabel, se construyó un segundo Templo sobre el lugar del primer Templo (Esd 3-6). Este Templo sería a su vez reemplazado por otro Templo construido en tiempo de Herodes el Grande, cuya construcción se inició aproximadamente en el 22-23 a.C. Los romanos arrasaron este Templo en el año 70 d.C. Los siguientes proyectos de construcción en época romana, bizantina e islámica han destruido prácticamente todo vestigio de los templos anteriores. Actualmente el antiguo Monte del Templo es sagrado para el Islam, como indican la presencia de la mezquita de Al Aksa y del Domo de la Roca, por lo que las investigaciones arqueológicas en esa zona resultan imposibles. No obstante, se puede plantear como hipótesis bien argumentada el situar los templos anteriores en el centro del complejo. De hecho, Leen Ritmeyer, especialista en el Monte del Templo, sostiene que el *sancta sanctorum* del Templo de Salomón y los templos posteriores se advierte en el afloramiento rocoso conservado bajo el Domo de la Roca. Además, Ritmeyer cree que una hendidura tallada que se ha encontrado en la roca responde al lugar donde se colocó el arca originalmente. El Templo estaba orientado en dirección este-oeste, con la entrada mirando hacia el monte de los Olivos.

Para algunos estudiosos, una diminuta cabeza de cetro de marfil tallado en forma de granada que se encontró en este lugar podría ser una reliquia superviviente del primer Templo. La inscripción de la cabeza, datada en el siglo VIII a.C., dice: «Pertenece a la ca[sa de...]. Santo para los sacerdotes». Se ha especulado que la palabra clave que falta podría ser «YHWH», por lo que podría tratarse efectivamente de una referencia al Templo de Jerusalén; el objeto de

marfil habría pertenecido a un objeto utilizado por el sacerdote en sus obligaciones en el Templo.

Esfinge alada o querubín de marfil, de la «casa de marfil» de Samaria.



La historia de dos reinos: Israel y Judá

Una casa dividida

Los fastuosos proyectos de construcción en la Jerusalén de Salomón y la red defensiva que este rey mandó construir para proteger su reino fueron posibles gracias a un sistema de reclutamiento de trabajadores a la fuerza para períodos de servicio (1Re 9,15). Este sistema de reclutamiento forzoso dio lugar a una profunda oposición a la política de Salomón y a una lucha interna que acabaría en un verdadero cisma del reino. Jeroboán, un competente oficial de Salomón, era el responsable de reclutar a los trabajadores de las tribus de Efraín y Manasés (1Re 11,28). Comenzó a oponerse a la política del rey hasta convertirse en un fugitivo. Para evitar la sentencia de muerte dictada contra él por Salomón, Jeroboán huyó a Egipto, donde el faraón Sesac le dio refugio (1Re 11,40). Cabe preguntarse por qué Egipto, aliado de Salomón, ofreció asilo al enemigo político de este. Después de que Salomón estableciera una alianza con el faraón egipcio (probablemente Siamún de Tanis), la Dinastía XXI terminó y un usurpador libio se hizo con el mando sobre el norte. En las fuentes egipcias se conoce a este rey como Shoshank, el primero de cinco reyes con ese mismo nombre. Sesac es la forma hebrea de este nombre libio. Subió al trono alrededor del 945 a.C., durante la segunda mitad del reinado de Salomón. El nuevo rey y la nueva dinastía pusieron fin al antiguo tratado con Salomón, que se abandonó cuando murió Psusennes II, el último monarca de la Dinastía XXI.

En los últimos años del reinado de Salomón, varias zonas periféricas del reino comenzaron a rebelarse contra Israel (1Re 11,14-25). Existían por tanto presiones internas de fuerzas separatistas, como las de Jeroboán, y tensiones externas sobre el reino de estados vasallos como Edón y Sobá. Roboán sucedió a su padre Salomón alrededor del 931 a.C. Mientras tanto, Jeroboán regresó de Egipto y se alzó como portavoz de las tribus del norte, exigiendo al nuevo rey que redujese su carga de levitas (1Re 12,1-11). Roboán rechazó su petición, así que los representantes de las diez tribus del norte desdeñaron a Roboán y proclamaron a Jeroboán como su nuevo rey (1Re 12,6-20). El reino del norte se llamó Israel, mientras que Judá, en el sur, fue gobernado por los sucesores de David, y en ocasiones se llamó la «Casa de David». De este modo, lo que había sido una nación unida se convirtió en dos reinos independientes y en gran medida, enfrentados. La frontera que dividía a los reinos rivales se



División del reino de Israel tras el reinado de Salomón. Jeroboán se hizo con el control de la parte norte y estableció santuarios en Betel y Dan para evitar que su pueblo viajara hasta Judá y rindiera culto en Jerusalén.

situó justo al norte de Jerusalén, aunque durante los primeros cincuenta años de la monarquía dividida se libraron muchas batallas para determinar la localización precisa de las líneas fronterizas.

El reino del norte de Israel (931-722 a.C.)

La parte de Israel controlada por Jeroboán era la más grande, puesto que incluía el territorio de las tribus transjordanas, y contaba con más ventajas económicas que Judá. Contaba con las mejores tierras agrícolas, como el valle de Jezrael alrededor de Meguido, y tenía acceso directo a los fenicios para establecer relaciones comerciales. Jeroboán estableció su capital en Siquén, y una segunda capital en Penuel, al este del río Jordán (1Re 12,25). Pero Jeroboán carecía de un centro religioso nacional, por lo que al principio los israelitas siguieron peregrinando a Jerusalén, en Judá, para los festivales religiosos anuales. Jeroboán se dio cuenta de que las lealtades religiosas a Jerusalén podían despertar deseos de reunificación (1Re 12,26-27). Por eso estableció dos santuarios alternativos: en Betel, al sur, y en Dan, al norte. Erigió becerros de oro como objetos de culto, sirviéndose de la imaginería cananea para representar al Dios de Israel. Recientemente se ha descubierto un pequeño toro-becerro de plata en un santuario de arcilla en el yacimiento de Ascalón. Aunque la Biblia no ofrece información sobre las dimensiones de estas estatuas bovinas, probablemente eran bastante más grandes que el becerro de culto encontrado en Ascalón. Para anunciar el establecimiento de los nuevos centros religiosos, Jeroboán declaró: «Aquí tienes a tu Dios, oh Israel, el que te sacó de Egipto» (1Re 12,28). Estas palabras se hacen eco de las pronunciadas por el sacerdote Aarón, que fabricó un becerro de oro en el Sinaí mientras Moisés permanecía en la montaña recibiendo la Ley (Éx 32,4). Así que Jeroboán estaba buscando en su apostasía un precedente religioso, sin importarle su carácter infame. Por otro lado, al elegir Betel como localización del santuario, el nuevo rey tal vez pretendía relacionar aquel lugar con la aparición de Dios al patriarca Jacob, que tuvo allí una visión en un sueño en la que Dios le prometía a él y a sus descendientes la tierra de Canaán. Después de la visión Jacob se refirió a Betel como «casa de Dios» (Gén 28,19), lugar que ya desde antiguo se convirtió en un centro de peregrinación religiosa (Jue 4,5; 20,18). Las limitadas excavaciones que se han realizado en Beitin, donde se piensa que se situaba la antigua Betel, no han permitido descubrir el área de culto de la ciudad, área que, según la Biblia, floreció hasta las reformas religiosas de Josías (640-609 a.C.), cuando probablemente fue destruida (2Re 23,4-14).

En las décadas de 1970 y 1980 se descubrieron en el yacimiento de Tell el Kadi o Dan un santuario y un alto de Jeroboán. Estas construcciones siguieron utilizándose desde finales del siglo X a.C. hasta la época de Josías (finales del siglo VII a.C.) y experimentaron varias fases de construcción en su historia de casi tres siglos. El alto (*bamah* en hebreo)¹ está hecho de bloques de caliza finamente labrada, llamados sillares por los arqueólogos, y mide 19 m por 19 m, aunque el alto original de Jeroboán I era más pequeño. El alto sostenía un podio sobre el que se erguía el becerro de oro. Nueve escalones conducen a la parte superior del alto, que en la actualidad mide alrededor de 3 m de alto. Muy cerca estaba el altar, que fue destruido casi del todo, aunque se han conservado los cinco escalones de piedra bien labra-

¹ N. de la E.: "La colina" en la Biblia de San Pablo.

da que conducían hasta él. También se ha encontrado una de las esquinas con cuerno. A la izquierda del altar se descubrió un pequeño altar de incienso, y al lado dos paletas de bronce (como una paleta de chimenea moderna). Las paletas seguramente se utilizaban para quitar las cenizas del altar, y posiblemente son similares a las utilizadas en el Templo de Salomón (1Re 7,45).

Justo cinco años después del cisma, Shoshank/Sesac, el faraón que protegió a Jeroboán, atacó Judá e Israel. Esta invasión se conoce por dos fuentes. La Biblia presenta la invasión desde una perspectiva puramente judía y teológica: Sesac invadió la tierra como castigo divino por la apostasía de Roboán, permitiendo que se edificaran colinas, estelas y cipos (véase p. 107). La segunda fuente de información sobre esta campaña es un relieve tallado en los muros del Templo de Karnak en Tebas para conmemorar la victoria. Incluye una lista de nombres de ciudades capturadas en Israel y Judá para Amón-Ra, el patrón de Karnak. Los investigadores continúan discutiendo si esta lista de nombres de lugares se refiere a lugares que los egipcios reclaman haber conquistado o un itinerario de lugares visitados. En cualquier caso, en la actualidad la escena no se conserva del todo y faltan algunas filas, pero se nombran topónimos de Judá, Israel y la Israel transjordana. Debido a la perspectiva teológica de la Biblia, esta no menciona un ataque real al reino de Jeroboán. La lista de Sesac-Karnak sugiere algo diferente. En ella se incluye Meguido, ciudad clave del reino del norte de Israel. Por otro lado, los restos fragmentarios de una estela de victoria escrita en jeroglíficos egipcios encontrada en esa ciudad del norte de Israel contienen el nombre de Sesac. Desde tiempo inmemorial era costumbre entre los monarcas guerreros de Oriente Próximo colocar una estela con su imagen y un texto para celebrar una victoria y simbolizar su dominio sobre la ciudad o nación conquistada. Este era el propósito de la estela aramea de Tel Dan. No sólo se han hallado signos evidentes de la incursión del faraón Sesac a finales del siglo X a.C. en Meguido, sino también en otros lugares del norte de Israel, como Siquén, Guézer y Tanac, cuyos restos también revelan que experimentaron una fiera destrucción en esta misma época. Otras ciudades claves de Transjordania, como Penuel y Majanayín, también se incluyen en la lista del Templo de Karnak. Por lo tanto, parece bastante seguro que las fuerzas egipcias realizaron incursiones en el país de Jeroboán, a pesar del silencio de la Biblia sobre este tema.

LA DINASTÍA OMRIDA (885-851 a.C.)

Un general llamado Omrí se hizo con el control del reino alrededor del 885 a.C., durante un período de inestabilidad. Estableció una nueva capital en una colina llamada Samaría, que continuaría siendo el centro del poder político de Israel hasta su destrucción en el 722 a.C. Omrí y su célebre hijo Ajab construyeron un impresionante complejo palacial de 180 por 90 metros hecho de sillares bien labrados. Gracias a la buena relación de Omrí con el rey de Sidón, Etbaal, pudieron emplearse artesanos fenicios en la construcción de este magnífico edificio. La alianza de Omrí con Sidón dio lugar al matrimonio entre Ajab y la hija de Etbaal, la infame reina Jezabel (1Re 16,31).

Sin duda, la dinastía de Omrí fue la más influyente en la historia del reino del norte. De



Restos del santuario del becerro de oro en Dan, hecho por Jeroboán.

hecho, décadas después de la muerte de Omrí, los textos reales asirios todavía se refieren a veces a Israel como «la Casa de Omrí». Mesa, rey de Moab, en su estela encontrada en Dibón, la capital de Moab, menciona que Omrí había capturado la ciudad moabita de Mádaba y su área circundante y la había ocupado durante cuarenta años (véase c. 7). Este mismo texto indica que los moabitas no tenían quejas respecto a los «hombres de Gad» (los israelitas) que habían vivido en la región desde tiempos antiguos. Esta revelación es interesante, puesto que Gad era una de las tres tribus israelitas a las que Moisés permitió vivir en la región transjordana (Núm 32).

Ajab sucedió a Omrí en el trono e hizo a Israel más fuerte e influyente en la región. Siguieron construyéndose bellos edificios en Samaría, entre ellos «la casa de marfil que edificó» (1Re 22,39). El marfil era un objeto de lujo que probablemente venía de África, al igual que en la época de Salomón (1Re 10,22). En las excavaciones de Samaría se descubrieron numerosos marfiles elegantemente tallados, y algunos presentaban inscripciones hebreas (véase p. 98). Es probable que estos marfiles estuvieran incrustados en muebles, o en muros decorativos de paneles de madera. El marfil, al ser más duradero que la madera, se ha conservado, mientras que la madera hace tiempo que se deterioró. Estos exóticos muebles decorados con marfiles era lo que el profeta Amós consideraba símbolos de opulencia y falsa seguridad: «Ay de los que ponen su seguridad en Sión y de los que confían en el monte de Samaría... Los que duermen sobre lechos de marfil, se recuestan sobre divanes...» (Am 6,1.4).

Durante el período de la dinastía omrida, los reyes asirios Asumasirpal II y Salmanasar III (883-824 a.C.) comenzaron a expandir su nación, convirtiéndola en un poderoso y temido imperio. En las descripciones de sus campañas que se conservan, se informa de que Asumasirpal II conquistó Fenicia, y tomó como botín madera, plata, oro y otras riquezas. En el 853 a.C., Salmanasar III cruzó el río Éufrates y continuó hacia la costa mediterránea. En un lugar llamado Qarqar, al este del río Orontes, una coalición regional intentó detener su avance hacia el oeste. Las descripciones de las campañas de Salmanasar mencionan a los reyes que formaron la oposición. Uno de ellos es Ajab de Israel, cuya contribución fue de 10.000 soldados y 2.000 carros. Esta batalla resultó sólo un contratiempo temporal en los planes asirios de dominar el Levante, aunque durante los siguientes tres años los asirios no consiguieron cruzar el Éufrates.

La batalla de Qarqar supuso un importante acontecimiento para la región, y sin embargo no se menciona en la Biblia. Nunca habríamos sabido de la participación de Ajab en esta batalla si no fuera por los textos de Salmanasar. El testimonio de Salmanasar III muestra que los hallazgos arqueológicos muchas veces sirven para completar datos que no se mencionan en la Biblia.

Ajab reforzó su control sobre las zonas de Moab que su padre había tomado. Después de morir Ajab, Mesa aprovechó para

La estela moabita, que mandó tallar el rey Mesa para conmemorar su liberación del reino de Israel.





Un detalle del obelisco negro de Salmanasar III en el que se muestra a un emisario del rey israelita Jehú postrado ante Salmanasar.

rebelarse contra la hegemonía israelita. La Estela de Mesa conmemora la liberación de Israel. Mesa afirma: «he triunfado sobre él [Omri] y sobre su casa, mientras que Israel ha perecido para siempre». Se trata de la típica hipérbola de los reyes del antiguo Oriente Próximo, pues Israel no había perecido. La Biblia sí recoge la revuelta de Mesa y la campaña militar que desplegó Israel para reconquistar al descarriado vasallo (2Re 3,4-27). Según la Biblia, después de la muerte de Ajab, Mesa se rebeló. Israel no intentó recuperar el territorio perdido hasta el reinado del nieto de Ajab, Jorán o Jehorán (852-841 a.C.). Este invadió Moab después de haber establecido una coalición con Josafat, el rey de Judá.

Inicialmente Mesa iba perdiendo la batalla. Desesperado, sacrificó a su hijo en la muralla de su ciudad. Se ignora por qué, pero con este acto consiguió que los israelitas se retiraran. El acto de sacrificar a un niño sobre la muralla de una ciudad mientras esta está siendo atacada era una práctica que está documentada en algunas imágenes de los egipcios en Canaán a finales del siglo XIII a.C. (véase p. 79).

LOS ÚLTIMOS AÑOS DE ISRAEL

Irónicamente, Jehú, otro oficial militar, dirigió una revuelta contra la dinastía omrida animado por el profeta Elías (2Re 9). Según la Biblia, esta revuelta acabó con Jorán de Israel y con su primo, Ocozías de Judá, en el mismo día. Jorán había estado combatiendo contra los arameos de Damasco y su rey, Jazael. Probablemente fuera este último rey el que mandó construir la ahora fragmentada estela de Tel Dan para conmemorar su victoria. En el texto arameo, Jazael (?) afirma: «[maté a Jo]rán rey de Israel y mat[é a Ocoz]ías hijo de [— derribé] la casa de David». Sólo hubo un rey israelita cuyo nombre terminaba en «-rán», por lo que sin duda es Jorán el rey que se menciona en la estela de Tel Dan. Según la Biblia, fue Jehú el que lo mató, pero en la estela es Jazael el que se atribuye el mérito.

El reinado de Jehú también se vio importunado por la expansión asiria. De hecho, en el famoso obelisco negro de Salmanasar III que se halló en la capital asiria de Nimrud, que ahora descansa en el Museo Británico, aparece Jehú ofreciendo tributo a Salmanasar. Jehú ofreció plata, oro y vasallos. En el obelisco se representa a los israelitas ofreciendo regalos al emperador. Arrodillado ante Salmanasar se representa a un israelita. Debajo de esta figura

se recoge en escritura cuneiforme el siguiente texto: «Jehú, de la Casa de Omrí». Algunos estudiosos creen que esta figura no representa al propio Jehú, sino a un emisario. Es cierto que las vestiduras, el sombrero y la barba de esta figura son idénticas a las de los otros israelitas que aparecen en los paneles inferiores, por lo que es probable que no se trate de Jehú. Los reyes solían distinguirse de sus oficiales por sus vestiduras o tocado.

El siguiente emperador asirio significativo fue Teglát-Falasar III (745-727 a.C.). Reunió a un poderoso ejército de a pie que se especializó en la guerra de asedio. Este rey introdujo la práctica de la deportación masiva de las poblaciones derrotadas. Debido a la constante presión de Asiria sobre sus fronteras septentrionales, Menajén, rey de Israel (752-742 a.C.) se vio obligado a rendir tributo al emperador, según se recoge en una inscripción asiria. En el segundo Libro de los Reyes (15,12) se menciona que Menajén ofreció a Pul (variante del nombre «Teglát-Falasar III») mil talentos (3.000 kg o 6.600 libras)² de plata para que este le permitiera permanecer en el poder. Dos reyes más tarde, Pécaj adoptó una postura anti-asiria y estableció una coalición con Rasín de Damasco (2Re 16,5-6; Is 7,1-9).

Esta oposición llevó a Teglát-Falasar a atacar el norte de Israel. En algún momento alrededor del 733-732 a.C., durante el reinado de Pécaj, varias ciudades y aldeas de la región de Galilea (2Re 15,29) y del norte de Transjordania (1Crón 5,6) fueron atacadas. Los asirios deportaron a miles de israelitas. Las descripciones de Teglát-Falasar lo confirman: «Llevé [a] Asiria la tierra de la Casa de Omrí (Israel)»; en otra fuente se menciona que 13.520 personas «con sus posesiones, llevé a Asiria». Prospecciones arqueológicas recientes en Galilea han revelado que en el siglo VIII se produjo una reducción significativa de la población. Si la cifra de Teglát-Falasar es fiable, sólo sobrevivió alrededor del 25% de la población de la región. Así comenzó el declive del reino de Israel.

El último rey de Samaría, Oseas (732-722 a.C.), se convirtió en el vasallo de Asiria durante el reinado de Salmanasar V (727-722 a.C.). Recientemente se ha descubierto un sello de un oficial del rey Oseas llamado Abdi. Estos sellos servían como firma del propietario. El sello se presionaba sobre trozos de arcilla, llamados *bullae* o *bullae* (pl.), que sellaban los documentos de papiro.

El gobierno de Samaría se dio cuenta de que no podía continuar pagando el costoso tributo para mantener su independencia, así que decidió acabar con el tributo y buscar una alianza con So, el rey de Egipto (2Re 17,4-5). El nombre de este rey ha supuesto un problema, puesto que no se conoce ningún faraón con este nombre. Probablemente se trate de una forma abreviada del nombre Osorkon. Osorkon IV (732-716 a.C.) reinó desde Tanis durante el mismo período que Oseas. La insurrección de Oseas provocó una rápida respuesta del ejército de Salmanasar, que invadió Samaría y asedió la capital durante tres años (2Re 17,5). Sin embargo, el rey asirio murió inesperadamente durante el prolongado asedio. Su sucesor, Sargón II (721-705 a.C.) siguió asediando Samaría hasta que acabó con este reino. Sus anales registran: «conquisté Samaría, me llevé como botín 27.290 habitantes». Los habitantes fueron trasladados a Gozán, al norte de Siria, y a la tierra de los medas en el norte de Irán. Los asirios repoblaron la zona con pueblos deportados de Siria y Babilonia (2Re 17,6-24).

¿Qué fue de todos aquellos israelitas? Los relieves asirios de Teglát-Falasar III y del

² N. de la T.: Como se indicó anteriormente respecto a las medidas de distancia, distintos autores traducen las medidas de peso en hebreo de distintas maneras a otras lenguas. En el texto hebreo se menciona la entrega de mil *ikar* a Pul. En el texto aquí traducido se ha puesto la equivalencia de Hoffmeier. En la Biblia de San Pablo se indica una cantidad de treinta y cuatro mil kilos.

La guerra

El Imperio asirio extendió su dominio desde ca. 870 hasta el 630 a.C. Empezando con Salmanasar III y alcanzando su máxima influencia con Asurbanipal, Asiria se expandió desde la región del alto Tigris para dominar grandes áreas de los actuales Irán y Turquía, todo el Levante, incluyendo Transjordania, hasta Egipto y Sudán en el sur. Esta extensa área representa el mayor imperio del antiguo Oriente Próximo hasta la fecha. Los asirios pudieron conquistar y controlar una tierra tan vasta gracias en gran medida a su experto y profesional ejército. Los palacios de Nínive, Asur, Nimrud y Korsabad, las principales ciudades de Asiria, conservan descripciones textuales y gráficas increíblemente detalladas de sus conquistas militares. Gracias a estas fuentes conocemos el arte de la guerra de este vasto imperio, que incluía la utilización del terror para dominar e intimidar a las naciones súbditas y rebeldes.

Se cree que el ejército asirio estaba compuesto por más de 70.000 hombres en la época de Teglath-Falasar, y por más de 200.000 durante el reinado de Senaquerib (705-681 a.C.). Los carros jugaban un papel importante en el ejército asirio. A diferencia de los ligeros carros egipcios del Reino Nuevo, el carro asirio era un vehículo voluminoso, casi como una carreta, sobre dos grandes ruedas de ocho radios. A pesar de su tamaño, estos carros eran fáciles de manejar en el escabroso terreno del norte de Asiria y en los viajes a larga distancia. En los relieves de los palacios también se muestra a soldados a caballo, lo que indica que la caballería jugó un papel de creciente importancia en el ejército asirio. Los soldados estaban equipados con espadas de hierro, armaduras de malla, cascos y escudos.

El ejército asirio estaba especializado en la guerra de asedio. Muchas ciudades de Oriente Próximo fueron víctimas de esta eficaz técnica, entre ellas las ciudades de Israel y Judá. Los relieves asirios recogen las diferentes tácticas que se utilizaban en los continuos ataques sobre ciudades. Según estas fuentes, los asirios construían rampas de asedio. Se ha descubierto una de estas rampas en Laquis, ciudad defensiva de Judá, que

fue construida en el 701 a.C. Sobre la rampa, las fuerzas asirias empujaban arietes, con una gran hoja parecida a las hojas de lanza, montados sobre ruedas para golpear la muralla, generalmente hecha de adobe. A veces se muestran dos arietes, uno a cada lado. Mientras tanto, unos soldados atacaban los cimientos de los muros defensivos con unas herramientas parecidas a palancas, y se desplegaban largas escaleras de mano para que las tropas de asalto pudieran trepar por las murallas. Los soldados realizaban estas operaciones protegidos por grupos de arqueros, que utilizaban poderosos arcos compuestos, y de honderos, que lanzaban piedras a los defensores de la ciudad.

A medida que se endurece la batalla, las escenas muestran la brutalidad de los asirios. Los soldados decapitan a las tropas enemigas; otros sostienen en alto las cabezas del enemigo para que sean bien visibles. Otras víctimas son empaladas (la modalidad de pena de muerte en el Imperio asirio). Estas prácticas deliberadamente crueles buscaban intimidar al enemigo y disuadir a los que intentaban repeler el ataque asirio. El profeta Nahúm, que predicó a finales del siglo VII a.C., ofrece una acertada descripción de Asiria:

*«¡Ay de ti, ciudad sanguinaria, toda llena de mentira y de violencia y de robos continuos!
Escuchad: chasquidos de látigos, estrépito de ruedas,
galopar de caballos, saltar de carros,
rumor de caballería que avanza, espadas que flamean,
lanzas fulgurantes,
multitud de heridos, montones de muertos, cadáveres
sin cuento en los que al andar se tropieza».*
Nahúm 3,1-3.

Fueron estas técnicas asirias de guerra las que destruyeron el reino de Israel y debilitaron Judá a finales de los siglos VIII y VII a.C.



Soldados asirios agitando las cabezas de sus cautivos judíos, del palacio del rey Senaquerib.

hijo y sucesor de Sargón, Senaquerib, muestran a prisioneros de guerra israelitas y judíos en el traslado, transportando sus limitadas posesiones en sacos colgados sobre los hombros. Entre los deportados de Laquis, en Judá (véase p. 109), se muestra a judíos que se desplazan en carros de bueyes cargados con sus posesiones. Los asirios se servían de los soldados capturados para aumentar sus ejércitos. Se han encontrado nombres israelitas entre los documentos asirios. Estos se identifican fácilmente, puesto que su nombre personal incorpora el nombre de Yavé, el Dios de Israel: por ejemplo, Azri-yah = Azarías (Ozías), Iadi-Yau, Il-Yau = Elías. Algunos israelitas se sumaron al ejército asirio y llegaron a altas posiciones, mientras que otros sirvieron al imperio como artesanos. No obstante, la mayoría llevó una vida muy dura trabajando en la agricultura. Una escena de trabajo en las canteras del palacio de Senaquerib en Nínive muestra lo que parecen ser deportados israelitas arrastrando un gran león alado desde la cantera. Por eso es muy probable que los prisioneros de guerra israelitas y judíos fueran empleados por el estado asirio en los trabajos más duros. Esa fuerza de trabajo de los prisioneros de guerra permitía que los demás hombres pudieran servir en el ejército y en la administración del vasto imperio.

El reino del sur de Judá (931-586 a.C.)

LOS PRIMEROS AÑOS

En este mismo capítulo hemos mencionado la incursión de Sesac en Judá en la época de Roboán. Sesac, según la Biblia, «se apoderó de los tesoros del Templo del Señor y del palacio real» (1Re 14,26). En la lista de ciudades conquistadas por Sesac recogida en el Templo de Karnak no se menciona Jerusalén, pero sí se mencionan las cercanas Bejorón

y Gabaón. Esto hace pensar que las fuerzas egipcias subieron desde la costa por la ruta tradicional hacia Jerusalén, ruta que pasaba por Bejorón. Es probable que los hombres de Sesac se detuvieran en Gabaón, a tan sólo 12 km de Jerusalén. El emisario de Roboán posiblemente se encontrara allí con él y le pagara con los tesoros del templo y el palacio. El guión de la conocida película norteamericana *En busca del arca perdida* establece que el arca de la Alianza fue parte del botín que Sesac llevó a Egipto, y que, según la película, sería descubierto por Indiana Jones en la década de 1930. La Biblia no aclara si el arca fue tomada o no. Es posible que el arca permaneciera en el Templo de Jerusalén hasta la destrucción de la ciudad en el 586 a.C.

La campaña de Sesac en el Negueb o sur de Judá implicó la destrucción de la fortaleza del período salomónico de Arad. Este primer fuerte ocupaba un área de ca. 55 x 50 metros, y sus murallas exteriores eran de casamata. Tras el ataque de Sesac, en el siglo IX a.C., uno de los sucesores de Roboán, posiblemente Josafat, mandó construir un fuerte más robusto, de murallas más sólidas. El fuerte de Arad siguió utilizándose durante todo el resto de la monarquía, lo que muestra que era un lugar importante desde un punto de vista militar y económico.

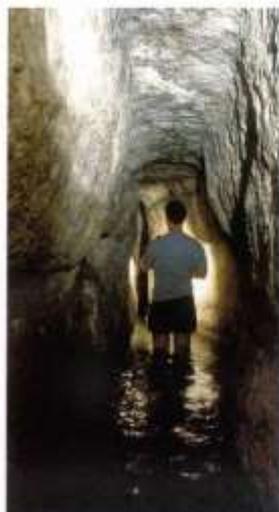
¿Qué fue del oro de Salomón y del resto del botín capturado por Sesac? Un año después de sus victorias en Israel, Sesac murió y le sucedió su hijo Osorkon I. Un texto jeroglífico sobre un pilar de granito descubierto en Bubastis, la capital del delta de los reyes de la Dinastía XXII, ofrece una posible explicación. Aunque es fragmentario, el texto registra que Osorkon donó en sus primeros cuatro años de reinado el equivalente a 383 toneladas de plata y oro a las principales divinidades de Egipto. ¿De dónde obtuvo Osorkon tal riqueza considerando que acababa de subir al trono? Teniendo en cuenta que tan sólo unos años antes Sesac había conseguido un abundante botín en sus campañas en Israel y Judá, es bastante posible que entre las generosas donaciones a los templos de Egipto realizadas por su sucesor estuvieran el oro y la plata del templo y el tesoro de Salomón.

SENAQUERIB FRENTE A EZEQUÍAS

Uno de los reyes más celebrados de Judá fue Ezequías (715-686 a.C.). Vivió en tiempos turbulentos. Israel, al norte, había sido destruido, y una parte significativa de su población deportada; todo el Levante estaba bajo control asirio. Judá no había sido invadido, y para mantener a Asiria fuera de su territorio, Ezequías pagaba a los asirios costosos impuestos anuales. En cierto momento, Ezequías decidió suspender los pagos. Durante el último o los últimos dos años del siglo VIII a.C., Ezequías fue preparando a su pequeño reino para afrontar el futuro ataque de Senaquerib. La Biblia describe estos acontecimientos con gran detalle (2Re 18-19; 2Crón 32; Is 36-37). Ezequías recondujo el agua de los manantiales del Guijón hacia Jerusalén mediante un túnel, de modo que su ciudad pudiera resistir un largo asedio mediante un aprovisionamiento continuo de agua; también mandó construir fortificaciones. Las descripciones de Senaquerib muestran la historia desde la perspectiva asiria en los espectaculares relieves de su palacio.



El fuerte de Arad en el Negueb, importante desde un punto de vista estratégico, fue destruido por el faraón Sesac y más tarde reconstruido durante el reinado de reyes posteriores de Judá.



ARRIBA: Interior del túnel de agua de Ezequías en Jerusalén.

DERECHA: Inscripción del túnel de Ezequías que conmemora la culminación del proyecto.



Entre los yacimientos arqueológicos más antiguos que se investigaron en el siglo XIX se encontraba un túnel de agua que se identificó como el túnel de Ezequías. Excavado dentro del monte de caliza del Ofel, el túnel mide unos 554 m de largo, y serpentea considerablemente. En un punto medio del túnel se talló una inscripción en la pared para conmemorar el fin de las obras. En ella se informa de que el túnel se empezó a excavar desde el este y el oeste simultáneamente, y que se encontraron en el medio. En el texto no se menciona a ningún personaje, pero el estilo de la escritura permite datar la inscripción a finales del siglo VIII a.C., en el período de Ezequías.

Todavía es posible caminar a lo largo de este oscuro túnel, con agua que llega hasta la rodilla o la cintura. En las dos ocasiones en las que he atravesado el túnel de Ezequías no pude evitar pensar en sus motivados constructores, trabajando a contrarreloj para completar esta estratégica fuente de agua y así abastecer a Jerusalén en los oscuros días que se avecinaban.

Tras la guerra de 1967, cuando Israel se hizo con el control de toda la ciudad de Jerusalén, unos arqueólogos israelíes comenzaron a excavar nuevas áreas dentro de la ciudad vieja. En el transcurso de estas excavaciones salió a la luz en el barrio judío una construcción de 65 m de largo y 7 m de ancho. Su datación, a finales del siglo VIII a.C, basada en la cerámica descubierta en asociación con ella, relaciona a esta muralla con los esfuerzos de construcción de Ezequías que se mencionan en la Biblia (2Crón 32,5).

En algunos yacimientos de Judá de finales del siglo VIII a.C. se han encontrado más de 1.200 grandes jarras (o sólo sus asas) con una impresión de sello que reza «lmlk», «para el rey», a veces seguida por el nombre de una ciudad.

Es posible que estas jarras formaran parte de un sistema de aprovisionamiento organizado por Ezequías para asegurar que hubiera abundante comida de cara al asedio asirio. Se encontraron más de 500 jarras en el nivel de destrucción de finales del siglo VIII a.C. en Laquis. Una impresión de sello nombra a Ezequías como rey de Judá.

Senaquerib ofrece una pormenorizada descripción de su tercera campaña en sus ana-



Ataque de Senaquerib a Laquis en el 701 a.C. grabado en un bajorrelieve de su palacio en Nínive.

les (informes anuales de sus principales logros). Después de liderar la campaña en Fenicia, Senaquerib bajó rápidamente hacia Filistea al sur y capturó a los reyes rebeldes de Ascalón y Ecrón, que habían organizado una revuelta al mismo tiempo que Ezequías. Senaquerib giró entonces hacia el este e invadió Judá. Afirma haber asediado cuarenta y seis de las ciudades fortificadas y poblaciones de Judá. Laquis fue una de estas ciudades, y la Biblia menciona el ataque de Senaquerib contra ella (2Re 18,14.17; 19,8). Jerusalén recibe un considerable tratamiento por parte de los anales de Senaquerib, quien presume de haber rodeado la capital «como a un pájaro en una jaula». Resulta extraño que no mencione el fin de la campaña de Jerusalén. Según la Biblia, una intervención milagrosa permitió expulsar a parte de las fuerzas asirias por la noche, por lo que el rey regresó a Nínive. De vuelta en Nínive, Senaquerib silenció su derrota recogiendo en sus relieves solamente lo que ocurrió en Laquis, no en Jerusalén. Estas escenas, ahora en el Museo Británico, representan el asedio de Laquis. En ellas se muestra la rampa de asedio, que se utiliza para atacar los muros con arietes. Los arqueros y honderos disparan sus proyectiles sobre los defensores. Los prisioneros de guerra parten de la ciudad a pie y en carros de bueyes, mientras los líderes se postran ante el rey entronizado para prestar obediencia y suplicar misericordia.

Mientras tanto, Egipto decidió socorrer a Ezequías: al fin y al cabo, una vez conquistado el sur del Levante, era seguro que Egipto vendría detrás. Tirjaca, el rey de Kush³, dirigió a sus ejércitos para luchar contra Asiria (2Re 19,9). En el 701 a.C., Egipto estaba bajo el gobierno de reyes procedentes de lo que la Biblia y los antiguos egipcios llamaban Kush, una zona situada en el actual Sudán. El texto bíblico no se refiere a Tirjaca (a quien conocemos por los textos egipcios como «Taharka») como «faraón», puesto que en esa época él sólo era el príncipe heredero, y era su hermano mayor Shabaka el faraón que reinaba desde Menfis. Más tarde, en el 690 a.C., Tirjaca fue su sucesor. No consiguió defenderse de las invasiones asirias de Egipto del 667 y el 664 a.C. El rey asirio Asaradón celebró su conquista de Egipto erigiendo una gran estela que incluye dos endebles figuras de los reyes capturados. El monarca que aparece arrodillado es Tirjaca.

En Ramat Rachel, la cima de una colina situada a medio camino entre Jerusalén y Belén, se excavó hace algunos años un palacio judío que se está investigando actualmente de nuevo. En él se han descubierto capiteles protojónicos (véase p. 89). Existe un debate sobre la datación de la construcción del palacio que todavía continúa. No obstante, los estudiosos están de acuerdo en que Senaquerib lo destruyó en el 701 a.C. En esta zona también se han descubierto más asas de jarra con el sello «Imlk». Dentro del palacio se descubrió un fragmento de un vaso decorado que muestra a un rey sentado en un trono. Se ha especulado que podría tratarse del propio Ezequías, que pudo haber reconstruido el palacio de Ramat Rachel después de que los asirios se retiraran de Jerusalén.

LOS ÚLTIMOS AÑOS

Durante el reinado de Josías (640-609 a.C.), rey de Judá que mostró gran interés en las

³ N. de la T.: En la Biblia de Jerusalén este término geográfico hebreo es traducido como «Etiopía».



Tajarca, rey de Kush, dirigió un ejército egipcio en un infructuoso intento de detener el avance asirio hacia Egipto.

reformas, las dinámicas políticas del Oriente Próximo estaban experimentando cambios significativos. El Imperio asirio entró en declive, y surgieron nuevos poderes. Los caldeos de habla aramea de las marismas del sur de Mesopotamia, bajo el liderazgo de su rey Nabopolasar, tomaron el control de Babilonia en el 626 a.C. y establecieron allí su nueva capital. Desde ese año hasta el 539 a.C., cuando el Imperio babilónico se derrumbó, los dirigentes caldeos registraron cuidadosamente los principales acontecimientos de cada año en unas tablillas de arcilla que constituyen lo que se conoce como *Crónica babilónica*. En ella se narra la caída de las principales ciudades asirias, hasta la caída de Nínive, la capital, frente a una coalición entre Nabopolasar y el rey de los medas del norte de Irán.

Con Asiria preocupada en intentar mantener su imperio unido, Judá gozaba de independencia, lo que permitió a Josías iniciar reformas religiosas (2Crón 34,1-7). Mantener la fidelidad monoteísta era un desafío constante para los israelitas. Todos sus vecinos (filisteos, moabitas, amonitas y fenicios) eran politeístas, al igual que poderes internacionales como Asiria, Babilonia y Egipto. El intercambio social entre estos pueblos afectaba constantemente a Israel. Estas influencias exteriores han quedado atestiguadas en los restos arqueológicos de los siglos VIII y VII a.C. y de períodos anteriores (para más información sobre las influencias de las religiones cananeas, véanse pp. 77-80).

Varios tipos de figurillas ilustran estas influencias. En Judá, unas imágenes de arcilla que se conocen como «figurillas de pilar» son uno de los tipos que se han encontrado. Suelen representar a mujeres embarazadas o de grandes pechos, y la mayoría datan del siglo VIII al siglo VI a.C. No es segura la función precisa de estas figurillas, pero puede tratarse de representaciones de la diosa madre (Asherah o Astarte) o de objetos mágicos a los que se atribuía la capacidad de proteger a mujeres embarazadas o de ayudar a las madres en el período de lactancia. En las tumbas judías de este período se han encontrado figurillas de animales en arcilla que también pueden haber tenido una función religiosa. Entre ellas son curiosas las estatuillas encontradas en Judá de caballos con discos solares sobre la cabeza, a veces con un jinete, hechas en arcilla. Una de las reformas de Josías consistió en suprimir «los caballos consagrados al sol por los reyes de Judá a la entrada del templo del Señor... y quemó el carro del sol» (2Re 23,11-12). Las figuras de arcilla que representan caballos con discos solares pueden ser miniaturas de las que estaban a la entrada del templo. Estas figuras de caballos se han asociado con religiones solares y astrales asirias o babilónicas.

No obstante, los restos arqueológicos del siglo VII a.C. —quizá del reinado de Josías— demuestran que sí que existía fe ortodoxa en el Dios de la Biblia. En 1979, el arqueólogo israelí Gabriel Barkay hizo un revelador descubrimiento mientras excavaba una tumba situada fuera de las murallas de Jerusalén, en el valle de Hinnón, no lejos del Tofet pagano en el que se practicaron horribles rituales de sacrificios infantiles. El arqueólogo encontró dos pequeños rollos de plata, que medían 27 x 97 mm y 11 x 39,2 mm respectivamente. Los rollos contenían oraciones protectoras grabadas en el interior de la lámina de plata. Ambas oraciones concluían con las palabras de la importante oración sacerdotal que podemos leer en Números 6,24-26. A continuación se recoge una nueva tra-

ducción de dicha oración por parte de Barkay y de su equipo de investigadores: «Porque Yavé es nuestro restaurador [y] roca. Que Yavé te bendig[a] y [que Él] te guarde. [Que] Yavé haga resplandecer [su rostro]...». Estos rollos servían de amuletos, y las personas enterradas en la tumba probablemente los usaron en vida. El tipo de oración que recogen indica que sus dueños buscaban la bendición y protección del Señor, y no de las divinidades paganas.

Los reformas religiosas de Josías, que buscaban expulsar los elementos paganos de su nación, se vieron interrumpidas por la muerte prematura de este rey en la batalla contra el faraón Necó en Meguido en el 609 a.C. (2Re 23,29). Necó II de Egipto era un rey de la Dinastía XXVI aliado de Asiria. Se dirigía hacia la región del Éufrates para ayudar a los últimos vestigios del ejército asirio. Fueron expulsados de Asiria por los babilonios y medos cuando Nínive cayó, y se refugiaron en Jarán. Tres años más tarde, en el 610 a.C., Jarán fue capturada. Necó llegó demasiado tarde para ayudar, pero mantuvo a sus tropas en el área durante los siguientes cuatro años. Durante este período asedió Judá, mató a Josías, y después destronó a su hijo, Joacaz II, reemplazándolo por Joaquín (2Re 23,31-34). Las incursiones de Egipto, no obstante, fueron breves. En el 605 a.C., el nuevo rey caldeo Nabucodonosor forzó a los egipcios a retirarse de la ciudad de Cárquemis, en el río Éufrates.

Los judíos recogieron este retroceso en su tradición. El profeta Jeremías, que estuvo en activo desde el 626 a.C. hasta después del 586 a.C., menciona que Nabucodonosor expulsó al ejército de Necó de su puesto en el Éufrates en el cuarto año de Joaquín de Judá, o 605 a.C. Habiéndose asegurado la sumisión de la mayor parte del Levante, Nabucodonosor fue a Judá para someter a Joaquín. Escogió de entre los israelitas un selecto grupo de jóvenes de la clase alta y la realeza y los llevó a Babilonia para entrenarlos en los modos caldeos, de forma que pudieran servir como oficiales en Judá (Dan 1,1-4). (Nabucodonosor no habría destruido Jerusalén si Sedecías no se hubiera rebelado. Su plan consistía en mantener a Judá como provincia babilónica). Entre esos jóvenes hebreos estaba el profeta y estadista Daniel.

Nabucodonosor mantuvo la independencia de Judá a cambio de elevados impuestos, impuestos que Judá apenas podía costear. Cansado de los tributos, el rey Joaquín decidió rebelarse contra Babilonia. Retuvo el tributo y solicitó ayuda militar a los egipcios (2Re 24,1). Joaquín murió antes de que los babilonios regresaran a Jerusalén para castigar su atrevimiento, y fue Jeconías, su sucesor de 18 años, quien sufrió la represalia.

Poco después de la II Guerra mundial, el eminente asiriólogo Donald J. Wiseman, entonces conservador del Museo Británico, encontró la primera tablilla de la *Crónica babilónica* entre más de 80.000 tabillas y fragmentos que eran propiedad del museo. El propio Wiseman me contó en una ocasión cómo dio con este importante documento: estaba curioseando un cajón del almacén del museo que contenía tablillas cuneiformes, y una en particular llamó su atención. La cogió y leyó lo siguiente: «En el séptimo año, en el mes de Kisleb, el rey babilónico... marchó a la tierra de Hatti [Siria], asedió la ciudad de Judá (es decir, Jerusalén) y en el segundo día del mes de Adar tomó la ciudad y capturó al rey».

Este hecho se produjo el 16 de marzo del 597 a.C. Según la Biblia, no sólo Jeconías fue hecho prisionero en el ataque a Judá, sino también la reina madre, los principales líderes militares y religiosos, y muchos artesanos. En total, se trasladaron cerca de 10.000 personas a Babilonia. Nabucodonosor nombró rey a Sedecías, tío de Jeconías. Su reinado duró hasta la caída de Jerusalén.

El joven Jeconías llevó una vida placentera en Babilonia. En el 562 a.C., tras la muerte de Nabucodonosor, fue liberado del cautiverio y vivió el resto de su vida cómodamente, comiendo en la mesa del rey (2Re 25,27-30). Conocemos su abundante dieta gracias a un documento administrativo de Babilonia, que incluye una lista de raciones: «10 sila [medidas] a Jeconías, el hijo del rey de Judá. 2 sila y media para los 5 hijos del rey de Judá».

Durante estos oscuros días, Jeremías profetizaba que el pueblo de Judá permanecería cautivo en Babilonia durante setenta años (Jer 25,11; 29,10). Los mensajes de Jeremías fueron recogidos por un hombre llamado Baruc, hijo de Nerías (Jer 36,4.27.32). Entre los numerosos *bullae* o sellos que se han encontrado en Jerusalén en los últimos años llamó la atención uno que dice: «Pertenece a Baruchiah, el hijo de Neriah, el escriba». El hecho de que el propietario sea Baruchiah (versión sin abreviar de Baruc), y de que su padre sea Neriah (Nerías), no deja lugar a dudas sobre el hecho de que esta impresión pertenece a Baruc, el escriba del libro de Jeremías.

El ciclo de vasallaje, impuestos y rebelión se repitió durante la última década de la historia de Judá. Los ejércitos de Nabucodonosor regresaron a Jerusalén. Aunque las tablillas de la *Crónica babilónica* que se refieren a los últimos años de Judá y a la caída de Jerusalén no se han conservado, la Biblia y los datos arqueológicos complementarios nos permiten reconstruir estos últimos años. Entre el 588 y el 587/6 a.C. se sucedieron dieciocho meses de batallas y asedios a ciudades judías, entre ellas Jerusalén (2Re 25,1-2). Una vez más, Laquis fue el escenario de fieros combates. Antes de la caída de Jerusalén, Jeremías menciona que las únicas ciudades defensivas judías que quedaban eran Laquis, en la Sefela, y la cercana Azeca (Jer 34,7), ambas situadas en el camino de avance de los ejércitos babilónicos. Las excavaciones en Laquis han revelado que esta ciudad fue efectivamente el escenario de una lucha feroz. El Nivel II de las excavaciones, que incluye el palacio fortificado dentro de la ciudad, fue destruido y quemado. En una cámara en la puerta de la ciudad, los arqueólogos encontraron un grupo de veintidós ostraca (fragmentos cerámicos con inscripciones). Todos ellos proceden de los tumultuosos días de la invasión babilónica de Judá. Algunos son comunicados enviados por un oficial militar llamado Hoshayahu (Oseas) desde un puesto en primera línea a su comandante Yaush en Laquis. Ese puesto puede ser Maresa, yacimiento situado entre Laquis y Azeca. En el ostracón 4 Hoshayahu afirma que vigilaba «las [señales] de fuego» de Laquis, según su obligación. También señala que ya no se veían las llamas de Azeca. Esta afirmación sugiere que Azeca ya había caído y que Hoshayahu informaba de ello a Yaush de Laquis. Esta información de la caída de Azeca permite datar el ostracón 4 en una



Impresión del sello de Baruc, hijo de Nerías.

fecha apenas posterior a la afirmación recogida en Jeremías 34,7, donde se declara que en ese momento sólo quedaban Azeca y Laquis. La caída de Azeca permitió a las fuerzas de Nabucodonosor concentrarse en Laquis y dar el golpe final a Judá con el saqueo de Jerusalén.

Jerusalén efectivamente cayó, tras un prolongado asedio. El hambre fue severa, lo que hizo la vida intolerable. Cuando se abrieron brechas en las murallas de piedra de la ciudad, Sedecías y un contingente de tropas, temiendo el final, intentaron escapar de Jerusalén en la oscuridad de la noche. Sin embargo, Sedecías fue capturado cerca de Jericó. Nabucodonosor mandó que le sacaran los ojos y lo llevaran prisionero a Babilonia y ordenó matar a los príncipes reales (2Re 25,2-7). Miles de personas fueron deportadas a Babilonia para unirse a las que habían sido exiliadas una década antes. El palacio y el templo fueron incendiados. En las excavaciones en el barrio judío de la Ciudad Vieja, que comenzaron en 1967, se ha descubierto una pequeña colección de puntas de flecha entre los restos de destrucción, cerca de una torre defensiva de la Edad del Hierro. Las puntas de flecha son de tipo babilónico y dan testimonio de la batalla campal contra Jerusalén en el 586 a.C. El libro bíblico de las Lamentaciones constituye un lamento funerario por este desastre nacional: «¡Ay, cómo está postrada en soledad la ciudad tan populosa!» (Lam 1,1).

De Babilonia a Jerusalén

El exilio en Babilonia y Egipto

En el 586 a.C., Jerusalén fue destruida. Los supervivientes se dispersaron: decenas de miles se asentaron en la región de Babilonia y en el actual Irán, pero un grupo de judíos que habían huido de la invasión babilónica viajó al sur hacia Egipto, seguidos por otros que escaparon tras la destrucción de Jerusalén: «todo el pueblo, chicos y grandes, y los jefes de las milicias se levantaron y huyeron a Egipto, porque tenían miedo a los caldeos» (2Re 25,26). Esta evacuación fue provocada por el asesinato de Godolías, el gobernador de Judá designado por los babilonios. Babilonia queda a 900 km al este de Jerusalén; no obstante, teniendo en cuenta las rutas de viaje de la época, la distancia asciende a unos 1.450 km. El pueblo de Israel se dispersó desde el suroeste del Creciente Fértil hasta la punta sureste del mismo, una distancia de casi 3.000 km. La mayoría de los deportados provenían de Judá, o Yehud en los textos antiguos, por lo que el término Yehud, o «judío» en castellano, se convirtió en el nombre genérico con el que se conocía a todos los israelitas después del exilio. El término «diáspora» es el que utilizan los judíos para referirse a la comunidad judía dispersa lejos de la tierra de Israel.

LOS JUDÍOS EN BABILONIA

Había judíos en Babilonia desde el 605 a.C., cuando Daniel y otros jóvenes fueron trasladados allí para aprender la lengua y la cultura de los caldeos en la corte real (Dan 1,1ss). Daniel es un ejemplo de hombre judío al que le fue muy bien en Babilonia bajo los caldeos y después bajo los persas, y está considerado un profeta de gran sabiduría en la Biblia. El período del exilio terminó de forma oficial cuando el rey persa Ciro conquistó Babilonia en el 539 a.C. Poco después redactó un decreto que permitía a los judíos regresar a su hogar y reconstruir su Templo. Pero, ¿cómo fue la vida de los judíos durante esos sesenta y cinco años?

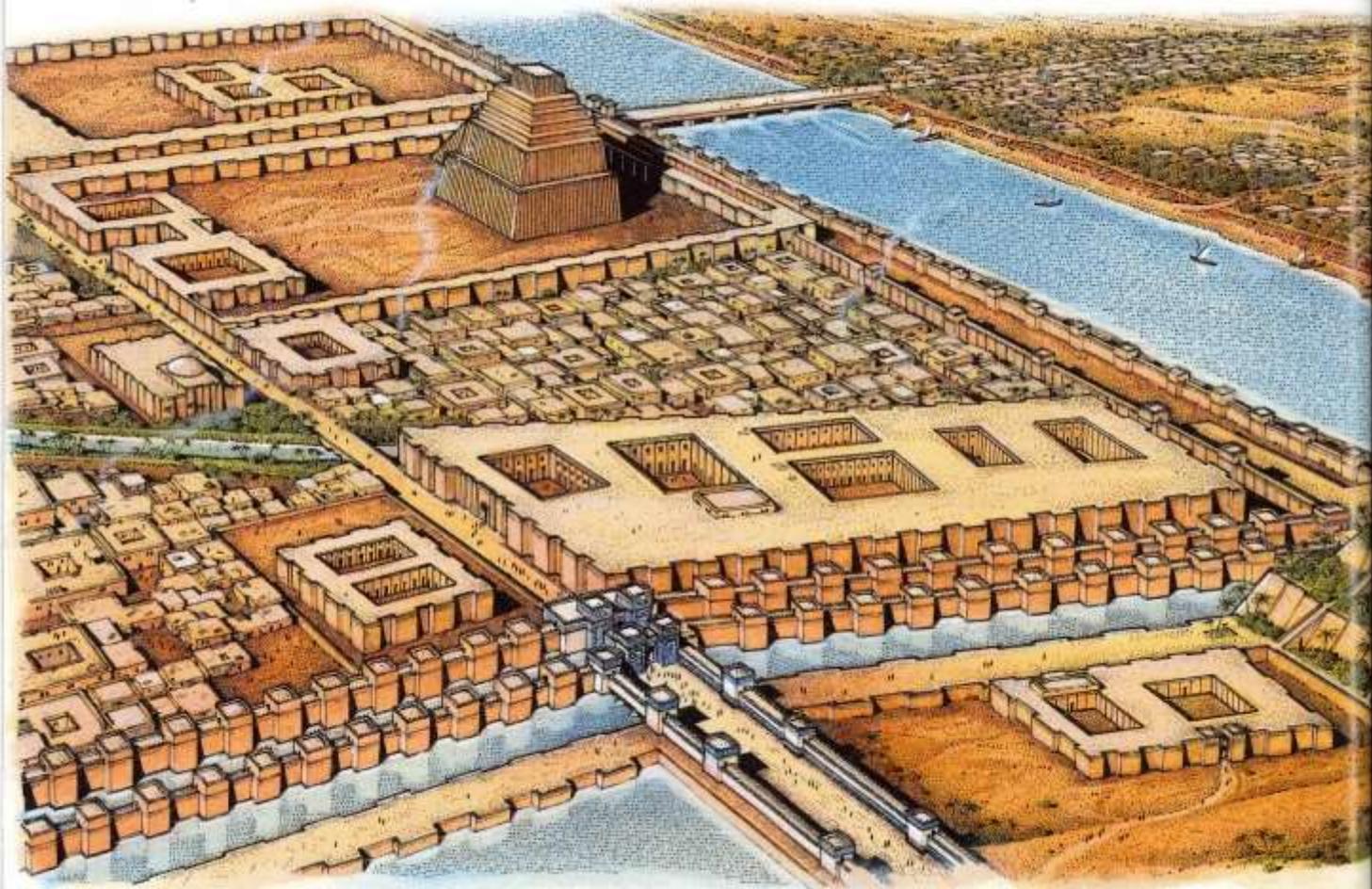
Quedan pocos restos arqueológicos de esta época. Unas tablillas cuneiformes que se descubrieron en Nippur, una importante ciudad del sur de Babilonia, revelan que en el siglo V a.C., tras el final del exilio, esta ciudad contaba con una población judía bastante grande. En las tablillas aparecen nombres hebreos como testigos de transacciones en

diversos documentos. También muestra que algunos judíos se dedicaban a la banca y al comercio.

Esta imagen, no obstante, no refleja la situación de la mayoría de los judíos en el siglo VI a.C. La mayoría de los exiliados se repartieron en tres tipos de ocupaciones: oficios, ejército y agricultura. En el 597 a.C. fueron deportados 10.000 judíos, y sabemos por la Biblia que, de ellos, se llevaron «a todos los ricos, unos siete mil, y a los herreros y cerrajeros, unos mil, todos ellos hombres aptos para la guerra» (2Re 24,16). Por lo tanto es muy posible que Nabucodonosor pretendiera sumarlos a su ejército.

Además, en aquel momento se estaba construyendo Babilonia, la magnífica capital del imperio. Las excavaciones realizadas en la antigua Babilonia, así como el testimonio visual del historiador griego Heródoto, que visitó la gran ciudad alrededor del 450 a.C., proporcionan la visión de una ciudad verdaderamente espléndida. Situada a ambos lados del río Éufrates, la ciudad estaba rodeada por una muralla doble hecha de adobes en la que se alzaban 250 torres defensivas. La muralla exterior medía cerca de 27 km de largo. Un puente sobre el Éufrates conectaba la parte principal de la ciudad con el sector occiden-

Reconstrucción de la Babilonia de Nabucodonosor.



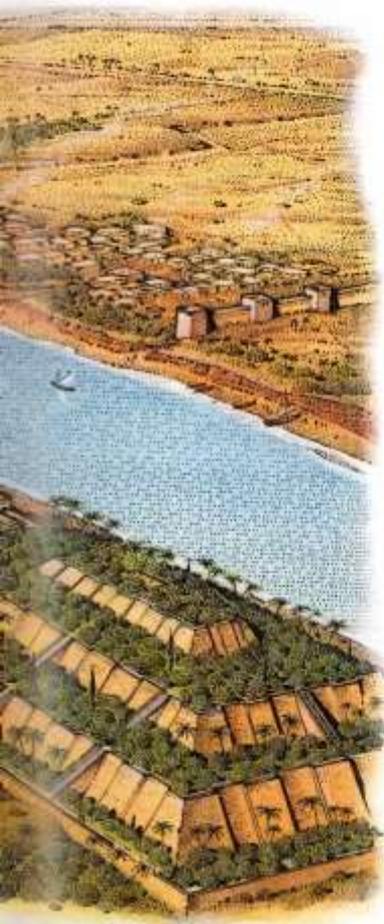
tal, más residencial. El puente estaba construido de tal forma que permitía que partes del mismo pudieran desmantelarse en caso de invasión de una fuerza hostil. En el lado este de la ciudad se levantaban los magníficos palacios y los impresionantes jardines colgantes, que eran unas de las llamadas Siete Maravillas del Mundo Antiguo. Se cree que estos jardines eran aterrazados y estaban situados entre el palacio y el Éufrates, para que las brisas soplaran a través de los árboles y plantas aromáticas e hicieran llegar su olor al área de palacio.

Los artesanos babilónicos eran maestros en el arte de moldear y vitrificar los adobes para crear diseños decorativos. En los muros y las puertas se tallaron figuras de leones (que representaban a la diosa Istar), toros (que representaban a Adad) y grifos (la apariencia de Marduk, la principal deidad de Babilonia). La famosa puerta de Istar, con sus ladrillos vitrificados azules, ha sido restaurada y descansa en el Museo de Berlín. Para llegar a esta puerta, había que atravesar una avenida fortificada cercada con muros. La principal ciudadela de Babilonia estaba situada en el río, justo al lado del palacio. Tras la puerta de Istar, había un camino procesional, de 19 m de ancho, que llevaba al palacio y al Esagila, el complejo del Templo de Marduk, que albergaba el zigurat o templo.

En un cilindro cuneiforme de arcilla, el propio Nabucodonosor resume sus proyectos de construcción: «[en] el Esagila... la residencia de los dioses... apliqué oro brillante [vidriado] en vez de cal. El Ezida [el Templo de Nabu en Borsippa] construí de nuevo y con plata, oro, gemas seleccionadas, cobre... y madera de cedro, completé su trabajo... el zigurat de Babilonia, reconstruí [y] completé y con ladrillos vidriados de color azul puro subí hasta su cima». En el libro de Daniel también se recoge el comentario que hizo Nabucodonosor sobre su gran ciudad mientras caminaba por el tejado de su palacio: «¿No es esta la gran Babilonia que yo he edificado para residencia real con mi inmenso poder y para gloria de mi majestad?» (Dan 4,27). Este glorioso reino se construyó gracias al esfuerzo de miles de prisioneros de guerra, entre ellos los deportados judíos.

LA DIÁSPORA EGIPCIA

A juzgar por las palabras del profeta Jeremías a su llegada a Egipto en el 582 a.C., los judíos estaban esparcidos por toda la región. Se refería a la presencia de judíos en las ciudades egipcias de Migdol, Tfnis, Nof y Patrós. El profeta Ezequiel, que vivió en la comunidad judía de Babilonia, describe la tierra de Egipto como la comprendida entre Migdol, al norte, y Asuán, en el sur. Migdol, que significa fuerte o torre, era una



Animales míticos representados en el ladrillo vidriado de la puerta de Istar, Babilonia.

Isla de Elefantina, Egipto. La gran comunidad judía que vivió aquí dejó cientos de documentos en papiro, algunos personales y otros de carácter literario.



fortaleza de frontera de Egipto en los siglos VII a VI a.C. Durante la ocupación israelí del Sinaí en los años 70, el arqueólogo israelí Eliezer Oren realizó algunas excavaciones en Tell Qedua. En el yacimiento, de 10 ha, situado a 15 km al este del Canal de Suez en el norte del Sinaí, se encontró un fuerte cuadrado de 40.000 m². Para este arqueólogo, en este yacimiento se situaba la Migdol de los profetas. En el otro extremo de Egipto, en la región de la primera de las cinco cataratas del Nilo, está Asuán, la antigua ciudad fronteriza meridional. En el corazón de la catarata de granito está la isla de Elefantina, donde desde el amanecer de la historia egipcia se estacionaron fuertes y tropas. En el siglo V a.C., y quizá antes, en el siglo VI, vivía allí una guarnición de mercenarios judíos y sus familias.

Gracias al descubrimiento de cientos de documentos de papiro escritos en arameo, la lengua internacional del Período Persa, se sabe que el arameo fue la lengua común de los judíos durante y después del exilio. Entre los papiros figuraban archivos familiares que incluían contratos y cartas, así como textos literarios como la Sabiduría de Ahikar, además de un importante texto histórico, una copia del texto original del monumento de Behistún del emperador persa Darío I (véase c. 1).

La caída de Babilonia y el final del exilio

El Imperio babilónico alcanzó su cénit bajo el liderazgo de Nabucodonosor (605-562 a.C.). Su muerte supuso el principio del final. Tras varios reinos de corta duración, Nabónido se hizo con el trono en el 556 a.C. y reinó hasta la caída de Babilonia en el 539 a.C., cuando los persas tomaron la ciudad. Se sabe poco de este enigmático rey. En la *Crónica babilónica* se informa de que durante la segunda mitad de su reinado, Nabónido cambió su residencia a Teima, un lugar de Arabia ubicado en la importante ruta del comercio de incienso. Ante la ausencia del rey, cuenta la *Crónica*, el príncipe heredero llevaba los asuntos de estado, pero el festival del Año Nuevo no podía celebrarse sin el rey. En los últimos días antes de la conquista de Babilonia, Nabónido regresó a su tierra para intentar defenderla



Cilindro de Ciro. La inscripción relata la captura de Babilonia por Ciro.

y ordenó que las estatuas de culto de diversas divinidades se trasladaran a Babilonia para salvarlas.

El libro de Daniel también ofrece información sobre los últimos días del Imperio neobabilónico. El último rey de Babilonia, Baltasar, organizó un gran fiesta para mil nobles (Dan 5,1ss). En medio de la fiesta apareció una mano humana mística que escribió un oscuro texto sobre la pared. El rey, atemorizado, llamó a sus sabios para que interpretaran el texto. Fue Daniel el que tradujo el texto, que decía que el reino estaba llegando a su fin y que sería tomado por los medas y los persas.

Para algunos historiadores, la referencia a Baltasar es un desatino histórico, pues se sabe que fue Nabónido el último rey caldeo. Se especula que el libro de Daniel se escribió casi 400 años después de la caída de Babilonia, y al no saber el autor bíblico el nombre del rey, se lo inventó. Conviene recordar, no obstante, que según la *Crónica babilónica*, era el príncipe heredero el que gobernaba en Babilonia mientras Nabónido estaba en Arabia. El problema se ha resuelto gracias a una tablilla que contiene una oración a Sin, el dios de la luna y patrón de Ur: «Respecto a mí, Nabónido, rey de Babilonia, líbrame de pecar contra tu gran divinidad y otórgame como presente una vida de largos días, y respecto a Baltasar, el hijo mayor de mi descendencia... que sea saciado con una vida de plenitud».

Por lo tanto, Baltasar era verdaderamente el príncipe heredero que reinaba en Babilonia durante la ausencia de su padre. Resulta asombroso que el libro de Daniel no sólo recoja el nombre de este rey, sino que además ofrezca información acerca de su situación. Cuando Baltasar convocó a sus sabios, declaró: «El que lea ese escrito y me dé su interpretación será vestido de púrpura, se le pondrá al cuello un collar de oro y será el tercero en el gobierno del reino» (Dan 5,7). Teniendo en cuenta que Baltasar era el segundo en el gobierno, sólo podía elevar al intérprete que tuviera éxito a la tercera posición.

Efectivamente, los persas tomaron Babilonia esa misma noche, y Baltasar fue asesinado (Dan 5,30-31). Un mes más tarde entró el emperador Ciro con gran pompa en la ciudad, y lo recibieron los habitantes de Babilonia agitando unas ramas. En 1879 se descubrió en Babilonia un cilindro de arcilla persa que recoge la perspectiva persa de la toma de la ciudad. Este texto revela que Ciro se preocupó por los templos de Babilonia, restitui-

Tumba de Ciro, emplazada en lo que fue la primera capital aqueménida (la actual Pasargarda, Irán).



Monedas



Un daric persa de oro (Museo Británico).

Cuando Abrahán compró la cueva de Macpelá y la contigua tierra de Sójar de Hebrón por 400 shekels¹ de plata, no pagó con monedas. El texto afirma explícitamente que lo pagó según las pesas de los mercaderes² (Gén 23,15-16). Más de mil años más tarde, justo antes del 586 a.C., el profeta Jeremías compró una parcela de tierra de su primo por diecisiete shekels. De nuevo, la plata fue pesada³ (Jer 32,9-10). Cuando Judas acordó traicionar a Jesús por treinta piezas de plata, recibió monedas. ¿Dónde y cuándo aparecieron las monedas? Los restos arqueológicos sugieren que las monedas aparecieron en Turquía occidental y se extendieron rápidamente a Grecia. Las monedas más antiguas datan del siglo VII a.C. Los persas controlaron Anatolia desde mediados del siglo VI en adelante, por lo que es probable que fuera bajo su influencia cuando las monedas se extendieron por todo el

imperio. Teniendo en cuenta que la principal moneda persa, el daric, deriva su nombre de Darío I, parece que fue al final del siglo VI a.C. cuando comenzó a circular esta moneda por todo el reino. La moneda griega, la dracma, se menciona en libros bíblicos post-exílicos (p. ej., Esd 2,69; 8,27; Neh 7,70-72), aunque puede tratarse de una referencia posterior al daric persa.

La adopción de la moneda se debió a que este sistema garantizaba el valor de las cosas y lo respaldaba con una autoridad gubernamental. En los períodos persa, romano y durante los primeros tiempos cristianos, las monedas se hacían de cobre, bronce, plata y oro. Los gobernantes a menudo acuñaban monedas para conmemorar ciertos acontecimientos o logros. Por lo tanto, la moneda servía para comunicar el dogma oficial en los confines más lejanos de un reino o imperio.

¹ N. de la T.: Esta es la palabra que aparece en el texto en hebreo del Antiguo Testamento. En la Biblia de San Pablo la palabra se tradujo como "monedas".

² N. de la T.: En el texto en hebreo del Antiguo Testamento se dice que Abrahán "pesó la plata". En la Biblia de San Pablo se tradujo este texto más libremente como "le pagó".

³ N. de la T.: Cf. nota anterior.

yó las prácticas ortodoxas y devolvió las imágenes de culto a sus templos originales. Esta sensibilidad por los asuntos religiosos explica el edicto de Ciro, del que se informa en la Biblia, que permitió a los judíos regresar a Jerusalén y reconstruir el Templo (Esd 1,1-4). De esta forma cumplía la profecía de Isaías, que auguraba que Dios ensalzaría a Ciro como ungido para reconstruir el templo (Is 45,1-13).

Así, en el 539 a.C., acabó oficialmente el exilio de los judíos. Una década más tarde, el benévolo emperador murió. Su tumba, una cámara de piedra situada en lo alto de una estructura escalonada a modo de pirámide, todavía puede contemplarse en Pasagarda, Irán.

Reconstrucción de Jerusalén

La alegría se debió de apoderar de los miles de judíos que regresaban a Jerusalén. Alrededor del 538/7 a.C., Zorobabel, el nieto del rey Jeconías, condujo a un grupo de más de sesenta mil judíos de regreso; Zorobabel fue designado gobernador, y bajo su liderazgo se reconstruyó el templo (Esd 2-4). La visión de Jerusalén demolida debió resultar desola-

Las monedas constituyen además una valiosa herramienta para el arqueólogo. No sólo permiten establecer conclusiones sobre el comercio y la economía, sino que también son fiables instrumentos de datación, puesto que a menudo llevan la imagen de un rey o gobernador, de ahí la pregunta de Jesús sobre la moneda, «¿De quién es esta efigie?», que dio lugar a la famosa frase: «Dad al César lo que es del César» (Mt 22,21).

A partir de los siglos V y IV a.C., se acuñaron monedas con el nombre Yehud (Judá) escrito sobre ellas. En el período helenístico, las monedas se hicieron cada vez más comunes, y durante el siglo II a.C., o período asmoneo (cuando reinaban reyes judíos) se acuñaron monedas locales con el nombre del gobernante impreso sobre ellas. En el siglo I a.C., cuando Palestina y Judá cayeron bajo el control de Marco Antonio, empezaron a aparecer monedas romanas

de las cecas de Roma, Alejandría y Antioquía. Cuando Herodes asumió el poder en Judá en el 37 a.C., también él comenzó a acuñar monedas.

Las monedas juegan un papel fundamental en el Nuevo Testamento. En la parábola de los obreros (Mt 20,1-16), Jesús se refiere a los obreros que recibían un denario al día como paga, mientras que el buen samaritano pagó al posadero dos denarios para cubrir los gastos del hombre que había rescatado. Los denarios eran monedas de cobre. Los impuestos obligatorios para el César solían pagarse con un denario de plata con la efigie del emperador en un lado. El óbolo o céntimos de la viuda, llamado lepton en latín (Mc 12,40-44; Lc 21,1-4) (la moneda más pequeña conocida en el siglo I d.C.) equivalía a una decimosexta parte de un denario de plata.



ARRIBA: Moneda con la efigie del emperador Augusto.

ABAJO: Un lepton, el llamado «óbolo de la viuda» citado en Marcos 12,40-44.



dora. La primera tarea consistió en reconstruir el altar, hacer ofrendas y celebrar la fiesta de los tabernáculos (Esd 3,2-4). Como en los días de Salomón, se contrataron carpinteros y canteros fenicios para emplearlos en la construcción del templo (Esd 3,7).

Debido a los problemas legales causados por algunos de sus vecinos, entre ellos posiblemente los samaritanos, la construcción del Templo se estancó hasta el reinado del emperador Darío I (522-486 a.C.; Esd 4,1-4). Darío ordenó buscar en los archivos para comprobar si era cierto que Ciro había permitido la reconstrucción del Templo. Como se encontró una copia, volvió a autorizar el proyecto de construcción, y en cinco años, entre el 520 y el 515 a.C., se completó el Templo (Esd 6,1-15). Darío construyó la magnífica ciudad de Persépolis en Persia. En ella hay un relieve que muestra a este monarca entronizado mientras recibe a sus cortesanos.

No existen datos arquitectónicos sobre este segundo templo, pues fue reemplazado por el Templo de Herodes 500 años después, que sería a su vez destruido por los romanos en el 70 d.C. Sin embargo, a pesar de esta larga historia de construcción, destrucción y reconstrucción del templo, en el monte se ha encontrado una sección del muro oriental, en la que una junta indica dos fases de construcción. La parte izquierda o sur de la junta data de la campaña de construcción de Herodes (37-4 a.C.), a juzgar por el tipo de sillares realzados utilizados. A la derecha de esta junta, el tipo de bloques parece pertenecer al período asmoneo, un siglo antes del trabajo de Herodes, cuando se amplió la plataforma del templo.

A poco más de 300 metros de la esquina sureste se encuentra la puerta dorada, cuya datación permanece incierta, pero que probablemente se remonte a algún momento entre los siglos VI y VIII a.C. En 1969, un estudiante estadounidense caminaba junto a la Puerta Dorada, un área que contiene cientos de tumbas islámicas con una antigüedad de siglos. De repente, el suelo cedió y se encontró bajo el nivel del suelo, en una cripta llena de huesos. Bajo la tenue luz pudo adivinar lo que parecían ser unos bloques de piedra pertenecientes a una puerta con arco situada justo debajo de la puerta dorada. Antes de poder examinar este hallazgo, las autoridades locales árabes sellaron el agujero con cemento, lo que impidió más investigaciones. Lo que está claro es que la puerta dorada del período bizantino se construyó encima de una puerta más antigua, tal vez del siglo I a.C. La presencia de un cementerio islámico no permite realizar excavaciones científicas que puedan determinar la fecha de la puerta; no obstante, justo al norte de la puerta dorada se ha datado una sección de la hilera más baja de bloques en el siglo VI a.C., por lo tanto en el inicio del período del segundo templo.

La historia bíblica del período del Antiguo Testamento termina con el libro de Nehemías. Como gobernador, Nehemías emprendió la reconstrucción de las murallas de la ciudad, que hasta entonces no se habían reconstruido, por lo que la ciudad era muy vulnerable. Con el permiso del emperador persa Artajerjes I, a quien sirvió como copero, Nehemías abandonó la ciudad de Susa y viajó a Jerusalén. En el 444 a.C., y a pesar de las objeciones de los vecinos enemigos de los judíos, Nehemías completó la tarea de supervisar la reconstrucción. La mayoría de los arqueólogos creen que las murallas se construye-

ron sobre los cimientos de la ciudad anterior. La ciudad habría sido más bien pequeña, probablemente limitada a la Jerusalén de la época de David. El arqueólogo israelí David Ussishkin defiende ahora otra visión. Según este arqueólogo, las murallas pudieron haber rodeado toda la ciudad de la Jerusalén anterior a la destrucción del 586 a.C. La Jerusalén de Nehemías, entonces, sería más bien grande, pero poco poblada (Neh 11,1-2). En cualquier caso, es probable que sólo algunas secciones de las murallas y las puertas requirieran reconstrucción. Resulta poco verosímil que todas las murallas defensivas de Jerusalén fueran destruidas por los babilonios.

Tras una breve visita a Babilonia en el 432 a.C., Nehemías regresó a Jerusalén. Allí introdujo reformas religiosas, continuando la labor de Esdras, el escriba-sacerdote de unos años antes. En esta época se sitúa el fin del período del Antiguo Testamento, cuando los persas ejercían el control sobre un enorme imperio que abarcaba desde la India a Etiopía, y desde el norte de Arabia hasta Anatolia.



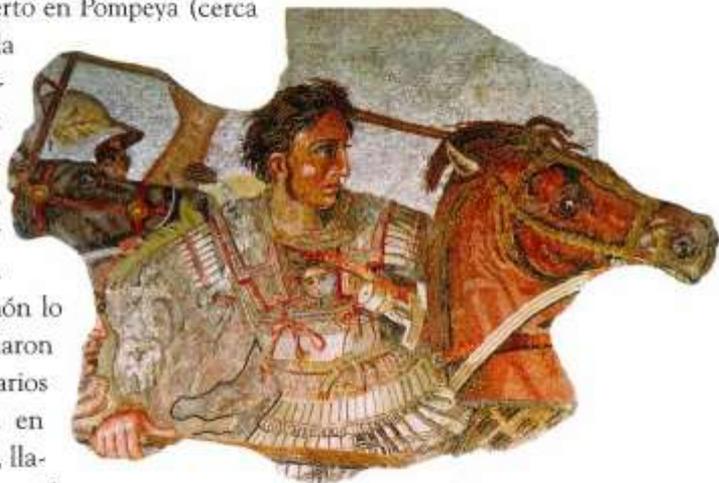
La época del Nuevo Testamento

El mundo grecorromano del Nuevo Testamento

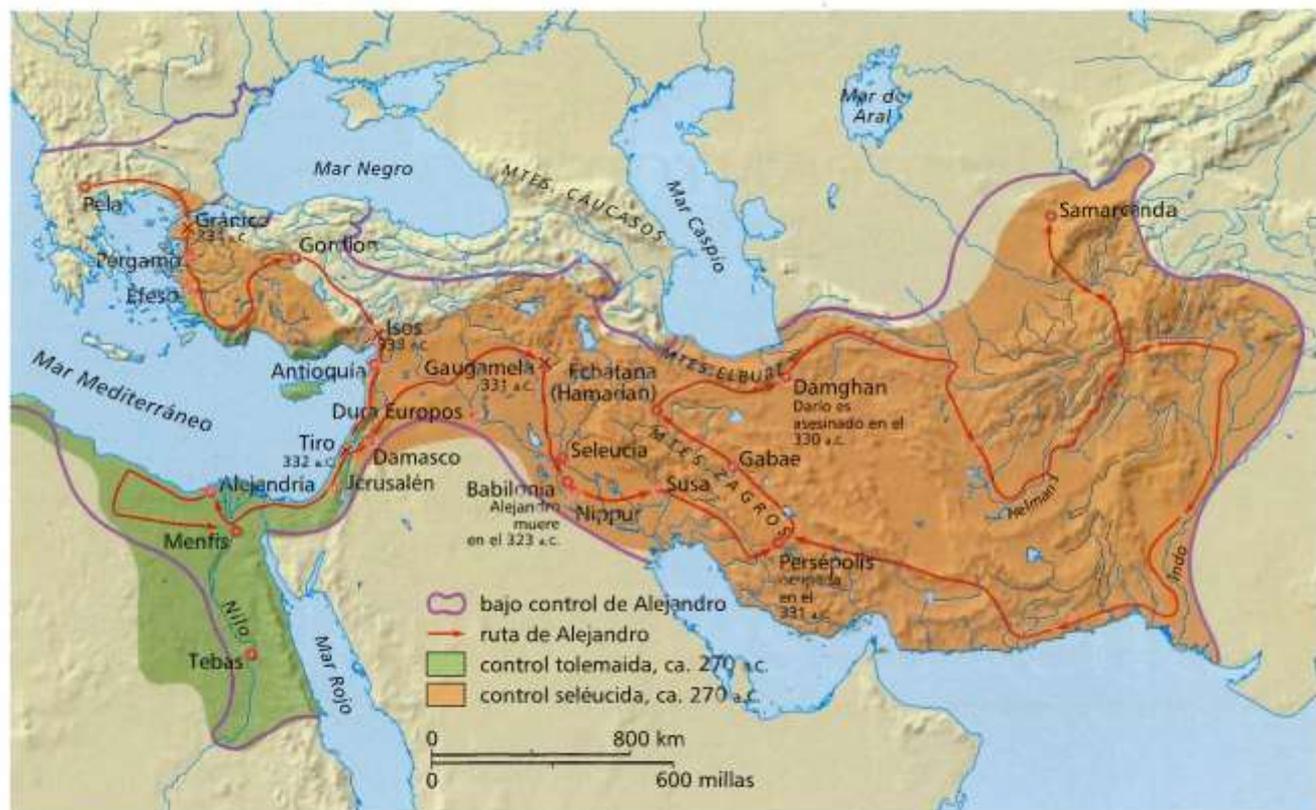
Entre los dos Testamentos: entrada de los griegos

Daniel, profeta del siglo VI a.C., auguró un nuevo cambio de poderes en el mundo. Tuvo una visión en la que un macho cabrío que venía de Occidente iba embistiendo a todos los animales que se encontraba a su paso y atacaba a un carnero que representaba a los medas y persas (Dan 8). En los siglos que van desde la época de Nehemías hasta el nacimiento de Jesús de Nazaret, el poder político, la cultura y la lengua de Tierra Santa cambiaron completamente. Alejandro Magno se lanzó en una campaña desde Macedonia (norte de Grecia), para liberar a Grecia y Macedonia de la influencia persa y controlar toda la región. En el 333 a.C. Alejandro conquistó Asia Menor, repeliendo a los ejércitos persas de Darío III. La imagen recogida en un mosaico descubierto en Pompeya (cerca de Nápoles, Italia) representa un momento decisivo en la batalla de Isos al norte de Siria. Alejandro aparece atacando, mientras que Darío huye, con la vista vuelta hacia atrás, mostrando el pánico que siente hacia los griegos. Tras esta batalla, Alejandro marchó prácticamente sin oposición hacia el sur por la costa, tomando Palestina y Judea. En el 332 a.C. tomó Egipto prácticamente sin necesidad de combatir. En Egipto, los sacerdotes de Amón lo coronaron como «Hijo de Ra» (el dios del sol) y lo apodaron faraón. Así aparece representado en los templos y santuarios que ordenó construir en Egipto. Durante su estancia en Egipto, comenzó la construcción de la famosa Alejandría, llamada así en su honor. De entonces en adelante y durante siglos, Alejandría sería la principal ciudad de Egipto, con un puerto que albergaba el famoso Faro (Pharos), una de las Siete Maravillas del Mundo Antiguo.

En el 331 a.C., Alejandro consiguió derrotar a Darío III en Gaugamela, al este del río Tigris. Con Persia completamente sometida, Alejandro continuó hacia la India. Una moneda griega conmemora sus campañas en aquella región: en ella se representa a Alejandro a la grupa de un caballo con una lanza en la mano atacando a un rey indio que



Parte del mosaico encontrado en Pompeya que muestra a Alejandro Magno combatiendo a los persas en Isos en el año 333 a.C.



Extensión del imperio de Alejandro y división del antiguo Oriente Próximo después de su muerte.

intenta huir en un elefante. La ciudad de Kandahar en Afganistán fue fundada por Alejandro, y conserva su nombre.

En una década, Alejandro y sus ejércitos habían labrado un gran imperio, pero su objetivo no se quedaba ahí, sino que pretendía conquistar el mundo y asimilarlo a la concepción griega del mundo. Esta pretensión se conoce como helenismo. Los sueños de Alejandro se vieron truncados debido a su muerte prematura en Babilonia en el 323 a.C., cuando contaba con tan sólo 33 años. Su reino se lo repartieron sus principales generales, pero surgieron disputas para determinar sus fronteras exactas. Antígono reclamó Asia Menor, mientras que a Tolomeo le correspondió Egipto y parte de Palestina y Judá. Seleuco se hizo con Mesopotamia, donde estableció Babilonia como capital. Seleuco construyó muchas ciudades en Siria y Mesopotamia. Una de las más importantes fue Antioquía, llamada así en honor a su padre, Antíoco. Situada en la actual Turquía, ahora se llama Antakya, nombre que conserva el antiguo nombre griego. Muchos judíos se asentaron allí, atraídos por la oferta de ciudadanía de Seleuco. Antioquía fue el primer lugar donde se llamó «cristianos» a los judíos que aceptaron a Jesús como Mesías o Cristo (He 11,26).

En los siglos entre el final del Antiguo Testamento y el principio del Nuevo Testamento (ca. 420-4/5 a.C.), se dieron numerosos choques militares entre los tolomeos y los seléucidas, y los judíos quedaron atrapados en el medio según osciló el poder entre Egipto y



Siria. A pesar de estas disputas, la visión de Alejandro de un mundo helenístico había triunfado. El griego se convirtió en la lengua común del mundo mediterráneo, mientras que las ciudades de tipo griego o polis, con teatros y mercados, florecieron a lo largo y ancho de las áreas que Alejandro había conquistado.

Qumrán y los rollos del mar Muerto

En el período entre los dos Testamentos surgió una creciente preocupación entre los judíos por la pureza del judaísmo —es decir, la fidelidad a la Ley de Moisés— frente a las influencias religiosas y culturales helenísticas. Es probable que las diferentes facciones religiosas mencionadas en el Nuevo Testamento emergieran a causa de esta polémica. En el Nuevo Testamento se menciona a los saduceos y los fariseos. Los primeros se mostraban

Vista aérea de la comunidad de Qumrán. En la parte de atrás están las cuevas en las que se encontraron algunos de los primeros rollos.

más condescendientes y colaboradores con el helenismo y, a partir del siglo I a.C., con la cultura romana. Los segundos eran más tradicionales. El apóstol Pablo era fariseo, y así se identificó frente al Sanedrín: «Soy un fariseo, el hijo de un fariseo» (He 23,6); era un estricto cumplidor de la Ley (Flp 3,5), alumno del respetado rabino Gamaliel (He 22,3).

Gracias al historiador Josefo y a otras fuentes escritas se ha podido identificar una tercera secta, la de los esenios. Aunque no se mencionan en el Nuevo Testamento, son conocidos desde finales del siglo II a.C. Plinio el Viejo (23-79 d.C.) informa de que los esenios vivían en el desierto de Judea, cerca de Engadí, junto al mar Muerto. Para algunos estudiosos, los rollos del mar Muerto y los restos encontrados en las excavaciones de Khirbet Qumrán pertenecen a los esenios.

El término Khirbet es una palabra árabe que significa ruinas. A pesar de que se habían podido ver estructuras de piedra del yacimiento desde hace ya casi 2.000 años, estas no se investigaron hasta el descubrimiento de los manuscritos entre 1947 y 1951. La mayor parte del yacimiento se excavó entre 1951 y 1956 bajo la dirección de Roland de Vaux, sacerdote dominico y director de la École Biblique et Archéologique Française de Jerusalén. De Vaux también exploró otras cuevas en la zona y excavó el cercano yacimiento de Ein Feshka.

En 1961, durante mi primera visita a Qumrán cuando tenía 10 años, conocí a De Vaux, episodio que nunca olvidaré. Después de saludarnos, De Vaux nos mostró algunos hallazgos importantes y siguió trabajando. Recorrimos las ruinas de la comunidad, que medían 100 por 80 m, tal y como hoy se puede hacer. Pudimos escalar hasta las cercanas cuevas donde se descubrieron algunos de los primeros rollos, aunque actualmente esto no está permitido.

Para de Vaux, Qumrán era el hogar de la secta religiosa que escribió los rollos. En esta zona descubrió una gran habitación con mesas y tinteros, que se creyó que era el *scriptorium* donde se copiaron los rollos.

Se han identificado más de 800 manuscritos diferentes, algunos tan sólo por fragmentos pequeñísimos. Entre el 20 y el 25% son bíblicos, el resto son escritos propios de la secta y comentarios a la escritura. Algunos de los manuscritos se almacenaron en jarras de cerámica con tapadera. Esta técnica de conservación de los documentos también está atestiguada en épocas más antiguas de la historia bíblica (Jer 32,14). Una de las salas del Museo de Israel en Jerusalén, llamada el Santuario del Libro, alberga muchos de estos rollos y fragmentos. El estudio académico de estos rollos y fragmentos continúa y todavía quedan rollos importantes que no se han publicado.

La datación de los documentos se remonta desde la mitad del siglo II a.C. hasta alrededor del año 70 d.C., cuando Jerusalén, y gran parte de Judá, fue destruido por los romanos. La cerámica y las monedas halladas en las excavaciones de Qumrán se corresponden con esta hipótesis. Cuatro monedas judías que se encontraron en los niveles más tardíos de la ocupación son del tercer año de la revuelta contra Roma, que corresponde al año 68 d.C.

Recientemente, algunos expertos han puesto en duda la identificación de Qumrán

como el hogar de los esenios. Esta teoría alternativa, basada en un rollo que todavía está sin publicar, sostiene que la identidad de esta comunidad es saducea. Para otros estudiosos, la diversidad religiosa representada en estos documentos indica que la colección de rollos se originó en Jerusalén y más tarde, antes del año 70 d.C., se trasladó a Qumrán para su salvaguardia, y que, por lo tanto, no fueron fruto de una sola rama del judaísmo, y no existió conexión alguna entre los rollos y la cercana comunidad de Qumrán. Dos arqueólogos israelíes que han realizado excavaciones en Qumrán a lo largo de la última década han propuesto una nueva hipótesis. Argumentan que, lejos de tratarse de una comunidad religiosa sectaria, Qumrán era en realidad una fábrica de cerámica que fue ocupada por varios grupos de personas a la vez. Las piscinas, en vez de piscinas de purificación, *mikva'ot* en hebreo, serían depósitos de agua para mezclar arcilla. Según esta hipótesis, tampoco existió una relación entre los rollos y la comunidad adyacente. Bajo mi punto de vista, esta interpretación resulta poco verosímil, teniendo en cuenta que una de las piscinas presenta una divisoria en los escalones característica de una piscina de purificación. La divisoria servía para marcar que debía entrarse a la piscina por un lado y salir de ella por el otro, para no ensuciarse con las impurezas que se habían dejado en los escalones de la entrada.

Los expertos continúan debatiendo la identidad de la comunidad de Qumrán y el significado de los rollos. No obstante, estos descubrimientos han aportado valiosa información sobre el judaísmo del siglo II a.C. al siglo I d.C., así como el contexto social en el que se originó el cristianismo.

Al César lo que es del César: el mundo romano del Nuevo Testamento

El griego continuó siendo la lengua común del mundo mediterráneo a pesar de la creciente influencia de Roma en la región. Durante el siglo I a.C., el Levante meridional era un conjunto de pequeños reinos enfrentados. Judea era regida por los reyes asmoneos (también llamados macabeos). La parte meridional de Judea incluía un área conocida como Idumea (nombre que deriva del Edón de los tiempos del Antiguo Testamento). Alejandro Janneo (103-76 a.C.), rey asmoneo en Jerusalén, designó a Antípatro —un idumeo— como gobernador de esta área. Las disputas de sucesión en Judea y la hostilidad de sus vecinos llevaron a Antípatro a apelar a Roma para que resolviera la disputa. El célebre general Pompeyo fue enviado a Judea. Conquistó Jerusalén en el año 63 a.C. y expulsó del poder a Aristóbulo, el cual había usurpado el trono a su hermano Hircano, el heredero legítimo. Pompeyo resolvió los problemas de la región, pero Judea e Idumea quedaron bajo el poder de Roma.

También jugaron un papel importante en los conflictos regionales de los siglos II y I a.C. los árabes nabateos, cuyo reino estaba situado en la maravillosa ciudad de piedra de Petra, en el sur de Jordania. Los edificios principales y las elegantes fachadas de esta ciudad se tallaron a partir de la arenisca natural de color rosa. El edificio más conocido es el llamado tesoro, o en árabe, el *Khazneh*. Se trata de la bellísima construcción en la que entra Indiana Jones en busca del Santo Grial en la película *La última cruzada*.

Herodes, hijo de Antípatro, mantuvo la lealtad a Roma. En el año 37 a.C. se coronó



Una *mikvah* o piscina de purificación en Qumrán.

rey de Judea y, más tarde, Roma le otorgó el control sobre todo el territorio tradicional de Israel. Herodes inició proyectos de construcción desde Baniás (Cesarea de Filipo) en el norte, hasta el desierto de Judá en el sur. Sin duda, Herodes fue el constructor más prolífico de la historia de Israel. Los edificios construidos bajo su mandato revelan su devoción a sus patrocinadores romanos, así como su continua labor de autopromoción. Por otra parte, teniendo en cuenta que su padre era idumeo y su madre nabatea, nunca fue completamente aceptado por los judíos. Para congraciarse con la mayoría de su reino, construyó un nuevo Templo a Dios en Jerusalén.

Herodes el constructor

EL TEMPLO DE JERUSALÉN

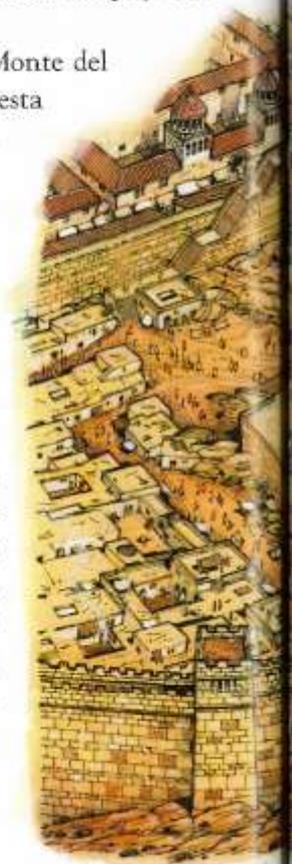
«Al salir Jesús del Templo, le dijo uno de sus discípulos: "¡Maestro, mira qué piedras y qué edificios!"» (Mc 13,1). Se refiere al Templo de Herodes, templo que se menciona varias veces en el Nuevo Testamento, ya sea como el lugar donde llevaron a Jesús siendo un bebé (Lc 2,22-28), el lugar donde Jesús enseñó (Jn 8,1ss.), o donde los primeros cristianos se reunieron para orar (He 5,12-14). El área del templo en Jerusalén, llamada el Monte del Templo, ocupa hoy 59 ha. Esta área representa las dimensiones máximas del complejo del Templo de Herodes.

El arqueólogo y arquitecto Leen Ritmeyer, que ha estudiado el Monte del Templo y ha participado en las excavaciones que se han realizado en esta zona desde 1973, trazó, basándose en los datos arqueológicos y arquitectónicos, unos planos detallados de este recinto que muestran su evolución en el tiempo. Es difícil distinguir los restos en el área, porque este Templo fue destruido por el general romano Tito en el año 70 d.C., y más tarde allanado por Adriano (117-38 d.C.) para levantar sobre él un templo a Júpiter. Más tarde, en los períodos bizantino, islámico y durante las Cruzadas, se construyeron distintos edificios en esa misma área. No obstante, la reconstrucción de Ritmeyer resulta útil.

Basándose en la presencia de algunos bloques más antiguos al pie de una serie de escalones en el área noroccidental, Ritmeyer determinó que se trataba de parte de una plataforma central sobre la que se construyó el templo mismo. Un ligero giro en el muro oriental marcaba la esquina suroriental de la plataforma original, que ocupaba 265 m². Esta plataforma demarcaba el Templo reconstruido al final del siglo VI a.C. y se trata de la plataforma que mandó construir Salomón para nivelar el redondeado monte de piedra y así levantar su templo. Durante el siglo II a.C., la plataforma se amplió hacia el sur. Herodes la amplió todavía más hacia el norte y el sur. Para Ritmeyer, la unión o junta (el lugar donde se encuentran dos tipos de bloques de pie-



Grandes bloques que forman parte del muro occidental del Templo de Herodes.

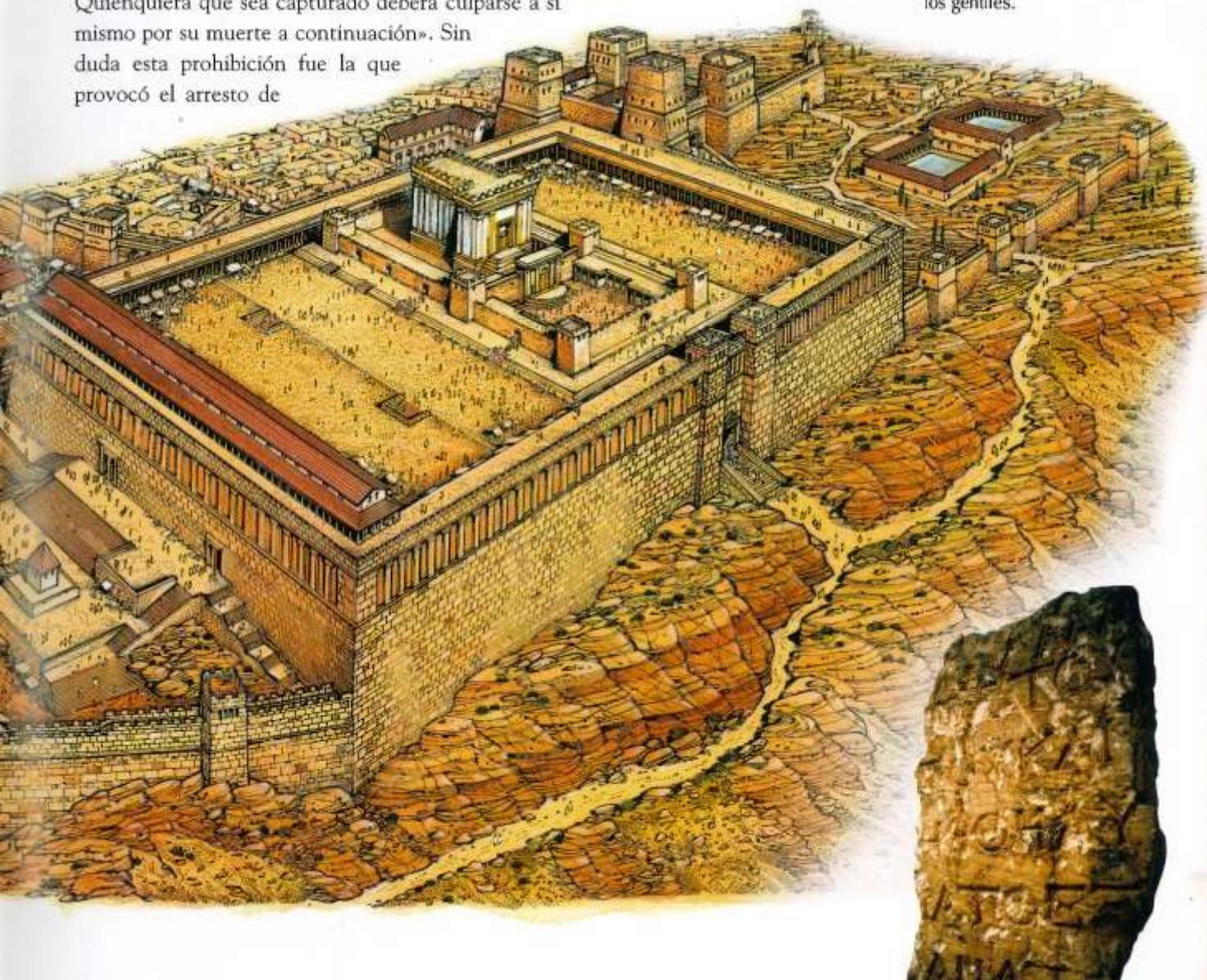


dra diferentes) en el mismo muro al sur del giro marca el punto donde comenzó la expansión de Herodes. El muro occidental, que se conocía como el «Muro de las Lamentaciones», contiene algunos de los enormes bloques de caliza que utilizó Herodes en la expansión del Templo. En otras palabras, el área que durante siglos fue y sigue siendo sagrada para los judíos como lugar de oración y adoración, y que hoy visitan los turistas, formaba parte del muro exterior del recinto del Templo y no del santuario mismo.

Dentro del recinto del Templo, alrededor del santuario, había un lugar reservado para los judíos. Se han encontrado dos inscripciones en griego que prohibían a los gentiles entrar en el área del santuario bajo pena de muerte. Una está completa, mientras que la otra sólo se ha conservado parcialmente. El texto completo reza: «Ningún extranjero entrará en el recinto de la balaustrada alrededor del área del templo. Quienquiera que sea capturado deberá culparse a sí mismo por su muerte a continuación». Sin duda esta prohibición fue la que provocó el arresto de

Reconstrucción del Templo de Herodes.

ABAJO: Una de las piedras que se levantaban en la entrada al interior del santuario, en la que se prohíbe la entrada a los gentiles.



Pablo en Jerusalén cuando se dijo falsamente que el Apóstol había «metido a los griegos en el Templo, profanando este lugar santo» (He 21,28). Sólo la intervención del centurión romano evitó que Pablo fuera golpeado hasta la muerte (He 21,30-34). Por otro lado, este era el muro que Pablo tenía en mente cuando pronunció las siguientes palabras: «Él es nuestra paz; el que de ambos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad» (Ef 2,14).

Tras la Guerra de los Seis Días de 1967, unos arqueólogos israelíes excavaron alrededor de los muros meridional y occidental del Monte del Templo. En el norte del «Muro de los Lamentos» se abrieron los llamados «túneles rabínicos». Estas excavaciones empezaron bajo el arco de Wilson (en el lado norte del Muro de los Lamentos) y corrieron paralelas al muro occidental, bajo la superficie. Hoy se puede caminar a lo largo de este túnel y contemplar los

Los palacios de Herodes

Herodes mandó construir grandes y lujosos palacios a lo largo y ancho de su reino. En Jerusalén, Herodes construyó un palacio que se conoce por fuentes escritas. Se han encontrado restos de él al sur de la actual puerta de Jafa, a unos 600 m al oeste de la esquina suroccidental del monte del templo. En Jericó construyó un complejo palacial, del que se han conservado bien algunas partes. Este complejo estaba situado muy cerca del wadi Qelt, un arroyo que descendía al mar Muerto. Junto al arroyo había un jardín hundido rodeado de nichos de piedra en los que se alzaban estatuas. El palacio albergaba una enorme piscina que medía 177 por 146 m, y baños calientes y fríos de estilo romano.

En el Herodión, a 5 km al sureste de Belén, se construyó un palacio igual de extravagante. También tenía baños y una piscina de casi 3 m de profundidad, además de una isla circular en la que se construyó un belvedere o pabellón de fiestas. Sobre la base de una colina en forma de cono, Herodes mandó construir otro palacio, y en el centro ubicó su residencia.

Según Josefo, Herodes fue enterrado con gran pompa en el Herodión. Es posible que un camino de 310 m de longitud que corre paralelo al palacio central hubiera servido de paseo para la procesión funeral del rey. La localización de su enterramiento ha sido un misterio durante casi tres décadas de investigaciones arqueológicas. Sin embargo, en mayo de 2007, Ehud Netzer, profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén, anunció que finalmente había descubierto la tumba tan largamente buscada. Hasta ahora se han encontrado en ella fragmentos de un sarcófago de piedra tallado que medía unos 2,30 m de largo. No se ha hallado ninguna inscripción que certifique que se trata de la tumba de Herodes, aunque su emplazamiento en el Herodión, donde Josefo localiza el enterramiento, y la calidad de las tallas del sarcófago sugieren que se trata de una tumba real. Las excavaciones continúan, y es posible que en el futuro se logre determinar la identidad del dueño de la tumba.



Masada, la fortaleza montañosa de Herodes cerca del mar Muerto.

enormes bloques de fundación, algunos con el inconfundible almohadillado suave en la superficie expuesta. Se estima que uno de los bloques de fundación pesa 380 toneladas, y mide 14 por 3 por 3 m. En algunas áreas del muro occidental se han conservado hasta diecinueve hileras de sillería herodiana. Es evidente que este proyecto de construcción requirió unas habilidades de ingeniería increíbles y masas de trabajadores para completarlo.

Hacia la esquina suroccidental, los arqueólogos excavaron a través de toneladas de bloques caídos y piedra machacada que cayeron desde arriba durante la destrucción del Templo en el año 70 d.C. Entre las ruinas se encontró un bloque con la parte superior redondeada, lo que indica que era una barandilla en la parte superior del muro. Esta pieza también contenía una breve inscripción escrita en hebreo: «al lugar de trompeteo para gui[ar]...». Esta piedra tal vez indicaba el lugar donde se tocaba la trompeta desde el Templo para guiar el Sabbath.

Único en su construcción y rasgos es el palacio fortificado de invierno que Herodes mandó construir en Masada, sobre un talud que se eleva 425 m sobre el nivel del cercano mar Muerto, en el desierto de Judá. La cima del talud se extiende 585 m por 307 m en su punto más ancho. Herodes construyó su palacio en el lado norte, sobre tres niveles diferentes. Las habitaciones estaban encaladas y pintadas con motivos florales y geométricos. Al lado del palacio se construyeron largas filas de instalaciones de almacenaje, y en la roca se talló un sistema de almacenamiento de agua que resulta brillante desde el punto de vista de la ingeniería. Se creó una presa en un cercano wadi para que cuando lloviera pudiera recogerse el agua. El agua se conducía a través de un acueducto para llenar unas cisternas.

Herodión: el palacio de invierno y lugar de enterramiento de Herodes.



A lo largo del lado sur de la plataforma del Templo había una gran área cubierta sobre pilares conocida como el Pórtico Real. En excavaciones recientes se descubrieron unos escalones que llevaban al Pórtico Real, que datan de la época de Herodes. Probablemente ese era uno de los principales puntos de entrada al Templo en los tiempos del Nuevo Testamento. Se cree que dentro del pórtico mismo era donde los famosos cambistas de dinero instalaban sus tiendas. Los cambistas ofrecían un servicio necesario, puesto que cambiaban varias monedas por el siclo del Templo para pagar el impuesto del Templo. Jesús expulsó a estos mercaderes, al parecer a causa de sus ganancias deshonestas (Mt 21,12; Jn 2,14).

¿DÓNDE SE LEVANTABA EL SANTUARIO?

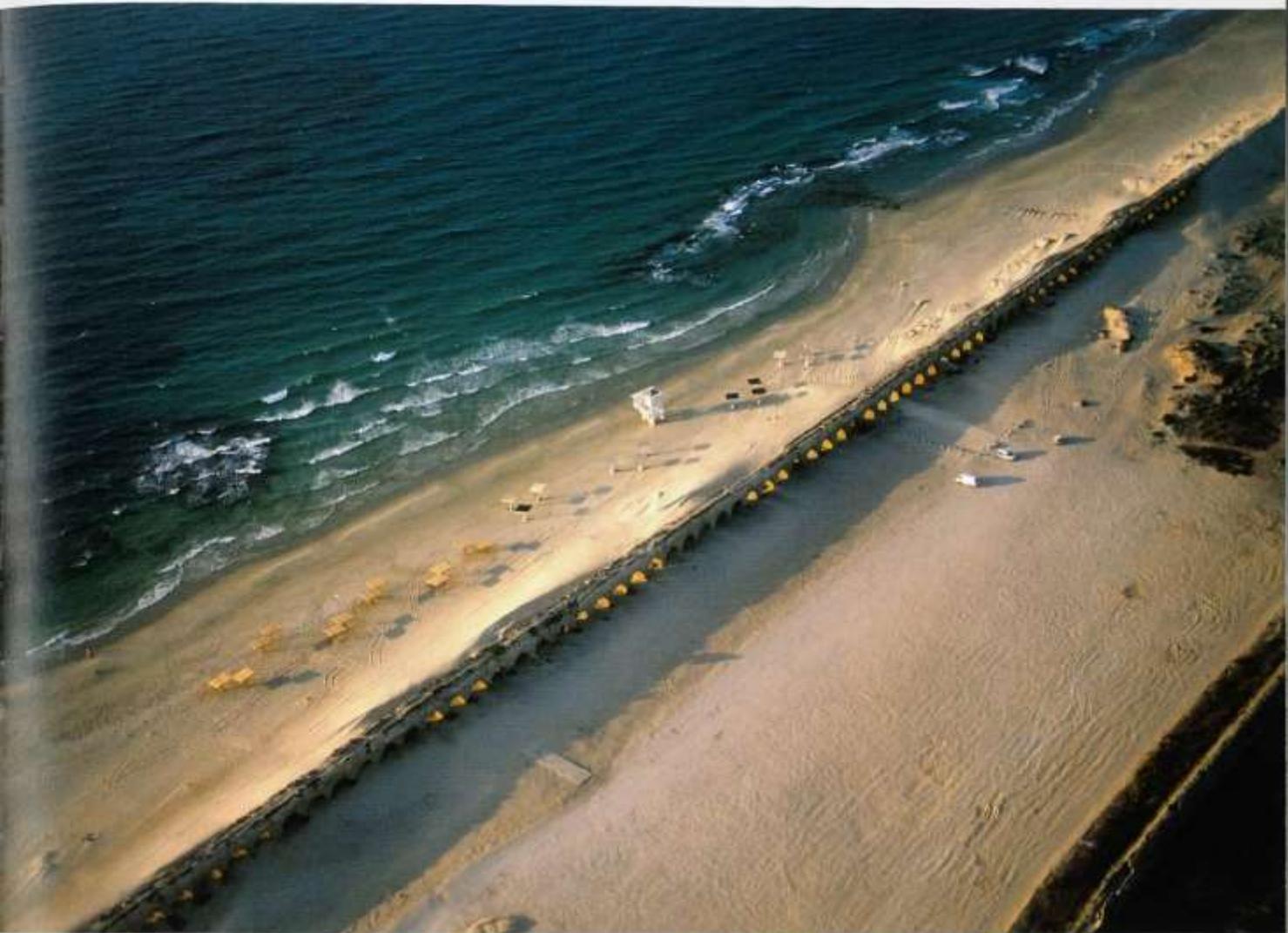
Se han propuesto dos ubicaciones para el santuario dentro del Monte del Templo. Asher Kaufmann, científico israelí, ha defendido su teoría en un libro académico. Según su hipótesis, el santuario se situaría en el lado norte del recinto, en línea con la puerta dorada al este. Hay una pequeña cúpula que descansa sobre pilares delgados y que cubre una pequeña área donde la roca madre es visible. Para Kauffmann, este punto marca el *sancta sanctorum* del Templo de Herodes.

La segunda hipótesis, propuesta por Ritmeyer (ver c. 7), establece que el *sancta sanctorum* del Templo se construyó sobre el área del Domo de la Roca. Esta zona del Templo de Herodes también habría servido como *sancta sanctorum* de los templos anteriores. Es posible que nunca logremos saber la localización exacta del Templo mismo. No obstante, existe un consenso entre arqueólogos y biblistas sobre el hecho de que el Templo debía de situarse en algún lugar dentro del complejo Haram el-Sharif, probablemente más cerca del Domo de la Roca que del lado norte. Sin embargo, las autoridades islámicas que controlan el Monte del Templo no permiten realizar excavaciones en el recinto.

El Templo de Jerusalén es la construcción de Herodes que tiene el papel más significativo en el Nuevo Testamento. Sin embargo, Herodes mandó construir edificios destacables en otros lugares. Es muy posible que Jesús mismo, y también Pablo, entraran en algunos de estos palacios, fortalezas y templos que se construyeron en época de Herodes.

CESAREA MARÍTIMA

Herodes también mandó construir toda una ciudad al lado del mar, Cesarea Marítima (que quiere decir «Ciudad de César junto al mar»), entre los años 23/22 y 10 a.C. Situada a mitad de camino entre las ciudades de Haifa y Tel Aviv, la ciudad fue diseñada al estilo romano, con un teatro y un hipódromo para carreras de caballos. La costa de Israel carece de puertos naturales, así que se tuvo que crear uno. Para lograrlo, los ingenieros de Herodes utilizaron cemento hidráulico hecho de arena volcánica de la isla de Santorini, localizada al norte de Creta, en el Egeo. El cemento se echó bajo el agua para formar bloques. Se ha investigado este método de construcción gracias a la arqueología subacuática. Las fotografías aéreas también revelan claramente el trazado de los rompeolas. El más largo se extendía unos 460 m a lo largo del agua y medía unos 62 m de ancho. A lo largo



de la playa, en el interior del puerto, los arqueólogos descubrieron una serie de cámaras abovedadas de almacenaje que indican el importante papel de este puerto en el comercio marítimo.

Un acueducto que corría a lo largo de la playa al norte de Cesarea servía para traer el agua a la ciudad. El agua corría a través de conducciones de arcilla que se volvían subterráneas hacia la fuente de agua, situada a unos 21 km. Este acueducto se ensanchó para incrementar el flujo de agua, probablemente en el siglo II, a juzgar por una inscripción colocada en la estructura. En ella se menciona al emperador Adriano y a la Décima Legión, probablemente los responsables del añadido del año 130 d.C.

Cesarea Marítima, que continúa siendo excavada y estudiada, fue el principal puerto de Israel durante varios siglos, y a mediados del siglo I d.C. fue residencia del gobernador romano de la región. Después de su arresto en Jerusalén, Pablo fue trasladado a Cesarea,

El acueducto de Cesarea Marítima.

donde estuvo prisionero durante dos años bajo los gobernadores Félix y después Festo (He 23,23-26.32), los cuales probablemente residían en el palacio de Herodes, construido sesenta años antes. Tras su apelación a César para que oyera su caso, Pablo embarcó hacia Roma desde el puerto de Cesarea.

Herodes verdaderamente fue un gran constructor, pero también un dirigente tiránico que no toleró ningún indicio de oposición. Fue en los últimos años de su vida cuando nació Jesús en Belén.

Vida y ministerio de Jesús de Nazaret

El nacimiento y los primeros años de Jesús

Los evangelios nos permiten conocer el contexto histórico del nacimiento de Jesús de Nazaret. César Augusto era el emperador de Roma, Quirino el gobernador romano o prócónsul de Siria y el sur de Turquía, mientras que Herodes el Grande estaba en sus últimos años de reinado (Lc 1,5; 2,1-2). Augusto, también conocido como Octavio, gobernó desde el año 43 a.C. hasta el 14 d.C. Quirino probablemente gobernó desde el año 11 a.C. hasta después de la muerte de Herodes, en el año 4 a.C. Teniendo en cuenta que Herodes vivía cuando Jesús nació, es probable que la natividad tuviera lugar entre el año 6 y el año 4 a.C. El nacimiento de Jesús de Nazaret marca el inicio del calendario occidental, por lo que puede resultar extraño decir que Jesús nació entre el año 6 y el año 4 a.C. (antes de Cristo). Esto se debe a errores de cálculo por parte de los estudiosos cristianos posteriores, que intentaron relacionar el nacimiento de Cristo con su época.

La historia del Nuevo Testamento empieza en realidad con el anuncio del nacimiento de Juan el Bautista, primo de Jesús, seguido por la noticia del embarazo de María, la madre de Jesús, en Nazaret. Se sabe poco sobre el Nazaret de los primeros años de Jesús, lugar situado en las colinas de la baja Galilea, que actualmente es una bulliciosa ciudad ocupada en gran medida por una comunidad árabe cristiana. No obstante, en 1955, antes de que se construyera la actual Iglesia de la Anunciación, se realizaron excavaciones en esta área. Gracias a estas excavaciones sabemos que Nazaret era un pequeño pueblo agrícola, puesto que se encontraron cuevas y hoyos para almacenar grano, prensas de aceite y lagares. Seguramente la Nazaret del siglo I d.C. contaba con aproximadamente 400 habitantes. En este pueblo casi desconocido creció Jesús. Los evangelios, no obstante, coinciden en que Jesús nació en Belén, cuando su familia tuvo que regresar a su hogar ancestral para registrarse en un censo (Lc 2,1-7).

BELÉN Y MÁS ALLÁ

Para llegar a Belén, José y su prometida embarazada probablemente viajaron hacia el sur desde Nazaret, atravesando las montañas centrales y la ciudad de Jerusalén, en un viaje de unos 120 km. Cerca de Belén la pareja se detuvo y descansó, según cuenta un evangelio apócrifo, el Protoevangelio de Santiago. El monje cristiano Cirilo de Escitópolis

Una cueva utilizada como redil para ovejas y cabras.



(Betseán), en un texto de mediados del siglo V d.C., afirma que se construyó una iglesia sobre el asiento de piedra donde María descansó. En 1993 se estaba pavimentando un camino entre Jerusalén y Belén. Cerca de un olivar que pertenecía a la Iglesia Ortodoxa Griega, los trabajadores advirtieron lo que parecían ser bloques antiguos. A finales de la década de 1990, unos arqueólogos israelíes excavaron el lugar y encontraron los restos de una estructura de forma octogonal del siglo V llamada *martyrium*, palabra que significa testigo. Este tipo de edificio se erigió en los primeros siglos cristianos para señalar un lugar sagrado que había sido testigo de un acontecimiento importante. Una estructura de este mismo estilo se construyó sobre lo que se cree que fue la casa de Pedro en Cafarnaún (véase p. 146); el Domo de la Roca en el monte del templo también siguió este mismo diseño arquitectónico. En el centro del edificio había una roca plana, seguramente el lugar principal de la iglesia. Se sabe con bastante seguridad que esta era la iglesia sobre la que escribió Cirilo, y que levantaron los antiguos cristianos para señalar el lugar donde María descansó antes de llegar a Belén y dar a luz. Bellos suelos de mosaicos adornan las capillas que rodean los muros octogonales más pequeños, que separan la roca del resto de la estructura. Es imposible probar que María descansó exactamente en este lugar, pero ciertamente sí que se trata de la antigua iglesia que construyeron los cristianos para conmemorar este hecho.

En 1969 se identificó un pequeño montículo al este de la Iglesia de la Natividad como la Belén del Antiguo Testamento. Esta hipótesis se basaba en los restos de cerámica de la Edad del Bronce y del Hierro que se hallaron en su superficie. La familia del rey David procedía de este lugar (por esa razón José, descendiente de David, debía trasladarse hasta allí para el censo). Existe una larga tradición que asegura que la Iglesia de la Natividad señala el lugar donde nació Jesús. Según los primeros historiadores cristianos, Jesús nació

en una cueva que se utilizaba como establo, y sobre este lugar se construyó una iglesia en el siglo IV d.C. La tradición que relaciona esta iglesia con el nacimiento de Cristo es muy antigua, y no han surgido otras hipótesis para localizar el lugar de nacimiento de Jesús, por lo que la mayoría de los estudiosos del Nuevo Testamento aceptan esta localización como auténtica.

Desde los tiempos más antiguos hasta el día de hoy, los pastores han alimentado a sus ovejas y cabras en las colinas de Israel. En ocasiones las cuevas naturales se ensancharon y excavaron en su parte trasera y se extendieron muros de piedra más allá de la entrada de la cueva para servir como redil para los animales. Según Lucas, Jesús fue alumbrado en un pesebre, un comedero de animales (Lc 2,7.12.16). En las representaciones del nacimiento de Jesús, desde las realizadas en época medieval hasta las diseñadas para las tarjetas de Navidad modernas, e incluso la recreada en la película *La Natividad* de 2006, el pesebre se muestra como una cuna de madera. Los pesebres de verdad descubiertos en Israel están tallados sobre un bloque de piedra. En el receptáculo se podía poner agua o comida para alimentar a los animales. Ese tipo de pesebre se utilizó tanto en los tiempos del Antiguo Testamento como en los del Nuevo, y yo mismo he visto que se seguían utilizando en mis visitas a Tierra Santa. A pocos metros del redil mostrado hay un pozo, y a su lado se encuentran dos receptáculos de piedra donde se echaba el agua del pozo para dar de beber a las ovejas.

Uno de los últimos actos infames del rey Herodes fue la brutal matanza de los niños de Belén (Mt 2,16), en un intento de eliminar al que sería «rey de los judíos». José, María y el niño Jesús huyeron a Egipto hasta la muerte de Herodes (Mt 2,1-15). En Egipto existe una fuerte tradición de la presencia de la Sagrada Familia, y hay una serie de iglesias muy antiguas que se levantaron en los lugares en los que se creía que María y José pasaron algún tiempo. De nuevo faltan pruebas para apoyar estas tradiciones. No obstante, la veracidad de los fragmentos del evangelio sobre la estancia de Jesús y sus padres en Egipto es innegable. En los años que siguieron a la vida de Cristo, el cristianismo se extendió a Egipto y allí ha dado testimonio de forma continuada, a pesar de la invasión árabe-musulmana de Egipto en el año 642 d.C. De hecho, todo el norte de África se había convertido al cristianismo en unos pocos siglos, pero, después del siglo VII, se borró cualquier rastro del cristianismo en la región, a excepción de Egipto. Extrañado sobre este hecho, hace algunos años le planteé esta cuestión al papa Shenuda III, patriarca de la Iglesia Ortodoxa Copta (egipcia). Su respuesta fue: «Jesús vino a Egipto». Su explicación era que, debido a que la Sagrada Familia visitó Egipto, los egipcios no podían abandonar su fe en Jesucristo.

Tras una corta estancia en Egipto, la familia regresó a Nazaret, su verdadero hogar, y allí pasó Jesús su infancia hasta aproximadamente los 30 años, edad en que comenzó su ministerio público (Mt 2,23; Lc 2,29-40). Sólo Lucas cuenta que, cuando Jesús tenía 12 años, acompañó a sus padres a Jerusalén para una fiesta religiosa. El niño se perdió y, después de un tiempo buscándolo, sus padres lo encontraron en «el Templo sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles. Todos los que le oían estaban admirados de su inteligencia y de sus respuestas» (Lc 2,46-47). Se cree que esta famosa esce-

na tuvo lugar en la amplia escalera de la entrada sur al complejo del Templo, descubierta recientemente. La Misná, que contiene interpretaciones rabínicas de la Ley, menciona al gran rabino Gamaliel «y los ancianos [zeqenim] sentados en la escalera en el Templo». En las escaleras se encontró una inscripción en hebreo que conserva la palabra hebrea *zeqenim* (ancianos), lo que hace pensar que esta era el área donde los ancianos y los maestros de la Ley se reunían para discutir los puntos más controvertidos de la Torá. Es muy posible que fuera aquí donde el joven Jesús escuchó estas deliberaciones y planteó sus preguntas.

Entre este episodio y el comienzo de su ministerio transcurrieron aproximadamente dieciocho años. Hay pocos datos sobre este período de la vida de Jesús. No obstante, excavaciones recientes en Séforis han aportado valiosa información sobre la Galilea y los acontecimientos en los tiempos de José y María.

SÉFORIS

Justo a 5 km al noroeste de Nazaret estaba la ciudad de Séforis, que se convirtió en una importante capital regional después de que el general Pompeyo ganara el control de Palestina para Roma. Josefo nos cuenta que, a continuación, Herodes el Grande tomó la ciudad durante una tormenta de nieve en el 37 a.C. A su muerte, no obstante, los romanos saquearon la ciudad y después dieron su control a Antipas, hijo de Herodes. Antipas reconstruyó Séforis durante su reinado (4 a.C. a 39 d.C.), que coincidió con la vida de Jesús. La ciudad se amplió y embelleció. Fue Antipas el que construyó un teatro cuyo desenterramiento comenzó en 1931. Las excavaciones del teatro se retomaron en la década de 1980 y continuaron hasta el principio de la década de 1990. El teatro originalmente tenía una capacidad para 3.000 personas, y después, en el siglo II d.C., se amplió para poder albergar a 4.500 personas. Teniendo en cuenta el tamaño de estos teatros, los arqueólogos sugieren que con estas dimensiones se buscaba albergar al menos al 10% de la población. Por lo tanto, cerca del hogar donde Jesús pasó su infancia, existía una bulliciosa ciudad de cerca de 30.000 personas. La ciudad se extendió de forma significativa después de la caída de Jerusalén en el año 70 d.C. y tras la segunda revuelta judía contra Roma en el año 135 d.C., cuando se convirtió en un importante centro del desarrollo del judaísmo rabínico. De hecho, la Misná se recopiló en esta ciudad.

El hecho de que importantes actividades de construcción estuvieran en curso durante las primeras décadas del siglo I d.C. hace pensar a algunos de los arqueólogos que han trabajado en Séforis que José, un carpintero (Mc 6,3) del vecino Nazaret, tal vez trabajara allí. También es posible que Jesús, aprendiz de carpintero, hubiera trabajado en esta misma ciudad junto a su padre.

El descubrimiento de la existencia de lo que durante la vida de Jesús fue un importante centro urbano cerca de Nazaret ha cambiado la imagen de Jesús criándose en un lugar apartado del entorno cultural de Tierra Santa, lejos de las oportunidades religiosas y educativas. Se ha podido descartar esta idea gracias a la información aportada por las excavaciones de Séforis.



Amplia escalinata que lleva a la entrada sur del templo.

Juan el Bautista

Según los evangelios, Juan el Bautista era un profeta que anunció la llegada de Jesús (Lc 1,5-24; 36-79). Vivió en el desierto antes de comenzar su predicación pública (Lc 1,80). Juan utilizaba el bautismo como signo de que la persona abandonaba el pecado y volvía hacia Dios. Este hecho ha llevado a algunos a pensar que Juan podría haber tenido alguna relación con la comunidad de Qumrán. Se cree que en esta comunidad eran célibes (como al parecer fue Juan) y practicaban el bautismo o baño ritual en sus piscinas o *mikva'ot*.

En unas excavaciones al oeste de Jerusalén, cerca de Ain Karim, donde se piensa que vivió Juan el Bautista, se descubrió hace poco una misteriosa cueva detrás de unos matorrales. En las paredes de la cueva se habían trazado unos toscos dibujos que representaban a una figura masculina. El estudioso Shimon Gibson cree que la figura es Juan el Bautista. En los últimos años se ha descubierto que la cueva formaba parte de un sistema de depósito de agua mucho más antiguo, de la Edad del Hierro, que presentaba restos cerámicos del siglo I d.C. en adelante. En la era cristiana parece haber tenido algún tipo de función religiosa asociada con Juan el Bautista. Es posible que los monjes cristianos creyeran, por tradición oral, que esta cueva estaba de algún modo asociada con Juan y por tanto la consideraran lugar sagrado. Como ocurre en el caso de otras tradiciones cristianas antiguas, la arqueología puede datar un yacimiento o estructura, pero generalmente no puede probar si un acontecimiento bíblico tuvo lugar o no en dicho yacimiento. Sí que parece claro que la cueva tuvo actividad humana en el siglo I d.C. Para algunos estudiosos, es posible que el propio Juan hubiera ocupado esta cueva y utilizado su agua para bautizar. A pesar de que esta hipótesis sería cronológicamente posible, los evangelios no aportan más información, salvo que Juan bautizaba en el río Jordán (Mc 1,5; Jn 1,28).

Según Lucas, Juan el Bautista empezó a predicar y bautizar en el año quince de Tiberio César, cuando Poncio Pilato era gobernador de Judea. El primero fue emperador entre 14-37 d.C., por lo que el año quince debería de ser alrededor de 28-29 d.C. Poco después, Jesús acudió a Juan para que le bautizara en Betania, «al otro lado del Jordán». Después de ser bautizado, Jesús comenzó su ministerio público de enseñanza, cuando «tenía unos treinta años» (Lc 3,23).

El ministerio de Jesús

Los evangelios sitúan la mayor parte del ministerio de enseñanza y curación de Jesús en el área alrededor del mar de Galilea. Los arqueólogos continúan investigando varios yacimientos asociados con las actividades de Jesús y sus discípulos.

BETSAIDA

Este nombre hebreo significa «casa de pescadores»; la ciudad era el hogar de tres de los discípulos de Jesús, Pedro, Andrés y Felipe (Jn 1,44; 12,21), que eran pescadores (Mt 4,18; Mc 1,16), al igual que Santiago y Juan (Mt 4,21). Betsaida ha sido identificada en el yacimiento de et-Tell (el montículo), ubicado a 2,5 km de la costa norte del mar de Galilea.

El Mar de Galilea y el ministerio de Jesús

El Mar o Lago de Galilea es pequeño (sus dimensiones máximas son 23 x 13 km), pero fue continuamente utilizado por Jesús y sus discípulos para atravesar las aguas hacia diferentes pueblos y pequeñas ciudades que lo rodeaban. Hasta hace poco se pensaba que ninguno de los puertos del siglo I había sobrevivido. Esto cambió con las excavaciones en el lugar de la antigua iglesia y monasterio de Kursi, el lugar de la bíblica Gergesa o Gadara, donde se dice que Jesús expulsó los malos espíritus del endemoniado y los envió a la pira de cerdos (Mt 8,28-32; Mc 5,1-20; Lc 8,26-39). El puerto no era visible en el agua, pero fue descubierto en 1970 cuando unos arqueólogos subacuáticos encontraron el rompeolas de piedra. Hecho de piedras de basalto, tenía forma semicircular, y medía 154 m de largo y originalmente alrededor de 3 m de alto. El nivel de agua del lago era probablemente 1,20 m más bajo, y la línea de costa 46 m

más corta en la época romana que actualmente. El rompeolas estaba diseñado para proteger el puerto y sus botes de las violentas tormentas que rápidamente podían levantarse en el lago, como ilustra el episodio en el que Jesús calma la tempestad (Mt 8,23-25; Lc 8,23). En la costa se excavó en la roca un tanque que posiblemente utilizaron los pescadores para depositar el pescado vivo después de haberlo capturado y antes de venderlo.

A mediados de la década de 1980, una sequía en la región llevó a niveles de agua inusualmente bajos en el mar de Galilea. Gracias a este suceso se descubrieron más rompeolas y puertos. En total se descubrieron más de una docena de puertos.

Otro hallazgo importante durante este período de aguas bajas fue un bote de madera. El descubrimiento lo realizaron en enero de 1986 dos hermanos que

El «bote de Jesús», encontrado en el Mar de Galilea.



siempre habían deseado explorar el lago y encontrar un viejo bote hundido; sus sueños se hicieron realidad. Tras alertar a arqueólogos profesionales de su descubrimiento cerca del Kibbutz Ginnosar, el bote fue excavado de forma experta, sacado del barro y restaurado. Ahora se exhibe en un museo especialmente diseñado para él. El navío de madera mide 8,2 m de largo y 2,3 m de ancho y data de entre el siglo I a.C. y el siglo I d.C. El bote se impulsaba mediante un par de remos a cada lado, y se cree que tenía un mástil para una vela y una quilla. Teniendo en cuenta las afirmaciones de Josefo, que describió las actividades de los botes en el mar de Galilea en el siglo I d.C., pequeños botes como este podían dar cabida hasta a quince personas. Gracias al estudio de los restos humanos de época romana encontrados en la región sabemos que el hombre medio no medía más de 160 cm de altura y que pesaba sólo 64 kg. Teniendo en cuenta estos datos y el tamaño del bote encontrado, es muy posible que Jesús y sus doce discípulos viajaran en una nave de este tipo.

En el yacimiento de Magdala, cerca de donde los dos hermanos encontraron el bote, arqueólogos franciscanos descubrieron un edificio que contenía un mosaico con un bote, probablemente uno que navegó por el lago adyacente. En él se muestran tres remos en un lado y dos mástiles. Por lo tanto, es posible que este bote fuera más grande que el llamado «bote de Jesús» descubierto hace veinte años.

Puertos alrededor del Mar de Galilea de la época de Jesús.



Algunos estudiosos cuestionaron esta identificación debido a su distancia del borde del agua. No obstante, el estudio científico del área y las excavaciones no comenzaron hasta 1987. Los geólogos han determinado que cuatro importantes terremotos provocaron corrimientos de tierra que dieron un nuevo aspecto al terreno alrededor de Betsaida. Esta actividad sísmica trasladó el río Jordán y extendió la costa más hacia el sur, de ahí la distancia entre Betsaida y la costa hoy en día. El último de los corrimientos de tierra ocurrió en el siglo III d.C.

En las excavaciones en Betsaida se ha descubierto una ciudad de la Edad del Hierro que se ha identificado como la capital del antiguo reino guesurita con el que David hizo una alianza de matrimonio. De esta unión nació Absalón, hijo de David (2Sam 3,3). En esta misma zona se han encontrado casas de pescadores de los períodos helenístico y romano. Las casas, de basalto, tienen varias habitaciones alrededor de un patio central. El espesor de los muros (70 cm) sugiere que algunos de los edificios podrían haber sostenido un segundo piso. En una casa se encontró una bodega de vino que todavía contenía varias ánforas de arcilla. También se han encontrado anzuelos, pesos de plomo de redes de pescar, agujas para reparar redes y anclas de hierro. Estos descubrimientos demuestran que la pesca era una de las bases de la economía de esta comunidad en los siglos I a.C. y d.C. Es posible que Pedro, Andrés y sus familias vivieran en casas parecidas y navegaran en pequeños botes de madera en busca de una buena pesca. La pesca comercial a pequeña escala en el mar de Galilea se ha mantenido hasta hoy.

CAFARNAÚN

Cuando Jesús comenzó su ministerio itinerante, dejó su hogar en Nazaret tras haber sido rechazado allí y fijó su residencia en Cafarnaún (Mt 4,13). Situada en el lado norte del mar de Galilea, Cafarnaún es uno de los lugares del Nuevo Testamento más excavados en las costas del lago. Las primeras excavaciones se realizaron ya en la segunda mitad del siglo XIX. En 1894, una parte de la tierra en la que se situaba el antiguo yacimiento fue comprada por la orden franciscana, que ha realizado excavaciones periódicamente en el lugar desde 1905. La Iglesia Ortodoxa Griega posee el sector septentrional del yacimiento y allí construyó un santuario. Se realizaron importantes excavaciones en este yacimiento entre 1978 y 1982. Ambas áreas muestran que Cafarnaún fue ocupada de forma continua desde el siglo V a.C. (justo después del exilio) hasta el siglo X d.C. Los hallazgos encontrados en el área sur son los de mayor peso en las narrativas del Nuevo Testamento.

Los evangelios declaran que Jesús a menudo habló en las sinagogas de Galilea, y mencionan concretamente la de Cafarnaún. Sería por tanto interesante descubrir una sinagoga del siglo I en esta zona. De hecho se encontró una gran sinagoga de piedra caliza con unas dimensiones de 24,3 m de largo y 18,5 m de ancho. El hecho de que sea de piedra caliza resulta significativo, pues la piedra caliza no proviene de esta región de Galilea, por lo que debió de transportarse desde otro lugar. La estructura está un tanto elevada, y se llega a ella después de subir unos escalones emplazados a ambos lados del pórtico de entrada. Tres entradas llevan desde el pórtico hacia la parte principal de la sinagoga, la llama-



da sala de oración. Sus muros interiores tienen dos niveles de bancos corridos donde probablemente se sentaban los fieles a oír la lectura de las Escrituras y su comentario. Una serie de pilares de piedra dividen la estructura en tres partes. Esta misma planta, conocida como estilo de basílica, se encuentra en las primeras iglesias. Se han encontrado piezas decoradas ornamentalmente que adornaban la sinagoga. Un capitel aparece decorado con una menorá, un cuerno de carnero y un recogedor de incienso, mientras que un bloque presenta la estrella de David, y otro el Santuario o Arca de la Torá. Este último puede haber decorado el nicho donde se almacenaban los manuscritos de la escritura. El nicho o armario especial de la Torá era el lugar principal de la sinagoga.

La datación de esta sinagoga se estableció gracias a la presencia de más de 25.000 monedas, algunas selladas en el suelo y utilizadas en el mortero. El investigador de esta zona mantiene que el edificio se construyó a finales del siglo IV d.C. y que la cámara auxiliar, «el patio», se añadió en el siglo V d.C. Su función no está clara del todo, aunque podría haberse construido para dar cobijo a los viajeros. Una inscripción griega encontrada en una sinagoga de Jerusalén, que posiblemente date del siglo I d.C., ofrece información útil sobre la función de las sinagogas. Afirma que un tal Teodoto, dirigente de una sinagoga, «construyó la sala de asamblea [sinagoga] para la lectura de la Ley y para la ense-

Interior de la sinagoga de Cafarnaún.



Estos cimientos de basalto bajo una estructura superior de caliza son los restos de la sinagoga del siglo I d.C. de Cafarnaún.



Restos de la casa de Pedro y de iglesia posterior, también en Cafarnaún.

ñanza de los mandamientos, y la sala de invitados, las cámaras y los receptáculos de agua como albergue para aquellos en necesidad que procedieran de lugares extranjeros». Además de la dimensión educativa de la institución, este texto nos informa de que tenía habitaciones para atender las necesidades de visitantes extranjeros, y esta pudo haber sido la función del anexo de la sinagoga de Cafarnaún.

La datación de la sinagoga en el siglo IV fue inicialmente decepcionante para los estudiantes del Nuevo Testamento, pues implicaba que no era la sinagoga que se construyó gracias a la filantropía del centurión romano (según se menciona en Lc 7,1-5), y donde Jesús enseñó y curó (Mc 1,21-28). No obstante, las siguientes excavaciones mostraron que bajo la estructura de piedra caliza había una construcción más antigua hecha de basalto; los restos cerámicos han permitido datarla en el siglo I d.C., por lo tanto es posible que se trate de la sinagoga que floreció en los días de Jesús. Si se considera que los bloques de basalto visibles bajo la piedra caliza se ajustan en gran medida al plan de la estructura más reciente, es muy probable que la construcción más antigua tuviera aproximadamente el mismo tamaño que la de piedra caliza construida encima.

Marcos nos informa de que en una ocasión Jesús y sus discípulos «salieron de la sinagoga y fueron a la casa de Simón [Pedro] y de Andrés, con Santiago y Juan» (Mc 1,29). Al parecer estos hermanos se habían trasladado desde Betsaida. Justo 30 m al sur de la sinagoga, los excavadores franciscanos descubrieron una construcción que identificaron como la casa de Pedro. Basaron su hipótesis en el hecho de que esta casa de basalto del siglo I había recibido un tratamiento especial desde fecha temprana. En primer lugar, las paredes y el suelo de una de las habitaciones que mide 5,8 por 6,45 m se encalaron en el siglo I, y más tarde volvieron a encalarse (ninguna otra casa excavada en Cafarnaún apareció encalada), lo que demuestra el elevado estatus de la casa. Se cree que desde fecha temprana los cristianos se reunieron en esa casa para orar y que desde entonces se convirtió en un lugar de peregrinación. Gracias a la información del libro de los Hechos y otros libros del Nuevo Testamento sabemos que los primeros cristianos se reunían en casas (He 2,46; 12,12; 20,20; 1Cor 16,19). Los visitantes grabaron inscripciones en las paredes en arameo, siríaco, griego y latín. En el siglo IV d.C., el complejo se expandió y se rodeó con un muro, y en el siglo siguiente se construyó una estructura de iglesia octogonal o *martyrium* sobre la habitación original. Se descubrieron un ábside y una fuente bautismal, lo que demuestra que el edificio se transformó más tarde en una iglesia.

Los restos arqueológicos muestran que esta casa particular recibió un tratamiento especial ya en el siglo I d.C., y no cientos de años más tarde, por lo que existe una probabilidad bastante grande de que efectivamente se trate de la casa de Pedro. Muy cerca de la «casa de Pedro» está la línea costera del mar de Galilea, donde se ha descubierto un paseo de 770 m de largo, con muelles de piedra que se extienden perpendicularmente hasta 31 m. Aquí habrían amarrado los pescadores sus botes para comerciar con su pesca. Es muy posible que Herodes Antipas tuviera un puesto en los muelles para recoger los impuestos correspondientes al rey. Uno de los recaudadores de impuestos en Cafarnaún era Mateo, que estaba en su puesto en este paseo cuando Jesús le dijo: «Sígueme» (Mt

9,9). No sólo se convirtió en uno de los doce apóstoles, sino que también escribió el primer evangelio.

La enseñanza y los hechos de Jesús

Jesús fue un maestro itinerante y un hacedor de milagros que enseñó en sinagogas, al aire libre junto al mar de Galilea, y en el Templo de Jerusalén. Su uso de parábolas dejó perplejas a sus audiencias. Los restos arqueológicos del siglo I d.C. pueden ayudar al lector del siglo XXI a comprender la enseñanza de Jesús y, en algunos casos, permitirle apreciar y visualizar su contexto. He aquí algunos ejemplos.

EL PINÁCULO DEL TEMPLO

Cuando Jesús fue tentado por el diablo al principio de su ministerio, Satán «lo llevó a la ciudad santa, lo subió al alero del Templo». Y allí le incitó a «tirarse de aquí abajo» (Mt 4,5-6). Se cree que este episodio tuvo lugar en la esquina sureste del Monte del Templo (pináculo)¹. Hoy en día los restos de los muros del período islámico hacen que la altura desde la esquina superior hasta el valle del Cedrón resulte poco llamativa. Sin embargo, el Templo de Herodes era más alto, puesto que el pórtico de pilares que servía como sala de entrada al lado sur del complejo se elevaba muy por encima del valle. Joséfo, que escribió en las dos décadas siguientes a la caída de Jerusalén, en el año 70 d.C., describió esta esquina con estas palabras: la «altura del pórtico que se erguía sobre ella [la esquina] era tan grande que si alguien miraba hacia abajo desde su tejado, al combinar las dos alturas se mareaba y su visión no podía alcanzar el fondo de una profundidad tan inconmensurable».

LA PISCINA DE BET-ZATA O BETESDA

Jerusalén era una ciudad de piscinas: algunas eran para almacenar agua, como las cisternas y los depósitos, mientras que otras se utilizaban para realizar rituales de purificación. Juan informa de que una de esas piscinas, rodeada por cinco columnatas (Jn 5,2), era el lugar donde se reunían las personas discapacitadas, esperando la curación. El topónimo «Betsda» probablemente significa «casa o lugar de misericordia». Se dice que allí curó Jesús a un hombre. Teniendo en cuenta que Juan sitúa esta piscina «cerca de la puerta de las ovejas» (Jn 5,2), su ubicación es bastante segura. Se sabe que esta puerta estaba situada al norte del Monte del Templo. El rollo de cobre de Qumrán, que data de antes del año 70 d.C., habla de Beth Eshdathayin, que quiere decir «casa de dos piscinas». En esta misma área se han descubierto los restos de dos piscinas, la primera de las cuales se cree que medía 66 m de ancho en su lado sur, 59 m en su lado norte y 49 m en los lados este y oeste. La segunda era algo más pequeña.

LA PISCINA DE SILOÉ

En una ocasión, cuando Jesús curó a un hombre ciego, le dijo que fuera a lavarse los ojos en la piscina de Siloé (Jn 9,7). Desde ya hace algunos siglos se ha identificado esta pisci-

¹ N. de la T.: El alero del templo, por ser de una obra de gran altura es también llamado pináculo.

Piscina de Siloé del periodo bizantino en Jerusalén.



na con una situada al final del túnel de Ezequías, aunque no existían restos arqueológicos que probaran esta hipótesis. Los restos encontrados en los últimos años sugieren que esta piscina existió desde los tiempos bizantinos (siglo III o IV) en adelante. Durante el verano de 2004, cuando unos trabajadores de la ciudad cavaban unas trincheras para instalar cañerías justo al sur de la piscina, se descubrieron unos bloques antiguos. Unos arqueólogos excavaron la estructura y descubrieron que se trataba de una gran piscina. Hasta la fecha sólo se ha despejado una pequeña porción de la piscina, puesto que una gran área de la misma está bajo un huerto propiedad de la Iglesia Ortodoxa Griega. Dos esquinas de la piscina y el área entre ellas revelan que esta medía unos 69 m de ancho. La longitud, desafortunadamente, permanece desconocida, pero se ha expuesto lo suficiente para advertir su diseño y poder datarla.

La piscina está recubierta de bloques de piedra caliza fina. Cinco escalones conducen hacia un descansillo, al que siguen cinco escalones más, seguidos por otro descansillo; después cinco escalones adicionales descienden hasta el fondo de la piscina. Cuando se retiraron algunos de los bloques se observó que debajo yacía una piscina más antigua con escalones enyesados. Gracias al uso de un detector de metales se encontraron cuatro monedas embutidas en el yeso. Datan del período asmoneo, en concreto del reino de Alejandro Janneo (103-76 a.C). Es probable que esta piscina se excavara durante el siglo I a.C. La fecha de construcción de la piscina recubierta de piedra continúa siendo insegura, pero las monedas y cerámica asociadas a ella sugieren que se remonta a la caída de Jerusalén en el año 70 d.C. Es muy probable que, al estar situada en el fondo del valle, se rellenara rápidamente de tierra y que su localización se hubiera olvidado. Es muy probable que la piscina recubierta de piedra se trate de la piscina de Siloé de la época de Jesús.



Enormes vasos de purificación de piedra, probablemente similares a los mencionados en la historia de la boda de Caná.

Esta piscina no sólo se utilizaba para recoger agua que fluía del manantial del Guijón y que pasaba a lo largo del túnel de Ezequías, sino también como uno de los muchos *mikvá'ot* o baños de purificación para el Templo de Jerusalén. Se espera que haya más excavaciones en este lugar. Esperemos que estas excavaciones permitan establecer la datación con mayor seguridad. Los arqueólogos especulan que la piscina más antigua de la época de Ezequías podría estar bajo esta piscina o cerca de ella.

JARRAS DE VINO

Mientras asistía a una boda en Caná de Galilea (un pequeño pueblo situado entre Nazaret y Séforis), Jesús realizó su primer milagro: la conversión de agua en vino. Juan 2,6 especifica que había seis vasijas de piedra «para los ritos de purificación de los judíos». Se han descubierto vasos de piedra de este tipo en las excavaciones realizadas en una gran casa en Jerusalén que los romanos destruyeron y quemaron en el año 70 d.C. Se han encontrado vasos de piedra similares en el mismo lugar de Caná (Khirbet Cana) en unas excavaciones que comenzaron en 1998. Estas enormes jarras se hicieron a partir de un solo bloque de piedra con la ayuda de un torno. En el caso de los invitados a la boda, las jarras de agua se habrían usado para el lavado de manos antes de la comida festiva.

REDILES DE OVEJAS

En la famosa enseñanza en la que Jesús se identifica a sí mismo como el Buen Pastor, Jesús describía cómo sus ovejas entraban y salían del redil. Entonces proclama: «yo soy la puerta de las ovejas» (Jn 10,7). En este mismo capítulo se describe un redil de ovejas. ¿Qué quería decir Jesús al proclamar que él era la entrada o puerta del redil? Hace algunos años,

un profesor amigo marchaba de excursión por las colinas de Judea cuando se topó con un redil de ovejas hecho de piedra. Allí se encontró con el pastor, con quien intercambió saludos en árabe. Al advertir que el redil carecía de entrada, mi amigo preguntó al pastor: «¿Dónde está la entrada?». El beduino le respondió: «¡Yo soy la entrada!». Gracias a este simple encuentro (un caso de etnoarqueología), el biblista se dio cuenta inmediatamente de que este pastor, al igual que Jesús 2.000 años antes, quería decir que él era el protector de sus ovejas. No hacía falta una puerta física.

ODRES DE VINO

En Mateo 9,17, Jesús, para explicar el cambio de mentalidad que su nueva enseñanza requería, declaró: «Ni echan vino nuevo en odres viejos». En los tiempos del Antiguo Testamento, los pellejos de animales se utilizaban como odres para almacenar agua (Gén 21,14), leche (Jue 4,19) y vino (1Sam 1,24; 10,3). Debido a su naturaleza perecedera, es muy difícil encontrar restos de pellejos de animales en los que se almacenaban líquidos. No obstante, sí se han conservado estos pellejos en lugares especialmente áridos. Normalmente se trata de pellejos de ovejas o cabras, y se han conservado algunos de tiempos bíblicos.

PIEDRAS DE MOLINO

«Al que escandalice a uno de estos pequeñuelos que creen en mí, más le valdría que le ataran al cuello una rueda de molino y lo tiraran al mar» (Mc 9,42). Este grave juicio de Jesús se hace todavía más severo cuando se tiene oportunidad de contemplar las piedras de basalto que se utilizaban para machacar las aceitunas para hacer aceite o el grano para hacer harina. Las piedras más grandes se hacían girar con un asno.

BARRIOS DOMÉSTICOS

«La puerta está cerrada y yo y mis hijos acostados» (Lc 11,7). En una parábola de Jesús, esta es la excusa de un hombre para no levantarse y ayudar a su amigo en medio de la noche. La idea de padres y niños compartiendo una misma habitación y una misma cama puede resultar extraña para nuestras costumbres modernas. Sin embargo, los arqueólogos han encontrado barrios domésticos en varias zonas de Galilea, y en ellos sólo hay un dormitorio. Por tanto, los niños dormían en una cama con sus padres y, para asegurar la puerta contra los intrusos, estas se cerraban con cerrojos. Se han descubierto grandes llaves de bronce, a veces con los mangos de madera intactos.

LÁMPARAS

La Biblia utiliza la palabra lámpara en muchas de sus metáforas. Cuando el salmista dice: «Tu palabra es una lámpara para mis pies», podría pensarse en una linterna o farol con una vela. Pero no es así. A lo largo del período del Antiguo Testamento, las lámparas se hacían de arcilla, y consistían en un pequeño cuenco (de ca. 15 cm de diámetro) con el borde doblado hacia adentro para crear un pitorro. Se utilizaba aceite de oliva como com-

bustible (Éx 25,6; 27,20) y una cuerda de lino en el pitorro servía de mecha (Is 42,2). Después del período del Antiguo Testamento, las lámparas se hicieron más pequeñas y el pitorro más pronunciado. Esta evolución se fue acentuando en el siglo I d.C. Las lámparas que Jesús menciona en sus parábolas (Mc 4,21; Lc 11,33) todavía se hacían de arcilla, pero el pitorro estaba ahora completamente cerrado y tenía una forma elíptica o circular. El aceite se echaba por un agujero de tamaño pequeño o mediano situado en el centro de la lámpara, a menudo en una depresión cóncava. Era común decorar la parte superior de las lámparas con un modelado. Además de diseños geométricos y florales, las lámparas podían tener símbolos religiosos, como una menorá, o una cruz en la era cristiana. Se han encontrado lámparas de todos los períodos con hollín negro en el área del pitorro, lo que demuestra que realmente se utilizaron. La luz generada por estas lámparas era mínima. Se han encontrado algunas lámparas con múltiples pitorros para dar más luz. Es probable que estas se utilizaran en lugares públicos.

Muerte y enterramiento de Jesús

Hacia Jerusalén para la Pascua

Los cristianos de todas las tradiciones consideran la Semana Santa un tiempo profundamente importante para observar y recordar la pasión, el juicio, la muerte y la resurrección de Cristo. Los días anteriores a la muerte de Jesús reciben considerable atención en los cuatro evangelios, y han sido el objeto de profundas investigaciones geográficas y arqueológicas durante más de un siglo.

Los tres evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) cuentan que Jesús viajó de Galilea a Jerusalén, como hicieron miles de personas, para la observancia anual de la Pascua. Mencionan que pasó por Jericó (Mt 20,29; Mc 10,46; Lc 19,1-10). La referencia a Jericó, situada justo al oeste del río Jordán e inmediatamente al norte del mar Muerto, indica que él y su grupo probablemente viajaron al sur a través de Transjordania, evitando así el territorio samaritano (Mc 10,1). Después de cruzar el Jordán, Jesús y su grupo pasaron por Jericó y probablemente contemplaron el magnífico palacio de Herodes a la derecha, al comenzar a subir por el camino a Jerusalén. No se trataba de un ligero paseo, sino de un elevado ascenso de unos 1.000 m de altura, desde los 250 m bajo el nivel del mar del desierto de Judá hasta las alturas de Jerusalén a 740 m sobre el nivel del mar.

Antes de la Pascua, Jesús visitó la aldea de Betania, situada a tan sólo 3 km de Jerusalén, sobre las laderas orientales del monte de los Olivos. Mientras cenaba con sus discípulos en la casa de Simón, una mujer llamada María, cuya identidad exacta aún se discute, ungió a Jesús con un «perfume de nardo auténtico, de mucho valor» (Mc 14,3; Mt 26,7). El aromático unguento se había guardado en una botella de alabastro. Se han encontrado elegantes botellas de cristal de largo cuello que probablemente se utilizaron para perfumar las tumbas de la época romana alrededor de Jerusalén. Dado que el nardo era una sustancia muy cara (se cree que procedía de la región del Himalaya y que llegaba a Tierra Santa por el mar Rojo vía comercio marítimo), a menudo se guardaba en un recipiente menos frágil que el vidrio. El alabastro o travertino, una bella piedra de Egipto, se consideraba el mejor material para fabricar recipientes donde guardar unguentos. Se han descubierto botellas de este tipo en Tierra Santa. También se encontraron bellas jarras de alabastro, algunas con forma de animales, en la tumba de Tutankamón, en Egipto.



Botella de alabastro para perfume. Es posible que fuera una botella similar la que contenía el perfume con el que se ungió a Jesús.



Olivar en el lugar tradicional del jardín de Getsemaní.

El Domingo de Ramos Jesús se trasladó desde Betania atravesando la cima del Monte de los Olivos y el valle del Cedrón (Lc 19,29) hasta Jerusalén. Así comenzó lo que los cristianos llaman la «Semana Santa». Para los judíos, esta era la semana anterior a la Pascua, o fiesta del pan ácimo. Se trataba de un período de preparación, como cuenta Juan: «Estaba próxima la Pascua de los judíos, y muchos de la región fueron a Jerusalén antes de la Pascua para celebrar los ritos de purificación» (Jn 11,55). Por lo tanto, piscinas como las de Siloé y Betesda, y los *mikva'ot* de Jerusalén, probablemente se utilizaban mucho en esta época. Algunas de las casas más grandes de Jerusalén tenían sus propios *mikva'ot*. Las excavaciones que se han realizado al sur del monte del templo desde 1967 han permitido desenterrar más de veinte *mikva'ot* de varios tamaños en el área enfrente de la escalera ancha (ver c. 11).

Jesús y sus discípulos comieron la comida de Pascua (o Seder) en una «habitación superior» dentro de la ciudad de Jerusalén (Mc 14,15; Lc 22,12). No se han encontrado restos arqueológicos que nos permitan localizar este edificio, aunque sí se han encontrado casas en Jerusalén que podrían haber sostenido un segundo piso. El hecho de que esta sagrada e íntima comida tuviera lugar dentro de la ciudad, a pesar de que Jesús se albergaba en Betania, demuestra que se estaba observando la Ley, que ordenaba la celebración de la Pascua dentro de la ciudad elegida (Jerusalén) (Dt 16,5-6).

La traición y el juicio de Jesús

Tras terminar la comida de Pascua, que los cristianos llaman «la Última Cena», Jesús y sus discípulos, menos Judas el traidor, fueron a un jardín al otro lado del valle del Cedrón, llamado Getsemaní (Jn 18,1). Él acostumbraba a ir a este lugar a rezar cuando estaba en Jerusalén (Lc 22,39). Sin embargo, se ignora qué es lo que hacía de este lugar un lugar de

oración. Una teoría interesante apunta que este lugar se asociaba con el lugar donde David, mientras huía de Jerusalén por la rebelión de Absalón, se detuvo a rezar según iba hacia el monte de los Olivos (2Sam 15,30-32).

Hoy en día, la Iglesia de todas las Naciones en Getsemaní se alza sobre los cimientos de una iglesia más antigua del período bizantino. Dentro de la iglesia hay una roca plana que, según la tradición cristiana antigua, es el lugar donde Jesús rezó en agonía antes de su traición. En el año 330 d.C., el historiador de la Iglesia Eusebio de Cesarea mencionó este lugar como un sitio donde los fieles acudían a rezar. La primera iglesia se construyó allí unos cincuenta años después.

Después de ser arrestado, Jesús fue llevado a la casa del sumo sacerdote, Caifás (Mt 26,57; Lc 22,54), cuyo nombre completo en arameo era Yosef bar Caiapha, es decir, José hijo de Caifás. Su mandato como sumo sacerdote data del año 18 al 36 d.C. En 1990 se descubrió un grupo de osarios (cajas de huesos hechas en caliza) en una tumba al sur de Jerusalén. Una tenía el nombre Yhosef bar Cifha grabado en un costado. Existe un amplio acuerdo sobre el hecho de que este osario perteneció al sumo sacerdote que buscó el permiso de Poncio Pilato, el gobernador romano, para crucificar a Jesús.

Gracias a las excavaciones que se realizaron en el barrio judío de la ciudad vieja, se ha

encontrado un grupo de casas que parecerían haber pertenecido a familias sacerdotales. Esta área está situada a unos 300 m al suroeste de la esquina suroeste del monte del templo. Estas mansiones, todas destrozadas por la conflagración, se ubican en la ciudad alta o área del monte Sión en Jerusalén. En la llamada «casa quemada» se encontraron monedas en los suelos de varias habitaciones, que datan de antes del año 70 d.C. También dentro de esta casa se encontró un peso de piedra con la siguiente inscripción: «[perteneciente] al hijo de Katros». Este nombre se conoce, por el Talmud (comentarios legales judíos), como el de una familia sacerdotal de Jerusalén. Esta familia sacerdotal y Hanin son criticados en esta literatura por su falta de ética en el manejo de las finanzas del Templo y por su dureza. Algunos estudiosos equiparan el nombre Katros con Caifás, y Hanin sería la versión aramea de Anás,

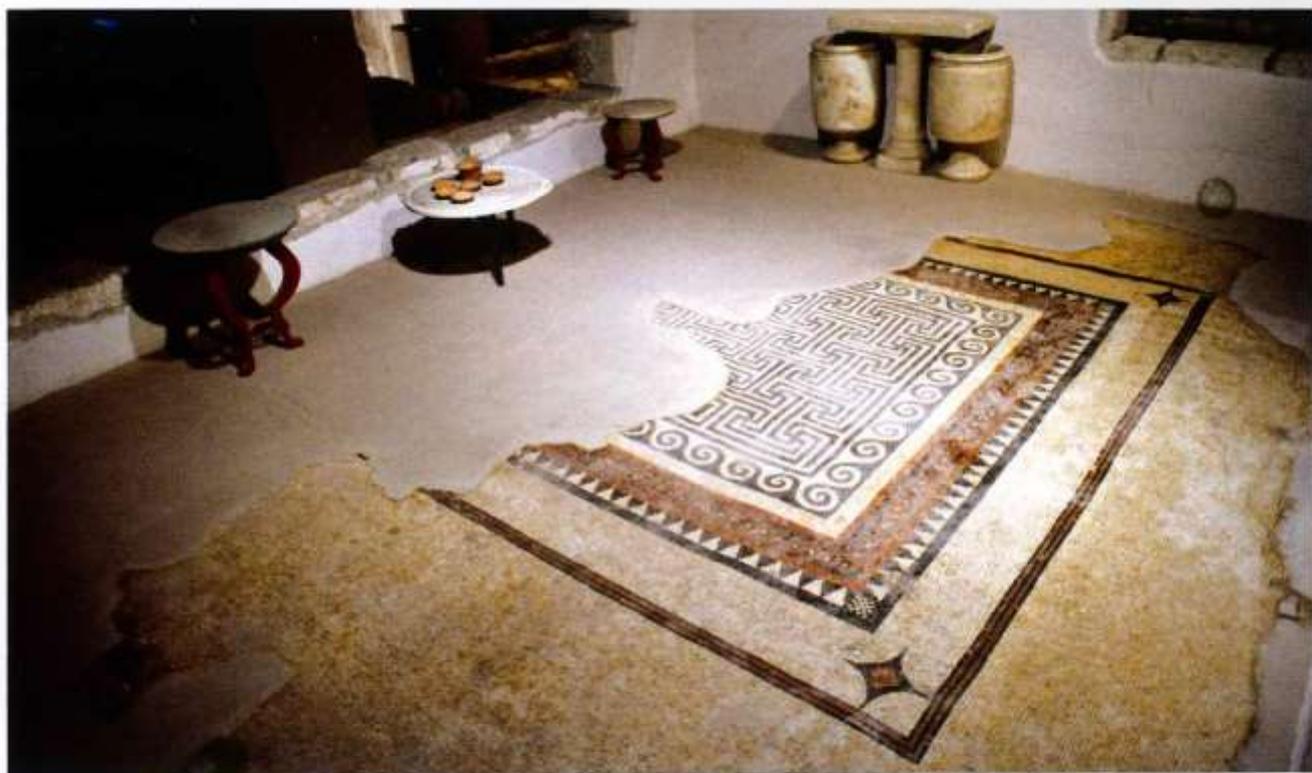
conocido en los evangelios como el suegro de Caifás (Jn 18,13). El descubrimiento del peso de Katros en esta mansión apoya la hipótesis de que esta casa pudo pertenecer a la familia de sacerdotes en el poder durante la vida de Jesús.

La «mansión palaciega» es la más grande de las casas encontradas en este barrio. Ocupa alrededor de 510 m², y tenía al menos dos pisos y un patio con suelo de guijarros de unos 24 m². Es posible que los evangelistas se refirieran a una casa de este tipo cuando escribieron el episodio en el que Pedro entró en el patio de la casa de Caifás para ver qué estaba pasando con Jesús (Mt 26,54). Es posible que en un patio de estas mismas características Pedro negará tres veces conocer a Jesús. Las paredes de este edificio se encalaron y se pintaron con motivos decorativos, y algunos de sus suelos se decoraron con mosaicos. Esta casa, como las demás mansiones del vecindario, tiene *mikva'ot* en el piso de abajo.

La referencia a Bar Katros en la «casa quemada», el tamaño de las casas que la rodean y



Osario de Caifás.



el estilo con el que fueron amuebladas, propio de clase alta, hacen pensar que estos hogares pertenecieron a los altos sacerdotes de Jerusalén. Sin embargo, por ahora no hay forma de saber cuál de estas casas visitó Jesús en la noche antes de su crucifixión.

Tras la audiencia preliminar en casa de Caifás, Jesús fue presentado al Sanedrín, lugar donde el consejo gobernante se reunió para su veredicto (Mt 26,59). Al parecer este lugar estaba situado en el complejo del Templo. Por lo tanto, Jesús fue trasladado desde la ciudad superior hasta el Monte del Templo, y subió las escaleras del arco de Robinson hasta el recinto del Templo. Todavía quedan restos de este arco que sobresalen en el lado sur del muro occidental del Monte del Templo.

El Sanedrín acordó que Jesús era culpable de proclamarse Hijo de Dios y Mesías (Lc 22,66-71). El consejo lo condenó a muerte y lo envió al gobernador romano, Poncio Pilato. La residencia de Pilato estaba en Cesarea Marítima, no en Jerusalén. De hecho, en 1961 se descubrió allí parte de una inscripción que lleva su nombre: PONTIUS PILATUS PREFECTUS IUDAEAE («Poncio Pilato, Prefecto [gobernador] de Judea»). Su presencia en Jerusalén en esta época probablemente se debiera a la Pascua.

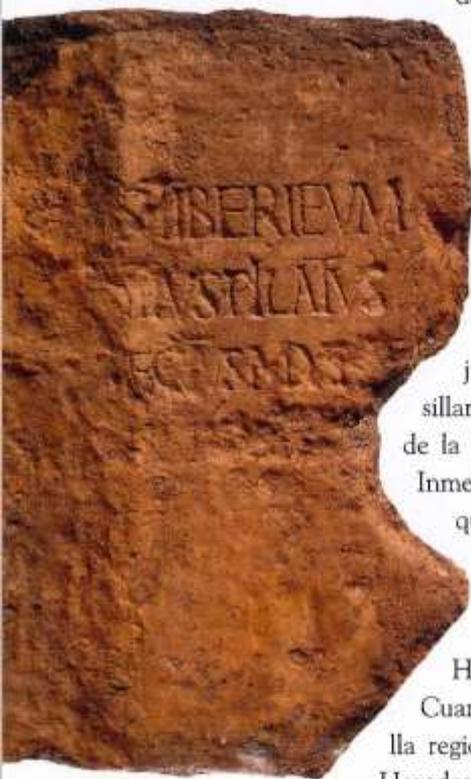
La localización del lugar del juicio de Jesús y de la residencia de Pilato en Jerusalén ha constituido un tema de interés académico. La fortaleza Antonia, que mandó construir Herodes el Grande y que llamó así en honor a su amigo Marco Antonio, se situaba en el lado norte del complejo del Templo. La Iglesia del Ecce Homo («he aquí el hombre») se alza sobre los macizos suelos de piedra del fuerte de Herodes. La tradición católica romana mantiene

Mosaico en el suelo de una mansión del siglo I en Jerusalén.

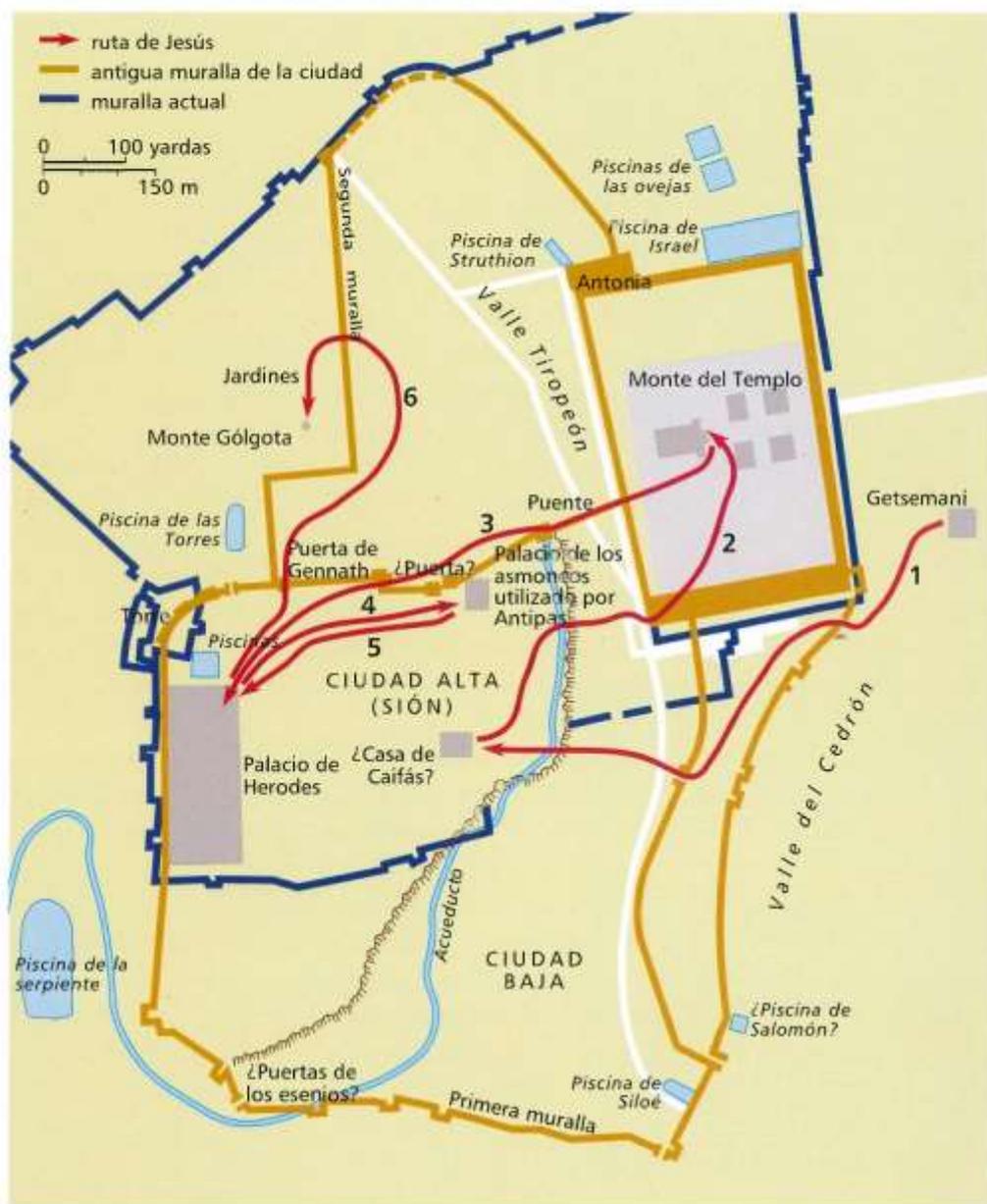
que fue aquí donde Jesús compareció ante Pilato. Sin embargo, excavaciones recientes han revelado que el enlosado bajo la iglesia, que se pensaba que era el Gábbata, el «enlosado de piedra» (Jn 19,13) donde Jesús fue juzgado, no se dispuso hasta la época del emperador romano Adriano (135 d.C.). Al parecer, la fortaleza Antonia original fue destruida por los romanos en el año 70 d.C. y reconstruida unos sesenta años más tarde por Adriano. Consecuentemente, este enlosado no puede ser el Gábbata de los evangelios, y no hay pruebas de ninguna fuente que permitan pensar que este fuerte era el pretorio o palacio. Por tanto, los arqueólogos han descartado la hipótesis de que este lugar fuera donde se produjo el juicio de Jesús. Por lo tanto, en la Vía Dolorosa, ruta que supuestamente tomó Jesús desde el juicio romano hasta el Gólgota para su crucifixión, se ha señalado un punto de salida equivocado. Cada año, miles de peregrinos cristianos siguen esta ruta creyendo que están pasando por el camino de Jesús. Por lo tanto, debemos seguir preguntándonos: ¿dónde estaba la residencia de Pilato?

La palabra latina *praetorium*, que significa «palacio», se utiliza en dos de los evangelios (Mt 27,27; Mc 15,16) para referirse a la residencia de Pilato. En Hechos 23,35 se menciona que el gobernador romano posterior Félix vivió en el «pretorio de Herodes» en Cesarea. Esta referencia ha llevado a pensar que el pretorio en Jerusalén se emplazaba en el palacio de Herodes el Grande. Josefo cuenta que el palacio de Herodes tenía tres torres defensivas asociadas, llamadas Fasael (por el hermano de Herodes), Hípico (por un amigo de Herodes) y Mariam (por su esposa). Al parecer expandió y reforzó la anterior ciudadela asmonea localizada justo dentro de la actual puerta de Jafa. Hoy sólo ha sobrevivido la torre Fasael. Los sillares herodianos más grandes de las torres son claramente visibles en la mitad inferior de la torre. La cima está construida con bloques más pequeños del período islámico. Inmediatamente al sur de las torres se localizaba el palacio de Herodes. Las excavaciones que se han realizado en esta zona desde 1967 indican que medían unos 250 m de largo y 100 m de ancho, pero se sabe poco sobre los rasgos arquitectónicos del palacio. Josefo lo describe como un edificio verdaderamente opulento, lo cual es bastante verosímil, teniendo en cuenta lo que sabemos de otros palacios de Herodes.

Cuando Pilato se enteró de que Jesús era de Galilea y supo que el gobernante de aquella región, Herodes Antipas, estaba en la ciudad para los días santos, envió a Jesús a Herodes (Lc 23,6-7). Tiberíades, situada en la costa occidental del mar de Galilea, era la capital de Antipas. Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande, probablemente se alojaba en el antiguo palacio asmoneo cuando viajaba a Jerusalén. Todavía no se ha descubierto esta estructura, pero se cree que estaba en el área situada al norte de las casas sacerdotales antes mencionadas. Herodes Antipas, que no sabía qué hacer con Jesús, se lo devolvió a Pilato (Lc 23,11). Pilato cedió a la presión de los líderes del Templo y ordenó que fuera crucificado. «Un hombre de disposición inflexible, obstinada y cruel» son las palabras utilizadas por Josefo para describir a Pilato. Es interesante que el argumento que utilizaron los sacerdotes para convencer a Pilato de crucificar a Jesús fueran los siguientes: «Si lo dejas en libertad,



Bloque de Cesarea Marítima que menciona a Poncio Pilato.



1. Jesús es arrestado en Getsemaní y llevado a casa de Caifás.
2. Jesús es trasladado al templo para ser «jugado» por el Sanedrín.
3. Es enviado ante Pilato al Palacio de Herodes para que las autoridades romanas autoricen su condena a muerte.
4. Pilato le envía a Herodes Antipas en el palacio asmoneo.
5. Herodes se burla de Jesús, y después lo devuelve a Pilato.
6. Pilato finalmente accede a las peticiones de muerte de Jesús y este es enviado al Gólgota para su crucifixión.



Torre de Fasael en la muralla de Jerusalén, cerca del palacio de Herodes.

no eres amigo del César» (Jn 19,12). Pilato construyó un pequeño templo en Cesarea para honrar a Tiberio, su emperador. Posiblemente sea este el único santuario construido por un romano fuera de Italia dedicado a un emperador. Basándose en este dato, se ha sugerido que Pilato intentaba desesperadamente ganar la aprobación de su amo, es decir, ser amigo del César.

La muerte de Jesús

Los lectores del Nuevo Testamento pueden pensar que la crucifixión era una extraña forma de

ejecución que se inició con Jesús de Nazaret. Sin embargo, Heródoto, el historiador griego del siglo V, describe un caso en el que ya Darío el Grande (522-486 a.C.) crucificó a 3.000 babilonios. Se desconoce si este fue el inicio de esta cruel muerte. Alejandro Magno, tras su extenuante y costoso asedio de Tiro en Fenicia, crucificó a 2.000 supervivientes. Se trataba de la «más miserable de las muertes», según Josefo, que había sido testigo de la ejecución de judíos tras la toma de Jerusalén por el general Tito en el año 70 d.C. Los romanos no crucificaban a sus compatriotas, sino sólo a extranjeros, considerados enemigos del estado y seres inferiores.

En 1968 se descubrieron en Israel los restos de un hombre de unos veinte años llamado Jehohanan (Juan). Al examinar los huesos, se encontró intacto un herrumbroso clavo en el hueso del tobillo, lo que indicaba que este hombre había sido crucificado. Hasta la fecha, se trata de los únicos restos que muestran signos de crucifixión. Fue ejecutado en algún momento de mediados del siglo I d.C.

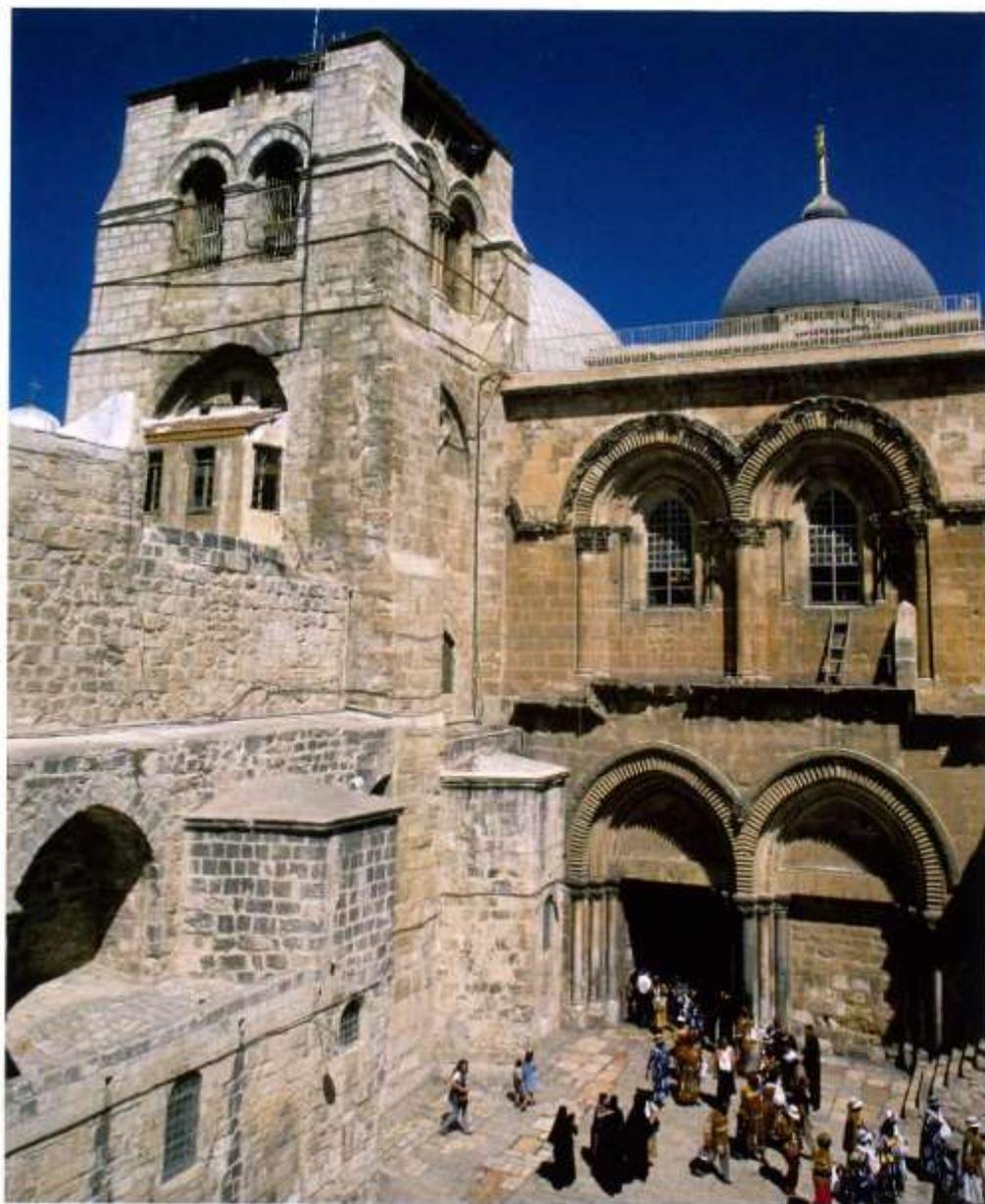
Tras ser golpeado y flagelado, Jesús comenzó a cargar con su cruz o con parte de ella hacia el lugar de la calavera, Gólgota, para la ejecución (Mt 27,33; Lc 23,33; Jn 19,17). De camino hacia este lugar, los soldados romanos obligaron a un tal Simón de Cirene (una ciudad en Libia) a cargar con la cruz (Mt 27,32; Lc 23,26). Cirene albergaba a una numerosa población judía. El nombre Simón sugiere que este hombre era judío y que probablemente se trasladó a Jerusalén para la Pascua, al igual que decenas de miles de judíos de todo el mundo mediterráneo. El evangelio de Marcos nos informa de que Simón era el padre de Alejandro y Rufo (Mc 15,21).

En 1941 se encontró una tumba sellada en el valle del Cedrón con once osarios. Varios de ellos presentaban nombres grabados en la piedra caliza. Uno tenía los nombres «Alejandro» y «Simón» pintados al frente, e incisas en la parte de atrás las palabras: «Simón»/«Alejandro [hijo] de Simón». Se ha pensado que este osario no sólo contenía los huesos de Alejandro, hijo de Simón, sino también los de Simón mismo. La práctica de incluir dos grupos de restos humanos en un mismo osario no es desconocida. Sin embargo, los informes publicados no aclaran si se descubrieron en la caja dos grupos de huesos o no. En cualquier caso, algunos expertos creen que esta caja pertenecía a Alejandro, el hijo del Simón que cargó con la cruz de Jesús, y posiblemente a Simón mismo. Resulta sin embargo curioso que esta tumba no contuviera el nombre de Rufo, hermano de Alejandro. Este nombre apareció en Roma en una lista de cristianos a los que Pablo saluda (Rom 16,13). Es posible que este Rufo sea el otro hijo del Simón que llevó la cruz de Jesús.

¿DÓNDE ESTÁ EL GÓLGOTA?

La Biblia sitúa el lugar de la crucifixión fuera de la ciudad, de acuerdo con la práctica judía de que los muertos fueran enterrados fuera del campamento o ciudad. La otra pista referente a su localización se menciona en Juan 19,41: «en el lugar donde fue crucificado había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en la que nadie había sido sepultado». Por lo tanto, el Gólgota estaba cerca de unas tumbas, lo que confirma que esta área estaba situada fuera de la muralla de la ciudad.

Hay dos lugares donde se ha especulado que se situaban el Gólgota y la cercana tumba



Iglesia del Santo Sepulcro, construida en el lugar tradicional de la crucifixión.

de Cristo. La maciza Iglesia del Santo Sepulcro se alza sobre el lugar donde la tradición cristiana más antigua sitúa el Gólgota y la tumba de Jesús. En el siglo IV, la reina Elena, madre del emperador Constantino, visitó Jerusalén y, en palabras de Eusebio, se le enseñó «el mismísimo lugar de los sufrimientos del Señor». En esta zona el emperador Adriano, alrededor del año 135 d.C., mandó construir un santuario a las divinidades romanas. Este proyecto formaba parte del plan del emperador de acabar con el judaísmo de Jerusalén, para lo que expulsó a todos los judíos de la ciudad, cubrió el Monte del Templo y estacionó allí a la Décima Legión. De algún modo, el lugar fue recordado por los cristianos de Jerusalén, y

hacia el siglo III ya se había destruido el santuario pagano de Adriano, lo que abrió el camino para que Elena y Constantino construyeran ahí una iglesia. El alzado de la iglesia actual fue construido en la época de las cruzadas.

Al contemplar las paredes que hoy rodean la ciudad vieja, podemos advertir que la Iglesia del Santo Sepulcro, o Iglesia de la Santa Resurrección, como se conocía en la literatura antigua, está situada dentro de los muros de defensa del cuadrante noroccidental de la ciudad. Este hecho, unido a lo que para los protestantes es un uso desagradable y chillón de las decoraciones, el territorialismo de las varias órdenes de sacerdotes y monjes que mantienen la iglesia, y las masas de peregrinos que visitan la iglesia, llevaron al general Charles «Chino» Gordon (famoso por Khartoum) a buscar la tumba en otro lugar. En 1883 encontró la llamada «tumba del jardín» cerca de un escarpado de piedra al norte de la puerta de Damasco. El escarpado presenta unas depresiones que le dan forma de calavera. Cerca se emplazaba la tumba descubierta por Gordon.

Cuando tenía 10 años, visité con mi padre la muralla de la ciudad al este de la puerta de Damasco para mirar hacia el Calvario de Gordon, y oí la historia de cómo este rasgo facial en la roca llevó a Gordon a investigar en las cercanías, donde encontró la «Tumba del Jardín». Tras visitar la tumba y observar el canal que corre paralelo a la roca delante de la tumba, donde pudo haberse rodado o deslizado una gran piedra para cubrir la entrada, estaba convencido de su autenticidad. Un agradable y tranquilo jardín como escenario hace de este lugar un oasis de tranquilidad en esta bulliciosa y problemática ciudad. Todos los domingos se ofician aquí servicios protestantes, a los que todavía asistía cuando estaba en Jerusalén, debido a la tranquilidad que ofrece este lugar de contemplación, a pesar de que, como arqueólogo, hace mucho tiempo que he descartado que esta serena Tumba del Jardín fuera la tumba de Jesús.

Existen muchos problemas en la identificación de la tumba del jardín como la tumba de Jesús. El primero es la tipología de la tumba: se trata de una tumba de la Edad del Hierro o período del Primer Templo, y no del tipo utilizado en tiempos romanos. Además, en un área adyacente a la tumba del jardín se han descubierto otras tumbas excavadas en la roca de la Edad del Hierro, pero ninguna de tiempos romanos. Segundo, las actuales murallas de Jerusalén fueron construidas por Suleimán el Magnífico, el sultán otomano, antes de 1566. Por lo tanto, la localización de estas murallas no guarda relación con la localización de las murallas del siglo I, descritas en detalle por Josefo. La «primera muralla» corre paralela al palacio de Herodes, y después gira hacia el este por detrás de las tres torres, hacia el templo, formando el límite norte de la ciudad alta o Sión. Josefo sólo da el nombre de una de las puertas a lo largo de la parte norte de la primera muralla, la Gennath. Después de 1967 se encontraron restos de esta puerta. Josefo también afirma que «la segunda muralla empezaba en la puerta que llaman Gennath, [la segunda muralla] rodeaba sólo el distrito norte de la ciudad, subía hasta la [fortaleza] Antonia». Esta segunda muralla iba hacia el norte desde el área de esta puerta a lo largo de unos 150 m antes de girar al este a lo largo de unos 150 m, tras lo cual giraba a lo largo de varios cientos de metros antes de llegar al punto más al norte. El giro en ángulo recto era necesario para evitar el afloramiento de roca de donde se sacaba



Tumba del Jardín, descubierta en el siglo XIX por el general Charles Gordon.

piedra. La Iglesia del Santo Sepulcro estaba localizada fuera de esta segunda muralla. El término Gennath ofrece una posible pista sobre el área fuera de la ciudad. Significa «jardín», y en Juan 19,41 se informa de que la tumba en la que Jesús fue enterrado estaba en un jardín.

Así, la hipótesis de esta localización queda fortalecida por la conexión entre el jardín mencionado en Juan y el nombre de la muralla y la puerta en Josefo, y también porque los restos arqueológicos recientes muestran que los lugares tradicionales de la muerte y el enterramiento de Jesús están fuera de esta muralla. Las excavaciones dentro de la iglesia han revelado tumbas del período romano excavadas en canteras de piedra anteriores. Uno de los principales arqueólogos de Jerusalén, Dan Bahat, resume la historia de esta área sobre la base de los recientes descubrimientos:

«La cantera se convirtió en un jardín o huerto donde crecían cereales, higueras, algarrobos y olivos... En esta misma época (siglo I a.C.), la cantera-jardín también se convirtió en un cementerio. Se han encontrado al menos cuatro tumbas del período».

La configuración de la roca en la cantera quizás pareciera una calavera, de ahí su nombre, Gólgota (calavera en arameo).

Tumbas y osarios de la época de Cristo

Durante la Edad del Hierro o período del Antiguo Testamento, las tumbas en Israel eran una responsabilidad familiar para los que podían permitirse un enterramiento adecuado. Las tumbas se excavaban en los escarpados rocosos alrededor de las ciudades antiguas. El difunto era colocado en un banco o estante de piedra en la tumba. En la mayoría de los casos había tres o más de esas instalaciones; no obstante, una tumba de la Edad del Hierro descubierta en el valle del Hinón en Jerusalén tenía ocho bancos con depresiones donde descansaban las cabezas. Después de aproximadamente un año, la carne se desecaría, dejando sólo los huesos. Para hacer sitio a otros miembros de la familia o parientes, se retiraban los huesos y se colocaban en un hoyo sepulcral o cámara dentro de la tumba. Esta práctica probablemente refleje la expresión recogida en el Antiguo Testamento sobre alguien que fue «sepultado con sus padres» (Jue 2,10; 2Crón 34,28).

Desde finales del siglo I a.C. y hasta el año 70 d.C., la antigua práctica continuó con algunas variaciones significativas. La tumba o mausoleo familiar continuó, pero en este período, la cámara o cámaras funerarias se excavaban en las colinas rocosas, con pequeños nichos individuales de forma rectangular, a menudo con techo abovedado. Llamados *kokh* (*kokhim* en plural) en hebreo y *loculus* (*loculi* en plural) en latín, estos nichos se excavaban en las paredes que rodeaban a las cámaras, y generalmente medían 60 cm de anchura, 90 cm de altura y 180 cm de longitud. Cada nicho tenía espacio para un cuerpo, que se enterraba después de haberlo lavado y ungido con especias aromáticas y envolverlo en una tela o túnica (Jn 19,39-40). La preparación del cuerpo normalmente se hacía en un banco excavado en

la roca en la sala de entrada a la tumba. Una vez preparado, el cuerpo se colocaba cuidadosamente dentro del *kokh* con la cabeza primero, y después se tapaba la apertura con una piedra plana.

El número de *kokhim* variaba considerablemente en función del número de miembros y el estatus económico de la familia. Son comunes los grupos de cuatro, seis u ocho nichos funerarios. En las laderas del monte de los Olivos, la llamada «Tumba de los Profetas» presenta veintiocho nichos dispuestos en forma de abanico con varios túneles de interconexión. A veces se decoraban las fachadas exteriores de algunas de las tumbas, algunas de forma bastante trabajada, con motivos arquitectónicos helenísticos, como columnas jónicas o corintias. La parte superior de la supuesta «tumba de Absalón» en el valle del Cedrón presenta forma de embudo boca abajo, mientras que otras tienen pequeñas pirámides sobre ellas. Algunas de las tumbas de la época de Cristo y del siglo anterior estaban encajadas y decoradas con frescos.



Plano de la tumba de los profetas.

Tras la descomposición de los cuerpos, en vez de colocar los huesos en un hoyo sepulcral común, se situaban en cajas de huesos de caliza llamadas osarios. Algunas cajas estaban talladas con un pequeño saliente para una tapadera; otras, con bellos motivos florales y geométricos. De vez en cuando se dibujaba o tallaba el nombre del difunto al costado o lado de la caja, que normalmente medía tan sólo 50 cm de largo, 30 cm de alto y 25 cm de ancho. En una parte o habitación dentro de la tumba se situaba un depósito para los osarios. En las tumbas donde se han encontrado osarios intactos no es infrecuente encontrar seis, ocho o más osarios. El uso de estas cajas de huesos tuvo una historia limitada en el tiempo, más o menos entre el año 20 a.C. y el 70 d.C.

El enterramiento de Jesús

Después de su muerte, y antes de la caída del sol, José de Arimatea y Nicodemo, miembros del consejo judío que no estaban de acuerdo con la decisión de matar a Jesús, recibieron permiso para enterrarlo en una tumba cercana. Se describe como una tumba excavada en la roca, y se menciona que envolvieron el cuerpo en vendas o en una sábana o túnica de lino (Lc 23,53; Jn 19,40). En el año 2000 se encontró una tumba al sur de la Ciudad de David que tenía *loculi* y osarios. Para el asombro de los arqueólogos, un *loculus* contenía un cuerpo que todavía aparecía cubierto con su túnica. Teniendo en cuenta el húmedo clima de Jerusalén, su conservación es sorprendente. Se trata del primer y único ejemplo que se ha descubierto de una túnica de enterramiento, y nos permite conocer cómo se habría colocado el cuerpo de Jesús en la tumba.

La tumba se selló con una gran piedra rodada en la entrada (Mt 27,60; Mc 15,46). Se han encontrado dos tumbas del siglo I que ofrecen excelentes ejemplos de este tipo de tumba con una piedra que gira in situ. La que está en Jerusalén estaba destinada a los miembros de la familia de Herodes, y la otra está en Jordania, en el yacimiento de Jesbón. Según la Biblia, en el primer día de la semana, cuando algunas de las mujeres que seguían a Jesús iban a completar los ritos de enterramiento, encontraron la piedra retirada hacia atrás, y la tumba vacía (Mt 28,2; Mc 6,3-4; Lc 24,1-2).

La túnica de Turín

¿Es la túnica de Turín el discutidísimo tejido de lino en el que Jesús fue envuelto para su enterramiento? La arqueología no puede responder a esta cuestión. Lo más que puede hacer es determinar su fecha, si se ajusta a la época tipológicamente y quizá su lugar de origen. Debería ser posible demostrar que fue hecha por la mano del hombre, pero es virtualmente imposible probar su autenticidad. La primera aparición documentada de la túnica es en Francia en 1357. En 1578 se trasladó a Turín, Italia, donde ha permanecido la mayor parte del tiempo desde entonces. La larga túnica de lino presenta una débil imagen de color entre rojo y marrón de la parte delantera y posterior de un hombre que parece haber sido flagelado y crucificado (en la muñeca y en el pie presenta una mancha de sangre). En 1898 fue fotografiada por primera vez. Cuando se examinó el negativo en blanco y negro, se dieron cuenta de que de hecho era un positivo! Esto quiere decir que la imagen en el lino, como quiera que fuera hecha, fue transferida desde el cuerpo de una figura tridimensional. En 1978 se fotografió de nuevo bajo luz azul, lo que ofreció una foto más nítida de la figura en la túnica. Sigue siendo un misterio cómo llegó la imagen de esta forma negativa a la túnica. Los que creen que se trata de una fabricación medieval no han podido ofrecer una explicación convincente respecto a cómo fue impresa la imagen en el lino.

En años recientes se han llevado a cabo varias investigaciones científicas para probar la edad y autenticidad de la túnica.

Algunos sostienen que la imagen está pintada, es decir, que es una falsificación, mientras que otros afirman que la sustancia con la que se grabó la imagen es sangre. El análisis de los restos de pólenes recogidos en la túnica apunta a un clima seco como Palestina, y no a Europa. Otro análisis reveló que había polvo de caliza en la tela. Cuando se comparó con la caliza de Jerusalén, mostró un considerable paralelismo en los componentes químicos. La sustancia que creó la imagen ha sido objeto de investigación. Las fechas de carbono 14 de algunas fibras sugieren una fecha de hace 600 años. Análisis posteriores de la muestra analizada sugieren que esta antigüedad corresponde al hilo utilizado para reparar el lino y no a la túnica misma. Sólo una muestra de la tela de la propia túnica resolverá la cuestión, pero después de siglos de exposición a los elementos y de pasar por varias manos es casi imposible obtener una muestra sin contaminar. Por lo tanto, queda sin resolver si la túnica es una tela auténtica del siglo I o una reliquia manufacturada de la cristiandad medieval. El estudio científico del lino podría resolver esta cuestión, pero seguiría sin probar a quién perteneció dicha túnica en el caso de que fuera auténtica. Por ahora, conviene ser objetivo de forma desapasionada y aguardar a las conclusiones de futuros estudios científicos.

Tumba de la familia de Herodes, con piedra giratoria.



¿Se ha descubierto la tumba de Jesús?

En 1979, unos arqueólogos descubrieron una tumba fuera de la ciudad vieja de Jerusalén que contenía varios nombres judíos en osarios del siglo I d.C., entre ellos el de Jesús, hijo de José y María. Durante los últimos veintiocho años, este descubrimiento pasó casi desapercibido, puesto que muchos de los nombres asociados a la familia de Jesús que aparecen en los evangelios eran muy comunes en la época. Por eso, muchos expertos se sorprendieron cuando Simcha Jacobovici, un productor canadiense de documentales, con el apoyo de James Cameron, productor de Hollywood, anunció en una conferencia de prensa que se había descubierto la tumba de Jesús y sus restos junto con los de su esposa, María Magdalena! Se trataba de un astuto ardid publicitario para promocionar el programa del Discovery Channel que ambos habían producido. El programa fue emitido en marzo de 2007, aunque la mayoría de sus afirmaciones ya habían sido cuestionadas por parte de muchos biblistas y arqueólogos. Algunas razones para rechazar esta asociación sensacionalista son las siguientes:

1. La familia de Jesús procedía de Nazaret, por lo que su tumba debería haberse encontrado allí, no en Jerusalén.
2. María y José pertenecían a un estrato bajo de la escala social y probablemente no podrían permitirse este tipo de enterramiento. Su estatus económico se revela en la ofrenda de Jesús en el templo en Jerusalén, que consistía en «un par de tórtolas» (Lc 2,24). Según la Ley, la ofrenda debía ser un cordero, pero para los que no podían permitirselo, las tórtolas o pichones constituían una alternativa aceptable (Lev 12,6-8).

3. Todavía no hay un acuerdo unánime sobre la interpretación de los osarios.
4. Asumiendo que se tratara de una hipótesis acertada, conviene recordar que los residentes en Jerusalén solían identificarse como X hijo de Y, mientras que los no residentes se conocían como X de una ciudad natal, de ahí «Jesús de Nazaret», que aparece dieciséis veces en los evangelios. Otros ejemplos de esta costumbre serían Simón de Cirene (Mc 15,21), José de Arimatea (Mc 15,43), Lázaro de Betania (Jn 11,1), María de Magdala (o Magdalena) (Mc 16,1) y Saúl de Tarso (He 9,11). Por lo tanto, en este osario debería figurar el nombre como «Jesús de Nazaret», y no «Jesús hijo de José», puesto que era un extraño en Jerusalén.
5. Finalmente, teniendo en cuenta que los primeros cristianos han identificado tantos lugares como lugares sagrados de peregrinación y que levantaron sobre ellos iglesias o *martyria*, resulta sorprendente que esta tumba no llamara su atención.

Las razones hasta ahora expuestas para rechazar la hipótesis de que esta tumba es la de la familia de Jesús se basan en consideraciones arqueológicas, sociológicas y religiosas, no en asunciones teológicas. En estos asuntos, son los expertos serios los que deben estudiar las pruebas arqueológicas, históricas y bíblicas, y no los que sostienen teorías sin fundamento que son la base para novelas como *El Código Da Vinci*.

Nacimiento y expansión del Cristianismo

El principio en Jerusalén

Tanto el final de evangelio de Lucas como el principio del libro de los Hechos cuentan las apariciones del Cristo resucitado, seguidas por su ascensión al cielo desde el monte de los Olivos. Lucas sitúa este último acontecimiento cerca del pueblo de Betania (Lc 24,50). En ese momento sólo 120 personas se identificaban con el nuevo movimiento (He 1,15). Todas eran judías y se consideraban judíos que habían reconocido a Jesús como el Mesías. En principio este movimiento se llamó «el Camino» (He 9,2; 24,14) o, peyorativamente, una «secta nazarena» (He 24,5).

En Jerusalén se reunieron para rezar en la «habitación de arriba», donde habían observado la comida de Pascua con Jesús tan sólo unas semanas antes (He 1,13). Fueron a diario al Templo para adorar y rezar (He 2,46) y, tras curar a un hombre cojo junto a la Puerta Dorada, Pedro se dirigió a una multitud en el Pórtico de Salomón (He 3,11). Es posible que esta fuera la zona del complejo del Templo donde se reunían los seguidores del Camino. Se cree que el Pórtico de Salomón era una columnata techada que corría a lo largo del muro oriental del recinto del Templo.

En el día de Pentecostés –el festival de los primeros frutos agrícolas, que se celebraba cincuenta días después de Pascua (Dt 16,9-12)–, Pedro predicó un mensaje que hizo que 3.000 personas más se unieran al Camino. Para muchos, este acontecimiento marcó el principio de la expansión del Cristianismo, pues las semillas de la fe se dispersaron cuando judíos de Mesopotamia, Anatolia, el norte de África, Arabia y Roma aceptaron el mensaje de que Jesús era el Cristo o Mesías (He 2,5-41) y a continuación regresaron a sus hogares.

El texto de Hechos no menciona el lugar donde Pedro predicó a las muchedumbres; no obstante, considerando la numerosa multitud, un lugar situado en el interior del templo o alrededor de él puede ser una localización plausible. Las 3.000 personas que se convirtieron, según se nos informa en Hechos 2,41, fueron bautizadas. Como se indicó en el capítulo anterior, en Jerusalén había muchas piscinas y depósitos de agua, y en los últimos años se han descubierto en la entrada sur más de veinte piscinas de purificación rituales. Es bastante probable que estas *mikva'ot* se utilizaran para los bautismos de estos primeros cristianos, bautismos que serían similares a los baños rituales de los judíos antes de entrar

en el recinto del Templo. La primera vez que consideré la posibilidad de esta teoría, estaba de pie sobre los anchos escalones que llevaban a la entrada sur del Templo en la época de Jesús. Mirando hacia el sur desde los escalones se ven muchas de las *mikva'ot*. Mientras contemplaba estas piscinas y consideraba el bautismo de 3.000 conversos cristianos en un día, esta interpretación de los datos bíblicos y arqueológicos parecía plausible, o incluso probable.

SANTIAGO, EL HERMANO DE JESÚS¹

En otoño de 2002 recibí una llamada del editor jefe de la *Biblical Archaeology Review* (BAR), Steve Feldman, que quería contarme un importante descubrimiento arqueológico que iba a anunciar Hershel Shanks, editor de BAR. Steve quería saber si yo estaba dispuesto a colaborar con la prensa respondiendo a unas preguntas. Respondí que eso dependía del contenido de la noticia y de si mi especialidad tenía que ver con esta. Feldman sólo me adelantó que se trataba de un objeto que contenía una inscripción en arameo del siglo I. «Estaría encantado en ayudarlos» –recuerdo que respondí–, «pero no soy un experto en epigrafía aramea». Así que recomendé a un colega que era especialista en arqueología del siglo I. Y ahí terminó la conversación. Fue todo muy misterioso. No podía imaginarme en qué consistía este hallazgo.

En pocas semanas la noticia salió a la luz en BAR, y se difundió ampliamente en todos los medios. La cubierta de BAR rezaba en grandes letras: «¡Exclusiva mundial! Prueba de Jesús escrita en piedra. Descubierto el osario de "Santiago, el hermano de Jesús" en Jerusalén». El artículo lo firmaba uno de los más famosos epigrafistas de hebreo y arameo, André Lemaire, de la Sorbona de París, así que en principio debía tomarse como algo serio y no descartarlo como una treta publicitaria.

El objeto descubierto era un osario de caliza vacío con la siguiente inscripción aramea raspada en el costado: «Jacob, hijo de José, hermano de Jesús». El texto mide unos 20 cm de largo y la escritura resulta muy legible. Los nombres Jacobo, Jaime y Santiago son variaciones del viejo nombre hebreo Jacob. ¿Podría tratarse de Santiago, el hermano de Jesús mencionado en el Nuevo Testamento? Si así fuera, entonces nos hallaríamos ante la referencia a Jesús más antigua en una fuente arqueológica, si la comparamos con referencias literarias posteriores en la Biblia o Josefo.

A pesar de que Pedro era el líder más visible de la primera iglesia en Jerusalén, pronto surgió otro hombre que podría considerarse el líder de la iglesia en Jerusalén mientras Pedro se dedicaba a actividades más itinerantes: se trata de Santiago. En Hechos 15 se cuenta que Santiago presidía una «asamblea», y Pablo se refiere a él como un pilar de la Iglesia junto con los apóstoles Pedro y Juan (Gál 2,9). Este Santiago no es el Santiago apóstol hermano de Juan, pues aquel había sido ejecutado por Herodes Agripa alrededor del año 44 d.C. (He 12,2). Los hermanos de Jesús son nombrados por Mateo, que menciona a Santiago (Mt 13,55). Pablo le llama «Santiago, el hermano del Señor» (Gál 1,19) y es probable que fuera el autor de la epístola de Santiago en el Nuevo Testamento.

Así que, ¿es este osario auténtico? La escritura parece la apropiada del siglo I d.C.

¹ N. del editor: El difícil tema de los «hermanos de Jesús» es muy antiguo y debatido. En un evangelio apócrifo de la Infancia, el «Protoevangelio de Santiago», ya veremos cómo forma parte de la preocupación que subyace; allí se nos narra cómo san José era un anciano y noble viudo, que le confían a la niña María, doncella de Israel. De esta forma los hermanos de Jesús serían los hijos del anterior matrimonio de san José. Estas hermosas escenas son muy conocidas; por ejemplo en los monasterios de la Iglesia de San Salvador en Chora, en Estambul. La Iglesia Católica siempre ha sostenido, conforme a su fe, y basándose en las costumbres propias del lugar, que debemos entender «hermanos» como «parientes», ya que así se consideran en el Próximo Oriente Antiguo los que pertenecen a una misma «misphaha» o familia. No podemos omitir que tanto para la Iglesia Católica como para las iglesias orientales la Virginidad de María es incuestionable.

Lemaire y varios expertos en epigrafía aramea sostienen que es genuina, pero ha habido algunos escépticos. El problema es que Lemaire advirtió este osario entre las antigüedades de un coleccionista, por lo que se desconoce su contexto arqueológico específico. No obstante, la mayoría de los estudiosos están de acuerdo en que probablemente provenga de algún lugar en Jerusalén.



El controvertido osario de Santiago, hermano de Jesús.

También es posible que se le hubiera añadido una inscripción hecha por un falsificador moderno a un osario antiguo simple, y algunos piensan que este es el caso del osario de Santiago. El examen minucioso de la inscripción por parte de algunos geólogos ha confirmado que el texto es antiguo, porque hay una pátina (una película de materiales naturales que se acumulan sobre un objeto) en las letras del texto. Esto quiere decir que las letras no podrían haberse inscrito recientemente. No obstante, la autoridad de antigüedades de Israel también ha estudiado el osario y lo ha declarado una falsificación, ¡y el dueño está siendo juzgado por falsificación! Hace poco, un distinguido geólogo alemán estudió el osario y declaró que la caja es antigua, y que la inscripción también.

Probablemente no se discutiría la fecha del siglo I de la inscripción del osario si la caja de caliza se hubiera descubierto en una tumba sellada. Es un misterio cómo llegó al actual dueño y dónde y cuándo fue descubierta, lo que complica la cuestión de su autenticidad. Este dilema sirve para ilustrar en qué medida el contexto arqueológico es esencial para el arqueólogo. Si el osario hubiera sido descubierto por arqueólogos en una excavación científica, hoy no existiría un debate sobre su datación y la autenticidad de la inscripción. No obstante, probablemente sí que existiría una animada discusión en torno a la identidad del Santiago y Jesús escritos en la caja. A pesar de que sigue habiendo preguntas abiertas, el peso de la opinión académica parece inclinarse a favor de la antigüedad del osario y su texto.

Si asumimos provisionalmente que se trata de un osario genuino, ¿podría haber pertenecido a Santiago, el hermano de Jesús del Nuevo Testamento? Los tres nombres que aparecen en el osario eran muy populares durante el siglo I d.C., pero el hecho de haber encontrado los tres juntos aumenta la probabilidad de que se trate del Santiago del Nuevo Testamento. Muchos osarios con inscripciones que se han descubierto alrededor de Jerusalén incluyen el nombre del padre del difunto, pero no suelen mencionar el nombre del hermano. De hecho, que yo sepa, sólo hay atestiguado otro ejemplo. Cuando se nombra al hermano se debe a la fama de esa persona. Esta consideración fortalece la hipótesis de que el hermano fuera Jesús de Nazaret.

Si el dueño del osario era Santiago, el obispo de Jerusalén, entonces, ¿cómo y cuándo murió? El Nuevo Testamento no ofrece pistas sobre este punto. En sus *Antigüedades judías*, Josefo, no obstante, cuenta que en el año 62 d.C., durante un breve período entre gobernadores romanos, Ananus (o Anás) hijo de Ananus, fue sumo sacerdote. En ausencia de autoridad romana, y con las bendiciones del Sanedrín, varias personas fueron sentenciadas a muerte, incluyendo a Santiago el hermano de Jesús. Estas son las palabras de Josefo, redactadas hacia el año 90 d.C.:

«Ahora Festo (el gobernador) estaba muerto y Albino no estaba sino en camino; así que (Ananus) reunió al Sanedrín de jueces y los llevó ante el hermano de Jesús, a quien llamaban Cristo, cuyo nombre era Santiago, y a algunos otros [o algunos de sus compañeros]; y cuando había formado una acusación contra ellos en cuanto a que habían actuado contra la Ley, los entregó para que fueran lapidados».

Pablo y la expansión del cristianismo a Europa

En el libro de los Hechos se cuenta que Pablo era al principio un ardiente opositor al Camino; de hecho era un conocido perseguidor de la iglesia de Jerusalén (He 9,1-2; 21,4-5). Cuando marchaba hacia Damasco para arrestar a los seguidores de Jesús en esta ciudad, tuvo una visión de Jesucristo. Esto provocó su conversión alrededor del año 34 d.C. y a raíz de esto se convirtió en el mayor misionero de la cristiandad (He 9,1-22). Se le atribuye la autoría de más de una docena de epístolas en el Nuevo Testamento.

Hoy la vida y los viajes de Pablo se comprenden y aprecian en mucha mayor profundidad gracias a la labor arqueológica realizada en el último siglo en Israel, Chipre, Turquía, Grecia e Italia. Pablo pasó un tiempo en algunas de las principales ciudades de su época, entre ellas Jerusalén, Damasco, Atenas, Corinto y Roma.

Era judío, pero el hogar de su familia era Tarso, en Cilicia (sur de Turquía). En Jerusalén fue adoctrinado en la Torá de la mano del estimado rabino Gamaliel (He 22,3), maestro

Viajes misioneros de Pablo y su viaje a Roma.



Los viajes en el siglo I



Miliario romano.

Pablo llevó a cabo varios viajes misioneros, aunque no todos se recogen en el libro de los Hechos. Estos viajes los realizó en distintos medios de transporte, la mayor parte a pie o en bote. Cuando Pablo fue obligado por el tribuno romano a viajar a Jerusalén para ser juzgado ante el gobernador Félix, se le proporcionó un caballo para los 97 km de viaje de Jerusalén a Cesarea Marítima (He 23,24). El viaje a caballo, en carreta y en carro estaba reservado para los militares y los miembros de la elite. En sus viajes a pie, especialmente en Anatolia (Turquía) y en Italia, Pablo probablemente caminó sobre calzadas militares romanas y sobre partes del antiguo sistema de caminos real persa que se extendía desde Susa, al sur de Mesopotamia, a Sardes, en Turquía occidental, una distancia de 2.738 km. Este camino fue diseñado por los persas como ruta de caballos veloces para comunicación rápida y para el envío de documentos oficiales. Cada 24 km aproximadamente había estaciones

postales donde se podían encontrar monturas frescas preparadas para el correo, y cambiar las herraduras, invención de los persas.

Cuando Pablo fue a Roma para ser juzgado, desembarcó en Puteoli, en la costa occidental de Italia, y caminó el resto de la distancia (unos 245 km) hasta Roma por la Vía Apia, una calzada de guijarros bien conservada, partes de la cual todavía sobreviven. Bajo los romanos se introdujo la práctica de utilizar piedras miliarias para registrar la distancia respecto al siguiente destino de la carretera. Se han encontrado estos marcadores en Egipto, Palestina, Siria, Anatolia, Chipre, Grecia e Italia.

El viaje por bote o barco era el medio de transporte más común alrededor del mundo mediterráneo en la época del Nuevo Testamento, y Pablo viajó mucho por mar. Los navíos habían navegado las aguas desde hacía mucho tiempo, especialmente para el comercio. Alrededor del 2650 a.C. por ejemplo, textos contemporáneos indican

Fotografía antigua de la Vía Apia.



que en Egipto atracaron cuarenta barcos que llevaban madera de cedro. Sin duda estos procedían de Biblos, en el Líbano. En Uluburún, frente a la costa sur de Turquía, se ha descubierto y excavado bajo el agua un barco hundido del siglo XIV a.C. El cargamento incluía unas 10 toneladas de cobre, una tonelada de estaño, más de 100 ánforas (grandes contenedores de arcilla) cananeas, troncos de ébano y colmillos de marfil; todo este material en un bote que sólo medía 15 m de largo.

En la época romana la navegación era una importante industria, no sólo para el comercio y el traslado de mercancías, sino también para el transporte de personas y ejércitos. Barcos de trigo de Egipto transportaban toneladas de trigo a Roma, lo que le dio a Egipto la reputación de ser la «cesta de pan del Imperio romano». En su viaje a Roma, el centurión que acompañaba a Pablo utilizó un barco desde «Alejandría que se dirigía a Italia» (He 27,6). Resulta evidente que se trataba de un barco de grano, porque una fuerte tormenta hizo que la tripulación arrojara el trigo por la borda (He 27,38). Lucas informa de que en este barco había 276 personas, entre miembros de la tripulación y pasajeros (He 27,38). Josefo cita un caso en el año 63 d.C. de un barco que atravesó el Mediterráneo con 600 pasajeros a bordo. Esto ocurrió menos de una década después del viaje de Pablo. Pablo tomó otro barco de Alejandría desde la isla de Malta a Italia (He 28,11), probablemente un barco de grano. Al parecer, los capitanes de estos cargueros podían conseguir un dinero extra para el dueño transportando pasajeros.

¿Cómo eran estos barcos? Los barcos eran de madera, como en los tiempos



Modelo de un carguero o barco romano de grano.

anteriores a Cristo. Se han encontrado ilustraciones de barcos en monedas, mosaicos y murales de lugares como Pompeya. En ellos podemos advertir que los barcos tenían una o más velas, largos remos y uno o dos timones de dirección en la parte trasera. En 1999 se descubrió el antiguo puerto de Pisa, Italia, cuando se estaba ampliando la línea de un tren. Los informes iniciales indican que se descubrieron hasta dieciséis botes, pero sólo se estaban excavando nueve. El mayor medía unos 28 m de longitud, y los botes se encontraban increíblemente bien conservados. En la construcción del navío de madera se utilizaron clavos de cobre y clavijas de madera. También se encontró el aparejo de los barcos (cuerdas y anclas). Al parecer, los botes habrían sido sorprendidos tan rápidamente por la tormenta que sus cargamentos en muchos casos se encontraron intactos. Las fechas de los botes se extendían desde el siglo I a.C. hasta el siglo IV d.C. cuando se hundieron. Sin duda, este descubrimiento permitirá a los expertos marítimos y a los arqueólogos estudiar y comprender la fabricación de los botes y la manera en que estos navegaban las aguas durante el período del Nuevo Testamento.



Vista aérea de Cesarea Marítima y su puerto.

judío conocido por intentar arbitrar la creciente tensión entre los cristianos en Jerusalén y los líderes religiosos judíos (He 5,33-39). Pablo era fariseo, y afirmaba su creencia en la resurrección de los muertos (He 23,6; Flp 3,5). A pesar de su impresionante pedigrí judío, también era ciudadano de Roma, honor que al parecer había sido otorgado a su padre o a algún pariente anterior en Tarso (He 22,3). Con su doble ciudadanía y su dominio del arameo, griego y probablemente del latín, Pablo pudo viajar con facilidad alrededor del mundo mediterráneo predicando el Evangelio tanto a gentiles como a judíos.

Ciudades visitadas por Pablo

CESAREA MARÍTIMA

Fundada por Herodes el Grande, esta estratégica ciudad era el principal puerto de Israel (ver c. 10). El centurión romano Cornelio, con quien Pedro compartió el Evangelio, vivía en Cesarea, pues esta era la sede del gobernador romano. Cornelio y su familia fueron los primeros romanos en hacerse cristianos (He 10). Pablo partió en barco desde el puerto de esta ciudad en más de una ocasión (He 9,30; 27,1-2) y regresó a esta misma ciudad de sus viajes (He 18,22; 21,8).

El palacio construido por Herodes fue el pretorio o residencia de los gobernadores roma-

nos Félix (52-60 d.C.) y Festo (59-62 d.C.), ante quienes Pablo tuvo audiencias, y el lugar donde el Apóstol estuvo preso (He 23,35). Este palacio se construyó en las rocas a lo largo de la costa y parte de él está hoy bajo el agua.

El teatro que ha sido excavado y restaurado, podía acomodar a 4.000 personas. Aunque fue originalmente construido por Herodes el Grande, la mayor parte de lo que hoy resulta visible se construyó en el siglo II d.C. Uno de los bloques que se utilizaron para construir los escalones de piedra de este teatro presentaba la inscripción de Pilato que ya hemos mencionado (véase p. 156). Según Josefo, en este teatro Herodes Agripa tuvo un misterioso ataque y murió en el año 44 d.C. El libro de los Hechos cuenta que Herodes dio un discurso sentado en su trono y ataviado con sus insignias (He 12,20-21). Tras recibir la adulación de la multitud, fue golpeado por un ángel y a continuación murió de una forma extraña: «murió roído de gusanos» (He 12,23). Este mismo episodio lo registra Josefo con mayor detalle:

«Entonces, cuando Agripa había reinado tres años sobre toda Judea, vino a la ciudad de Cesarea... En [un] festival se reunió una gran multitud de las principales personas... se puso un traje completamente hecho de plata... y vino al teatro temprano por la mañana; en ese momento la plata de su traje era iluminada por el fresco reflejo de los rayos del sol sobre él... al poco sus aduladores gritaban, uno desde un lugar, y otro desde otro, (aunque no para su bien) que era un dios. Tras esto el rey ni los reprendió, ni rechazó su impía adulación... Un severo dolor también se levantó en el estómago, y comenzó de la manera más violenta... Y tras haberse deteriorado bastante por el dolor en el estómago durante cinco días, dejó esta vida, en su quincuagésimo-cuarto año».



Calzada romana del siglo I d.C. en Salamina, Chipre.

Esta fuente obviamente complementa lo que cuenta la Biblia sobre la repentina muerte de este monarca, y sitúa el teatro como escenario del acontecimiento.

Pablo dejó su impronta en Cesarea de una forma muy tangible. Se han excavado dos grandes edificios públicos que contenían las palabras de Pablo de Romanos 13,3, escritas en un mosaico en el suelo. Datado en el siglo IV o V d.C., el texto dice: «los gobernantes no están para amedrentar a los que obran bien, sino a los que obran mal».

CHIPRE

Pablo navegó a Chipre en su primer viaje misionero (He 13,2-4) junto con su colaborador Bernabé, que era nativo de Chipre (He 4,36). La distancia desde el puerto de Seleucia a Salamina, en la costa este de Chipre, es de 200 km. Se han descubierto restos de la Salamina del período romano, concretamente un teatro, un gimnasio con columnata y un área de ejercicio con baños calientes y fríos. Gracias a los escritos del siglo II a.C. (1Mac 16,16-23), sabemos que en Chipre había una importante comunidad judía. Por lo tanto no es extraño que Pablo y Bernabé «proclamaran la palabra de Dios» en las sinagogas (He 13,5). Marcharon a través de la isla hasta Pafos, en la costa oeste, donde se encontraron con el procónsul o

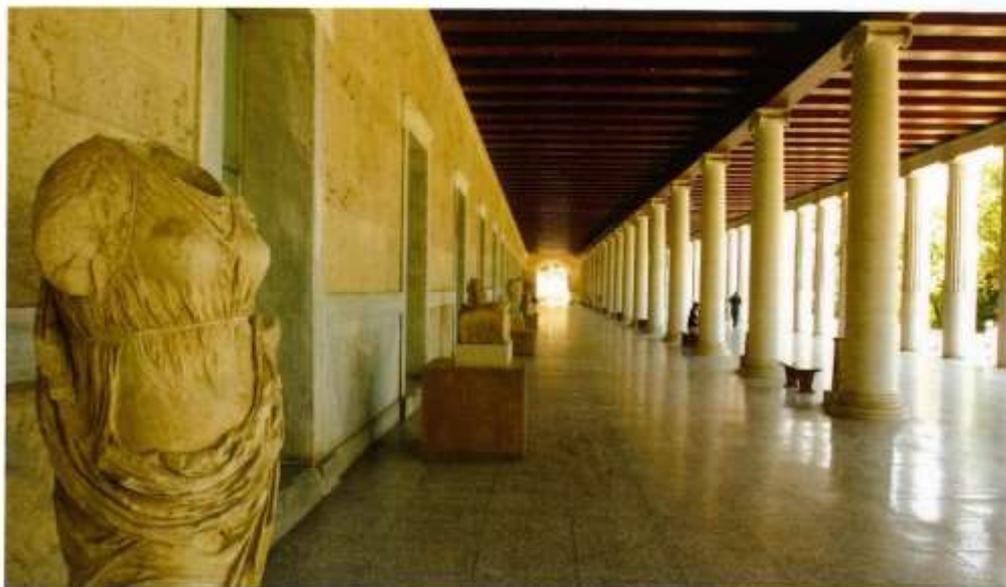
gobernador romano, Sergio Paulo (He 13,6-7.12). Este oficial recibió el Evangelio calurosamente.

Los arqueólogos han descubierto en Pafos los restos de varias villas romanas cerca del puerto con suelos de mosaico bellamente decorados. Se cree que un edificio más grande, que abarca 9600 m², era el palacio del procónsul. Uno de los mosaicos de esta mansión muestra a Teseo combatiendo al Minotauro en el laberinto. La fecha de este edificio parece ser el siglo II d.C. No ha logrado saberse si reemplazó o no a la residencia del siglo I, pues excavar debajo requiere destruir o retirar los elegantes suelos de mosaico, lo que para los arqueólogos supondría una costosa y tediosa tarea. Así que se ignora si la residencia del gobernador anterior está debajo. No obstante, esta impresionante estructura nos permite hacernos una idea de cómo sería el palacio del gobernador del siglo I d.C. En Chipre se ha encontrado una inscripción con el nombre de Sergio Paulo.

ATENAS

El segundo viaje misionero de Pablo lo llevó por tierra firme a través de la antigua Turquía, volviendo a visitar las iglesias que había establecido en su primera misión (He 15,36-18,22). Tras establecer iglesias en Filipo y Tesalónica en Macedonia, viajó hacia el sur hacia Atenas. Cuando Pablo visitó esta ciudad, hacia el año 50 d.C., Atenas ya no era la principal ciudad del mundo mediterráneo como había sido siglos antes. Durante el período romano hubo algunos emperadores, como Adriano, que se interesaron por Atenas y la embellecieron. A mediados del siglo I d.C., no obstante, Atenas no era un gran centro económico, y se aludía a ella como un «remanso provincial». Más bien podría describirse como una pequeña ciudad universitaria, con un interés en la filosofía y las ocupaciones intelectuales. Pablo se encontró con este aspecto de la cultura ateniense cuando se dedicó a discutir con los filósofos epicúreos y estoicos (He 17,17). Los primeros eran seguidores del filósofo Epicuro, del siglo IV al III a.C., que defendía la entrega a los placeres, mientras que los segundos seguían las enseñanzas de Zenón (contemporáneo de Epicúreo), que recomendaba huir de las pasiones, tanto de la alegría como de la tristeza. Los estoicos tomaban su nombre de la palabra *stoa* o pórtico del centro comercial con columnata que formaba parte del ágora o mercado de la ciudad. En tiempos romanos el ágora de Atenas estaba ocupado por altares, estatuas y templos. Sin duda era ese el aspecto del ágora de Atenas que preocupaba a Pablo. En Hechos se menciona que Pablo «se llenaba de indignación al contemplar la ciudad llena de ídolos».

La Stoa de Atalo, en el lado este del ágora, se excavó y restauró. Al este de ella pueden contemplarse varios santuarios y estatuas, algunos de los cuales probablemente vio Pablo en su visita a la ciudad. La acrópolis se sitúa a varios cientos de metros al sur, y suele ser la imagen más emblemática de Atenas. Sobre esta ciudad alta descansan un complejo de templos, cuya joya arquitectónica es el Partenón. Construido en el siglo V a.C., este templo era el centro de culto de Atenea, la divinidad patrona de la ciudad, a la que dio su nombre. Si Pablo hubiera subido a este recinto, habría podido contemplar este templo en toda su gloria. El Partenón se sostenía sobre simples y a la vez elegantes columnas dóricas. La increíble esta-



La restaurada Stoa de Atalo en Atenas.

tuaria que decoraba el friso, la banda alrededor del templo sobre las columnas, y los frontones (finales triangulares del templo que sujetaban el tejado) estarían intactos cuando Pablo estuvo en Atenas. Estos famosos mármoles fueron rescatados por Lord Elgin de una destrucción segura y comprados a los turcos otomanos en 1806. Hoy se exhiben en el Museo Británico. Sólo podemos imaginarnos el aspecto del Partenón hace 2.000 años con estas piezas maestras *in situ*. Cuando Pablo estuvo en Atenas, esta construcción ya tenía 500 años de antigüedad.

La predicación de Pablo causó una conmoción en Atenas, y se nos informa de que fue llevado al Areópago (He 17,19), término griego que en latín significa colina de Marte. Según los escritos griegos, el Areópago era el consejo de gobernación que tenía autoridad judicial en Atenas. Al sur del ágora y cerca de la base de la Acrópolis hay un afloramiento rocoso que muchos creen que era la «colina de Marte» donde se reunía el Areópago. Uno de los hombres que se convirtió por la predicación de Pablo fue «Dionisio el areopagita», un miembro del consejo.

CORINTO

Desde Atenas, Pablo continuó hacia el sur a través de Grecia por el estrecho istmo que lleva a Corinto. La ciudad tenía una larga historia antes del período romano, principalmente a causa de su estratégica localización. El istmo sólo tiene 5,6 km de ancho y conduce a la parte más meridional de Grecia, conocida como la península del Peloponeso. Las fuentes literarias indican que en fecha tan temprana como el siglo VI a.C., los griegos habían construido una carretera pavimentada con piedras a través del istmo para que los barcos pudieran transportar su cargamento de camino hacia su destino. Los botes más pequeños se veían arrastrados a través del istmo. Gracias al porteo de la carga, los barcos podían evitar las peligrosas aguas alrededor de la punta meridional del Peloponeso. En la década de 1950 esta ruta fue descu-



Templo de Apolo en Corinto, con el Acrocorinto en la parte de atrás.

bierta y excavada. La posición de Corinto en relación con esta ruta de carga hizo que esta ciudad se convirtiera en un floreciente centro económico. Bajo Julio César en el siglo I a.C., Corinto se convirtió en una colonia romana y en las siguientes décadas fue construida de forma extensiva.

Ha habido trabajo arqueológico continuo en Corinto desde hace ya más de un siglo. Muchos de los hallazgos tienen relación directa con los dieciocho meses de Pablo en Corinto. Una de las características más visibles es el imponente Templo de Apolo con sus pilares dóricos, que tenía alrededor de medio siglo cuando Pablo estuvo allí. Se ha descubierto el *forum* (término latino para el ágora) por el que seguramente Pablo y sus compañeros caminaron y establecieron contactos. También se ha descubierto un teatro, un odeón (sala cubierta para conciertos y conferencias), unos baños y un gimnasio.

Es posible que Corinto atrajera a Pablo no sólo por ser la mayor ciudad de Grecia, sino también por su significativa comunidad judía. El Libro de los Hechos menciona una pareja judía llamada Áquila y Priscila, que se había trasladado a Corinto recientemente tras la expulsión de un gran número de judíos de Roma por orden del emperador Claudio (He 18,1-2). Pablo frecuentaba la sinagoga de Corinto (He 18,4). En 1898 se descubrió en una carretera en Corinto el dintel de una puerta con la siguiente inscripción en griego: SINAGOGA



Pavimento inscrito de Corinto donde se menciona a Erasto. Es probable que tras su conversión este viajara con Pablo.



La Bema o tribunal en Corinto.

DE LOS HEBREOS. La escritura, sin embargo, no es del siglo I d.C., sino del siglo siguiente. Por lo tanto, no se trata de la sinagoga que Pablo visitó, que desgraciadamente no se ha encontrado; sin embargo, es posible que la sinagoga encontrada y la sinagoga de la época de Pablo se construyeran en el mismo sitio. La inscripción encontrada, no obstante, confirma el dato mencionado en Hechos de que existía una sinagoga en Corinto cuando Pablo estuvo allí.

Uno de los descubrimientos más misteriosos de Corinto es un pavimento inscrito descubierto cerca del teatro, del que se conservan 9 m. La inscripción del pavimento informa de lo siguiente: «Erasto a cambio de ser edil puso [este pavimento] a su propia expensa». Siempre que he visitado Corinto he ido a ver este pavimento, no por su belleza ni nada parecido, sino para descubrir la identidad de Erasto. En su Carta a los Romanos, que escribió en Corinto, Pablo envía saludos a diferentes personas, entre ellas Erasto, al que llama «tesorero de la ciudad» (Rom 16,23). Al final del viaje de Pablo, menciona que Erasto estaba en Corinto (2Tim 4,20). El nombre Erasto es poco común, y su cargo mencionado en el pavimento (*aedile*) se corresponde con la referencia de Pablo incluida en Romanos 16,23, por lo que resulta bastante probable que el Erasto del pavimento corintio sea el compañero de Pablo, que se convirtiera y abandonara su posición como comisionado de la ciudad para viajar con Pablo (He 19,22).

Cuando se presentaron cargos contra Pablo en el año 51 d.C., este se presentó ante el procónsul Galión en el tribunal o *bema* (He 18,12-17). Galión era hermano del famoso filó-

sofo romano Séneca. Se ha descubierto la *bema* de Corinto. Un texto encontrado al lado de esta estructura presenta una inscripción en la que un individuo no nombrado cuenta que él, al igual que Erasto, había «revestido la *bema* y pagado personalmente el gasto de hacer todo su mármol». Hoy en día faltan los pilares y el tejado de la estructura, pero queda la plataforma elevada. Durante la audiencia, personas como Pablo estuvieron de pie sobre el pavimento y miraron hacia arriba, hacia el oficial que presidía.

Mucho antes de la época de Pablo, Corinto era famosa por su promiscuidad sexual. De hecho, la palabra «Corinto» era sinónimo de fornicación. En su primera carta a la iglesia corintia, Pablo escribe: «Es cosa pública entre vosotros la deshonestidad» (1Cor 5,1). El historiador y geógrafo romano Estrabón escribió en las primeras décadas d.C. que en el Acrocorinto, la acrópolis situada al costado de la ciudad sobre una montaña a 575 m sobre el nivel del mar, se levantaba un templo a Afrodita. También informa de que tenía «mil esclavos del templo, prostitutas, quienes habían sido dedicados a la diosa tanto por hombres como por mujeres». Con los puertos de Cenchrea y Lechaeum cerca, había marineros y trabajadores constantemente yendo y viniendo, sin duda con apetitos sexuales. En este escenario, Pablo estableció una iglesia compuesta por personas que pertenecían a esa cultura. De nuevo en su Carta a los Corintios Pablo se vuelve a referir a «los lujuriosos... adúlteros, afeeminados, invertidos» «eso erais antes algunos...» (1Cor 6,8.11).

Después de más de un siglo de excavaciones en Corinto, se han descubierto muchos restos de la ciudad que nos han proporcionado una panorámica más clara del escenario de una de las primeras iglesias en Europa. También nos han ofrecido una valiosa información sobre el contexto del Libro de los Hechos y de las dos Cartas a los Corintios del apóstol Pablo.

ÉFESO

A su regreso de Corinto, Pablo navegó de vuelta a Cesarea Marítima. De camino paró en Éfeso, la principal ciudad de Asia Menor, con una población de cerca de 200.000 personas. Éfeso era una importante ciudad portuaria, por lo que los negocios y el comercio eran fundamentales en su economía. La banca y las agrupaciones de comercio incrementaban su prosperidad. En Éfeso se descubrió una inscripción de un tal «Diógenes, el forjador de cobre». El poder de los artesanos se constata en Hechos 19,23-41, donde se menciona que Demetrio, que fabricaba santuarios de plata a la diosa Artemis (Diana en el panteón romano), agitó a las multitudes contra la enseñanza de Pablo. Dos de los compañeros de Pablo fueron arrastrados al teatro, donde una multitud los fustigó, cantando durante dos horas: «¡Grande es la Artemis de los efesios!». Este teatro todavía se eleva algo más de 30 m de alto y podía albergar a 24.000 personas. Una inscripción bilingüe descubierta en el teatro indica que durante las reuniones cívicas se colocaban en el teatro una estatua de plata de Artemis y otras imágenes.

Desde el área del teatro continúa un bulevar pavimentado con pilares a cada lado. Mide 11 m de ancho y se extiende 625 m hasta el puerto. Los arqueólogos también han descubierto el gimnasio y el estadio de Éfeso, que habría sido utilizado para varios acontecimientos atléticos, así como para carreras de caballos y carros y para luchas de gladiadores.



El teatro de Éfeso, escenario del tumulto instigado por el forjador de cobre contra Pablo.

Es posible que Pablo contemplara a los atletas mientras entrenaban y competían, o a los gladiadores cuando luchaban, de ahí que más tarde utilizara estas metáforas para referirse a la vida cristiana. Pablo declaró, por ejemplo: «Yo no corro sin ton ni son, ni peleo como quien da golpes al aire» (1Cor 9,26); «Sostén el noble combate» (1Tim 6,12); «He combatido el buen combate, he concluido mi carrera, he conservado la fe» (2Tim 4,7); «El atleta no puede conseguir la victoria si no se atiene a las reglas del deporte» (2Tim 2,5); «Los atletas se privan de muchas cosas, y lo hacen para conseguir una corona corruptible» (1Cor 9,25).

Grecia, por supuesto, era el hogar de los Juegos Olímpicos. Pero también se dieron regularmente juegos de competición en Delfos e Istmia (cerca de Corinto) que incluían lucha, boxeo y carreras a pie. El bien conservado estadio de Delfos tenía un campo de carreras de 200 m de longitud. Los bloques de salida están labrados en piedra. Al final estaba el podio donde los atletas victoriosos se alzaban y recibían la corona de vencedor, normalmente hecha de hojas de laurel o apio. Pablo recuerda al lector que ese es el tipo de corona que no dura.

ROMA

La capital del Imperio, Roma, puede remontar su origen hasta el siglo VIII a.C. Construida en las laderas del río Tíber, creció durante los siguientes siglos y en la época del Nuevo Testamento era una bulliciosa metrópoli de más de un millón de personas. La mayoría de sus habitantes vivían en abigarrados apartamentos de casas de vecindad de múltiples pisos, mientras que la elite se alojaba en elegantes villas en las afueras. Había cientos de miles de esclavos que servían a sus amos.

El centro de Roma estaba ocupado por una serie de impresionantes foros construidos a lo largo del tiempo por varios emperadores, entre ellos César Augusto. El edificio más característico de la antigua Roma, el Coliseo (un anfiteatro), no se construyó hasta después de la época de Pablo. Vespasiano (69-79 d.C.) comenzó el inmenso proyecto, que fue completado en el año 80 d.C. por sus hijos Tito y Domiciano. La colosal estructura medía 190 m de largo y 158 m de ancho y una capacidad para 45.000 personas. En el siglo III d.C. se añadió un cuarto nivel, lo que lo elevó a una altura total de 48 m. Más largo todavía era el Circo Máximo de Roma, que podía albergar a unas 60.000 personas durante la época de Cristo. Las masas acudían a ver carreras de caballos y carros en una instalación que medía 615 m de largo y 200 m de ancho. El mundo romano sentía verdadera pasión por los acontecimientos deportivos de todo tipo.

Pablo pasó dos años en arresto domiciliario en Roma, según el Libro de los Hechos (28,16. 30-31), y fue allí donde acabó su largo periplo. Se especula que pudo ser ejecutado al final de este período, aunque algunos estudiosos mantienen que, en ausencia de cargos consistentes contra él, Pablo fue dejado en libertad. No obstante, poco después, fue encarcelado de nuevo en Roma. Cerca del foro de Roma se encuentra la prisión Mamertina, que originalmente tuvo dos pisos de celdas de prisión. Hoy pueden visitarse los restos de esta prisión. Es probable que Pablo fuera retenido en esta cárcel hasta su ejecución. La segunda Carta a Timoteo parece reflejar sus últimos días antes su muerte.

Durante una de sus encarcelaciones en Roma, Pablo conoció a Onésimo, un esclavo



Relieve del arco de Tito en Roma que muestra a los soldados llevándose la menorá del Templo de Jerusalén.

fugitivo de Colosas en Asia Menor, que había sido hecho prisionero con Pablo. Gracias al testimonio de Pablo, Onésimo se convirtió al cristianismo. Al parecer, algunos esclavos llevaban una etiqueta de metal para ser identificados como tales. En dicha etiqueta se decía: «Si intentara escapar, cógeme y envíame de vuelta a mi amo». Pablo quería que su amigo Filemón acogiera de nuevo a Onésimo sin castigarlo y por ello escribió desde Roma la breve Carta a Filemón.

Pablo pudo ser ejecutado en el año 67 o 68 d.C., durante el reinado del perturbado emperador Nerón, conocido por su brutalidad contra los cristianos. Durante sus últimos días, Judea se había rebelado contra Roma y, en el año 70 d.C., Jerusalén fue saqueada por el general Tito. Para conmemorar sus logros, el emperador Domiciano, hermano de Tito, mandó levantar un arco en la entrada sur del foro. Dentro del arco puede contemplarse un altorrelieve de un grupo de soldados romanos que se llevan la menorá, el candelabro del Templo del Dios de Israel en Jerusalén.

Las iglesias del libro del Apocalipsis

A finales del siglo I d.C., cuando la comunidad cristiana estaba experimentando una creciente persecución, el apóstol Juan escribió el último libro del Nuevo Testamento. El libro de la Revelación (también conocido como Apocalipsis de Juan) se sitúa en la isla de Patmos². Esta está a corta distancia de la costa occidental de Turquía y a 80 km de Éfeso. Durante mucho tiempo se ha pensado que Juan estaba desterrado en esta aislada isla rocosa por orden de las autoridades romanas. Según Juan, su estancia en esta isla era «a causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo». Esta afirmación, por otra parte, ha llevado a pensar que el Apóstol se había trasladado allí para predicar el Evangelio. En cualquier caso, Juan informa de que en esta isla fue testigo de una revelación de Jesucristo en la que este ofrecía palabras para las siete iglesias de Asia Menor occidental.

² N. del editor: Para los protestantes «Revelación» para la Iglesia católica: «Apocalipsis».

La secuencia de las iglesias recogida en los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis es Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea. El orden no es arbitrario, sino que refleja un movimiento hacia el norte desde Éfeso que seguía una importante ruta de transporte hacia Pérgamo, desde donde salía una carretera hacia el sur a las otras cuatro ciudades, siendo Laodicea la que estaba más lejos al sureste de las siete. Es posible que esta secuencia recoja el orden de una antigua ruta postal romana.

Algunas de estas ciudades se han excavado e investigado parcialmente, mientras que otras permanecen sin excavar. La información obtenida gracias a los datos arqueológicos y a los escritos históricos permite comprender mejor los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis. He aquí algunos ejemplos. Juan se dirige a la iglesia de Pérgamo de esta forma: «Sé dónde vives. Allí está el trono de Satanás» (Ap 2,13). Satán, naturalmente, representa una fuerza maligna

que se opone a Dios y a su pueblo. En las excavaciones realizadas durante el siglo XIX en Pérgamo, la ciudad más al norte de las siete ciudades, se descubrieron importantes características arquitectónicas de la ciudad, entre ellas un teatro, palacios, el ágora, varios templos y un área sagrada llamada el gran altar. Los relieves y los bloques de este templo, al igual que los mármoles de Elgin de Atenas, se estaban quemando para obtener yeso, y fueron rescatados por el arqueólogo alemán Carl Humann y a continuación trasladados a Berlín, donde hoy se exhiben. Probablemente levantada en el siglo II a.C., la construcción estaba dedicada a Zeus y Atenea, y pudo ser el altar de sacrificios de los cercanos templos de estas dos divinidades. Estas dos divinidades aparecen como las

figuras de mayor tamaño entre las esculpidas en el altar. Se ha especulado que este era el altar al que se refería Juan como «trono de Satán» en Apocalipsis 2,13. Es posible establecer esta conexión, puesto que algunos escritores cristianos en fecha tan temprana como el siglo II d.C. equiparaban a Zeus con Satán. De ahí que el asiento de Satán pueda ser un alusión críptica al altar de Zeus (y Atenea), refiriéndose a las fuerzas que se alzaban contra la comunidad cristiana en Pérgamo.

La iglesia de Laodicea, la séptima de la secuencia, es la que se describe más gráficamente. Aunque sólo se han realizado excavaciones muy limitadas en este lugar, se ven algunas ruinas y se ha recopilado mucha información de los escritos de los historiadores antiguos. De esta iglesia escribe Juan: «Conozco tus obras: no eres ni frío ni caliente.... Pero porque eres tibio, y no eres ni frío ni caliente, te voy a vomitar de mi boca» (Ap 3,15-16). Laodicea no posee una fuente de agua natural. Asia Menor es una región sísmicamente activa, por lo que en esta área suelen aparecer manantiales calientes con agua muy mineralizada. Cerca de Laodicea se encontraban las ciudades de Hierápolis y Colosas. La primera era conocida por sus manantiales de agua caliente, y la segunda por sus aguas frías, que descendían de la cercana montaña en forma de cascada. Un acueducto de piedra, del que todavía pueden contemplarse los restos, traía el agua caliente a Laodicea de una fuente situada a 8 km al sur. Un examen realizado en las cañerías muestra que el carbonato de calcio se acumulaba en ellas. El contenido mineral del agua le daba un olor pútrido y la hacía desagradable al gusto. Tal vez había una segunda fuente que llevaba agua desde un manantial frío, pero todavía no



Localización de las siete iglesias mencionadas en Apocalipsis 2-3.

se ha encontrado. El descubrimiento de diferentes tipos de agua en el área y de un sistema de acueducto que traía agua nociva a la ciudad permite aclarar la referencia al agua caliente, fría y templada de Apocalipsis 3,15-16.

Los laodicenses se consideraban ricos, y pensaban que no necesitaban nada (Ap 3,17). Esta actitud pudo estar relacionada con el hecho de que varios emperadores ofrecieran ayuda para la reconstrucción de la ciudad, después de que esta fuera asolada periódicamente por terremotos. No obstante, en el año 60 d.C., un nuevo terremoto golpeó Laodicea, y esta vez la ciudad se levantó sin la ayuda de Nerón. Este hecho pudo contribuir a su sentimiento de autosuficiencia. Además, Laodicea era un importante centro bancario y contaba con abundantes riquezas.

Finalmente, Juan declara que los laodicenses estaban ciegos (Ap 3,17) y recomienda que cubran sus ojos con un ungüento para recuperar la vista (Ap 3,18). Se trata de una posible alusión al hecho de que Laodicea era un conocido centro médico especializado en las enfermedades oculares. Demóstenes Filaletes, un médico del siglo I que escribió un libro de oftalmología, procedía de Laodicea. Los médicos de esta ciudad dispensaban muchos remedios y ungüentos para los ojos elaborados con los numerosos minerales y hierbas de la zona. Por lo tanto, resulta muy apropiado ridiculizar la conocida riqueza y los remedios para los ojos de los laodicenses y advertir que, sin embargo, los cristianos de esta ciudad eran espiritualmente pobres y ciegos.

El viaje acaba de empezar

En este libro hemos viajado hacia atrás en el tiempo, empezando en la Creación en Génesis 1, siguiendo con la historia del antiguo Israel, y terminando con el Nuevo Testamento y los comienzos del Cristianismo. En la primera parte, hemos analizado la historia de la disciplina de la arqueología y cómo esta puede considerarse una ciencia que se sirve de muchas herramientas y disciplinas diferentes para aportar información acerca del pasado. También se enumeraron las ventajas y las limitaciones de la arqueología para el estudio de la Biblia. Observamos que los relatos de la Creación y el Diluvio guardan relación con tradiciones mesopotámicas escritas. Esta relación demuestra que la cultura israelita, sumeria y babilónica probablemente comparten memorias de acontecimientos comunes. Se mostró que, gracias al estudio de los materiales comparativos, se podían atestiguar asimismo diferencias en la visión del mundo de las culturas hebrea y mesopotámica.

Todavía no se han encontrado restos arqueológicos de los ancestros fundadores de Israel, mencionados en el resumen del libro del Génesis (de Abrahán a José). No obstante, gracias al estudio crítico de antiguos textos legales y sociales, advertimos que las historias de los patriarcas parecen reflejar costumbres y hábitos sociales característicos que también se encuentran en Mesopotamia. Este hecho permite comprender al lector ciertos episodios del Génesis que de otro modo resultarían inexplicables, como el hecho de que Abrahán tuviera un hijo con Agar. La historia de José no parece tratarse de una novela de la imaginación creativa de escritores del primer milenio a.C., sino de una rica tradición firmemente asentada en Egipto, como demuestran los materiales de contexto. De igual forma, pueden recrearse los episodios de la estancia en Egipto y el Éxodo observando el contexto egipcio. Los restos arqueológicos demuestran que algunos prisioneros de guerra extranjeros fueron llevados a Egipto y obligados a trabajar en la agricultura, la fabricación de adobes y la construcción para el estado durante el Reino Nuevo, de modo similar a los hebreos.

Después de décadas en el noreste del Sinaí, los israelitas se trasladaron a Canaán, su Tierra Prometida, la actual Jordania, bajo el liderazgo militar de Josué. La conquista de la tierra de Canaán ha sido muy debatida durante los últimos veinte años, debido a que una generación más antigua de arqueólogos bíblicos no supo interpretar correctamente los restos arqueológicos en relación con el libro de Josué. Existen problemas reales, como vimos, en los importantes yacimientos de Jericó y Ay. Los hallazgos recientes del yacimiento de Jasor parecen mostrar que este enorme yacimiento septentrional fue intencionalmente destruido y sus recintos sagrados, profanados, como afirma la Biblia (Jos 10). Además, gracias a recien-

tes investigaciones arqueológicas, se han descubierto en Israel pequeñas aldeas de los siglos XIII y XII a.C. que bien pudieron ser los hogares de los israelitas que se asentaron.

La Biblia y la arqueología coinciden en que los israelitas no eran los únicos ocupantes de la antigua tierra de Canaán. Los israelitas convivieron con los cananeos, y las costumbres de estos últimos, especialmente las religiosas, influyeron considerablemente en Israel. Cuando los filisteos se asentaron a lo largo de la costa meridional de Canaán, surgió un problema que afectó a Israel en el período final de los jueces. El poder en alza de los filisteos contribuyó a la demanda de un rey en Israel. Las excavaciones realizadas durante los últimos veinte años en varias de las ciudades filisteas han aportado información sobre la identidad de este pueblo y sobre su cultura material. Los arqueólogos buscaron restos de David y Salomón, los monarcas más importantes de Israel. El nombre de David apareció una inscripción que data de mediados del siglo IX a.C. encontrada en Dan, en el norte de Israel. Menciona la casa o dinastía de David. Y hace tan sólo unos años se descubrió en Jerusalén un gran edificio que podría ser parte del palacio de David.

En Meguido, Jasor y Guézer parecen haberse hallado restos de las ciudades defensivas de Salomón. En 2006 se realizaron por primera vez excavaciones en los tres yacimientos a la vez. Estos proyectos en marcha proporcionarán un conocimiento nuevo y fiable respecto a la monarquía de Israel. Tras la caída de los reinos de Israel y el exilio, termina la historia del Antiguo Testamento, pero el escenario está preparado para trasladarnos al Nuevo Testamento y a la era cristiana.

Cuando Jesús nació en Belén hace más de 2.000 años, Tierra Santa estaba controlada por Roma y la influencia de la lengua y la cultura griegas se sentía por todo el mundo mediterráneo. Este fue el mundo en el que vivieron Jesús, Pablo y la Iglesia temprana. Gracias a los increíbles proyectos de construcción de emperadores romanos y reyes como Herodes el Grande, y a las numerosas inscripciones de antiguos escritos griegos, romanos y judíos de los siglos I a.C. y I d.C., existe abundante información directa e indirecta relevante para entender el Nuevo Testamento. En algunos casos se trata de caracteres cuyos nombres aparecen en las páginas de la Biblia. Se han excavado templos, teatros y otros edificios de esta era y otros todavía siguen en pie; algunos de ellos se alzaban cuando Jesús estuvo en Jerusalén o cuando Pablo visitó Atenas. En consecuencia, los datos arqueológicos han contribuido significativamente a nuestro conocimiento del Nuevo Testamento.

Según va acabando este libro, me siento como un guía turístico que no ha tenido tiempo suficiente para mostrar todo lo que merece la pena contemplarse en nuestro recorrido por las tierras de la Biblia. Podría haber escrito fácilmente un libro para cada capítulo. Pero mi intención era abarcarlo todo en una excitante forma de abordar la historia de la Biblia: a través de la lente de la arqueología. A pesar de la enorme cantidad de material disponible para el estudio de la Biblia, las excavaciones en curso y las que se realicen en el futuro seguramente aportarán nuevos y excitantes hallazgos que enriquecerán aún más nuestros conocimientos. Espero que los datos aquí presentados le hayan permitido profundizar en el conocimiento de la Biblia y, en algunos casos, incluso visualizar los pueblos, lugares y acontecimientos en ella narrados, y de esa forma le hayan proporcionado el contexto para acercarse a la Biblia de un modo más informado.

B I B L I O G R A F Í A

- D. BAHAT, *The Illustrated Atlas of Jerusalem*, Carta, Jerusalén 1990.
- G. BARKAY, *Royal Palace, Royal Portrait*, *Biblical Archaeology Review* 32 (2006) 26-33.
- G. BARKAY et al., *The Challenges of Ketef Hinnom: Using Advanced Technologies to Reclaim the Earliest Biblical Texts and their Context*, *Near Eastern Archaeology* 66, 4 (2004) 162-171.
- A. BEN-TOR, *La arqueología del antiguo Israel*, Cristiandad, Madrid 2004.
- A. BEN-TOR, *Excavating Hazor Part II – Did the Israelites Destroy the Canaanite City?*, *Biblical Archaeology Review* 25, 23 (1999) 22-39.
- A. BIRAN-J. NAVEH, *An Aramaic Stele Fragment from Tel Dan*, *Israel Exploration Journal* 43 (1993) 81-98; *The Tel Dan Inscription: A New Fragment*, *Israel Exploration Journal* 4 (1995) 1-18.
- J. BRIGHT, *La historia de Israel*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1966.
- J. CAHILL, *Jerusalem in David and Solomon's Time*, *Biblical Archaeology Review* 30, 6 (2004) 20-31.
- J. CHARLESWORTH (dir.), *Jesus and Archaeology*, Eerdmans, Grand Rapids 2006.
- A. Y. COLLINS, *Satan's Throne*, *Biblical Archaeology Review* 32, 3 (2006) 26-39.
- T. W. DAVIS, *Shifting Sands: The Rise and Fall of Biblical Archaeology*, Oxford, Nueva York 2004.
- W. G. DEVER, *What Did the Biblical Know and When Did They Know It: What Archaeology Can Tell Us About the Reality of Ancient Israel*, Eerdmans, Grand Rapids 2001.
- W. G. DEVER, *Who were the Israelites and Where Did They Come From?*, Eerdmans, Grand Rapids 2003.
- J. FINEGAN, *The Archaeology of the New Testament: The Life of Jesus and the Beginning of the Early Church*, Princeton University Press, Princeton 1992.
- S. GIBSON-J. TABOR, *John the Baptist's Cave*, *Biblical Archaeology Review* 31, 3 (2005) 36-41, 58.
- W. HALLO-K. L. YOUNGER (dir.), *The Context of Scripture*, 3 v., Brill, Leiden 1997-2002.
- R. K. HARRISON, *Old Testament Times*, Eerdmans, Grand Rapids 1970.
- C. HEMER, *The Letters to the Seven Churches of Asia in their Local Setting*, Eerdmans, Grand Rapids 1989.
- A. J. HOERTH, *Archaeology and the Old Testament*, Baker, Grand Rapids 1995.
- J. K. HOFFMEIER, *Israel in Egypt? The Evidence for the Authenticity of the Exodus Tradition*, Oxford University Press, Nueva York/Oxford 1996; *Ancient Israel in Sinai: The Evidence for the Authenticity of the Wilderness Traditions*, Oxford University Press, Nueva York/Oxford 2005.
- A. KAUFMAN, *The Temple Mount: Where is the Holy of Holies?* Har Yer'eh Press, Jerusalén 2004.
- K. KENYON, *Arqueología en Tierra Santa*, Garriga, Barcelona 1963.
- P. J. KING-L. E. STAGER, *Life in Biblical Israel*, WJK Press, Louisville 2001.
- K. KITCHEN, *On the Reliability of the Old Testament*, Eerdmans, Grand Rapids 2003; *Recent Excavations on the «Ways of Hours»: The 2005 and 2006 Seasons at Tell el-Borg*, *Annales du Service des Antiquités de l'Égypte* 80; *Sulla via di Horus*, *Pharaon* 2, 7/8 (2006) 6-13.
- M. KOCHAVI, *An Ostrakon from the Period of the Judges from Izbet Sartah*, *Tel Aviv* 4 (1977) 1-13.
- J. KOHLBECK-E. NITOWSKI, *New Evidence May Explain Image of Shroud of Turin*, *Biblical Archaeology Review* 12, 4 (1986) 18-29.
- A. KUHRIT, *El Oriente Próximo en la Antigüedad (ca. 3000-330 a.C.)*, 2 v., Crítica, Barcelona 2000-2001.
- A. LAMAIRE, *Burial Box of James the Brother of Jesus*, *Biblical Archaeology Review* 28, 6 (2002) 24-33.
- J. LAUGHLIN, *Capernaum from Jesus' Time and After*, *Biblical Archaeology Review* 19, 5 (1993) 54-61.
- P. LAWRENCE, *The Lion Atlas of Bible History*, Lion Hudson, Oxford 2006.
- V. P. LONG-D. W. BAKER-G. J. WENHAM (dir.), *Windows into Old Testament History*, Eerdmans, Grand Rapids 2002.
- J. MAGNESS, *What Did Jesus' Tomb Look Like?*, *Biblical Archaeology Review* 32, 1 (2006) 38-49, 70.
- A. MAZAR, *Archaeology of the Land of the Bible 10,000-586 BCE*, Doubleday, Nueva York 1990.
- A. MAZAR (dir.), *Studies in the Archaeology of the Iron Age in Israel and Jordan*, Sheffield Academic Press, Sheffield 2001.
- E. MAZAR, *Did I Find King David's Palace?*, *Biblical Archaeology Review* 32, 1 (2006) 16-28.
- J. McRAY, *Archaeology and the New Testament*, Baker Book House, Grand Rapids 1991.
- J. McRAY, *Paul: His Life and Teaching*, Baker Book House, Grand Rapids 2003.
- E. MEYERS, *The Oxford Encyclopedia of Archaeology in the Near East*, 5 v., Oxford University Press, Nueva York 1997.
- A. MILLARD, *Discoveries from the Time of Jesus*, Lion, Oxford 1990.

- P. R. S. MOOREY, *A Century of Biblical Archaeology*, Westminster/John Knox Press, Louisville 1991.
- M. NUN, *Cast Your Net Upon the Water*, *Biblical Archaeology Review* 19, 6 (1993) 46-57.
- M. NUN, *Ports of Galilee*, *Biblical Archaeology Review* 25, 4 (1999) 18-31.
- E. OREN, *Migdol: A New Fortress on the Edge of the Eastern Nile Delta*, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 256 (1984) 7-44.
- A. RAINEY-R. S. NOTLEY, *The Sacred Bridge: Carta's Atlas of the Biblical World*, Carta, Jerusalén 2006.
- J. READE, *Assyrian Sculpture*, The British Museum, Londres 1998².
- J. REED, *Archaeology and the Galilean Jesus*, Trinity Press International, Harrisburg (PA) 2002.
- R. REICH-E. SHUKRON, *Light at the End of the Tunnel*, *Biblical Archaeology Review* 25, 1 (1999), 22-33.
- R. REICH-G. AVNI-T. WINTER, *The Jerusalem Archaeological Park*, Israel Antiquities Organization, Jerusalén 1999.
- L. RITMEYER, *The Quest: Revealing the Temple Mount in Jerusalem*, Carta, Jerusalén 2006.
- H. W. F. SAGGS, *The Might that was Assyria*, Sidgwick and Jackson, Londres 1984.
- J. J. SCOTT Jr., *Customs and Controversies: Intertestamental Jewish Backgrounds of the New Testament*, Baker, Grand Rapids 1995.
- H. SHANKS (dir.), *Ancient Israel: From Abraham to the Roman Destruction of the Temple*, Biblical Archaeology Society, Washington D.C. 1999.
- H. SHANKS, *The Siloam Pool: Where Jesus Cured the Blind Man*, *Biblical Archaeology Review* 31, 5 (2005) 16-23.
- H. SHANKS, *Where Mary Rested*, *Biblical Archaeology Review*, 32, 6 (2006) 44-51.
- H. SHANKS-B. WITHERINGTON III, *The Brother of Jesus: The Dramatic Story and Meaning of the First Archaeological Link to Jesus and His Family*, Harper and Row, San Francisco 2003.
- I. SHAW (ed.), *The Oxford History of Ancient Egypt*, Oxford University Press, Nueva York/Oxford 2000.
- L. STAGER, *The Shechem Temple: Where Abimelech Massacred a Thousand*, *Biblical Archaeology Review* 29, 4 (2003) 26-35.
- E. STERN (ed.) *The New Encyclopedia of Archaeological Excavations in the Holy Land*, 4 v., Simon and Schuster, Nueva York 1993.
- J. D. TABOR, *The Jesus Dynasty*, Simon and Schuster, Nueva York 2006.
- D. W. THOMAS (ed.) *Documents from Old Testament Times*, Harper and Row, Nueva York 1961.
- E. YAMAUCHI, *Persia and the Bible*, Baker, Grand Rapids 1997.
- S. ZEITLIN, *The Origin of the Synagogue*, en J. GUTMANN (dir.), *The Synagogue: Studies in Origins, Archaeology and Architecture*, KTAV, Nueva York 1975, 14-26.
- Z. ZEVIT, *The Religions of Ancient Israel: A Synthesis of Parallaxic Approaches*, Continuum, Londres y Nueva York 2001.

BIBLIOGRAFÍA ADICIONAL EN CASTELLANO

- AA. VV., *La Biblia en su entorno*, Verbo Divino, Estella 1990.
- AA. VV., *Biblia y Palabra de Dios*, Verbo Divino, Estella 1990.
- C. AZNAR, *Introducción arqueológica: estado de la cuestión a los cuarenta años de la publicación de este libro*, en G. E. WRIGHT, *Arqueología bíblica*, Cristiandad, Madrid 2002², 15-105; *Aportaciones arqueológicas de los últimos diez años al estudio de la monarquía israelita*, *Estudios Bíblicos* 44 (2006) 283-317.
- F. DÍEZ, *Guía de Tierra Santa*, Verbo Divino, Estella 2006³.
- J. G. ECHEGARAY, *El creciente fértil y la Biblia*, Verbo Divino, Estella, 1991; *Arqueología y evangelios*, Verbo Divino, Estella 1994; *Jesús en Galilea. Aproximación desde la arqueología*, Verbo Divino, Estella 2000.
- I. FINKELSTEIN-N. A. SILBERMAN, *La Biblia desenterrada: una nueva visión arqueológica del antiguo Israel y de los orígenes de sus textos sagrados*, Siglo XXI, Madrid 2003.
- E. GALBIATI-F. SERAFINI, *Atlas histórico de la Biblia*, San Pablo, Madrid 2004.
- M. LIVERANI, *Más allá de la Biblia: historia antigua de Israel*, Crítica, Barcelona 2003.

ÍNDICE DE NOMBRES

Los números de página indicados en **negrita** se refieren a las referencias principales.

A

Aarón 100
Abdu-Heba, rey de Jerusalén 90
Abimelec (hijo de Gedeón) 74
Abimelec, rey de Guerar 43
Abrahán 8, 13, 18, 20, 31, 37-40, 43-49, 72-74, 120, 184
Absalón 73, 144, 154, 162
Abu Simbel, Templo de 63
Aco 73
Adán 34, 35, 38
adopción 25, 43, 44, 120
Adriano, emperador romano 130-135, 156, 159, 160, 174
Agar 44, 184
Aharoni, Yohanan 18
Ahmose, faraón 51
Ain Dara 56, 97
Ain Karim 141
Ain Qudeirat 55, 58, 59
Ajab, rey de Israel 69, 94, 101-103
Akenatón, faraón 90
Alabastro 152
Alalakh 44
Albright, William Foxwell 17, 18, 21, 25, 66-68, 83
Alejandría (Egipto) 12, 26, 60, 121, 125, 126, 169, 171
Alejandro (hijo de Simón) 158
Alejandro Janneo, rey asmoneo 129, 148
Alejandro Magno 36, 125, 158
Alfabetismo 80
alianzas ver tratados 41, 42, 74
altares 70, 77, 78, 174
Amarna, Cartas de 90
Amenemopet 93
Amenhotep III, faraón 43, 48, 90
Ammán 70

Ammu-nenshi 41
Amonitas 83, 111
Amorreos 37, 40, 41, 43, 73, 75, 81
Amós 23, 82, 86, 102, 180
Ananás 168, 169
Anás 154, 168
Andrés 141, 144, 146
Antigono 126
Antiguo Testamento 5, 12, 16, 18, 20-30, 32-34, 38, 40, 42, 46, 48, 52, 54, 56, 58, 60, 62, 69, 72, 73, 79, 91, 122, 123, 126, 129, 138, 139, 150, 151, 161, 185
contenidos y estructura 22, 23
versiones y manuscritos 25-28
Antioco 9, 126
Antipatro 129
Any (escriba) 93
Aperel 53
Apia, Via 170
Apocalipsis, libro del 23, 32, 181-183
iglesias en el 182
Apócrifos 22, 23
Águila 176
árabes, nabateos 82, 122, 129
Arad 18, 55, 78, 107
Arca de la Alianza 62, 70, 89, 97, 107
Aristóbulo 129
arqueológicos, métodos 18, 19, 148
Asaradón, rey de Asiria 85, 110
Ascalón 73, 82, 100, 110
Asdod 73, 82
asedio, guerra de 104, 105, 107, 108, 110, 112, 114, 158
Asenat 46
Aserá, postes de, ver cipos 70, 77-79, 101
Asiongaber 92
Asirios 15, 26, 50, 84, 85, 88, 102, 104, 106, 107, 110
Asuán 117, 118
Asur 39, 15
Asurbanipal, rey de Asiria 33, 85, 105
Asumasirpal II, rey de Asiria 102
Atenas 12, 169, 174, 175, 182, 185
Atrabasis, Épica de 36, 38
Augusto, emperador romano 12, 121, 137, 180

Ay 66-71, 102, 105, 114, 184
Azeca 113, 114

B

Baal 57, 74, 79
Babilonia 5, 9, 11-13, 26, 39, 43, 104, 111-119, 121, 123, 126, 116, 117
caída de (539 a.C.)
babilónica, Crónica 111-113, 118, 119
babilónico, exilio 112, 117, 118-121
babilonios 15, 90, 93, 112, 115, 123, 158
Bahat, Dan 18, 33, 36, 70, 72, 73, 87, 88, 99-101, 103, 112, 114, 115, 117, 119, 125, 160, 161, 185
Ballah, lago 55, 57
Baltasar, rey/heredero de Babilonia 119
Barcos 81, 171, 175
Barkay, Gabriel 111, 112
Baruc 23, 113
impresión del sello de 113
Behistun (Bisitun), inscripción de 14, 15
Beitín 16, 66, 100
Bejorón 106, 107
Belén 70, 85, 110, 132, 136-139, 185
Belaoni, Giovanni 14, 15
Ben-Tor, Amnon 70, 71
Beni Hasan 40, 41, 84
Benjamín (tribu) 75, 83, 89
Bernabé 173
Berseba 18, 40, 55, 72, 73, 78, 94
Betania 30, 141, 152, 153, 165, 166
Betel 18, 26, 66, 69, 72, 99, 100
Betesda 147, 153
Betsaida 141, 144, 146
Betsán 68, 73, 75, 85, 92
Biblia
actitudes críticas moderadas 20, 21
contenidos y estructura 22, 23
contexto 11, 12
fidelidad en la transmisión 23-25
lectura responsable 29
papel de la arqueología en el estudio de la 30-32
perspectiva judía 101
versiones y manuscritos 25-28

Bibliá 44
Biran, Abraham 18
Bisitun ver Behistun 14, 15
botes: «bote de Jesús» 142, 143
Botta, Paul-Émile 13
Braidwood, Robert 18
Brooklyn, papiro de 46, 47
Bryant Wood 69
Bubastis 107

C

Cades-Barne 58-60, 73, 81, 59
Cafarnaún 138, 143-146, 145
Cahill, Jane 89
Caifás 154, 155, 157
osario de 154
caldeos 13, 40, 111, 112, 115
Caleb 68, 77
cambistas, en el templo 134
Cameron, James 164
Caná 19, 149
Canaán
asentamiento de 71-76
conquista de 65-71
pastores nómadas en 40
ver también Israel, Antiguo Testamento
cananeos 41, 75, 77, 80-82, 92, 94, 185
Carquemis 39, 112
Carreteras 170, 173
Carros 105
Cartago 83
Casas 32, 69, 75, 76, 82, 83, 91, 144, 146, 153-156, 180
Cedrón, valle del 72, 147, 153, 158, 162
Cesarea Marítima 134, 135, 155, 156, 169, 170, 172, 178
Champollion, Jean François 16
Chipre 12, 39, 169, 170, 173, 174
Christie, Agatha 13
Cirene 12, 158, 165
Cirilo de Escitópolis 137
Ciro, cilindro de 119, 121
Ciro el Grande, rey de Persia 115, 119-121
tumba de 120, 121
Claudio, emperador romano 176
Clermont-Ganneau,

Charles 16
Codex Sinaiticus 26, 27
Colosas 181, 182
Comercio 39, 92, 116, 118, 121, 135, 152, 171, 171, 178
Constantino I, el Grande, emperador romano 159, 160
Corinto 169, 175-178, 180, 176, 177
Cornelio 172
Creación 14, 18, 29, 33, 34, 36, 39, 184
Creta 12, 54, 82, 134, 169
cristianismo
en Egipto 139
extensión 169-181
iglesias en Apocalipsis 182, 183
primer uso del término 126
primeros lugares de encuentro 146
principios 166, 167
ver también Jesús
crucifixión 155-159
cuernos, símbolos de 78
cuneiforme 13-15, 70, 90, 104, 117, 14
Cursi 142, 143

D

Dagón 70, 71
Damasco 12, 39, 43, 70, 73, 87, 92, 99, 103, 104, 126, 160, 169
Dan (ciudad) 69, 87, 88, 100, 101
Dan (tribu; danitas) 75
Daniel 9, 23, 112, 115, 117, 119, 125
Dario I el Grande, emperador persa 15, 118, 120, 122
Dario III, emperador persa 125
David, rey de Israel 21, 31, 71, 72, 75, 84-94, 96, 97, 99, 103, 123, 138, 144, 145, 154, 162, 185, 85, 86, 92
Davies, Gram. 96
Debir 66
Delfos 180
Demetrio 178
Demóstenes Filáetes 183
Dewer, William G. 18, 20, 21
Diáspora 115, 117

Diez Mandamientos 77
 Diluvio, tradiciones de 35,
 36, 38, 39, 184
 Dinero 121, 134, 171
 Djoser, faraón 48
 Domniciano, emperador
 romano 9, 180, 181
 Domingo de Ramos 72,
 153
 Dor 68, 73, 75
 Dothan, Trude 82
 Duolos 84

E

Ecrón 73, 82, 110
 Edén, Jardín de 34, 35
 Edón 58, 91, 92, 99, 129
 Éfeso 12, 126, 169, 178,
 179, 181, 182
 Efraín (tribu, efraimitas) 72,
 99
 Egipto
 arqueología, panorámica
 de 14-16, 19
 arte 97
 bajo los ptolomeos 126
 comercio con el Líbano
 92
 conquista asiria 110
 conquista de Alejandro
 125
 debilidad en los siglos XI
 y X a.C. 88, 94
 diáspora judía 115, 117,
 118
 duración de reinados de
 reyes 39
 e Israel 94, 101, 104, 107,
 110, 112
 estancia de Jesús en 139
 exportaciones de grano a
 Roma 171
 hijos, período de los 19,
 49-51
 instalaciones de almacena-
 miento 52, 53
 israelitas en 45, 48-54
 José en 45, 48
 literatura sapiencial 93
 mitos 33, 34, 38
 semitas en 40-42, 40, 41
 y Canaán 66, 70, 90
 y filisteos 81
 Ein Feshka 128
 El-Baz, Farouk 34
 El Berit, Templo de 74
 Elar 39, 55, 73, 92
 Elefantina, Isla de 118
 Elena, reina 159, 160
 Elgin, Lord 175, 182

Elias 103, 106
 Eliécer de Damasco 43
 En busca del Arca perdida
 (película) 107
 Enmebargessi, rey de
 Sumer 39
 Enema Elish 14, 33
 Epicuro 174
 Erasto 177, 178
 esclavos y esclavitud 46, 52,
 178, 180, 181
 Esdras 23, 25, 123
 Esenios 128, 129, 157
 Esmirna 182
 esperanza de vida 14, 32, 38
 establos 94-96, 138
 estelas de piedra 16, 52, 61,
 70, 77-79, 88, 101
 estoicos 174
 Estrabón 178
 Et-Tell (Ay) 66, 69
 Et-Tell (Betsaida) 141
 Etbaal, rey de Sidón 101
 Etnoarqueología 19, 150
 Éufrates, río 12, 34, 38, 39,
 42, 53, 88, 92, 102, 112,
 116, 117
 Eusebio de Cesarea 154,
 159
 Éxodo 8, 21, 23, 30, 32, 49-
 54, 56-58, 61, 62, 65, 66,
 71, 184
 Ezequías, rey de Judá 78,
 107, 108, 110, 148, 149
 Ezequiel 23, 117

F

Fariseos 127
 Feldman, Steve 167
 Felipe 141
 Félix, gobernador de Judá
 136, 156, 170, 173
 Fenicios 80, 92, 96, 97,
 100, 101, 111, 122
 Festo, gobernador de Judá
 136, 169, 173
 Filadelfia (Asia Menor) 182
 Filemón 23, 181
 Filisteos 57, 67, 73, 76, 80-
 84, 88, 91, 111, 185, 80-
 83
 Finkelstein, Israel 75

G

Gabaón 107
 Gad (tribu) 73, 87, 102

Gadara 142, 143
 Galilea 104
 Galilea, mar de (Kinneret)
 72, 141-146, 149, 150,
 152, 156, 142, 143
 Galión 177
 Gamaliel 128, 140, 169
 Garstang, John 65, 66, 69
 Gar 17, 73, 82, 85, 92
 Gaza 73, 82, 86
 Gebel Musa, montañas de
 55, 58, 60
 Gebel Serbal 55, 58, 60
 Gedeón 74, 79
 Génesis, patriarcas del: data-
 ción, estilo de vida y
 aspecto 40-43
 Gergesa 142, 143
 Getsemani, jardín de 153,
 154, 157
 Gibson, Simón 141
 Gilgamesh, Epopeya de 35,
 36
 Gittin, Seymour 82
 Godolías 115
 Gólgota 156-159, 161
 Goliat 84, 85
 Gordon, general Charles
 29, 160
 Gosen 51, 52
 Gozán 104
 Grecia y griegos 12, 13, 17,
 82, 120, 125, 169, 170,
 175, 176, 180
 Grotenfend, George 14, 15
 Guézer 17, 18, 20, 66, 68,
 70, 73, 75, 92, 94, 101,
 185
 Guibeá 83, 84

H

Habachi, Labib 52
 Hammurabi: código legal
 44
 Hanin 154
 Hartussas 39, 82
 Hebrón 43, 70, 72, 73, 88,
 92, 120
 Helenismo 126, 128
 Herodes Agripa 167, 173
 Herodes Antipas, rey de
 Judá 140, 146, 156, 157
 Herodes el Grande, rey de
 Judea 9, 98, 137, 140,
 155, 156, 172, 173, 185
 tumba para miembros de
 la familia de 162, 164
 Herodión 132, 133
 Heródoto 11, 14, 116, 158
 Hierápolis 182

hierro, artesanía del 83
 Hirón, valle de 111
 Hircano 129
 Historia de Adapa 35
 Hititas 15, 93
 Holladay, John 18
 Hondas 84, 85
 Horemheb, general 45
 Humann, Carl 182

I

Idumea 129
 Iluminación 150, 151
 Imhotep 93
 impuestos, recaudadores de
 107, 112, 113, 121, 146
 India 123, 125
 Irán 11, 14, 29, 104, 105,
 111, 115, 120, 121
 Isaac 8, 31, 38, 40, 42-44,
 73
 Isaías, rollo de 26
 Isbaal, rey de Israel 88
 Ismael 42, 44
 Israel
 arqueología panorámica
 de 16-18
 asentamiento de 71-76,
 73
 conquista de 65-71
 deportaciones asirias 104,
 106
 extensión bajo David y
 Salomón 92-94
 geografía 72, 73
 gobierno 77, 83
 inicio de la monarquía 81-
 86
 invasión egipcia 106, 107
 orígenes 39-43
 subreino de Israel 99-106
 ver también Judá
 Iabet Sartah 75, 80

J

Jacob 8, 26, 31, 38, 40, 42-
 45, 73, 74, 100, 167
 Jacobvici, SIMCA 164
 Jafa 73, 92, 132, 156
 Jamar 92
 Jarán 39, 40, 112
 Jared 38
 Jasor 18, 39, 66-71, 78, 79,
 81, 94, 95, 184, 185, 68,
 70
 Jazael, rey de Damasco 87,

103
 Jebuseos 75, 88, 89
 Jefe 79
 Jehorán (Jorán), rey de
 Israel 103
 Jehú, rey de Israel 87, 103,
 104
 Jeremías 23, 78, 80, 82, 112-
 114, 117, 120
 Jeremías, libro de 113
 Jericó (Antiguo Testamento)
 65-69, 66
 Jericó (Nuevo Testamento)
 132, 152
 Jeroboán, rey de Israel 99-
 101
 Jeroglíficos 16, 101
 Jerónimo 27, 28
 Jerusalén: geografía, archi-
 tectura y arqueología
 arco de Robinson 155
 aspecto en la época de
 David y Salomón 89-91
 «casa quemada» 154, 155
 Domo de la Roca 138
 dorada, puerta 122
 Ecce Homo, Iglesia del
 156
 Excavaciones 16, 18, 89-
 91, 108-110, 130-134,
 153, 154, 155, 156
 Iglesia del Santo Sepulcro
 16, 18, 89-91, 108-110,
 130-134, 153-156, 159,
 160, 161
 Ezequías, túnel de agua de
 108
 Fortaleza Antonia 156
 Gijón, manantiales de
 90, 108
 Herodes, palacio de 132,
 152, 156, 157
 Jardín, tumba del 160,
 161
 «mansión palacial» 154,
 155
 Muro occidental («de los
 Lamentos») 130, 131,
 134
 piscina de Siloé 147-149,
 148
 plano 157
 Pórtico de Salomón 166
 Santuario del Libro del
 Museo de Israel 128
 Templos 91, 96-98, 130-
 134, 139, 140, 147, 97,
 131
 Topografía 72
 Jerusalén: historia
 asedio asirio 107-110
 asedios babilónicos (597 y
 586 a.C.) 112-114

- conquista por Roma (d.C.) 158, 181
 continuación del nombre 69
 David la hace su capital 89
 división de 68
 e invasión egipcia 107
 historia, panorámica de 90, 91
 Jesús, entrada en Domingo de Ramos 153
 primer asentamiento israelita 75
 regreso judío a 121-123
 sacrificio infantil en 79
 Jesbón 73, 162
 Jesús
 enseñanza y actos 74, 121, 147-151
 enterramiento 162-165
 hermanos 167
 ministerio 141-146
 muerte 158-161
 nacimiento y primeros años 137-140, 138
 Resurrección y Ascensión 166
 traición y juicio 153-157
 último viaje a Jerusalén 152, 153
 y el Templo de Jerusalén 130, 139, 140, 147
 Jesús, Seminario de 21
 Jezabel, reina de Israel 101
 Jirán, rey de Tiro 92
 Joacaz II, rey de Judá 112
 Joaquín, rey de Judá 112
 Job, libro de 23, 93
 Jonatán 83, 88
 Jope 73
 Jorán, ver Jehorán 103
 Jordán, río 72, 141, 144
 Josafat, rey de Judá 103, 107
 José de Arimatea 162, 165
 José (esposo de María) 137-139, 140, 164
 José (hijo de Jacob) 38, 42, 45-49, 45-48
 Josefa 50, 53, 128, 132, 140, 143, 147, 156, 158, 160, 161, 167, 168, 171, 173
 Josías, rey de Judá 100, 110-112
 Josué 21, 23, 65-67, 69-72, 74, 75, 77, 184
 Juan 141, 146, 167, 181, 182
 Juan el Bautista 137, 140, 141
 Judá, reino de
 conquista de Alejandro 125
 conquista de Roma 127
 entre los Testamentos 127-136
 invasión asiria 107-110
 prebabilónico 99, 103, 106-114
 subyugación babilónica 112-114
 Judá (tribu) 72, 75, 89
 Judaísmo: canon hebreo 23
 Judas 22, 23, 120, 153
 judíos y judaísmo
 colonias en otras tierras visitadas por Pablo 173, 176, 177
 etimología 115
 grupos y denominaciones 127-129
 Jueces 77
 Julianus Sabes 59
- K**
 Kandahar 126
 Kathros 154
 Kaufmann, Asher 134
 Kenyon, Kathleen 18, 66, 69, 89
 Khirbet en-Nahas 92, 128, 149
 Khnumhotep II, gobernador egipcio 40, 41
 Korsabad 105
- L**
 La Natividad (película) 139
 La última cruzada (película) 130
 Labán 43
 Laquis 66, 73, 80, 84, 85, 105, 106, 108-110, 113, 114, 109
 Lamentaciones, libro de 23, 80, 114, 131
 Lámparas 150, 151
 Laodicea 182, 183
 Lapp, Paul 83, 84
 Layard, Austin Henry 13
 Lemaire, André 87, 88, 167, 168
 Libná 73
 Lípiti-lstar, rey de Isín 44
 Liras 86
 Lot 43
 lugares para dar a luz 49
 Luxor: Templo de Karnak 53, 56, 63
- M**
 Macalister, R. A. S. 17, 89
 Mádaba 102
 Magdala 143, 165
 Majanayin 101
 Mallowan, Max 14
 Manasés (tribu) 72, 73, 75, 990
 Marco Antonio 121, 155
 Marfil 86, 97, 98, 102, 171
 Mari 12, 39, 42, 43, 59
 María (madre de Jesús) 137-139, 164
 María Magdalena 164
 María (mujer que unge a Jesús) 152
 Masada 18, 132, 133
 Masseboh 77-79, 78-79
 Mateo 23, 146, 150, 152, 167
 Matrimonio 43, 44, 92, 101, 144, 167
 Matusalén 38
 Mazar, Benjamin 18
 Mazar, Eilat 90
 Medas 104, 111, 119, 125
 Meguido 17, 18, 68, 73, 75, 77, 86, 94, 96, 97, 100, 101, 112, 185
 Menajén, rey de Israel 104
 Merneptah, estela de 50
 Meryibre Khety, rey 93
 Mesa, estela de 16, 87, 88, 102, 103
 Mesa, rey de Moab 79, 87, 88, 102, 103
 Mesopotamia
 Arqueología 13, 14
 Mitos 33-38
 Migdal 57-59
 Músaez 129, 153, 166, 167
 Misná 140
 Mispá 83
 Moab 79, 81, 87, 91, 102, 103
 Moabita, Estela ver Estela de Mesa 16, 102
 Moisés 8, 20, 21, 31, 33, 35, 38, 53, 54, 56, 58-63, 71, 72, 74, 75, 77, 80, 81, 83, 96, 97, 100, 102, 127
 Monedas 120, 121
 monte
 Elbal 71, 74, 75
 Garizin 26, 74
 Hermón 68, 72, 73
 Nebo 72
 Sirai 14, 16, 17, 19, 21, 26-28, 50, 54-60, 62, 65, 73, 100, 118, 184, 55
 Montet, Pierre 52
- Muerto, mar 72
 Muerto, manuscritos del mar 24, 25, 30, 128, 129
 Música 86
- N**
 Nabónido, rey de Babilonia 118, 119
 Nabopolasar, rey de los caldeos 11
 Nabucodonosor, rey de los caldeos 9, 112-114, 116-118
 Nahún 23, 105
 Napoleón I, emperador de Francia 15, 16
 Nardo 152
 Naville, Eduard 30, 51, 52
 Nazaret 6, 22, 29, 125, 137, 139-141, 145, 147, 149, 151, 158, 164, 165, 168
 Nebuzardán 97
 Neco II, faraón 112
 Negueb 40, 72, 73, 107
 Nehemias 9, 22, 23, 29, 122, 123, 125
 Nerón, emperador romano 9, 181, 183
 Netzer, Ehud 132
 Nicodemo 162
 Niebuhr, Carsten 14, 15
 Nilo, río 12, 14, 45, 48, 54-57, 118, 126
 Nimrud 13, 14, 97, 103, 105
 Ninive 13, 14, 33, 84, 85, 105, 106, 109-112
 Niños 43, 79, 80, 103
 Noé 35, 38
 nomádico, pastoralismo 40-43, 73
 nombres propios 42, 46, 47
 Nuevo Testamento
 contenidos y estructura 22, 23
 versiones y manuscritos 27, 28
 Nazi 43, 44
- O**
 Omri, rey de Israel 101-104
 On 46
 Onésimo 180, 181
 Oren, Eliécer 118
 Oriente Próximo, mapas del 39, 126
 Osarios 154, 158, 161, 162, 164, 165, 168
 Oseas, rey de Samaria 104, 113
 Osorkon I, faraón 107
 Osorkon IV, faraón 104
 Osteología 19
 Otoniel 77
 ovejas, reciles de 138, 139, 149, 150
- P**
 Pablo 9, 22, 23, 31, 128, 132, 134-136, 158, 167, 169-181, 185
 mapa de los viajes de 169
 Pafos 169, 173, 174
 Paleozoología 19
 Palestina
 conquista de Alejandro 125
 conquista romana 129
 etimología 82
 Palestine Exploration Fund (PEF) 16, 17
 Papiro Chester Beatty 1 47
 Pascua 54, 152, 153, 155, 158, 166
 Patmos 9
 Pécaj, rey de Israel 104
 Pedro 23, 138, 141, 144, 146, 154, 166, 167, 172
 Pentateuco 20, 23, 26, 32, 33, 60, 74
 Pentecostés 9, 166
 Penuel 73, 100, 101
 perfume, botellas de 152
 Pérgamo 12, 126, 182
 Persas 14, 15, 115, 118-120, 123, 125, 170
 Persépolis 12, 14, 122, 126
 Pesca 37, 144, 146
 Pesebres 139
 Petra 73, 129
 Petrie, Sir William Matthew
 Flinders 16, 17, 51-53, 57
 Pi-Ramesses 50
 piedras
 de molino 150
 miliarias 170
 Pilato, Poncio 155, 157
 bloque que menciona a 156, 173
 Pisa 171
 Pisón, río 34, 35
 Pitón 30, 51-53, 55
 Plagas 52-54
 Plinio el Viejo 128
 Pompeyo el Grande 9, 129, 140
 Priscila 176
 profetas: función 83

Protoevangelio de Santiago 138
 Proverbios, libro de 93
 puertas salomónicas 94
 purificación, piscinas de 129, 153, 166, 167
 Putifar 45, 46
 amo de José 45, 46
 suegro de José 46
 Putifar, esposa de 45

Q

Qantr 52
 Qarqar, batalla de (853 a.C.) 102
 Quirino 137
 Qumrán 7, 24, 26, 127-129, 141, 147

R

Raquel 40, 44, 45
 Ramat Rachel 18, 110
 Rameses (ciudad) 50-53, 55-57, 59
 Ramsés II, faraón 43, 50-53, 63
 Ramsés III, faraón: 81, 82
 Templo funerario de 81
 Rasín, rey de Damasco 104
 Rawlinson, Sir Henry
 Creswicke 13, 15
Regreso al futuro (película) 11
 Roboán, rey de Judá 99, 101, 106, 107
 Rojo, mar: localización 54, 55, 57
 región montañosa 72-74
 Reisner, George 17
 Rekhmire: tumba 51
 religión
 apostasía de Jeroboán 100, 101
 cananea 74, 77-80
 primera mención clara del nombre de Yavé 87
 reformas de Josías 11-112
 reformas de Nehemías 123
 ver también cristianismo; judíos y judaísmo
 Ritmeyer, Leen 98, 130, 134
 Robinson, Edgard 16, 83, 155
 Roma 180, 181
 romanos

barcos 171
 caída de Jerusalén (70 d.C.) 158, 181
 calzadas 170, 173
 conversos al cristianismo 159, 160, 172, 174
 gobierno en Judá 129, 130, 155-157, 160, 170
 Rosetta, Piedra 16
 Rufo 158

S

sacrificio infantil 79, 80, 103
 saduceos 127
 Salamina (Chipre) 39, 169, 173
 Salmanasar III, rey de Asiria 102, 103, 105
 obelisco negro de 103, 104
 Salmanasar V, rey de Asiria 104
 Salmos 23, 32, 80, 86
 Salomón, rey de Israel 9, 21, 50, 63, 80, 83, 87-90, 92-94, 96-99, 101, 102, 107, 122, 130, 157, 166, 185
 Salt, Henry 15
 Samaria 17, 26, 97, 98, 101, 102, 104
 Samaritanos 26, 74, 122
 Samuel 83, 85, 86
 San el-Hagar 52
 Sanedrín 128, 155, 157, 168, 169
 Santa Catalina, Monasterio de, Sinai 26-28
 Santiago (apóstol) 141, 146, 167
 Santiago (hermano de Jesús) 167-169, 168
 osario de 167, 168
 sapiencial, literatura 93
 Saqqara 53
 Sara 38, 40, 42-45
 Sardes 170, 182
 Sargón de Acad 53
 Sargón II, rey de Asiria 13, 104
 Satán 147, 182
 Saúl, rey de Israel 9, 83-86, 88, 165
 Schliemann, Heinrich 13, 17
 Sedecías, rey de Judá 112-114
 Sefela 73, 80, 113
 Séforis 140, 149
 Seger, Joseph 18

Seleuco I, Nicanor 126
 Sellin, Ernst 71
 Senaquerib, rey de Asiria 9, 105-110
 Séneca 178
 Sergio Paulo 174
 Sesac (Shoshank), faraón 12, 94, 99, 101, 106, 107
 Setenta, Biblia de los 26, 27, 46, 54
 Seti I, faraón 56, 57, 70, 92
 Shanks, Hershel 167
 Shenuda III, pope ortodoxo copto 139
 Shiloh, Yigal 89
 Siamún, faraón 92, 94, 99
 Sidón 73, 101, 169
 Silo 72
 Simón de Cirene 158, 165
 Sinagogas 25, 144, 145, 147, 173, 146
 Sinuhé 41, 42, 84
 Siquén 18, 40, 68, 71, 72, 74, 75, 99, 100, 101
 Smith, Eli 16
 So, rey de Egipto 104
 Sobá 92, 99
 Stager, Lawrence 74, 82
 sueños, interpretación de 47

T

Tabernáculo 62, 63, 96, 97
 Talmud 154
 Tanac 17, 68, 75, 79, 101
 TANAK 22, 24-26
 Tánis 52, 55, 88, 92, 94, 99, 104
 Tappy, Ron 80
 Targums 25
 Tarjaca ver Tarjaca 12
 Tayinat 96, 97
 Tebas: Templo de Karnak 56, 92, 101, 106
 Teglat-Falasar III, rey de Asiria 104
 Tell Balata 71
 Tell Beit Mirsim 17, 18, 66
 Tel Dan 88, 101, 103
 Estela 87, 88, 101, 103, 104
 Tell el-Borg 17, 19, 57, 58
 Tell el-Daba 19, 51
 Tell el-Ful 83
 Tell el-Hesi 17
 Tell el Kadi 100
 Tell el-Kedakh 70
 Tell el-Maskhuta 30, 52
 Tell el-Retabeh 51, 53, 57
 Tell en-Nasbeh 83
 Tell es-Safi 17, 82, 85

Tell es-Sultan 65, 66, 69
 Tell Hebsua 56, 57
 Tell Ira 94
 Tell Leilan 43
 Tell Migne 82
 Tell Qedua 118
 Tell Zayir 80
 Teraç 38, 40
 Teumman, rey Elam 85
 Tiatira 182
 Tiberiades 143, 156
 Tiberio, emperador romano 141, 157
 Tigris, río 12, 34, 38, 39, 42, 105, 125
 Tirjaca (Tarjaca), rey de Kush 110
 Tiro 12, 73, 92, 97, 99, 126, 158, 169
 Tischendorf, Constantine 27
 Tito, arco de 181
 Tito, emperador romano 158, 180, 181
 Tjaru 56, 57
 Tolomeo I, Soter, rey de Egipto 126
 Torá 22, 23, 25, 26, 78, 140, 145, 169
 Transjordania 16, 65, 72, 75, 83, 87, 91, 101, 104, 105, 152
 Tratados 42, 43, 60-62, 93
 Tumbas 161, 162
 de Absalón 162
 de Ciro el Grande 120, 121
 del jardín 160, 161
 de Jesús 162, 164, 165
 de los profetas 162
 de Rekhmire 51
 para la familia de Herodes 162, 165
 túnica de Turin 163
 Tutankamón, faraón:
 tumba de
 objetos encontrados en la 62, 63, 97
 Tutmosis III, faraón 50, 51

U

Uabu 85
 Ugarit 12, 15, 19, 34, 39, 82
 Última Cena 153
 Ur de los caldeos 13, 36, 37, 40
 Ur-Nammu, rey de Ur 36
 Ussishkin, David 123

V

Valle, Pietro della 13
 Vaux, Roland de 128
 Vespasiano, emperador romano 180
 Vía Dolorosa 156
 Viaje 58, 59, 170, 171
 vino
 jarras de 149
 pellejos de 150
 viuda, óbolo de la 121
 Vulgata 27, 28

W

Wadi Tumilat 52, 53, 57, 132, 133
 Warren, capitán Charles 16, 65
 Wiseman, Donald J. 112
 Woolley, Sir Leonard 13, 14, 36
 Wright, G. Ernest 17, 18, 66, 74

Y

Yadin, Yigael 18, 70
 Yezrael 68, 100
 Yibleán 75

Z

Zenón 174
 Zertal, Adam 74
 Zorobabel 9, 98, 121

AGRADECIMIENTOS POR LAS ILUSTRACIONES

Alamy Ltd

p. 2 (Robert Harding Picture Library Ltd); p. 3 (FAN travelstock);
p. 6 (Robert Harding Picture Library Ltd); p. 15 (Robert Harding Picture
Library Ltd); p. 16 (The Print Collector); p. 51 (Visual Arts Library
(London)); p. 63 (Visual Arts Library (Londres)); p. 68 (Israel images);
p. 110 (Picture Contact); p. 118 (Eivele Images); p. 120 (Robert Harding
Picture Library Ltd - top); p. 124 (Robert Harding Picture Library Ltd);
p. 125 (Visual Arts Library (Londres)); p. 142 (Danny Yanai); p. 157
(Hanan Isachar); p. 170 (POPPERFOTO - inferior); p. 175 (Peter
Oshka); p. 176 (FAN travelstock).

David Alexander

p. 24 (inferior derecha); p. 160.

British Museum

p. 120 (centro izquierda) © The Trustees of the British Museum.

Corbis

p. 127 (Richard T. Novitz).

James Hoffmeier

p. 17; p. 19; p. 34; p. 45; p. 53; p. 56; p. 58; p. 70; p. 76; p. 138; p. 173.

Hanan Isachar

p. 5 (ambas); p. 10; p. 60; p. 64; p. 66; p. 78 (inferior izquierda); p. 91;
p. 95;
p. 101; p. 132; p. 133; p. 135; p. 148; p. 153; p. 159; p. 172.

Jon Arnold Images

p. 145 (Jon Arnold); p. 155 (Jon Arnold); p. 179 (Jon Arnold);
p. 181 (Jon Arnold).

Lion Hudson

p. 14; p. 26 (inferior izquierda); p. 28; p. 37 (superior); pp. 40-41; p. 47;
p. 106;
p. 107; pp. 116-17; p. 121; p. 121; p. 129; p. 130; pp. 130-31; p. 131;
p. 140; p. 146 (inferior izquierda); p. 156; p. 170 (superior izquierda).

NASA

p. 54.

Zev Radovan

p. 1; p. 24 (izquierda); p. 26 (superior izquierda); p. 36 (superior
izquierda); pp. 36-37 (inferior); p. 44; p. 50; p. 59; p. 78 (superior
izquierda); p. 79; p. 81; p. 85; p. 86; p. 88; p. 89; p. 98; p. 102; p. 104;
p. 108 (ambas); p. 109; p. 113; p. 117; p. 119; p. 146 (superior izquierda);
p. 149; p. 152; p. 154; p. 164; p. 171; p. 177 (ambas).

Rex Features (Sipa Press)

p. 168 (proporcionada por Zooid Images Ltd)

Todos los mapas y diagramas fueron confeccionados por Total Media
Services